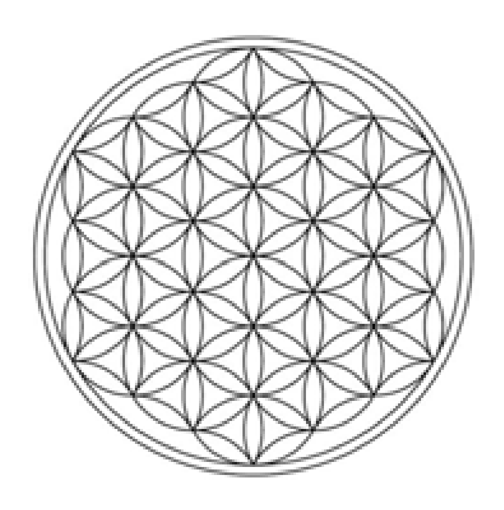
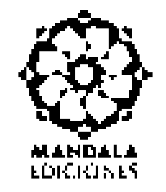
SYNEIDESIS

El arte de materializar los sueños



VICTOR BROSSA

La novela que guarda el secreto de la sabiduría, el poder y la verdadera libertad del ser humano



Syneidesis

Autor: Víctor Brossa

Cubierta creada por Silvia Molas

Ilustraciones del final del libro: Víctor Brossa (serie mundo futuro)

Primera edición: Abril del 2014

ISBN: 978-1-291-50674-7

A mi mujer Ariadna,
cuya inspiración y presencia en mi vida
recuerdan a mi corazón
que estoy encarnando a la perfección
el Cielo en la Tierra.

Un mensaje para el que sabe desvelar lo oculto
buscando fundarse a sí mismo en la existencia:

«En esta novela descubrirás la llave que abre
las puertas hacia tu verdadera libertad.

La sabiduría la hallarás dentro de ti,
y tu corazón abrirás allí donde abraces
tu capacidad de imaginar.»

syneidesis

Probablemente, fueron Cicerón o Séneca los que tradujeron la palabra griega *syneidesis* al latín, llamándola *conscientia*.

La palabra «conciencia» viene a significar la reunión del conocimiento, la sabiduría y las ciencias, pero la palabra *syneidesis* significa otra cosa aparentemente muy diferente.

Significa literalmente «con capacidad de imaginar».

¿Es en nuestra propia capacidad de imaginar donde podemos hallar entonces toda la sabiduría y el conocimiento?

El que tenga oídos, que oiga. El que tenga ojos, que vea más allá de cualquier velo. El que tenga lengua, que nombre lo que de verdad desea. El que pueda sentir su corazón, que lo deje crear en libertad...

...porque nuestro, y solo nuestro, es el poder de imaginar lo que deseamos vivir, para encarnar, aquí y ahora,

el Cielo en la Tierra.

victor brossa

Índice

Nota del autor

Esta es a todas luces una historia de ficción, y cualquier parecido que usted encuentre con la realidad es pura «casualidad». A partir de la fusión de rasgos y personalidades de gente que conozco o he conocido, he construido las características de la mayoría de los personajes que representan muchas de las cosas que la novela en sí trata de transmitir. También he de admitir que hay mucho de mí en todos ellos, y debo reconocer que la novela, a pesar de haber sido «vomitada» en tan solo un mes, se había ido cuajando desde los mundos inconscientes durante casi un año de aparente olvido y abandono consciente. A fin de contrastar información y dar un sentido más eficaz a lo que el libro trata de transmitir, he usado en varias ocasiones datos extraídos de los trabajos de investigación y difusión de algunos personajes públicos a los que deseo dar las gracias y citar a continuación:

Agradezco al autor del libro *Jesús vivió y murió en Cachemira*, el difunto Andreas Faber-Kaiser, su honesta aportación en el mundo de la difusión e investigación de la búsqueda de la verdad en un tiempo en el que todavía no existía Internet. Le agradezco también el valor documental que su investigación sobre la figura de Jesús aporta a este libro.

También quiero agradecer a José Luis Parise, investigador de lo oculto, escritor y psicoanalista argentino, los *Once pasos de la magia* y su particular visión de la vida de Cristo que tanto coincide con lo que desde mi capacidad de imaginar he podido rescatar para esta obra. A pesar de las creencias del lector, desearía que esta novela fuera tomada como una propuesta para incentivarlo a usar su imaginación como una herramienta que le permita enfrentar de una forma nueva los aparentes obstáculos que aparezcan en su vida, comprendiendo que atreverse a soñar lo que el corazón expresa es alimentar la posibilidad de realizar lo aparentemente imposible, cuando el ser decide dejar de ser objeto de otros para abrazar su propia existencia. Sin duda alguna, la iniciática visión de José Luis Parise sobre un Jesús totalmente humano y conocedor del funcionamiento de la creación consciente impregna como la sutil fragancia de un suave perfume toda la novela; una figura que podría servirnos a cada uno de nosotros como firme modelo de autocrecimiento, más allá de lo que las religiones nos han transmitido; un modelo al alcance de cualquiera que desee recordar cómo abrazar la magia en su propia vida.

Otro nombre en el que en ocasiones me he apoyado para contrastar información referente a los temas de conspiración contra la integridad del ser humano ha sido el del periodista Luis Carlos Campos, autor de *La macroestafa del sida*, entre otros libros, aunque podría citar a otros muchos defensores de la verdad que, con mayor o menor fortuna, intentan sacar a la luz las pruebas que demuestran que el ser humano está absolutamente manipulado y anestesiado. He deseado tener muy en cuenta esta visión de la realidad porque estoy convencido de que es correcta grosso modo. Siento que la forma de recuperar la conciencia y, por ende, nuestro verdadero poder, es admitir que antes lo hemos cedido, ya sea de forma consciente o inconsciente, a los que manejan con total impunidad el mundo en el que vivimos. Un ochenta por ciento de la riqueza del planeta está en manos del uno por ciento de la población. Eso ya lo dice todo, y ahora no estoy hablando de ficción. La magia es la ciencia que sabe cómo hablarle al inconsciente y

que puede afectarlo hasta extremos insospechados. Usadas de la forma adecuada, la magia y la expresión artística pueden influir en la forma en que proyectamos nuestra propia experiencia de vida, ya sea para limitarnos o para impulsarnos a generar una vida mejor. Todo depende, por tanto, de cómo programemos nuestro inconsciente, nuestro sistema de creencias. Nuestro mundo está hecho de magia, y la ventaja de los que lo saben y la usan en su exclusivo beneficio es que el resto, el noventa y nueve por ciento, lo permite y no es consciente de ello. Ese uno por ciento de la población que tanto poder ejerce sobre el resto la está usando cada día a través de rituales bañados de cotidianidad para que sigamos aceptando de forma pasiva una realidad que podríamos transformar a través del poder que todos contenemos, esto es, a través de nuestra capacidad de imaginar eligiendo desde el amor más puro lo que de verdad deseamos vivir en este mundo que también es nuestro, al menos mientras escojamos continuar aquí encarnados. La conciencia es solo el primer paso hacia la existencia. El que tenga oídos, que oiga.

Podría citar otras muchas fuentes, pues siento que cada idea nace o es rescatada de la memoria colectiva que pertenece a todos. Mi mujer Ariadna ha sido también fundamental para la creación de esta novela. Su estado de presencia y la coherencia con la que trata de vivir a mi lado cada día, además de algunos de sus lúcidos comentarios acerca del libro, han sido uno de los mejores regalos y apoyos para mí. También lo han sido los amigos que están en mi día a día, ya sea en presencia física o más allá de este mundo, al igual que mis padres y ancestros... Todos ellos han ayudado a crear esta novela.

También deseo incluirte a ti, lectora o lector, y a todos los que formamos parte de esta Humanidad de Hombres y Mujeres de Conciencia que está despertando día a día y que tan bien describe mi buen amigo, el escritor Germán Martín Rais, en su celebrada novela de autocrecimiento, *Duna*.

Por último, quisiera dejar constancia que mi objetivo al escribir este libro no es el de convertirme en un modelo litera-

rio, sobre todo teniendo en cuenta que escribo tal y como sale de mí sin tener muy en cuenta la forma y el estilo. Mi intención es mucho más simple y directa: deseo que pases un buen rato mientras tu inconsciente recuerda que eres mucho más de lo que te contaron, que tus sueños son realizables y que tu capacidad de imaginar puede transformar tu vida en lo que de verdad deseas si sabes leer más allá de las palabras. Esta novela se presenta disfrazada de ficción, pero puedo asegurar que en ella hay muchas más verdades y posibilidades cuánticas realizables de lo que pueda aparentar a simple vista. Alguien me dijo una vez que el conocimiento velado llega al inconsciente de forma muy eficaz si se usa el idioma del arte para transmitirlo. Así dejamos que nos manipulen cada día a través de la publicidad, los medios o a través de una inmensa cantidad de rituales que nos envuelven vestidos de vida cotidiana. Hablo de arte porque es a través de símbolos, palabras, música, colores, imágenes, arquetipos y emociones como se llega al inconsciente. En cuanto a este libro, es evidente que el poder de la palabra y la creación de una historia son formas artísticas de expresión que encajan a la perfección dentro de esta posibilidad, con la diferencia de que esta novela no desea otra cosa que impulsar al lector a abrazar el poder del que ha sido privado desde su nacimiento, el poder que nuestra capacidad de imaginar conlleva, a pesar de que suene increíble o pueril.

Una última cosa deseo añadir, pese a que muchos puedan tildarme de loco por atreverme a hacerlo. Para mí, la única diferencia entre realidad y ficción es lo que tú decidas creer y crear en tu propia vida. Solo se trata de imaginar, de recordar cualquier posibilidad cuántica que flote en tu universo interno donde todo existe ya. «Recordar» procede de la palabra latina *recordari,* que significa literalmente «volver al corazón». El poder siempre estuvo en ti y en la fuerza de tus latidos, en tu deseo por existir. No lo olvides nunca.

Víctor Brossa

Prólogo

Esta novela ha sido escrita en menos de un mes. Mi adorable mujer Ariadna me dijo un día que ese era el tiempo que tardaría en encarnarla sobre papel. Yo pensé que aquello era una locura. Se lo dije; ella solo sonrió.

La esencia de lo que forman estas páginas la recibí mientras realizaba una travesía de más de un mes por tierras peruanas. Ariadna y yo viajábamos con un grupo de crecimiento personal en el que ella facilitaba el encuentro de cada uno con su ser, desgranando la interconexión del ego con la esencia. En un fragmento del diario de las crónicas de viaje, escribí:

Domingo, 18 de diciembre de 2011

Recién llegados a Aguas Calientes y a punto de subir al Machu Picchu y al Huayna Picchu, sigo escribiendo en mi cuaderno de bitácora emocional las crónicas de este viaje iniciático en grupo. Cuando dejamos Cusco, yo ya tenía fiebre. Todo comenzó tras la lectura de hojas de coca con Doris, la mujer medicina. En aquella lectura supe muchas cosas sobre mí que debía asimilar, cosas que confirmaban las visiones que estaba teniendo aquellos días no solo a través del sueño, sino

simplemente cerrando los ojos. No necesitaba tomar ninguna sustancia alucinógena para ver dentro de mí. Siento mucho respeto hacia las plantas sagradas y su buen uso en manos de un chamán encargado de guiar al iniciado hacia el recuerdo de sí mismo, pero yo nunca las he necesitado. Tengo el absoluto convencimiento de que el ser humano puede acceder a su poder personal por otras vías; estoy convencido de que usando nuestra capacidad de imaginar y abrazando los estados creativos que nacen de nuestra espontaneidad, todos podemos alcanzar un lugar donde somos un poco más libres de las cadenas que nos atan a los programas limitantes anclados en nuestra memoria colectiva.

Aquella tarde recibí un bombardeo de imágenes y episodios que se fueron agudizando en intensidad a medida que subía la fiebre y se asomaba la luna. Fue una larga noche en la que la delicada mano de Ariadna acudía de vez en cuando para acariciar mi frente y acercar a mis labios un refrescante jugo de papaya. Mientras tiritaba, pude ver con claridad a aquellos seres rubios que me hablaban y transformaban mi cuerpo de luz. Al menos eso estaba sucediendo ante mí, estuviera despierto o dormido. ¿Acaso hay diferencia en realidad? Ya conocía a aquellos seres de otras experiencias, de mis meditaciones. Si fue mi imaginación la que una vez más en mi vida me mostraba un nuevo camino de experiencia, solo puedo decir que bendita sea la puerta que se abre ante el ser humano que abraza su capacidad de imaginar para encarnar el Cielo en la Tierra. A la mañana siguiente nadie lo podía creer: a pesar de lo mal que había estado, me levanté repuesto y sin rastro de fiebre. Al mediodía, antes de partir hacia el lugar en donde nos esperaba un guía, la mujer del hostal nos dio hojas enteras de coca para que las ofreciéramos a los Apus, los dioses de la montaña. El lugar en el que habíamos dormido era un antiguo templo inca, un lugar sagrado perfumado por el palo santo, cubierto de cuarzos y acariciado por el sutil vaivén de dos simpáticos gatos. La dueña era aprendiz de chamán y había puesto un bello altar con ofrendas a la madre Tierra, la Pachamama. Además, antes de partir, muchos de nosotros compramos una chacana para colgárnosla del cuello. Se trata

de un símbolo inca muy antiguo y sagrado. Yo ya me sentía mejor, aunque tenía la sensación de que seguía asimilando algún tipo de información que se ordenaba dentro de mí, y esa sensación me hacía respirar de forma diferente, y no se debía únicamente a la altura. Aquella era la tónica del viaje. A medida que este avanzaba, se hacían cada vez más y más profundas las certezas internas sobre cosas indefinibles en el idioma del hombre común. Recuerdos ancestrales pertenecientes a toda la humanidad abrían su corazón ante mi humilde mirada. El guía nos esperaba con una camioneta en el punto de encuentro. Nuestro corazón abierto pisaba tierra sagrada. Saludamos al que nos debía llevar a la selva tras el ascenso y descenso de la montaña. Al llegar a los 4.300 metros de altitud, pedimos al guía que detuviera el coche para hacer el ritual. Hacía frío y aceptó a regañadientes. Nos alejamos y buscamos un bello rincón frente al precipicio. Entre una espesa niebla, Ariadna empezó el ritual. El frío era intenso y no íbamos demasiado abrigados. Yo llevaba veinticuatro horas sin comer y comencé a marearme, pero intuí que no se debía solamente al hambre, sino a algo que al fin emergía desde mí, mucho más claro. Me retiré mientras los demás terminaban. Una de las chicas del grupo empezó a entrar en trance hasta que Ariadna la ayudó a arrancar lo que llevaba en lo más profundo de sí. Tal vez miedos antiguos, culpabilidades o rabias mal digeridas. Así son las cosas a veces cuando uno se deja tocar por mi mujer. Ella se alinea y sabe mover la energía para que lo oculto se manifieste. Esa es la forma de limpiar lo que nos corroe, impresionar al inconsciente y reprogramarlo desde un lugar entre los dos mundos, un espacio que enlace el consciente con el inconsciente. Así funcionan las curaciones a través de la magia, la psicomagia, las constelaciones, el tarot y otras muchas terapias que lo que hacen es hablarle al inconsciente en su propio idioma para poder acceder a sus profundidades y desprogramar aquello que nos abrasa por dentro. El cuerpo es el que se libera. El que se limpia de una pesada carga emocional contenida muchas veces en nuestra memoria celular. Ariadna siempre pide permiso antes de actuar. Así lo hizo con todos y hubo una limpieza general. El guía y yo

oíamos desde la camioneta los gritos y llantos de los más efusivos. Yo estaba tranquilo porque conozco a Ariadna, así que le dije al chico que aquello era normal, que era parte del ritual. La mayoría de los que viajan con nosotros son terapeutas, gente que ha constelado, que ha estudiado gestalt*, eneagrama, psicología. Son personas abiertas y con experiencia en estas lides. Todos somos capaces de sostenernos, como el instrumento que aprendió a mantenerse afinado. Ariadna es aquí la directora de orquesta, la que puede sacar lo mejor de cada uno de nosotros para que el grupo suene como una gran sinfonía de la que todos nos beneficiamos. Cuando uno crece, los demás también crecen. Al finalizar el ritual, todos fueron volviendo poco a poco al coche para seguir viajando, montaña abajo, hacia la selva. Por el camino tuvimos que sortear algún desprendimiento por ser época de lluvias. Al llegar a la selva, no quedaba nada del lugar en el que debíamos alojarnos. Se lo había llevado el río. Era el día del agua y salieron a flote las emociones más escondidas. Decidimos entonces confiar en nuestro poder creador y generar un nuevo lugar para dormir adentrándonos en plena selva. Mientras lo hacíamos, una gran claridad se apoderó de mí. Supongo que algunos le llamarán inspiración, pero yo hablaría más bien de sabiduría interna, algo que todos tenemos y que a veces se activa de forma espontánea cuando menos lo esperamos. Para mí, todo existe ya en el universo, y al imaginar o pensar algo, lo que hacemos es recordarlo para decidir, si lo deseamos, encarnarlo en esta realidad que estamos respirando. Lo que me llegaba era el argumento de un libro, una novela que reflejaría lo que estaba recibiendo aquellos días.*

Es tarde ya; voy a acostarme para estar bien descansado antes de subir al Machu Picchu mañana. Mis pulmones aún no son los mismos a esta altitud. Esta noche tal vez sueñe algo más sobre la novela. Tiene que ser de ficción, o al menos parecerlo. Esta será la forma de velar mucha de la información que solo quedará a la vista de los que estén dispuestos y preparados para entender y abrazar su verdadero mensaje.

Lunes, 19 de diciembre de 2011

Son las tres de la madrugada. Me he despertado de golpe con un nombre repitiéndose en mi cabeza. Es el título de uno de los vídeos que realicé cuando vivía en Berlín y que más me han transformado; un vídeo lleno de certezas internas que escribí en media hora y realicé durante dos intensos días en los que olvidé dormir, inmerso en un estado creativo indescriptible. Ahora sé que este será también el título de la novela. No tengo ninguna duda. Se llamará Syneidesis*.*

Víctor Brossa

Prefacio

Hace mucho tiempo, a orillas del mar de Tiberíades.

Había despedido a su amado hijo tras hablar largo y tendido con él para darle las últimas instrucciones. Cuando el muchacho se dirigió a la carreta, Jesús miró a Santiago, y el silencio acompasó la desnudez del sol antes de ocultarse tras el horizonte. Los dos sabían que aquella no era una simple despedida. Jesús confiaba plenamente en el centurión Longinus, que se había comprometido a custodiar a María de Magdala y al niño hasta la muerte, pero para él era una garantía extraordinaria que el mismo Santiago los acompañara una parte del camino, hasta asegurarse de que estuvieran realmente a salvo. Mientras el centurión romano preparaba a los hombres para la partida, Santiago aprovechaba para disfrutar de aquellos últimos instantes junto a su hermano y amigo. Jesús sonrió, y los ojos de ambos supieron que más allá de aquella vida formaban parte del mismo ser y que nada podía romper lo que les unía. El alma del maestro se sentía como un espejo de la de Santiago, más unido a él que incluso a Judas Tadeo. Los recuerdos de otras vidas interactuando juntos se habían despertado hacía tiempo en su memoria, recuerdos en la Tierra y fuera de ella, en otros mundos y allí mismo, en el planeta azul incluso mucho antes del gran diluvio, cuando la Atlántida y Le-

muria todavía no eran simples mitos. Santiago sabía que María Magdalena deseaba despedirse también de su esposo, de manera que se retiró con el pretexto de ir cargando la carreta para dejar que ella y Jesús se abrazaran por última vez. Mientras, la madre de Jesús, la otra María, esperaba sentada en la carreta junto a Tomás. María de Magdala o Miryam, como la llamaban en realidad, era la compañera del maestro, la mujer que él amaba por encima de cualquier otra, la más fiel seguidora de sus enseñanzas y una de las pocas personas que de verdad entendió a Jesús o Yeshua, como todos lo conocían. Una mujer que supo desde el principio el verdadero alcance de su misión personal y lo que este pretendía realizar. Tras el cisma con algunos de los discípulos y familiares y todo lo que había acontecido tras la crucifixión, la vida de todos ellos estaba en serio peligro. Yeshua lo sabía y lo había dispuesto todo, depositando en manos de aquel centurión romano y fiel seguidor de su enseñanza la responsabilidad y la confianza de salvaguardar la seguridad de aquella mujer y el hijo de ambos, fruto de la alquimia más pura y sagrada entre lo masculino y lo femenino, generada desde el amor y el poder del dios y la diosa que ellos mismos se atrevieron a abrazar. El Santo Grial, más allá de su existencia física, era el resultado del amor consciente hecho carne, la prueba de que en el mismo ser humano y en su integración está el verdadero símbolo de cualquier ascensión. Por otro lado, Yeshua conocía su misión. El camino de ambos amantes tomaba rumbos muy distintos y así lo habían acordado hacía tiempo. Lo importante ahora era alejarse de aquellas tierras, cada uno hacia donde su misión le pedía. Santiago guiaría al grupo de Longinus, Miryam y su hijo hacia el oeste, mientras que Yeshua se dirigiría al este con su madre y Tomás para pasar la segunda etapa de su vida en la India, de donde procedía realmente su pueblo y las perdidas diez tribus de Israel. Yeshua conocía muy bien aquellas tierras a las que se dirigía. Había pasado allí muchos años estudiando los textos sagrados y empapándose de conocimiento. Aquello ocurrió cuando salía de la adolescencia, tras su estancia en Egipto, y duró hasta los veintinueve años, cuando decidió volver a Israel para darse a conocer públicamente en su tierra,

donde deseaba cumplir la voluntad de su alma. Había conocido el Tíbet y la mayoría de sus monasterios, en los que pudo contrastar lo que había aprendido en Egipto con lo que empezaba a construirse dentro de su corazón. Tenía una misión más allá de la crucifixión, una misión consigo mismo. Una vez fueran sanadas sus heridas y bajo un total secretismo, volvería a Cachemira, y allí lo conocerían como a un gran profeta, una de tantas encarnaciones de Buda, y lo llamarían Issa.

Miryam y Yeshua se besaron y se dieron las últimas instrucciones. Santiago aguardaba montado en su caballo mientras los amantes y guardianes del fuego sagrado se decían adiós. El centurión estaba preparado y esperaba en silencio una orden del poderoso esenio. Santiago le pidió entonces a Longinus que se encargara de guiar al grupo desde la cabeza hasta que él los alcanzara. Sus ojos brillaban ante la emoción de ver a Miryam y a su hermano darse un último abrazo. Santiago los amaba a ambos por encima del resto. Eran lo más importante de su vida. A pesar de ello, sus ojos no podían ocultar cierta indignidad. Santiago guardaba un secreto, un secreto que lo destruía por dentro. Su corazón vivía una lucha interior entre lo que sentía y el deber ante el que su voluntad respondía.

Pocos podían entender que fuera la madre de Yeshua la que lo acompañara hacia el este y no su mujer y su hijo, pero había razones superiores que solo ellos dos conocían; ellos dos y algunos de aquellos hombres y mujeres que colaboraban y protegían las decisiones de su maestro. Ante un gesto de Santiago, los hombres montaron sobre sus caballos mientras Miryam subía a la carreta. La oscuridad empezaba a cubrir con su manto el anuncio de una noche estrellada. Tras las últimas miradas, se dispusieron a partir ante la silueta esbelta y segura del maestro. Nadie podía verlo, pero Yeshua estaba llorando. Cayeron varias lágrimas de sus ojos ante la emoción de la despedida. Su mujer, su hijo y el más fiel de sus hermanos y amigo quedaban atrás... Todo aquello era lo que dejaba partir. Era difícil seguir adelante con su misión ante aquel dolor, a pesar de que lo peor ya había pasado tras años de numerosos aprendizajes, de iniciaciones en el mismo Egipto, en

oriente, en su propia tierra; años de enfrentamientos familiares y esfuerzos para hacer que las profecías que recaían sobre su figura se fueran cumpliendo. Ni siquiera su madre, que esperaba en la carreta junto a Tomás, era capaz de comprender el verdadero sentido de su misión, de su compromiso consigo mismo.

Tras la pasión y la crucifixión, parecía que el arduo camino se allanaría, pero decir adiós a su antigua vida estaba siendo mucho más duro de lo esperado. «Verdaderamente, no es tan fácil ser un hombre-dios», pensó. «Me creerán muerto y resucitado, y harán de mí lo que no soy yo. Pocos comprenderán lo que de verdad estoy haciendo, tal vez en otro tiempo, en una nueva era en la que la humanidad despierte a su conciencia. Entonces comprenderán que yo vine solamente a despertar al dios que vive dentro de mí, el que habita en el corazón de cualquier hombre y mujer común», dijo la voz que nacía de su propia mente. Pero ahora se sentía al fin liberado del peso de lo que su figura representaba para los que habían depositado en él todas sus esperanzas y frustraciones. Ahora era libre para seguir el camino de su propia existencia, un camino elegido, porque se había liberado del peso de todo aquello que se esperaba de él. Ni el amor que sentía por su amada o por Santiago le haría sentir culpable. «El amor sabe abrazar igual que sabe soltar», pensó al contemplar cómo su compañera Miryam, aquella iniciada del culto de Ishtar, aquella mujer de Betania que pudo comprender de verdad lo que estaban escogiendo, esperaba sentada en el carromato. Aquella sería la última vez que podría verla en mucho tiempo sin cerrar los ojos para recordar su sonrisa, su mirada sabia y transparente. Sabía que en su corazón guardarían siempre todo aquello que parecía irse ahora con un simple suspiro.

El carromato y los jinetes empezaron a marchar hacia el norte mientras la carreta de Tomás y la madre de Yeshua se dirigía hacia Damasco. Solo el maestro esperó unos segundos, como si quedara algo por resolver, mirando cómo se alejaba el grupo que custodiaba el grial. Santiago hizo un último giro con su caballo para impregnar su retina de la figura de aquel hombre con el que tanto había compartido. No solo eran her-

manos; se trataba también de su mejor y más preciado amigo; el único, además de Longinus, al que Yeshua podía confiar la custodia de su mujer y su hijo. Cuando el maestro vio cómo Santiago lo miraba, levantó la mano haciendo una señal, como si supiera que aún tenía algo que decirle antes de su despedida. El jinete no dudó en avanzar hacia Yeshua. Al llegar frente a él, el bello esenio desmontó del caballo y, como si supiera lo que el maestro estaba pensando, se dirigió hacia él con paso firme. Los demás apenas pudieron ver a lo lejos cómo sus dos siluetas se fundían en un poderoso abrazo. Santiago era su hermano menor, el siguiente hijo que tuvo María después de Jesús y Judas Tadeo. Habían compartido instrucción con los celotes y habían recibido la sabiduría de los esenios. Jesús le había ayudado a comprender su misión cuando volvió de su larga estancia en Egipto, el Tíbet y la India. Santiago se transformó entonces en un profundo seguidor de sus enseñanzas. De su familia, Miryam y él fueron los que mejor comprendieron la misión que Yeshua encarnaba. Pese a que en algún momento Santiago llegó a perder la fe en las enseñanzas del maestro, como le ocurrió al resto de la familia, ambos hermanos se ayudaron mutuamente en todo lo que fue necesario. Jesús depositaba ahora en sus manos y en las del centurión Longinus la responsabilidad de cuidar y custodiar a la mujer que amaba y al hijo de aquella unión sagrada, al menos hasta que estuvieran lejos de todo peligro. Santiago y Yeshua eran hombres; por eso pudieron expresar lo que sentían con un abrazo que duró una eternidad. Entonces se desearon el mejor de los destinos. A continuación, el maestro tomó entre sus manos la cabeza de Santiago y le susurró al oído unas palabras que estaban reservadas solo para él; unas palabras que encerraban el secreto de su mensaje y de la verdadera libertad del ser humano.

Capítulo 1

Cuestionando la existencia de Jesucristo

(En la actualidad)

—Damas y caballeros, lo que hoy presento ante ustedes es el resultado de años de rigurosas investigaciones personales acerca de la existencia de Jesucristo. Han sido más de tres décadas sumergido entre textos antiguos procedentes de diferentes culturas, viajando y recopilando datos, escudriñando en los orígenes del cristianismo e incluso más allá de ellos, intentando reunir las pruebas que hoy demostrarán ante ustedes que la figura de Jesús que nos vendió la Iglesia católica no existió jamás. Les demostraré que su figura es en realidad un simple plagio de mitos y textos egipcios creado para manipular al ser humano.

La sala estaba repleta. La gente murmuraba tras la introducción segura y contundente que aquel hombre de setenta años acababa de soltar como si nada mientras se servía un vaso de agua junto al púlpito. Una mujer se levantó con indignación de las primeras filas, cruzó casi todo el auditorio y dejó

la sala. Unos jóvenes reían haciendo alusión a lo polémico que resultaba siempre aquel catedrático retirado de la Universidad de Barcelona. Esa era una de las razones por las que aquel hombre llenaba salas y auditorios. No era un hombre que se casara con nadie ni con nada. Hijo de padre republicano y madre devota de la Virgen de Montserrat, aquel anciano de apariencia juvenil se había criado entre los dogmas de la Iglesia y la anarquía, una combinación aparentemente contradictoria, que dio como resultando el desarrollo de una personalidad acostumbrada a integrar lo supuestamente irreconciliable.

Antonio Riba era consciente de lo que removía todo aquello que estaba compartiendo; sabía que a su edad lo sensato era dejar las guerras personales a un lado y hacer las paces con los conflictos de toda una vida. Era un hombre sabio, pero sentía como propia la misión de destapar públicamente lo que él consideraba la farsa más grande de la historia y no pensaba parar hasta que el reloj biológico decidiera decir basta. De hecho, terminaba siempre sus conferencias contando la misma anécdota: aseguraba haber dado la orden a su abogado para que cuando llegara la hora de su muerte, quemaran sus restos lejos de cualquier iglesia e hicieran con las cenizas supositorios con la intención de seguir dando por culo. Eso decía, literalmente. No era de extrañar que lo acusaran de polémico, al igual que lo eran sus libros, encargados de destapar las farsas históricas oficialistas y de dar una versión de lo que, según él, había ocurrido a pesar de lo argumentado por los vencedores. La ventaja era que aquel hombre de setenta primaveras era muy metódico y solo hablaba si tenía pruebas constatables. A pesar de ello, en alguna ocasión algún colega había ridiculizado su trabajo tildándolo de ser un «historiador cuentacuentos», sobre todo por su defensa de la existencia de la Atlántida en el mismo seno de la Facultad de Historia de Barcelona. Antonio Riba era todo un personaje que despertaba a la par simpatías y antipatías allí por donde pasaba. Sin embargo, el verdadero secreto de Antonio siempre fue tener buenos amigos, amigos muy poderosos que aprovechaban cruzadas personales como la suya para desestabilizar el poder del Vaticano.

—Muchos intereses se mueven por ahí arriba, una auténtica guerra con muchos frentes abiertos, entre los más poderosos del planeta, aunque al final los que mueven los hilos no tienen rostro, Antonio, créeme… —le dijo antes de morir el que fuera su mentor en sus años de juventud, mientras, tumbado en la cama de su lujosa vivienda de la calle Ganduxer, en la zona alta de la ciudad, firmaba un montón de documentos aprovechando hasta el último suspiro que le quedaba—. No creas nada de lo que veas, Antonio, no te lo creas. Todo esto no es real —le dijo antes de cerrar los ojos.

Aquella escena impresionó al por entonces joven historiador, que jamás dejó de preguntarse si aquel hombre lleno de secretos estaba tratando de decirle algo en especial o simplemente divagaba.

Antonio sonreía y daba pequeños sorbos de su vaso, esperando que se hiciera de nuevo el silencio en la sala. Poco a poco, el barullo del auditorio se fue suavizando. Un salón de actos de 450 plazas abarrotado de gente era todo un éxito para aquel profesor de historia y ex numerario del Opus Dei. Desde que había perdido la fe y había decidido colgar los hábitos cuando todavía era muy joven, aquel apasionado personaje había vivido emperrado en demostrar que la figura de Jesucristo era un montaje del Vaticano, un plagio para manipular al ser humano por parte de una institución que albergaba una de las fortunas más impresionantes del planeta mientras predicaba valores como el desprendimiento, la austeridad o la castidad. Esa era su guerra personal contra lo que un día fuera la base de su sistema de creencias, en un momento en que sentía que Cristo lo guiaba para ordenarse sacerdote. Mucho había llovido desde entonces.

El profesor, como le gustaba que le llamaran, se rascó la perilla, pasó su dedo índice sobre el bigote y siguió hablando:

—El «mito» de Cristo nació realmente a partir de Pablo de Tarso y alcanzó su culminación en los siglos IV y V con los Concilios de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, en los que la Iglesia se decidió a definir la naturaleza divina de Cristo tras numerosos conflictos ideológicos que enfrentaron las dife-

rentes facciones y tendencias de la época. De hecho, la idea de la Trinidad resultaba incluso controvertida para muchos, al igual que ocurría con la maternidad divina de María, porque, damas y caballeros, les interesará saber que la Trinidad solo es una adaptación de antiguas concepciones trinitarias egipcias, persas e incluso hindúes. Podrán comprobarlo todo en estas diapositivas. —El profesor hablaba a un ritmo trepidante mientras hacía un gesto con la mano para que el técnico que manejaba el proyector pasara las imágenes—. Piensen ustedes que hasta el Concilio de Calcedonia, en el año 451, no se confirmó oficialmente la versión que conocemos hoy en día de la doble naturaleza humana y divina de Cristo. Si nos remitimos a los textos históricos reales, hay al menos diez casos de figuras documentadas de la época que podrían haber sido el Jesús que aparentemente hubiera inspirado a los creadores de los Evangelios, pero eran humanos y solamente humanos, señoras y señores, hu-ma-nos —dijo marcando cada sílaba—. ¿Quieren saber quién creó y en qué se fundamenta la divinidad de Jesús? —El profesor calló durante un instante mientras daba paso a una diapositiva en la que aparecían símbolos referentes al Imperio romano. Se giró dándole la espalda al público y señaló la imagen, mientras decía—: ¡Este es el verdadero origen de la Iglesia católica, señoras y señores, y estos son los que fabricaron a nuestro «Salvador» como la figura divina que vino a redimirnos del pecado! —gritó embravecido. Y girando su rostro hacia el auditorio, susurró con el micrófono pegado a los labios—: Mucho nos hemos creído de lo que nos han contado, pero recuerden que la historia la escriben los vencedores. No quisiera tirar piedras sobre mi propio tejado, recuerden que soy historiador, pero por encima de todo busco la verdad, y esa fue precisamente la razón por la que estudié historia y lenguas antiguas, entre otras cosas. No les engaño si les digo que en el siglo III las religiones paganas estaban aún muy extendidas en el Imperio romano. Al cristianismo le costó mucho hacerse con el poder, y les aseguro que más que evangelizar, lo que se hizo fue matar y silenciar a todo aquel que pudiera hacer sombra a una religión única que logró encumbrarse gracias al apoyo que le dio el

despiadado emperador Constantino a través del Edicto de Milán en el año 313 y años después el mismo Teodosio, quien adoptaría el cristianismo como la religión del Estado. —Antonio Riba tomó aire un instante y continuó con un tono sereno—. Ese grupo de cristianos imperantes se encargó de luchar contra todas las ideas que hicieran sombra a su plan de control tildándolas de «heréticas» cuando habían sido consideradas ortodoxas en los tiempos del verdadero origen del cristianismo. —Antonio Riba tomó aire de nuevo y elevó la voz para continuar—. ¡Señoras y señores, si son ustedes católicos, plantéense si no están siguiendo como borregos un montón de normas creadas por hombres sedientos de poder que lucharon, discutieron y derramaron sangre para crear lo que a ellos les interesaba! El origen del catolicismo no tiene mucho o nada que ver con lo que ustedes conocen. Las primeras comunidades cristianas que pretendían seguir las enseñanzas del Jesús de los Evangelios a través de un espíritu humilde fueron olvidadas, y el cristianismo se convirtió en Iglesia, un fiel servidor y reflejo de la monarquía absolutista del Imperio romano; una institución que maneja todavía hoy una de las fortunas más grandes del planeta. Piénsenlo: grandes bibliotecas repletas de textos gnósticos fueron saqueadas y quemadas, y se implantó el terror como método coactivo de adoctrinamiento. La Iglesia se ocupó en su momento de que las Escrituras fueran transformándose en lo que le convenía, tocando todo lo que pudieron en diferentes y numerosos momentos de su historia. ¿No se dan cuenta? —Se acercó al límite del escenario y, mirando al público, gritó—: ¡No les pido que me crean, solo les animo a que piensen por ustedes mismos y a que saquen conclusiones sin que el factor emocional aferrado a la programación que llevan con ustedes desde niños les atrape a la mentira! ¡Celebran la navidad, la pascua, la eucaristía..., pero no tienen ni idea de lo que hacen esos rituales con ustedes! ¡No saben de dónde vienen realmente! ¡Repiten lo que hacían sus padres como los genes repiten en ustedes aquello que el programa de sus padres les traspasó! ¡Despierten!

Algunas personas salían de la sala, pero la mayoría de los que se quedaban parecían encantados. El profesor era un bri-

llante orador que sabía combinar la seriedad con el humor de forma que nadie pudiera aburrirse jamás ante su presencia. Con un gesto pidió al técnico que pasara la imagen siguiente, a pesar de que algunos de los asistentes levantaban la mano para hacer preguntas. En la pantalla apareció una pintura de un Cristo crucificado. Se trataba de una obra de Diego de Velázquez expuesta en el Museo del Prado de Madrid. El profesor explicó que él mismo había tomado la fotografía en un momento en el que los vigilantes habían salido de la sala para expulsar a un grupo de italianos y españoles que habían empezado a pelear entre ellos a raíz de una discusión sobre si era mejor Velázquez o Caravaggio. A Antonio le encantaba inventar historias. En realidad, se trataba de una foto encontrada en Internet. Esa era su forma de hacerse con el público que lo escuchaba. Contaba una tras otra, un montón de anécdotas para relajar el ambiente antes de volver de nuevo a su rictus más serio, en una transición tan elegante como sutil.

—Bien, observen esta imagen —dijo señalando el cuadro de Velázquez—. Estamos ante la imagen del sufrimiento, del dolor, de la aceptación trágica en nombre del amor. —Y continuó elevando un poco más la voz—. No se preocupen, ser bueno tiene su recompensa. Tras la crucifixión, el premio es la resurrección y la vida eterna. —Y sonrió abiertamente mientras miraba a través de sus anteojos—. Fíjense ustedes en el mensaje subliminal de este arquetipo, de este modelo crucificado. Sé bueno como él, sufre mucho y cuando te mueras, el premio será la vida eterna. —Bebió un par de sorbos de agua y dijo—: Pero, bueno, no he venido aquí a decirles lo que deben creer o no, aunque puestos a creer en un Cristo prefabricado, preferiría imaginar el mío en lugar de que otros lo imaginen por mí; crear mi propio modelo, uno más humano que me sirviera para vivir, un hombre que me muestre cómo llegar a lo mejor de mí porque él ya hizo lo propio para sí. ¿No creen? —El profesor era capaz de transformar una simple clase de historia en una auténtica reflexión mística, pero dándose cuenta de que se alejaba de lo que intentaba compartir, sonrió y dijo moviendo las manos—: Vale, vale, esto no es una clase de religión, lo sé. Es que yo estudiaba para cura, ya

lo saben, e incluso llegué a ordenarme sacerdote, aunque les seré sincero, llevé poco tiempo la sotana. No me queda bien el negro. El Opus Dei me tenía bien comido el coco hasta que desperté, pero no quiero ser malo: aún tengo grandes amigos allí; mucha gente que cree en lo que hace. Así son las creencias, a veces nos separan y otras nos unen, pero al fin y al cabo solo son programaciones que hemos heredado, nada más. Por suerte, el corazón no engaña. —Y miró al auditorio asintiendo—. Sí, sí, damas y caballeros, han oído bien. He dicho el corazón. Como ven, no soy tan malo como algunos me pintan —dijo en alusión a las fuertes críticas que recibía a veces por parte de algunos representantes del Opus Dei y la Iglesia católica.

Paseó delante de la imagen del Cristo crucificado de Velázquez unos instantes mientras dejaba que el murmullo de la sala se aquietara, y empezó a hablar de nuevo.

—A partir de ahora dejaremos de dar rodeos y entraremos de lleno en materia. Miren esta pintura atentamente y reflexionen unos instantes: sin ese señor ahí crucificado la Iglesia católica no tendría negocio alguno y nosotros, obviamente, no tendríamos tema para hoy. —Y sonrió mientras se volvía hacia el púlpito para rebuscar entre sus papeles—. Hablemos con seriedad ahora. Piensen por un momento qué sucedería si demostramos que Jesús de Nazaret, ese modelo que tan bien nos han vendido, no existió jamás, que no nació de una Virgen, que jamás fue crucificado, muerto en la cruz ni resucitado al tercer día. ¿No creen entonces que la Iglesia que hoy conocemos y que ha sustentado sus fundamentos en esta figura, según ellos, histórica..., se derrumbaría? ¿Entienden de lo que estamos hablando? —Calló durante unos segundos y luego continuó—. No tengo tiempo de exponer en solo una hora todo lo que sé al respecto, pero haré lo que pueda, aunque les invito a comprar mi último libro, en el que recojo a modo de resumen el conjunto de mis conclusiones. Ah, y por favor, no me pidan autógrafos al final de la charla. Dejen eso para sus ídolos del rock. —Algunos rieron; otros comentaban por lo bajo. Entonces pasó a la imagen siguiente—. No existen fuentes históricas que certifiquen la existencia de Jesús. Eso

ya huele mal, ¿no creen? ¿Por qué los historiadores de la época no hablan de Jesús de Nazaret? Tal vez sea porque Nazaret no existía en aquel entonces, hasta que el Vaticano se lo inventó en el siglo V. Compruébenlo ustedes mismos. Tampoco existía una provincia llamada Galilea en el siglo I ni antes de este. Nos han estado engañando, señoras y señores, o deberíamos ser más exactos y admitir que nos hemos dejado engañar como las ovejas a las que llevan a pastar, contentas mientras tengan hierba sin saber que un día acabarán en el matadero.

Entre el público, en el centro de la sala, se encontraba Javier Pérez Barba, un hombre que apenas cruzaba el ecuador de los cuarenta, aunque debido a su prematura alopecia y a su semblante algo desgastado, aparentaba estar más cerca de los cincuenta. Javier tomaba notas al mismo tiempo que observaba a su alrededor, como si intuyera que alguien lo vigilaba. Volvía la cabeza hacia atrás de vez en cuando, aprovechando los momentos en los que el profesor Riba contaba alguna gracia. Parecía tenso y preocupado. Algunas personas levantaron la mano para hacer preguntas aprovechando que el profesor llenaba de nuevo su vaso de agua. Pero Antonio Riba no estaba dispuesto a ser interrumpido durante su controvertida exposición.

—Al final, si hay tiempo, les contesto; si no, lean mi libro. Espero poder terminar esta charla sin tener que ir al baño a media conferencia. Aquí hace tanto calor que no puedo dejar de beber agua. Eso es exactamente lo que ocurre cuando te das cuenta de que lo que te han contado es una farsa: no puedes dejar de escarbar y escarbar hasta encontrar la verdad. —Antonio Riba se frotó ligeramente las manos mientras aparecía en la pantalla una imagen de las pirámides de Keops, Kefrén y Micerinos. Señaló la imagen y continuó—. Damas y caballeros, bienvenidos a Egipto, la verdadera cuna de nuestra civilización. De aquí bebieron los griegos aunque no se nos cuente la verdad de todo ello. Ya ven, nos han colado tantos goles que solo podemos rescatar la verdad por nosotros mismos uniendo las pruebas que han quedado a la vista a lo largo y ancho del planeta. Miren estas pirámides, aparentemente

cámaras mortuorias construidas por esclavos... ¡Ja! Una civilización increíble aparecida de la nada con una tecnología impresionante incluso para nosotros. ¿Fueron los antiguos egipcios los responsables de esta maravilla y del gran conocimiento que albergaban, o heredaron todo aquello de una civilización anterior a ellos, anterior al Diluvio? —El profesor se quedó callado, miró al auditorio de forma teatral y añadió—: No me dirán que aún se creen que los esclavos construyeron las pirámides subiendo piedras, pues ni en el siglo XXI, con toda nuestra tecnología, sabemos cómo hacerlo. Cuántas cosas por descubrir, ¿no creen? ¿Sabían que hay pirámides por todo el mundo, incluido en China? ¿Creen que había faraones allí también? ¿De dónde les parece que vienen las tradiciones, los mitos, las leyendas? ¿De dónde procede tanta información? Tal vez se repite de civilización en civilización.

Una de las características del profesor Riba era la de saltar de un tema a otro recuperando más tarde el hilo, sin que aquello afectara a la claridad de su discurso. Avanzó unos pasos de nuevo hacia el público y dijo:

—¿Sabían que en el año 3.000 a.C. el faraón de Egipto era considerado hijo de dios, al igual que Jesús? ¿Sabían que para los egipcios el faraón era a la vez humano y divino, y que su concepción también fue anunciada a su madre? Exacto, igual que Jesús. En Egipto, el faraón mediaba entre dios y los hombres además de resucitar y ascender a los cielos, como en el caso de Jesús. ¿No les parece interesante?

Javier Pérez seguía levantando la cabeza con nerviosismo mientras escudriñaba el auditorio con signos de preocupación en la mirada. No era fácil tomar notas y prestar atención a lo que decía el profesor mientras vigilaba a los que tenía a su alrededor. La mujer que se sentaba a su izquierda parecía estar a punto de perder los nervios ante tanta inquietud. A Javier no le importaba mucho la opinión que tuvieran sus vecinos de asiento y no dejaba de girar la cabeza hacia ambos lados una y otra vez. De pronto pareció ver a alguien al final de la sala, de pie junto a la puerta de entrada. Era un hombre rubio de larga cabellera. Sí, era él. El hombre, vestido con su

habitual traje oscuro, lo observaba con una sonrisa. Javier fijó su mirada en aquel personaje de aspecto nórdico que parecía retarlo desde la entrada del auditorio y entonces comenzó a escribir un mensaje a su hermana a través del teléfono móvil: «Ahí está, justo en la entrada». Ana estaba sentada estratégicamente en las últimas filas, muy cerca de la puerta de acceso a la sala. Cuando recibió el mensaje, se giró buscando al hombre que durante las últimas semanas había estado siguiendo a su hermano, pero allí no había nadie. Respondió al mensaje con otro que decía: «No veo a nadie». Javier miró de nuevo hacia la puerta de entrada: efectivamente, el hombre ya no estaba allí. Sin embargo, al instante se dio cuenta de que no había desaparecido: aquel misterioso personaje lo seguía observando desde fuera de la sala a través de la ventana de la puerta. Javier pidió a su hermana a través de otro mensaje que se levantara disimuladamente y se dirigiera a la puerta de salida, como si quisiera ir al baño. Ana Pérez Barba se levantó e hizo lo que su hermano le indicaba, pero al llegar a la puerta no encontró a nadie. Fue al vestíbulo y echó una ojeada, pero allí no había ni rastro del hombre de rubia cabellera del que tanto le había hablado Javier. En el interior de la sala, su hermano se había levantado de su asiento y se había dirigido lo más deprisa que había podido hacia el pasillo central mientras sorteaba las piernas de los que le cerraban el paso.

—Seguro que es algún católico ofendido —dijo un joven en voz baja a sus amigos.

Una chica que iba con aquel grupo de estudiantes respondió elevando la voz:

—Oye, yo soy católica y no me voy. Puede que simplemente vaya al baño.

Antonio Riba acalló los murmullos con una nueva diapositiva que representaba a Jesús resucitado mostrando toda su gloria.

—Miren esta imagen —siguió diciendo el profesor—, lean en su simbología. Es solamente un modelo arquetípico solar

representado y adaptado a una época, como lo fueron los dioses y héroes de la antigüedad. Si desean creer en él, si les conviene abrazar un espejo como este, un modelo que dé luz a su camino, abracen los valores que ustedes sienten que esta figura representa, pero no crean que es alguien superior ni separado de ustedes, porque uno ve fuera lo que dentro ya es. No dejen que ninguna Iglesia les diga qué deben creer. Nadie puede mediar entre lo divino y ustedes mejor que su propio corazón.

Cuando Antonio calló, la sala se quedó muda. El giro que el profesor había dado a su discurso había calado en lo más hondo de las almas de los asistentes. Aquellos eran los momentos de lucidez que a Alicia, la hija del profesor Riba, tanto le gustaban de su padre, cuando se salía de la mente y se iba, aunque fuera tan solo un instante, a vivir desde el corazón. En el auditorio había muchas personas que habían recibido una educación católica y que estaban allí porque buscaban la verdad, tal vez con la esperanza de que al encontrarla darían también con el camino que diera sentido a su espiritualidad lejos de toda manipulación y mentira.

Capítulo 2

Bajo el influjo del sexto sol

Javier había salido de la sala y buscaba pistas que le indicaran dónde podía haberse escondido aquel hombre. Estaba seguro de que seguía allí, en algún lugar del recinto. Había mirado en el baño de caballeros e incluso en el de mujeres. También entre las cortinas y bajo las mesas, pero no había ni rastro del nórdico de larga cabellera. Cuando se acercó a su hermana, esta le daba las gracias a Montserrat, la encargada del recinto. Ana miró a su hermano y negó con la cabeza.

—Nadie lo ha visto, Javier. ¿Seguro que había alguien allí? —Javier frunció el ceño como habitualmente hacía cuando se sentía cuestionado por su hermana.

—Ese tipo me sigue desde hace semanas y lo único que hace es sonreír como un idiota hasta que salgo tras de él…

—…Y entonces se esfuma —le interrumpió Ana—. Ya conozco la historia.

—Te juro que estaba allí —decía mientras negaba con la cabeza—. No estoy loco. Malditos cabrones cobardes. No me

dejarán tranquilo jamás. Seguro que es uno de ellos. ¿Qué es lo que te ha dicho esa mujer, la tal Montserrat?

—Ni el vigilante ni ella vieron entrar o salir a nadie, hermanito —dijo mientras guardaba el móvil dentro de su bolso.

Javier se quedó en silencio y empezó a trazar una nueva teoría:

—Veamos, aquí hay algo que se nos escapa. No puede ser tan rápido y sutil. Tal vez no sea de este mundo.

—Javier, no jodas —le dijo Ana mirándolo fijamente—. Ahora me dirás que tu perseguidor invisible es un fantasma. Mira, yo he accedido una vez más a ayudarte en tus cosas, pero no quiero ser cómplice de tus neurosis. Estás delante de alguien que entiende de estas cosas, soy terapeuta ¿recuerdas?, pero nunca escuchas lo que no te interesa. Deberías ir a terapia. Te puedo recomendar a una buena amiga de promoción que te puede ayudar mucho si te dejas.

—Ya estamos —contestó con un gesto despreciativo—. Me extrañaba a mí que no saliera la psicóloga otra vez a decirme cuán mal estoy. ¡Esa es la razón por la que no puedo contarte nada! ¡A la mínima empiezas con esos rollos! —gritó Javier cada vez más enfadado.

—Si me gritas me largo, hermanito, ya me conoces. A mí me hablas con respeto, ¿vale? Solo escuchas lo que te apetece y lo que no acaba siendo siempre motivo de enfrentamiento —razonó Ana mirando a su hermano a los ojos.

—Perdona, tienes razón. No debí gritarte. Lo siento. Ya sabes lo rápido que me caliento —dijo más sereno Javier.

Su hermana le tomó las manos y le dijo en un tono suave y cariñoso:

—Hermanito, estoy hablando muy en serio ahora, desde el corazón. Deberías plantearte seriamente si todo esto es fruto de tu imaginación.

En el fondo Javier estaba de acuerdo con lo que su hermana decía, aunque por otros motivos que no creía poder compartir con ella. Estaba bastante seguro de que Ana no le

creería. Javier sospechaba que aquel tipo de aspecto nórdico podía ser una imagen mental insertada en su cabeza por alguien que deseaba volverle loco. Sabía que los que mataron a su padre eran capaces de manipular la mente, pues contaban con la tecnología necesaria. No conocía sus rostros ni sus nombres, pero estaba convencido de su existencia. Eran los mismos que dirigían el planeta en la sombra, los que velaban para que nadie descubriera que la Tierra era una granja humana. No quiso decirle nada de esto a Ana. La muerte de su padre aún le afectaba demasíado. Mientras reflexionaba junto a la entrada del auditorio, vio por casualidad algo en el suelo que le llamó la atención; parecía un recorte de prensa y estaba justo donde había visto a su perseguidor por última vez. «Qué extraño. Tal vez tenga relación con él y es más real de lo que aparenta», pensó mientras recogía el recorte del suelo. Leyó atentamente esperando encontrar alguna pista sobre aquel fantasma que lo seguía a todas partes, pero solo se trataba de un artículo de arte, una entrevista a un pintor barcelonés llamado Miguel Claveras. «Puede habérsele caído a cualquiera», se dijo. Pensó en arrugarlo y echarlo a la papelera que descansaba junto a la puerta, pero decidió seguir su instinto una vez más, pese a que aquello careciera de sentido. Dobló dos veces el recorte de prensa y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta antes de que su hermana se diera cuenta.

Deseando no haberse perdido parte importante de lo que el profesor Riba estaba exponiendo, decidieron volver al auditorio. Javier quería hablar con el profesor al finalizar su conferencia, y como sabía que él solía escapar literalmente de todas sus ponencias, evitando el trato directo con el público, había previsto un plan; su hermana le ayudaría, como siempre. Entraron en el auditorio y se detuvieron junto a la puerta. En aquel momento, Antonio Riba trataba de demostrar que la Oración del Ciego, una oración egipcia encontrada en un pergamino datado del año 1000 a.C., era casi idéntica al Padrenuestro, creada según las Escrituras por el mismo Jesús. Comparaba ambas oraciones, frase por frase, para que los asistentes se dieran cuenta de que aquella oración era mucho más antigua y que el Padrenuestro solo era un plagio. Javier

trató varias veces de volver a su asiento, pues se había dejado la carpeta y la libreta llena de notas. Su hermana intentó convencerle para que se quedara con ella allí de pie hasta el final, pero debía recuperar sus notas y estar cerca del escenario para que el plan saliera bien. Deseaba que el profesor hiciera algún chiste, para aprovechar el momento y cruzar la sala hasta su asiento sin interrumpir o distraer al ponente, pero Antonio Riba parecía muy concentrado en lo suyo, ofreciendo datos y mostrando imágenes de forma seria y rigurosa. Javier no pudo frenar su impaciencia y decidió dirigirse a su asiento. Al llegar a la fila, trató de sortear de nuevo las piernas de todos los que estaban sentados.

—Perdón, perdone usted, disculpe.

Toda la sala podía ver y oír a Javier tratar de llegar a su asiento. Mientras, su hermana se tapaba la cara para no ver lo que intuía que iba a suceder. Efectivamente, ocurrió lo último que deseaba Javier. Antonio Riba detuvo un instante su exposición a la espera de que aquel personaje tomara asiento y dejara de interrumpirle. Una vez sentado, el profesor no dudó en fabricar una broma a su costa:

—Miren, aquí tienen la prueba de que todo lo que les digo es verdad. Alguien se fue indignado hace un rato por lo que yo estaba contando y ahora ha vuelto arrepentido al darse cuenta de que tengo razón. ¡Gracias, porque la verdad os hará libres! —gritó levantando sus manos mientras miraba a Javier, que hizo un tímido gesto en señal de disculpa.

Javier miró su enorme y deformada carpeta e hizo como que buscaba algo entre todas aquellas hojas que tenía dentro; era una forma de respirar la vergüenza que estaba sintiendo. El profesor siguió exponiendo un sinfín de pruebas que conectaban el mito de Cristo con el mundo egipcio; también habló de otras culturas e incluso de astrología. Javier escuchaba en silencio y de vez en cuando miraba hacia atrás, recordando aún la presencia de aquel misterioso vigilante. «Sé demasiado, demasiadas cosas que van contra sus intereses. Por eso me vigilan», pensó. Javier estaba empezando a convencerse de que su vida corría peligro. Aquellos documentos que here-

dó de su padre eran una responsabilidad muy peligrosa. Sabía que estaba jugando con fuego al haberlos escondido.

El profesor disfrutaba con su exposición, y el público, creyera en su discurso o no, también parecía pasarlo en grande. No era habitual que hubiera tanta gente un día entre semana en un horario como aquel. A pesar de que la mayoría eran estudiantes y jubilados, el profesor estaba encantado. Entre el público había una mujer muy creyente. Estaba muy indignada por lo que estaba oyendo, pero en lugar de irse, prefirió quedarse para tratar de convencer al profesor de su error. Intentaba interrumpirle en todo momento, pero Antonio Riba era gato viejo a la hora de esquivar ese tipo de situaciones y de cada interrupción creaba un momento gracioso que subía los colores de aquella seguidora de Jesús.

—Es mi mujer —dijo señalándola—. Siempre viene a mis charlas. Te dije que te quedaras en casa. No me deja hablar allí y pretende hacer lo mismo aquí, pero no lo permitiré.

El profesor caminaba por el escenario como un auténtico *showman*. En realidad, detrás de aquella apariencia teatral latía un corazón comprometido. Antonio Riba era todo un personaje. Su educación ya acompañó su particular forma de ver la vida. De niño siempre llevaba un rosario que apretaba entre sus manos cuando tenía miedo. Se lo había regalado su madre. Ella misma le había dicho que así podría protegerse del diablo y de todo el mal que el hombre albergaba en su interior desde el pecado original. Su padre, en cambio, era républicano y nunca estuvo de acuerdo con darle una educación católica, pero callaba porque amaba a su mujer y ya había luchado y perdido demasiado en la guerra. Lo que sí hacía era pasar todo el tiempo que podía al lado de su hijo, hablándole de libertad, de ideales y de la dignidad que representaba el llegar a ser, pura y simplemente, un ser humano consciente. Su padre le inculcó la necesidad de respuestas, de encontrar la verdad a pesar de lo que dijera el régimen establecido. Mientras su madre se encargaba de transmitirle la devoción religiosa, su padre le enseñaba a pensar por sí mismo. En sus años de universidad, durante su estancia en Roma, cuando además de

historia y lenguas antiguas estudiaba para ser sacerdote, el Opus Dei le brindó la posibilidad de pasar una temporada revisando libros antiguos en la Biblioteca del Vaticano. Allí fue donde el destino le llevó a conocer al padre Ricci, que poco a poco le fue guiando hasta algunos textos de riguroso contenido histórico que le llenaron de dudas. El padre Francesco Ricci era un hombre tan brillante como enigmático. A pesar de su avanzada edad, gozaba de una fuerza y vigor sorprendentes. Como descubriría más adelante el joven Antonio Riba, aquel sacerdote no era lo que aparentaba ser. Un día, en uno de sus encuentros secretos a los que tanto se había acostumbrado Antonio, el padre Ricci le confesó la razón de tanto hermetismo. Al parecer, aquel maestro del ocultismo dirigía una facción secreta de la Iglesia católica que trataba de acabar con el régimen actual. Su objetivo era devolver a aquella institución los originarios fundamentos cristianos. Aquel grupo nacido en el mismo corazón del Vaticano no creía en la Iglesia que aparentemente representaba. Conocedor de otra versión de la historia, tal vez más documentada por tener acceso a textos y pergaminos privados, deseaba hacer caer desde dentro a un gigante con pies de barro creado desde la oscuridad y la mentira.

Antonio Riba jamás olvidaría aquella tarde en el Vaticano, cuando se dio cuenta de que nadie parecía tener conocimiento de la existencia del anciano bibliotecario. A pesar de haberlo encontrado numerosas veces removiendo y catalogando algunos de aquellos libros, ninguno de los interinos sabía nada de él. Justo el día anterior a su misteriosa desaparición, aquel anciano vigoroso se había acercado a Antonio con media docena de libros y le había dicho en voz alta y clara:

—Estas son copias secretas de pergaminos que pertenecieron a la biblioteca de Alejandría. Te aseguro que en estas páginas hay más conocimiento que en cualquier libro que puedas encontrar. Si los revisas con atención descubrirás, además, que detrás de esta gran institución que nos sustenta a ti y a mí hay demasiadas mentiras como para que el mundo siga en la ignorancia.

Días después de su último encuentro lo había buscado en los lugares donde acostumbraban a encontrarse habitualmente, pero no había rastro alguno de aquel enigmático personaje, hasta que aquella tarde decidió ir a la biblioteca y preguntar por él. Era increíble que nadie lo conociera ni lo hubiera visto alguna vez. Al fin supo, indagando entre los más jóvenes, que corría el rumor de que el fantasma de un sabio anciano se aparecía ante algunas personas como si de un ángel se tratara. Lo llamaban «el guardián». Antonio recordaba cómo aquella noche, en la que apenas pudo dormir, recibió una nota de alguien que decía haberlo conocido. Cuando se vieron a solas en la capilla, aquel joven sacerdote le dijo que «el guardián» era en realidad el alma de Jesús, que moraba entre aquellas paredes para devolver al cristianismo su verdadero sentido. Antonio creyó que aquel hombre estaba desequilibrado, aunque sí despertó su fantasía y empezó a fabricar teorías respecto al padre Francesco Ricci. Dedujo entonces que quizá alguien lo había descubierto y asesinado. Aquello era lo más lógico para él. Empezaba a sospechar que detrás del Vaticano se movían turbios intereses y personas capaces de cualquier cosa con tal de preservar el poder. Cuando meses después volvió a España, se sentía afligido y derrotado. Todo en lo que había creído se derrumbaba. Sabía demasiadas cosas y ya no confiaba en la Iglesia católica. A pesar de su falta de fe, decidió ordenarse sacerdote con la esperanza de recuperarla con la ayuda de la sotana. Colgó los hábitos un año después, tras una fuerte crisis que lo llevó a decidir dejar el Opus Dei. Desde aquel instante, su verdadera motivación se centró en investigar y contrastar el origen de los Evangelios, la verdad sobre los fundamentos de la Iglesia y la figura histórica de Jesucristo. Aprendió demótico en la Sorbona para poder leer los textos originales y descubrir que los evangelistas copiaban o se inspiraban en los textos egipcios. Más adelante conoció a Mª Ángeles, la mujer que lo devolvió a la vida y con la que contrajo matrimonio. Alicia, su adorada hija y el tesoro más preciado de su existencia, era el fruto de aquella unión. Antonio Riba también supo aprovechar las oportunidades que le ofreció la vida y tuvo fortuna en algunos negocios en los

que había invertido gracias al consejo de buenos amigos que le ayudaron a prosperar. Ahora, sus publicaciones tenían éxito y sus seguidores eran cada vez más numerosos y entregados. Para vender más libros, su editorial lo presentaba al público como un ex sacerdote de la Iglesia católica, historiador, polémico y experto lingüista que había estudiado durante años los textos bíblicos y egipcios; una labor titánica que hoy reforzaba el caché del personaje en el que se había convertido.

Aquella misma mañana tenía lugar una reunión importante en algún lugar de Suiza, concretamente en una de las residencias de Ludwig Engel, un impresionante castillo alejado de los núcleos urbanos. Los asistentes eran casi todos europeos, aunque había un multimillonario norteamericano propietario de varias minas de oro en África, dos importantes hombres de negocios australianos, un grupo de rusos, un informático canadiense, una primera dama asiática y algún misterioso personaje de nacionalidad poco contrastada. El resto eran ingleses, alemanes o franceses, aunque asistía también un policía y ex militar español, un reconocido abogado de Bruselas, un asesor financiero italiano y una variada representación de militares y agentes de inteligencia, algunos de ellos ya retirados de sus cargos. Presidía aquella reunión el mismo Ludwig Engel, que dio la bienvenida a sus invitados mientras estos tomaban asiento tras dejar sus pertenencias en las habitaciones. Nadie conocía su edad. Tenía el aspecto de un hombre de unos sesenta y cinco años. El anfitrión iba como siempre, peinado hacia atrás y vestido con un traje; había sustituido la corbata por un pañuelo de seda que envolvía elegantemente su cuello. Pese al lujo que se respiraba al pasear por los salones de aquel esplendoroso castillo, el señor Engel tenía su residencia oficial en Alemania, cerca de la esplendorosa ciudad de Darmstadt. El personal que trabajaba para el multimillonario suizo y sus amigos de confianza decían de él que viajaba constantemente, día sí y día no. Solo algunos sabían hasta qué punto Ludwig Engel era uno de los hombres más influyentes del planeta. En las altas esferas se rumoreaba que su poder no solo era económico, político o social, sino también psíquico. Ninguno de los asistentes sabía muy bien si aquello era

realmente cierto, pero todos lo respetaban, pues sabían que su anfitrión era el principal responsable de todo lo que juntos estaban generando. Los asistentes conectaban entre ellos sobretodo a través de Internet y nunca se presentaban con su nombre real; usaban en cambio nombres clave para pasar desapercibidos y evitar ser descubiertos. Ludwig Engel era el único que no lo hacía, quizá porque su nombre ya era en sí mismo un disfraz bien armado.

Así pues, todos los asistentes tomaron asiento, las puertas se cerraron y el maestro de ceremonias se dispuso a hablar ante todos en un inglés excelente.

—Bienvenidos a este maravilloso castillo. No saben cuánto celebro que seamos tantos esta vez. —Contando a los miembros del equipo personal de Herr Engel, había al menos cien personas en aquel salón—. Excelente, parece que estamos todos. Ochenta y ocho invitados. Esos números suman siete, un número que representa el triunfo. Me gusta. Sabemos que muchos no se atrevieron a venir o no pudieron, pero estarán informados de todo lo que aquí decidamos —dijo el maestro de ceremonias y número uno de aquella extraña y clandestina organización—. Bien, vamos a empezar. Sabemos que el mundo tal y como lo conocemos está cambiando. Nosotros tenemos la suerte de estar en una situación privilegiada, aunque nada nos garantiza que los cambios que se avecinan puedan protegernos de todo lo que pueda ocurrir. Sabemos que los organismos oficiales poseen mecanismos que responden a los intereses de los que manejan este mundo. Aunque muchos de nosotros hemos salido favorecidos con estos mecanismos en el pasado, ha llegado el momento de llevar a cabo una profunda transformación. En mayor o menor medida, los aquí presentes podemos considerarnos afortunados. Ya sea por haber nacido en la familia adecuada, por habernos sabido proyectar de una forma beneficiosa o porque tuvimos buenos padrinos, no podemos negar que gozamos de ciertos privilegios que aprovechamos para nuestro beneficio personal y el de nuestras familias. Pero no estamos aquí para cuestionar si debemos o no usar el poder en beneficio propio; lo que sí vamos a tratar es la posibilidad de compartir ese beneficio con el res-

to de nuestra especie, sobre todo haciéndoles llegar el conocimiento que lo permita. Ahora la realidad es otra. Si estamos aquí es porque sabemos que podemos aprovechar nuestra posición privilegiada para impulsar los acontecimientos en esa dirección, esto es, para que no solo se vean favorecidos nuestros intereses, sino también los de la humanidad como colectivo. Una Humanidad de Conciencia está despertando; son claros los síntomas que lo manifiestan. A través de mi fundación hemos podido verificar numerosas mutaciones en los seres humanos, sutiles en el caso de sujetos aparentemente normales y más profundas en los que ya tienen tendencia a ir por delante en los procesos de despertar. Nacen cada vez más niños con tres hélices de ADN. Hay evidencias más que probadas de que un nuevo programa está siendo insertado en el disco duro colectivo, un programa que transforma poco a poco nuestra percepción de la realidad. No hablamos aquí de astrología ni de profecías. No hace falta. Muchos creían que en 2012 se acabaría el mundo o que alguien externo al ser humano vendría a salvarnos de nosotros mismos. Estamos despertando ahora del gran sueño en el que nos hemos sumergido. Cuando lo hagamos definitivamente, quizá descubramos un nuevo sueño en el que recordaremos que todos nosotros somos los creadores de nuestra experiencia vital. Observen los acontecimientos mundiales y comprenderán que ha llegado la hora de definirse. Tenemos dos opciones: podemos seguir mirando hacia otro lado y continuar aferrados y atrapados al juego de la bestia hasta que esta caiga y nos arrastre, o bien sumarnos al cambio abriendo nuestros corazones a un nuevo juego. Esta organización nació precisamente con este fin. Somos el virus del programa; un programa que definía hasta ahora cómo debía ser la realidad. Eso ya terminó. Somos la resistencia que nace del derecho a escoger libremente lo que queremos vivir y crear para nosotros; somos artistas capaces de reprogramar la realidad. Esa es nuestra verdadera misión. Hemos nacido dentro del corazón del programa para ser precisamente un faro de luz situado en las mismas entrañas de este oscuro túnel por el que la humanidad transita desde hace milenios. Todos nosotros gozamos de una situación privilegia-

da de poder, y dicha situación supone una enorme responsabilidad. Unir nuestras fuerzas en secreto, creando esta inmensa red que recorre todo el planeta, es lo que ahora nos permite llegar a todas las conciencias que poco a poco van abriendo los ojos. Entre los nuestros hay importantes economistas que están trazando planes para liberarnos del dinero-deuda, construyendo modelos económicos alternativos, abriendo nuevas posibilidades. Contamos con los mejores ingenieros, y estos están trabajando desde hace tiempo en proyectos de energía libre, algunos de ellos en Darmstadt, al sur de Alemania. Tenemos un sinfín de amigos, incluso en algunas familias reales, que están filtrando información para que a través de Internet la verdad se haga cada vez más evidente. Cada día somos más, damas y caballeros, cada vez hay más gente despierta ocupando puestos de responsabilidad, se lo garantizo. Cuando transitamos la fecha del 22 de diciembre de 2012, lo que ocurrió fue que simplemente traspasamos el punto de inflexión a partir del cual el programa pasó a su fase de ejecución. Estamos en pleno despegue. El sol de Alción no se detendrá. Está enviando información que nuestro sol nos filtra. Nuestras células están recibiendo esa luz. Espero que esta reunión sirva para reforzar algunos puntos y contrastar informaciones de crucial importancia para asegurar nuestro posicionamiento en el mundo. Sabemos también el riesgo que corremos. De ser descubiertos, muchos de nosotros podríamos ser acusados de alta traición, sobre todo los que pertenecen al estamento militar. Por eso es importante la discreción. También tenemos la suerte de contar con los mejores abogados trabajando para proteger nuestros intereses, unos intereses que son ahora más que nunca los del grueso de una humanidad que en esta y en las próximas generaciones irá accediendo a su memoria colectiva como especie. Sabemos que muchos de ustedes no comparten las pruebas que demuestran que existe un gobierno secreto detrás de las familias y grupos que mueven los hilos del mundo. Es posible que tampoco estén de acuerdo en que hay una clara intención genocida para reducir el número de la población mundial y un plan para evitar que los nuevos niños que nacen en la Tierra se desarrollen de acuerdo a la in-

formación que traen dentro. También sabemos que algunos de ustedes no creen que son entidades de la cuarta dimensión las que manejan nuestro mundo, usando estructuras humanas para implantar un programa de vida que favorezca su necesidad de alimentarse de la energía que emiten nuestros pensamientos y emociones de baja frecuencia. Yo solo puedo decirles lo que sé. No pretendo que los más escépticos me crean, pero muchos ya conocen mi procedencia. Yo he estado en los círculos donde todo esto se maneja a diario y me consta que no es una invención. No pretendo que con estas corroboraciones nuestra atención se cultive en el miedo. Todo lo contrario. Sabemos que nuestra especie tiene un gran potencial y confiamos en nuestro poder para transformar este mundo en nuestro Cielo, si es que ya no lo es, aquí y ahora. No se trata entonces de someterse a la bestia ni de luchar contra ella. Podemos convertirla en nuestro aliado, al menos en apariencia. Hacerlo implica despertarnos aquí mismo, en el interior de este programa que creemos nuestra vida; despertarnos y despertar a los que nutren cada día esta mentira de forma inconsciente. Comprendan que esa bestia somos en realidad nosotros mismos cuando estamos dormidos, cuando desde la amnesia no somos conscientes de nuestra luz, de nuestro poder y potencial. —Herr Engel hizo una breve pausa y luego continuó—: Damas y caballeros, despertemos la coherencia a partir de nuestras propias acciones, pensamientos y emociones, y despertaremos al mundo. Este es el camino.

Muchos aplaudieron, pero el maestro de ceremonias todavía no había terminado. Pidió silencio con sus manos y continuó hablando:

—Les aseguro que hay una clara intención de llevarnos, a través de una globalización envuelta y servida con los valores de la unidad y la igualdad, a la constitución oficial de un gobierno y un ejército mundiales que les daría el absoluto control sobre la población. Ese control en el plano físico tiene su origen en el control de las voluntades, esto es, en el plano psíquico. A algunos de ustedes les resulta difícil creer que detrás de intereses económicos y políticos existen móviles religiosos que responden a una descarada manipulación por parte

de estas entidades y razas de cuarta dimensión que, a través del miedo y la desconexión, tienen atrapado al planeta desde nuestro inconsciente colectivo. No olviden que nuestras creaciones mentales son poderosas y toman vida propia. Nos identificamos con ellas hasta dejarnos parasitar. Muchos de nosotros estamos convencidos de que esta es la manera de poseernos. En mayor o menor grado, nuestra cotidianidad está bañada de rituales integrados y disfrazados de tradiciones, necesidades sociales y burocracia que apoyan nuestras neurosis. Las guerras son rituales en los que se sacrifican muchas vidas. Admitimos la barbarie de forma inconsciente cuando la vemos en las noticias y no creemos poder hacer nada para evitarla porque estamos cediendo nuestro poder creador a algo externo. Es una forma de programación constante la que somete nuestras voluntades; una ingeniería social perfectamente planificada para anular nuestra creatividad, nuestra naturaleza saludable y equilibrada. Consiguen que pensemos, que deseemos y que sintamos lo que ellos quieren. Usan ondas y frecuencias que los favorecen y tratan de mantenernos en ellas. Ellos representan al diablo que nos separa de la voluntad divina, que nos atrapa como una gran cadena al programa del olvido, de la amnesia, de la ignorancia con respecto a lo grandes que somos. Ese es el pecado original que pasamos de padres a hijos: olvidar que somos Hombres y Mujeres Conscientes, que podemos elegir nuestra propia existencia. A niveles totalmente inconscientes, todavía seguimos anclados creando un juego dual donde el diablo es el que nos manipula y un dios padre el que nos protege y dice lo que debemos hacer. Pero ha llegado la hora de tomar las riendas. Dejemos de proyectarnos de forma neurótica en la dualidad y sanemos nuestras propias heridas reconociendo que somos a la vez el dios y el diablo peleando dentro de cada uno de nosotros.

La presencia de Ludwig Engel era imponente. Mientras hablaba, en una de las estancias de aquel majestuoso castillo, alguien veía lo que ocurría a través de las cámaras de seguridad escondidas en la sala de reuniones. Sentado en una butaca roja, aquel misterioso personaje observaba la pantalla de un gran televisor mientras sostenía entre sus manos un me-

dallón de oro. Sus dedos lo acariciaban con solemnidad mientras sus ojos fijaban su atención en lo que ocurría en aquel encuentro privado. En el salón principal, la reunión seguía su curso y Ludwig Engel comenzaba de nuevo:

—En mi fundación hemos creado programas para recuperar memoria celular. Algunos de ellos son muy innovadores y se basan en la forma de usar nuestra capacidad de imaginar. Pueden utilizarse como medios de reprogramación individual y colectiva. También estamos usando el arte y técnicas de sugestión, como hacen ellos con la publicidad y todo aquello que trata de manipularnos a niveles inconscientes. Hemos descubierto que podemos aprovechar el mismo conocimiento de una manera constructiva de forma que nos beneficie.

Cuando Herr Engel terminó de hablar, unos cuantos murmullos llenaron la sala. Uno de los asistentes dijo en voz bien alta para que todos lo oyeran:

—Querido señor Engel, con todos mis respetos y sin ánimo de ofender, yo no puedo creer en esas cosas, lo siento. Solo sé que el sistema económico está colapsado y creo que deberíamos centrarnos en las alternativas reales y dejar la superstición a un lado.

Un hombre grueso de aspecto serio se levantó de su silla de repente y tomó la palabra.

—Yo sí creo lo que cuentan los informes. Tengo amigos en la cúpula militar de diversos países y sé de la existencia de un pacto entre los que manejan el cotarro y extraterrestres de nivel inferior que lo único que desean es manipular al ser humano en su beneficio. Nos vendieron a cambio de un montón de tecnología que los hace más ricos y poderosos cada día. Todo el mundo sabe ya que los nazis construyeron prototipos OVNI en sus bases de la Antártida. Es evidente que aquella tecnología fue vía Vaticano directamente hacia Washington. Señor Engel, le agradezco su despliegue de franqueza. Sabemos que usted es probablemente uno de los que más se está exponiendo. Yo sí creo lo que dice con respecto a la manipulación a la que nos someten desde la cuarta dimensión. Quien

no lo quiera ver, que no lo haga. Pero a mí lo que de verdad me preocupa es perderme en teorías que me puedan alejar del mundo con el que interactuamos cada día. Siento que allí está, como bien interpreto en la intención de su discurso, la clave de todo. Nuestro verdadero objetivo es generar un despertar masivo e incluso acelerarlo si cabe. Es obvio que para lograrlo, debemos permanecer unidos, independientemente de las creencias personales, porque solo la unión desde el respeto a la inquietud de cada individuo nos llevará a buen puerto. Se avecinan tiempos de incertidumbre al margen de fechas y profecías; para mí estas siempre fueron simbólicas y muchas de ellas fueron usadas para generar miedo y descrédito. Me parece bien que neutralicemos la tecnología que ellos han desarrollado para manipular a la población y que la utilicemos para contrarrestar el desequilibrio que genera. Está claro que debemos apostar por que cada ser humano recupere su poder personal. De todas formas, me temo que hacerlo desde nuestra influencia sin su consentimiento consciente sería en realidad no respetar su libre albedrío, y eso me crea dudas. Es solo una opinión. Muchas gracias.

El que acababa de intervenir era un miembro muy respetado dentro de aquella organización. Tenía amigos importantes y había sido el encargado de la seguridad de algunos reyes y presidentes en su juventud. Una mujer pidió la palabra. Era una contactada, la primera dama de un poderoso país asiático. Habló en un inglés perfecto.

—Muchos saben que fueron los andromedanos y más tarde los pleyadianos los que contactaron conmigo. Ellos y otras razas que nos asisten desde el respeto a nuestro libre albedrío son verdaderos ángeles para la humanidad encarnada. Desde los mundos sutiles que tan bien manejan, se encargan ya de compensar con su frecuencia nuestra rueda de pensamiento. Su intención es la de procurar que pensemos e imaginemos desde el corazón, donde somos seres totalmente integrados. Desde la frecuencia de amor nada puede manipular nuestras emociones. Ellos me han dicho que hay un gran plan detrás de todo esto. Nosotros solo vemos la consecuencia en el programa de vida. Todos estamos unidos por un hilo invisible.

Ellos también son parte de nosotros, y al igual que otras muchas razas, están implicados en la tarea de ayudarnos. Me han dicho que tratan de intervenir en nuestro favor respetando nuestro propio ritmo dentro del proceso. Quisiera decir que estoy a favor de la intervención que protege al que está dormido tratando de devolverlo a su estado esencial. Eso para mí no es manipulación, sino ayuda e inspiración. Eso es lo que creo que pretendemos hacer todos nosotros desde esta hermandad y no me parece que sea algo ilícito.

En ese momento, un hombre de aspecto tímido se levantó de su asiento y en un inglés con un marcado acento italiano pidió la palabra.

—Soy uno de los principales guardianes de los secretos del Vaticano. Arriesgo mucho estando aquí en persona. Quería recordar a los presentes las palabras del señor Engel al principio de nuestra reunión. Es importante que grabemos en nuestra memoria que no estamos luchando contra un monstruo sino más bien contra nosotros mismos; no debemos olvidar esto cuando salgamos de aquí. Nuestra sombra es la que se proyecta desde nuestro inconsciente colectivo generando el juego que muchos quieren destruir. Sé que para crear algo nuevo deben caer estructuras, pero ser destructores del sistema que atrapa a la humanidad en una cárcel de ilusiones no es generar una guerra contra una oscuridad que es la propia. Más bien apuesto por encender esa luz de la que hablaba nuestro número uno. La luz devuelve la visión, y gracias a ella todo se restablece por sí mismo, dentro de cada ser humano y, en consecuencia, fuera de él. Ya sabemos que la guerra entre la luz y la oscuridad es una gran trampa. —El hombre respiró unos segundos. Parecía emocionado. Luego añadió—: Yo represento a un amplio grupo que, desde dentro de la Iglesia católica, trata de derrumbar las estructuras que limitan conceptos y libertades. Y lo hacemos filtrando la verdad; por eso estoy aquí. Evitamos pelear contra otro bando, pese a que es evidente ante nuestros ojos que hay otro bando y que este es oscuro y tenebroso. No olvidéis que en todas las partes de este juego se refleja la dualidad. No carguemos, pues, contra instituciones o personas; dediquemos nuestra energía a con-

cretar lo que podemos hacer para ayudar a que cada ser humano despierte al nuevo paradigma y todo sucederá de forma natural y espontánea.

Aquella reunión duraría un par de días y en ella se tocarían un sinfín de temas. Tras las resoluciones y conclusiones, se redactaría un informe que viajaría en forma cifrada a través de Internet a una página web con contraseña privada, blindada por algunos de los mejores *hackers* al servicio de la «resistencia». Así se llamaban entre ellos, aunque la web que los encubría tenía otro nombre: «Under the influence of the sixth sun», o «Bajo el influjo del sexto sol», dependiendo de si se accedía a ella en inglés o en español. Una vez estuviera la información en la Red, los miembros de la «resistencia» podrían acceder a ella y saber cómo estaban las cosas y hacia dónde se dirigían los acontecimientos.

Desde aquella habitación privada, sentado sobre la butaca roja, el misterioso personaje seguía acariciando su medallón dorado mientras observaba cómo la luz del sol doraba la superficie del lago a través de los inmensos ventanales del majestuoso castillo de Herr Engel. No parecía atender ahora a lo que ocurría en la reunión. El sonido del televisor parecía difuminarse en su mente. Estaba de viaje, muy lejos de allí, en algún lugar donde las realidades se cruzan. Sus ojos cerrados lo adentraban en un mundo sin límites donde no hacían falta las máscaras. Allí sentía una felicidad plena, mientras sus dedos acariciaban aquel medallón que le recordaba quién era en realidad. Aquella joya de oro era mucho más que un amuleto, tal vez por eso jamás se separaba de él. Sus dedos recorrían el relieve de la Flor de la Vida que había grabada en una de las caras, mientras la otra quedaba oculta bajo su piel. Allí descansaba la clave del asentamiento del alma, la llave hacia el poder del ser humano. Era una palabra griega dispuesta en medio del vacío: *συνείδησις*.

Había pasadizos secretos no solo dentro de aquel castillo, sino también en las demás residencias que Herr Engel había comprado durante varios años, sobre todo en la de Darmstadt, en Alemania. El misterioso personaje sin rostro guardó el

medallón en uno de sus bolsillos. Apretó un botón escondido tras una repisa y se abrió una puerta ante él. Bajó las escaleras y tomó un pasaje secreto que lo llevaría al lugar donde se escondía su automóvil. Aquel era su juego, el que había elegido, y estaba dispuesto a jugar hasta las últimas consecuencias. No era un hombre común y aunque apenas nadie tenía conocimiento de su existencia, él era el cerebro y el verdadero artífice de todo aquello que se perpetraba desde el imperio de aquel magnate reconocido por todos como Herr Engel.

En Barcelona, Antonio Riba tenía la sala completamente entregada. El profesor estaba comparando textos egipcios con el Nuevo Testamento; eran casi iguales: la anunciación de María, la huida de Egipto, la discusión del Jesús niño con los sabios del templo, el milagro de convertir el agua de seis jarras en vino, el milagro de los panes y los peces, caminar sobre las aguas... Las diapositivas pasaban una detrás de otra hasta que se terminó el tiempo. Entonces Antonio Riba pidió disculpas por no abrir una rueda de preguntas. No acostumbraba a responder cuestiones en directo. No le apetecía. Él exponía sus argumentos y luego desaparecía. Para eso escribía sus libros tan bien documentados, para no tener que entrar en debates. Tras un generoso aplauso del público asistente y mientras introducía sus papeles en una aparatosa cartera negra con asas, añadió:

—Damas y caballeros, espero que todo esto que hemos compartido les invite a reflexionar. No olviden que en mi último libro lo tienen todo, especialmente la demostración documentada de que la vida de Jesucristo que se describe en los Evangelios es una réplica de escritos egipcios (algunos de una antigüedad de 3.000 años) que se refieren a dioses y a faraones divinizados. Yo mismo traduje los textos. —La gente empezaba a recoger sus cosas y entonces el profesor añadió—: Les daré un último regalo antes de irme: Osiris, el dios del trigo, al morir todos los años permitía que los egipcios se alimentaran de su cuerpo, que no era otra cosa que el pan. En los Textos de las Pirámides también se llama al mismo Osiris «el señor del vino», porque da de beber a Isis el cáliz de su sangre para que ella lo recuerde después de su muerte. —Y

mirando al auditorio por última vez, dijo—: ¿Quién nos contó que la eucaristía la inventó un tal Jesús en el año I?... Quien tenga oídos, que oiga. Buenas tardes. —Y mientras una parte del público aplaudía de nuevo, Antonio Riba salió por la puerta que había junto al escenario. Javier se levantó como un rayo y bajó por el auditorio en dirección contraria a los que abandonaban la sala, incluida su hermana, que salía con los demás asistentes. Javier subió al escenario con brío, recordando sus tiempos de atleta, abrió la puerta por la que el profesor había dejado la sala y desapareció tratando de alcanzarlo. Unos minutos después y tras una larga carrera, salió del edificio y llegó a la calle. No había rastro de Antonio Riba.

—Vaya —dijo pensando en voz alta—, hoy no tengo el día.

Capítulo 3

La manifestación de lo sutil

Javier dejó su abultada carpeta sobre la acera y sacó un cigarrillo mientras esperaba a su hermana Ana, que apareció a toda prisa. Al ver a su hermano con el cigarrillo en la mano, comprendió que algo no había salido según sus planes.

—¿Lo perdiste?

—No sirvo para perseguir gente, ya sabes. No sé dónde se habrá metido. Quizá a este también me lo invento yo —dijo irónicamente. Su hermana lo miró mientras dejaba escapar una ligera mueca—. Además de la puerta principal, este auditorio solo tiene esta otra y te aseguro que fui muy deprisa. No lo entiendo, chica. Supongo que esto me pasa por no haber ido directamente a hablar con él. Vaya mañanita la que te estoy dando hoy, ¿verdad? —dijo mirando a su hermana. Ella le devolvió una mirada cargada de ternura.

Ana y Javier Pérez Barba siempre habían estado muy unidos. Javier estaba en la recta final de la carrera de periodismo cuando aquel accidente acabó con la vida del padre de

ambos. Javier estaba convencido, tras leer los diarios de su padre, que aquello había sido un asesinato en toda regla y se obsesionó en continuar su labor desde un blog en Internet, a pesar del riesgo al que él mismo creía exponerse. Intentó que la policía investigara pero cerraron el caso. A Javier aparentemente no le interesaba tener mujer, hijos ni pareja estable, aunque en realidad aquello era lo que desde lo más profundo de su ser anhelaba. El sentido de su vida lo encontraba en su labor de investigación y ese blog, además de la informática, una pasión que lo mantenía económicamente a flote. Era un verdadero *hacker* aficionado, capaz de cosas increíbles con un ordenador en las manos. Tenía clientes fijos que lo llamaban cuando tenían algún problema informático. Ana lo adoraba y estaba más tranquila colaborando con él en algunas de sus investigaciones. Temía dejarlo solo, sobre todo debido a la manía persecutoria que sufría. Ana veía a su mellizo profundamente solo. Parecía vivir más la vida de su padre que la suya propia; estaba dispuesto a destapar la verdad de cualquier cosa y llegar siempre hasta las últimas consecuencias, como si tuviera algo pendiente con su fallecido progenitor. Aquella chica morena, de mirada dulce y ropa elegante, era una mujer resolutiva. Además de profesora de yoga, era psicóloga y terapeuta *gestalt*. Cuando quedaron huérfanos, ella prometió a Javier que lo ayudaría en todo lo que necesitara, incluido en lo referente a descubrir qué había detrás de la muerte de su padre. Eso significó para ella no poder hacer bien el duelo. Su padre lo había sido todo para aquella chica sensible de apariencia segura y firme. Ella siempre lo había admirado y necesitado con toda su alma. Andrés había sido un padre volcado siempre en su trabajo. Apenas aparecía por casa hasta que la madre de los mellizos se hartó y decidió separarse. Desde aquel momento aún lo vieron menos. Venía a visitarlos de forma irregular cargado de regalos, como si aquel gesto pudiera llenar el vacío causado por su ausencia. Ana era consciente de que proyectaba en los hombres al padre que jamás pudo disfrutar. Miraba a Javier y veía en él a un espejo. Javier también buscaba a su padre, aunque de otra manera. Se estaba convirtiendo en alguien como él. Ana salió de su ensimismamien-

to. Su hermano buscaba nervioso en el bolsillo de la chaqueta el paquete de tabaco. Estaba impaciente por ir a comer, convencido de que habían perdido al doctor Riba.

—Cuando uno no tiene el día, lo mejor es reconocerlo. Así es la vida —dijo Javier.

Ana lo sorprendió pidiéndole que esperara solo unos segundos más. Estaba convencida de que el profesor saldría tarde o temprano por aquella puerta. Alberto Riba era de carne y hueso, y lo más probable es que a su edad hubiera necesitado ir al baño después de haber estado una hora bebiendo agua sin parar bajo aquellos focos sofocantes. Así se lo hizo saber a su hermano:

—Quizá fue al baño al salir y le dio el apretón. Si es así, aparecerá por esa puerta cuando menos lo esperemos.

Javier la miró de soslayo mientras su hermana reía pícaramente observando como Javier encendía el pitillo entre sus manos dando nerviosas caladas. Aquel periodista autodidacta conocía las intuiciones de su hermana melliza, pero aquello era, desde su punto de vista, rizar el rizo. Tiró el cigarro recién encendido al suelo y lo pisó diciendo:

—Mejor nos vamos a tomar unas tapas, que no he desayunado y estoy hambriento. Lo del apretón no cuela hermanita. Este tío se ha largado sin mear y sin cagar, te lo digo yo.

Fue terminar de hablar y de repente se abrió la puerta. Javier miró a su hermana con sorpresa mientras ella le guiñaba un ojo. Allí estaba Antonio Riba, con su enorme cartera en la mano y la vista puesta al final de la calle. Salió rápidamente con la clara intención de tomar un taxi. Javier se puso en su camino y le dijo:

—Qué suerte he tenido. Benditas sean las necesidades fisiológicas. Creí que se me había escapado. Soy Javier Pérez Barba y necesito hablar con usted. La conferencia ha sido genial, pero tengo datos acerca de la figura de Cristo que le sorprenderán.

—Si no me equivoco, usted es el joven que me interrumpió a media conferencia. Si usted hubiera estado atento a mi charla —dijo con cara de pocos amigos—, sabría que no respondo preguntas cuando termino mis exposiciones. Y ahora, si me lo permite, deseo tomar ese taxi.

El profesor empezó a caminar rápidamente, pero Javier era insistente y corrió detrás de él mientras decía:

—Señor, comprendo que tal vez lo estoy importunando, pero créame, esto es importante. No soy un cualquiera. Llevo media vida investigando como usted muchas cosas y es imprescindible que comparta con usted algunas de ellas. Mi padre también investigaba la vida de Jesús, la verdadera vida. Le pido tan solo cinco minutos.

Justo en aquel momento alguien tomó el taxi que Antonio Riba parecía desear alcanzar. El profesor dejó salir un bufido más propio de un caballo que de una persona humana. Había quedado con su hija para comer y llegaba tarde. Casualidades de la vida, en ese mismo instante sonó su teléfono móvil. El profesor hizo un gesto de resignación al ver que era su hija Alicia quien llamaba. Se detuvo y descolgó el teléfono mientras pedía silencio a Javier, que trataba de presentarse de forma más ortodoxa:

—Como le dije, me llamo Javier y soy hijo de Antonio Pérez, el investigador y locutor de radio.

Aquel hábil gesto dejó al profesor en silencio unos segundos mientras, al otro lado del auricular, su hija lo reclamaba:

—¿Papá? ¿Papá?, ¿estás ahí?

Ana llegó hasta situarse al lado de su hermano. El profesor la miró y comprendió que iban juntos. Hizo un nuevo gesto dando a entender a Javier que enseguida estaría por ellos.

—Hola, Alicia, dime —dijo mientras Javier y Ana lo observaban atentamente.

—Hola, papá, ¿cómo fue tu conferencia?

—Bien, bien, ya te contaré, estaba a punto de tomar un taxi para ir a tu casa.

—Lo siento, papá, pero tengo un niño con problemas y prefiero quedarme con él en la escuela este mediodía —dijo Alicia, con dulzura y alegría, como era ella siempre—. *Mejor nos vemos a media tarde. Te invito a un té, ¿vale?*

Antonio resopló mientras Ana tiraba a Javier de la chaqueta para que dejara de observar al profesor como un pasmarote mientras este trataba de charlar con su hija.

—Vaya, ¿desde cuándo tu padre bebe té? —dijo el profesor—. Si a lo que me invitas es a una buena taza de chocolate, entonces acepto la cita. Vamos allí donde hacen el mejor chocolate, ya sabes —dijo como si jugara a no dar muchas pistas.

—Vale, papá, te espero en nuestro lugar especial. ¿Quédamos a las seis?

—Sí, perfecto. Un beso, hija.

—Un beso, papá, hasta luego.

Antonio Riba guardó su móvil. Javier y Ana se acercaron a él un poco más. El profesor los miró y, dirigiéndose a Javier, dijo:

—Bueno, parece que el destino quiere que le conceda cinco minutos.

—Gracias, señor, lo celebro —contestó Javier.

—Dé las gracias a mi hija, con la que tenía una cita ahora mismo. Pero cinco minutos es todo lo que le voy a conceder, ¿de acuerdo?

—Por cierto, el lugar en el que hacen el mejor chocolate a la taza está en la calle Petritxol, ¿no es cierto? —dijo sonriendo pícaramente.

Antonio lo miró de arriba abajo y respondió muy serio:

—Aprovecha tu tiempo, chico. Solo te quedan cuatro minutos y no creo que desees pasarlos hablando de chocolate.

Era difícil saber cuándo Antonio Riba hablaba en serio o cuando bromeaba. Hacía tiempo que nadie lo había tratado de chico, pero aquel profesor podía ser su padre, así que Javier

aceptó el trato paternal y lo invitó a que se sentaran en algún sitio para hablar. Fue entonces cuando Ana se presentó.

—Por cierto, soy su hermana. Nos gustaría hablar tranquilamente con usted y eso de los cinco minutos me suena a huida. Le pediría que, por esta vez, dejáramos de lado el cronómetro. Para mi hermano esto es muy importante. Se trata de las investigaciones que hacía nuestro padre sobre la verdadera figura de Jesús.

La mirada de Ana era muy poderosa y siempre conseguía lo que deseaba cuando la usaba. Esa mirada convenció al profesor al instante. Entraron en una cafetería y se sentaron en una mesa dispuesta junto a la ventana. Mientras pedían algo para beber, Antonio Riba miró a Javier y le dijo tuteándolo:

—Bien, antes de que digas nada te voy a contar la verdadera razón por la que estoy accediendo a sentarme aquí contigo, quiero decir, con vosotros... Porque supongo que no sabéis la relación que yo tenía con vuestro padre, ¿verdad?

Los mellizos se miraron contrariados.

—¿Conocía personalmente a papá? —dejó escapar Ana mientras Javier se rascaba la cabeza

—Claro, Ana. Seguro que coincidieron alguna vez en alguno de los programas de radio.

El profesor sonrió y, mirando a Ana, comenzó a hablar suavemente, como si toda aquella energía que desprendía en el escenario se hubiera asentado.

—¿Vuestro padre jamás os habló de mí? —Ambos negaron con la cabeza. El camarero interrumpió para tomar nota de lo que querían pedir. Una vez se retiró, el profesor continuó—. Yo era amigo de vuestro padre. Fuimos buenos amigos durante algún tiempo. Luego nos distanciamos, pero siempre hubo mucho respeto entre nosotros y también agradecimiento por mi parte. Me entristeció mucho lo de su accidente. Yo jamás creí que fuera un simple accidente. Ya se lo advertí en su día. En los últimos años jugaba con fuego. Cuando lo has nombrado he caído en la cuenta de que eres el vivo retrato de tu pa-

dre, hijo. Al llegar tu hermana recordé que Andrés Pérez tenía mellizos.

—¿Usted sabe que su muerte no fue un accidente? —dijo Javier elevando el tono de voz. Ana puso la mano sobre el brazo de su hermano para calmarlo, mientras el profesor se defendía.

—Chico, mucha gente que seguía el programa de tu padre en la radio no se creyó lo del accidente. Muchos llamaron a la radio indignados. Yo fui uno de ellos. Andrés se obsesionó con destapar a cualquier precio lo que había detrás de los poderes que mueven los intereses económicos, políticos y religiosos del planeta y eso lo llevó a un callejón sin salida. Él sabía a lo que jugaba.

Javier y Ana bebieron y comieron junto a aquel hombre que parecía conocer más sobre su padre que ellos mismos. Javier había provocado el encuentro para compartir las investigaciones y estudios de su padre sobre la vida de Jesús, pero tal vez Antonio Riba ya conocía aquellos trabajos y no estaba interesado. Ana y Javier pidieron a aquel anciano de vitalidad juvenil que les contara todo lo que pudiera recordar sobre su padre. El profesor bebió un sorbo de cerveza y comenzó:

—Nos conocimos en la época en la que él también investigaba la figura de Cristo. Tuvimos alguna discusión al respecto pero nos hicimos amigos. Coincidimos en un viaje a Egipto en el que salvó la vida de mi mujer. Íbamos en el mismo grupo y ella se despistó para comprar unas telas en el mercado de Khan al-Khalili, en el Cairo islámico; estaba fascinaba por toda aquella cantidad de sedas. Aquel lugar es un auténtico laberinto lleno de callejuelas y la perdimos de vista. No pudimos encontrarla, así que fuimos a la policía. Nadie dio con ella en tres días. Por fortuna, Andrés se había hecho amigo de gente influyente del país e hizo que removieran cielo y tierra hasta que la encontraron. La habían secuestrado, seguramente para presionarme. Por aquel entonces no tenía muchos amigos y el Vaticano me la tenía jurada. A ella no le hicieron nada; solo querían darme un susto, supongo. La tuvieron atada y con los ojos vendados durante casi 72 horas. Estaba embarazada de

Alicia, mi hija. De eso hace ya unos cuarenta años si la memoria de anciano no me falla. En cuanto tu padre empezó a hacer llamadas la liberaron sin más. Nadie quiso remover sobre lo que realmente había ocurrido. Oficialmente se trataba de una red de trata de blancas desmantelada por la policía. Consiguieron lo que querían. Nunca más volví a Egipto después de aquello. Mi mujer necesitó mucho tiempo antes de volver a atreverse a viajar. Elena era una mujer excepcional. Amaba las flores. Por eso compramos una casita en San Pol de Mar. Ahora la usa mi hija Alicia más que yo. Ella va de vez en cuando y aún mantiene las flores que su madre cuidaba con tanto mimo. Yo preferí volver a Barcelona, al piso que usaba como oficina. Es grande y muy céntrico. Suficiente para mis necesidades y muy cómodo para moverme por la ciudad. Además, la casa de San Pol tiene demasiados recuerdos de Mª Ángeles, demasiados... —El profesor dejó la mirada perdida en alguna parte mientras Ana y Javier lo miraban con complacencia. Tras unos instantes de sosegado silencio, Antonio Riba continuó hablando del padre de los mellizos—. Andrés y yo colaboramos en la sombra. Le ayudé en lo que pude. Con el paso del tiempo, también yo tuve buenos contactos. No me interesaba que se supiera porque me hubiera buscado problemas en la universidad, pero nos reunimos muchas veces para contrastar información. Tal vez por eso no os habló jamás de mí. Era un hombre muy discreto para eso. El interés que él tenía en la vida de Jesucristo nos unió, aunque no estábamos de acuerdo en muchas cosas. Supongo que terminaría sus investigaciones. Nunca me interesé por ellas. En aquel entonces estaba enfadado con Jesús por no existir. Tal vez aún lo estoy. Sé que vuestro padre estaba emperrado con la idea de que Jesús murió en la India, en Cachemira. Yo siempre creí que aquel era otro montaje más. Todas las religiones son iguales. Incluso en algunos monasterios de Japón y China te venden caca de Buda. Es una locura en lo que la espiritualidad se ha convertido.

—¡Vaya, caca de Buda! —exclamó Ana sorprendida—. ¿Y cómo es?

—Es como de caramelo.

—¿Habla usted en serio? —respondió Ana—. ¿Ha estado también en China y Japón?

—Sí, claro —dijo el profesor sonriendo con orgullo—. He recorrido más de medio mundo investigando.

Javier sacó un taco de fotocopias encuadernadas de su dilatada carpeta y se las entregó a Antonio.

—Señor, precisamente lo que yo quería era que mirara los textos de mi padre. Son los que tratan el tema de la vida oculta de Jesús. No tenía ni idea de que se conocieran tanto. De todas formas, me gustaría que el sueño de mi padre se realizara. Dejó una nota en la que daba crucial importancia a que esta información llegara a sus manos si moría. Al parecer, soñaba con la idea de que usted llegara a publicar un libro con ella; un libro con un mensaje velado que propusiera la figura de Jesús como un modelo humano para vivir de acuerdo a la voluntad del espíritu. Quién sabe, tal vez si accede a leerlo descubre algo que le hace cambiar de opinión respecto a Jesús. Si así ocurriera, desearíamos que la voluntad de nuestro padre se cumpliera. Solo deseaba decirle esto y entregarle el material. No lo hacemos por dinero. Solo le pediría que si aceptara y un día lo escribiera, nombrara a mi padre en las fuentes de investigación. Eso es lo único que le pedimos.

—Sin compromiso, profesor —añadió Ana—. Solo léalo y si no le convence, nos lo devuelve y tan amigos.

Antonio dejó escapar una sonrisa de complicidad. Aquel hombre tenía un corazón muy grande, a pesar de pasarse la mayor parte del tiempo elucubrando teorías en su mente privilegiada. No era tan diferente de Javier o de su padre, el difunto Andrés Pérez. Los tres eran buscadores de la verdad, cada uno a su manera. El profesor agradeció el gesto y todavía sorprendido tras conocer el último deseo de su viejo amigo Andrés Pérez, guardó los papeles en su cartera.

—Os prometo que los leeré con atención, se lo debo. Muchas gracias. Siento haber sido tan brusco al inicio de nuestro encuentro —se disculpó Antonio Riba.

Fue entonces cuando Ana tuvo el impulso de volver a sacar el tema de la muerte de su padre, preguntando directamente a Antonio Riba:

—Profesor, necesito que nos diga todo lo que sepa sobre el presunto asesinato de nuestro padre. Porque sabemos que no fue un accidente. Hubo ocultación de pruebas por parte de la policía y muchas irregularidades. Estamos seguros de ello. Solo deseamos conocer la verdad, para nuestra tranquilidad. No vamos a involucrarle en nada. Como sabrá, el caso está cerrado desde hace años.

El profesor asintió suavemente y, acercando su cabeza e intentando ser lo más discreto posible, les dijo:

—Amigos personales me pidieron que avisara a vuestro padre de que corría peligro si seguía por ahí. Eso fue años antes de su muerte, pero ya empezaba a molestar a algunas personas muy influyentes. Recuerdo que no quiso escucharme. Esa fue la última vez que le vi.

—¿Amigos poderosos le avisaron? ¿Tal vez los que querían matarlo? —respondió Javier encendido. Respiró un poco y se calmó.

—Disculpe, profesor. El tema aún le escuece —comentó Ana mientras abrazaba a su hermano.

—Sí, discúlpeme —agregó Javier—. Comprendo que sus amigos conocían su amistad con mi padre y quizá solo estaban intentando advertirle. ¿Por qué no hizo caso? Tenía dos hijos que lo querían. ¿Por qué nunca nos contó tantas cosas? —Los ojos de Javier estaban rojos y vidriosos.

—Tu padre seguramente no os contó muchas cosas para protegeros —comenzó a explicar con calma Antonio Riba—. Cuando intenté que dejara aquello en lo que estaba metido, me aseguró que estaba protegido gracias a ciertos documentos con copia que guardaba en diferentes lugares por si un día le ocurría algo. Estaba seguro de que nadie se atrevería a hacerle nada. Parece que se equivocaba.

—Ahora yo tengo los documentos y vivo con el temor de acabar como mi padre —dijo Javier automáticamente y sin importarle elevar el tono de voz—. Usted no parece ser de los que navegan por Internet, pero tengo un blog, uno de los más visitados, en el que denuncio estas cosas. Alguien me sigue desde hace unos meses y reconozco que empiezo a sentir vértigo, pero no puedo dejarlo, por mi padre, por mí.

—No sé en qué andas metido —dijo el profesor rascándose la perilla—, pero yo de ti trataría de ser discreto. Si alguien sabe que tienes esos documentos y que estás dispuesto a usarlos tal vez corras auténtico peligro. No estamos aquí para salvar el mundo. Tu padre y yo fuimos de los primeros que hablamos y denunciamos estos temas en España, pero yo me ceñí a molestar lo justo. Le dije a tu padre en nuestra última reunión que se dedicara a la ufología y a sus investigaciones sobre la figura de Cristo y dejara de jugar a ser policía. De verdad que siento que muriera de esa manera. Veo en ti su insensatez —dijo mirando a Javier—, pero he de admitir que era un gran hombre honesto y valiente. Gracias a él mi mujer siguió viva y pude ver crecer a mi hija. Se lo debo todo. —Y tras una breve pausa para tomar aire y terminarse su cerveza, añadió—: Esa misma fuerza está también en tus ojos, Javier. Me miraré los documentos sobre Cristo en cuanto pueda. Os lo garantizo.

Javier trató de ocultar su emoción. Ciertamente se parecía mucho a su padre. Su hermana Ana le agradeció al profesor su gesto. Entonces Antonio dijo:

—Aún recuerdo cuando Andrés me decía: «Antonio, carajo, que te digo que te equivocas. Jesús sí existió, pero era muy distinto a como nos lo han vendido los curas».

Aquellas palabras imitando el tono de voz de su difunto padre despertaron en los mellizos una leve sonrisa. Antonio Riba se despidió de ellos tras intercambiarse los teléfonos y salió del café mientras Javier lo observaba ensimismado.

—No sé si debería haberle contado que los documentos de papá están en mi poder. Creo que me precipité. No sabemos

si es de confianza o si se irá corriendo a informar a esos amigos suyos del paradero de los documentos. Algo me dice que si esos tipos lo advirtieron sobre papá es porque son parte de la misma mierda.

Ana bebió el último sorbo de vino y dijo:

—Vamos, Javier, parecía honesto. —Y dándole un golpecito con el codo, bromeando, soltó—: ¡No seas tan conspiranóico, hombre!

Aquello hizo sonreír a Javier, que por unos momentos se olvidó de sus obsesiones. Permanecieron largo tiempo en silencio, pensando en su padre, en su infancia, en la nostalgia de lo que se escapa para no volver. Al fin Javier dijo:

—Ana, ¿quién era nuestro padre en realidad? Hay muchísimas cosas que no sabemos de él.

Se disponía a terminar con el último calamar a la romana de uno de los platillos que descansaban sobre la mesa, cuando vio a través del cristal de la cafetería, justo al otro lado de la calle, a aquel hombre rubio con su traje oscuro mirándolo de nuevo fijamente. ¡Dios mío, era él! Permanecía derecho como un palo, elegante como siempre, observándolo sin vergüenza ni disimulo, fijando sus ojos sobre los suyos. Javier se levantó y salió detrás de aquel aparecido. Por suerte, el profesor había dejado pagada la cuenta antes de irse, porque el joven periodista parecía un poseso corriendo detrás del nórdico mientras su hermana lo seguía a una gran distancia después de haberse asegurado de que la cuenta estaba liquidada. El hombre de larga cabellera dorada y aspecto extranjero parecía disfrutar mientras corría; lo hacía con la elegancia de un atleta e iba deteniéndose en puntos estratégicos como si le interesara que Javier no le perdiera totalmente la pista. Tras doblar varias esquinas y tomar diferentes calles, Javier se dio cuenta de que seguía de nuevo a un fantasma. El hombre había vuelto a desaparecer. No había nadie allí. Bajó los brazos desesperado y al levantar la mirada se encontró delante de un cartel que anunciaba una exposición de pintura. En aquel cartel aparecía una imagen, seguramente uno de los cuadros de

la exposición. No podía creer lo que veían sus ojos. Aquello era increíble. Se quedó observando la bella pintura hasta que al fin llegó su hermana melliza.

—Vaya, ¿has vuelto a ver a ese misterioso fantasma?

Su hermano no pareció enfadarse ante su sarcástico comentario. Se limitó a señalar el cartel con el dedo índice. Ana lo miró detenidamente y leyó en voz alta:

—«*Syneidesis*, El arte de materializar los sueños: Inauguración de la exposición de pinturas de Miguel Claveras en la Pedrera». Vaya, mira, eso es dentro de unas semanas ¿Qué significará *syneidesis*? Suena a griego.

—No, no, la pintura, fíjate en esa pintura —dijo Javier interrumpiendo a su hermana mientras señalaba el cuadro que presentaba el cartel de la exposición.

Ana no entendía nada. De repente, Javier miró a ambos lados de la calle y en un momento arrancó el cartel de la pared y lo dobló en varias partes para guardarlo dentro de su chaqueta.

—Tenemos que ir a esa inauguración, conseguir una invitación. Necesito conocer a ese pintor, a Miguel Claveras. Es increíble que haya pintado eso. Ya te contaré. Vamos, hermanita, ahora sí que necesito un café. Por el comentario que hiciste antes, supongo que no viste al tipo al que perseguía.

—Javier, es tarde y tengo que ir a mi clase de yoga —dijo Ana echando un vistazo al reloj— y antes tengo varios recados que hacer. Lo del cartel me lo cuentas otro día, ¿vale? —Y tomando aire, añadió: —No, Javier, no vi a nadie corriendo delante de ti, lo siento.

Ana estaba saturada. Sabía que su hermano veía una conspiración en cualquier parte. Necesitaba volver a su vida un rato. Su clase de yoga y una cena romántica con su Luis, el chico con el que salía, la esperaban en el mundo real.

—Voy a coger un taxi. ¿Te dejo en algún lado? —dijo Ana.

—No, no, prefiero pasear. Estamos en contacto. Gracias por todo, hermanita —dijo Javier antes de doblar la calle.

Mientras Ana subía a un taxi, Javier caminaba rumbo a casa. Por el camino sacó el recorte de periódico que había encontrado en el suelo, junto a la entrada del auditorio, donde aquel hombre de rubia cabellera lo había estado mirando fijamente. Mientras subía por el Paseo de Gracia cruzando la calle Aragón, su mente no dejaba de repetir el nombre de Miguel Claveras. No podía ser casualidad que aquel pintor plasmara a la perfección el bello y mágico mundo con el que Javier soñaba cada noche desde hacía meses. El destino parecía unir sus caminos por segunda vez aquella tarde a través del misterioso nórdico de rubia cabellera. Javier necesitaba conocer la razón de todo aquello.

Capítulo 4

El universo de Miguel

La luz filtraba a través de aquellos inmensos ventanales el brillo de una bella tarde de primavera. Miguel estaba delante de un gran lienzo bocetado, pastando con un largo pincel de piel de marta el blanco de titanio con azul de cadmio, buscando la tonalidad adecuada sobre la paleta para que aquel cielo pareciera tan real como mágico. A través de los cristales se podía disfrutar de una bella vista sobre el Turó Park, un parque situado en un barrio de clase alta de Barcelona, frente al que Miguel tenía su enorme estudio aprovechando el inmenso piso de cuatrocientos metros cuadrados que su abuela les había dejado en herencia a él y a su hermana cuando eran niños. Era una suerte que Isabel le vendiera su parte al casarse. Miguel usaba solamente cien metros cuadrados como vivienda, y los restantes trescientos, incluyendo el comedor y los dos salones, habían sido invadidos por numerosos caballetes, bastidores y telas.

Era una finca antigua, pero la vivienda estaba reformada. Al llegar a la tercera planta, un gran recibidor con una placa

en la que se leía «Miguel Claveras, pintor», daba paso a la puerta principal. Nada más entrar había un segundo recibidor, y tras una doble puerta de cristal opaco estaba el antiguo gran salón comedor, donde ahora Miguel pintaba. Junto al segundo recibidor, inmediatamente después del ropero, estaba la habitación que la hermana de Miguel usaba como despacho. Encima de la mesa, el teléfono no dejaba de sonar, pero Isabel solo venía por las mañanas y Miguel acostumbraba a desconectar el que tenía en el taller cuando pintaba. Miguel se abstraía del mundo cuando agarraba un pincel. Podían tocar al timbre, podía tronar en la calle, podían incluso aporrear la puerta de la entrada y él ni se enteraba. Pintar era lo que más amaba y cuando amaba se entregaba totalmente, en cuerpo y alma. Entonces el mundo dejaba de existir para él, al menos el mundo limitado como lo conocemos, porque en su propio mundo su espíritu estaba creando lo que en realidad deseaba vivir para sí. Sus pinturas representaban sus sueños, sus anhelos más profundos. Para poder estar completamente centrado en su pintura había contratado a su hermana. Isabel había estudiado derecho y trabajó durante años para un importante bufete de abogados de Barcelona hasta que quedó embarazada de su hijo Álex. Entonces le propuso a su hermano ayudarle en la parte burocrática para que él pudiera dedicarse exclusivamente a pintar. A Miguel le pareció una idea perfecta ante la creciente demanda de actividades, encargos y exposiciones. Era un pintor reconocido en el mundo entero gracias al fulgurante arranque internacional que tuvo su carrera recién cumplidos los veinte años, especialmente en Los Ángeles y Nueva York. Por aquel entonces, el padre de Miguel e Isabel, David Claveras, estaba aún con vida y en pleno apogeo, y actuaba como tenor en las mejores óperas y escenarios del mundo, por lo que a Miguel no le faltaron contactos y apoyos de todo tipo. También la amistad que su madre tenía con marchantes y galeristas de arte de medio mundo ayudó a que Miguel encontrara padrinos que apoyaran el trabajo del que fuera tildado como nuevo *enfant terrible* del arte contemporáneo por los círculos y medios artísticos del momento. Cuando una de las galerías más importantes de Nueva York decidió apostar por

él, Miguel no dudó en irse a vivir a la ciudad de los rascacielos. Allí su caché creció como la espuma, llegando a convertirse en menos de un par de años y recién cumplidas las veintidós primaveras en uno de los artistas jóvenes más cotizados del mercado. Habían pasado más de veinte años de todo aquello. Miguel lo recordaba como si se tratara de otra vida. A pesar de que su obra seguía cotizándose en el mercado, ya no era el centro principal de las miradas. Dejar la pintura durante más de diez años para volver a empezar desde otro estado y con un nuevo estilo muy diferente al de entonces lo relegaron a un segundo plano, cosa que no impedía que pudiera vivir bien de sus cuadros gracias a algunos coleccionistas privados incondicionales y a un pequeño grupo de críticos y galeristas que admiraban y creían en su nueva forma de crear. La obra de Miguel Claveras era el puro reflejo de su estado actual. Ya no le interesaba impresionar con inmensas pinturas como en su etapa de Nueva York. Ahora pintaba de forma más intimista y simbólica, desarrollando un universo muy personal, generalmente formado por imágenes que llegaban desde su inconsciente o que rescataba de fotografías y revistas para construir el mundo que deseaba experimentar para sí. Los críticos lo llamaban nuevo surrealismo, pero él decía que lo que pintaba era «la realidad que nadie deseaba ver, la que convivía en los mundos cuánticos paralelos a nuestra realidad cotidiana». Desde que empezó a desarrollar aquel estilo más figurativo, cambiaron los focos de interés sobre su obra. Ahora eran especialmente los alemanes, franceses, Rusos y japoneses los que más se interesaban por su trabajo. Las obras abstractas de los años de Nueva York, pintadas de forma frenética, casi salvaje, eran muy diferentes a las de ahora, pero por aquel entonces su carácter también era muy distinto. Agresivo y provocador, aquel Miguel de veinte años era un niño de papá disfrazado de bohemio. A pesar de que sus propios progenitores intentaron evitar que se convirtiera en un hombre caprichoso y superficial dándole una educación de corte liberal, en realidad aquel joven no respetaba a nadie, aunque sabía interpretar a la perfección la falsa modestia y un aparente interés por los demás. Entre tímido e irreveren-

te, su don natural para la pintura era dirigido por sus ansias de triunfo a toda costa. Más que artista, Miguel parecía a veces un auténtico relaciones públicas. De fiesta en fiesta, de reunión en reunión, su taller era solo un trampolín hacia el reconocimiento que tanto ansiaba. La nave industrial que le servía de taller albergaba descomunales lienzos sobre los que Miguel lanzaba cubos de pintura después de llenarlos de ininteligibles garabatos y palabras mal sonantes que arremetían contra el sistema, la manipulación y las injusticias sociales. Era una fórmula que le funcionaba. Pintaba cuadros como el que hace churros y luego los vendía como profundas reflexiones de gran valor intelectual. Tenía don de gentes, mucha labia y una gran habilidad para meterse a la gente que le interesaba en el bolsillo. Algunos de sus admiradores estaban convencidos de que aquel joven se iba a comer el mundo hasta que el mundo se lo comió a él.

Cuando mejor parecían irle las cosas a nivel profesional, se enamoró de una mujer rubia de físico descomunal, Sabine Dohms. Hija de un importante banquero alemán, con residencia en Nueva York y Múnich y adicta al mundo de la noche, aquella mujer decía ser representante de artistas. Convenció a Miguel para que dejara que ella y su equipo se encargaran de sus asuntos legales mientras lo arrastraba a una vida desordenada que llevó al joven artista a desconectarse definitivamente de lo que de verdad necesitaba su corazón. Cuando sus padres trataron de hacerle entrar en razón, aquella visita relámpago a Nueva York terminó en una grave discusión que rompió la familia en dos.

—O tu familia o yo, tú eliges —le dijo Sabine a Miguel, poniéndole entre la espada y la pared.

Miguel estaba cegado y no supo comprender lo que estaba ocurriendo. Dejó de hablar con sus padres y solo cogía el teléfono cuando llamaba su hermana Isabel. Inmerso en una vida tan superficial como lujosa, rodeado de buitres y vampiros que sacaban de él todo lo que podían, Miguel se casó con Sabine accediendo a firmar un sinfín de documentos que ni se detuvo a leer. Pasados unos meses, Miguel descubrió que solo

era un capricho más en manos de una mujer sin escrúpulos que deseaba poseer todo aquello que brillara; una arpía que ahora dirigía su vida mientras esta se apagaba a medida que pasaban los meses. Rodeado de gente pero cada vez más solo, fue perdiendo sus ganas de vivir refugiándose en el alcohol y las drogas, hasta derrumbarse definitivamente cuando sorprendió a Sabine participando activamente en extraños y retorcidos rituales sexuales. El divorcio le salió muy caro. Sabine hizo uso de los poderosos abogados de su padre para arruinarlo y degradar su imagen pública. Un Miguel hundido apagó el móvil y se encerró en una habitación de hotel. Dormía, veía la tele y se lamentaba, pero su orgullo era demasíado grande como para pedir ayuda. Un reconocido psiquiatra que había comprado alguna de sus obras le recetó unos antidepresivos que tomaba varias veces al día. Justo unas semanas después y bajo los efectos secundarios de las drogas psiquiátricas, supo a través del telediario que el tenor David Claveras y su mujer M.ª Ángeles habían fallecido en un trágico accidente de avión cuando volaban a Washington desde Japón, donde su padre había triunfado cantando *La Traviata*. Enterarse de aquella manera de la muerte de sus padres hizo que explotara definitivamente para drenar su rabia y dolor a través del llanto. Miguel jamás pudo despedirse de sus padres. Se fueron sin haber podido hacer las paces. Sumido en una fuerte crisis, decidió volver a Barcelona y dejarse ayudar por los que lo amaban. Su hermana lo acogió en su casa hasta que, gracias a la abultada herencia, pudo arreglar el antiguo piso de la abuela y trasladarse a vivir allí, olvidándose por un tiempo de las preocupaciones económicas. Sabía que a pesar de lo que había ocurrido, era un hombre afortunado. Decidió empezar de nuevo. Lo primero que hizo fue tirar los antidepresivos y alquilar una habitación en una casa rural en tierras de la Garrocha, en Gerona, para pasar los fines de semana cerca de la naturaleza. Un día, cuando paseaba por el bosque tuvo un encuentro fortuito con Pachamama Elena, una extraña mujer nacida el mismo día y año que su madre y que decía hablar con la naturaleza. Más tarde, Miguel averiguó que, según decían los habitantes de la zona, aquella mujer podía ver

y curar lo invisible. Ella vio un augurio en aquel encuentro y decidió ayudarlo. Unos meses después le propuso instalarse en «la cabaña». Así llamaban a la pequeña casa de invitados que había junto a la casa principal, una masía catalana reformada. Miguel accedió encantado. Su hermana creyó que Miguel estaba perdiendo el norte de nuevo, pero respetó su necesidad y lo apoyó en todo, al igual que sus amigos. Miguel necesitaba encontrarse a sí mismo, y sintió que aquel era el camino para hacerlo. Se instaló en casa de Pachamama Elena y su marido, cerca de San Salvador de Biaña. Se quedó con ellos más de siete años. Allí aprendió a cultivar la tierra, a meditar, a escuchar, a sentir y a ver lo oculto. Allí, lejos del ruido del mundo, descubrió de nuevo su corazón.

Sonó el teléfono de nuevo en el despacho de Isabel. Tenía las puertas abiertas, pero Miguel estaba demasiado concentrado para darse cuenta de cualquier cosa que existiera a su alrededor. Además, el *Concierto n.º 1 para piano y orquesta* de Rachmaninov sonando a todo volumen en su equipo de música lo ayudaba a mantener la atención en aquella pintura que tenía entre manos sin dar opción a que nada externo distrajera su atención. Miguel trataba de acabar aquel cielo casi fotográfico ayudándose de una bella imagen rescatada de una revista *National Geographic*. Entonces, una mosca empezó a revolotear sobre su cabeza insistentemente hasta posarse sobre la misma punta de su nariz. Miguel empezó a soplar mientras daba precisas pinceladas sobre el lienzo, pero aquel incordio con alas no dejaba de revolotear una y otra vez sobre él hasta que aquel hombre moreno de metro ochenta empezó a usar el pincel como espada tratando de ahuyentar al bicho sin demasiado éxito, sacándolo de su ensimismamiento.

—¡Qué pesada eres, mosca de los huevos! —dijo un poco irritado.

Una vez la mosca pareció desaparecer, Miguel trató de volver a centrarse en su pintura. Aquella tarde se sentía feliz, como cada tarde, como cada mañana. Hacía lo que le gustaba, tenía buenas amistades, pero sobre todo se amaba a sí mismo. Cada día daba las gracias por estar vivo. Había cam-

biado mucho en casi veinte años. Ahora era un hombre abierto a la magia de la vida, capaz de ver y valorar al que tenía delante. Miró el reloj.

—Vaya, ya son las seis.

La mosca lo había devuelto al mundo. Tenía una cita importante en una hora. Decidió recoger tranquilamente las cosas cuando se dio cuenta de que había algo en aquel cielo que no le gustaba. Empezó a retocarlo con el dedo hasta que agarró de nuevo el pincel.

—Solo unos minutos y ya te tengo donde te quería —dijo en voz alta hablando con el lienzo como si este le escuchara.

Tan concentrado estaba de nuevo en su pintura que no oyó abrirse la puerta. Era su hermana Isabel. En ese mismo instante la mosca volvió a ponerse entre sus ojos y Miguel falló la pincelada estropeando el cuadro.

—¡Mosca de los cojones! ¡La madre que te parió!

Y mientras sonaba la ultima parte de aquel concierto de Rachmaninov, él se enzarzaba en una lucha a pincel descubierto con aquel intruso alado mientras su hermana lo observaba desde la puerta. La mosca se detuvo entonces sobre un estante lleno de botes de pintura. Isabel hizo una mueca temiéndose lo peor, pero no dijo nada y se quedó observando como espectadora aquella cómica escena. Era difícil ver a su hermano descentrado últimamente y a veces lo echaba en falta. Miguel se acercó al estante con un trapo en la mano e intentó sacudir a la mosca, que logró escapar mientras la estantería caía al suelo con el estruendo correspondiente. Isabel estalló de la risa cuando vio a su hermano sentado en el suelo al caer tras tropezar con unas telas cuando intentaba evitar el desastre. Cuando oyó las carcajadas de su hermana, Miguel empezó a renegar de forma muy graciosa mirando a Isabel. Aquel era él en realidad, un hombre con un gran sentido del humor. En aquel mismo instante terminó el concierto y el silencio se hizo en la sala.

—Isabel, ¿qué haces aquí? Tú nunca vienes por las tardes.

Su hermana reaccionó conteniendo la risa:

—Lo siento, pero me he dejado unos papeles y mi bolsa este mediodía. Salí con mucha prisa después de que te fueras a comprar. Me llamaron de la escuela de Álex. Luego me pasé la tarde haciendo recados.

Miguel relajó su mirada mientras trataba de levantarse.

—¿Está bien tu hijo?

—Sí, sí, está bien, solo que le pedí a su profesora que comiéramos juntas debido al incidente. Quería que me ayudara a comprender lo que le pasa al niño. Parece que sabe de esto.

Miguel escuchaba a su hermana mientras trataba de recoger aquel montón de botes rotos y pintura derramada. Su hermana le acercó la escoba y el recogedor. Miguel le agradeció la ayuda y aprovechó para preguntar:

—¿De qué incidente hablas?

Isabel suspiró.

—Ah, perdona. No te conté aún. Resulta que Álex empezó a tirar el postre de los demás niños al suelo a la hora de comer. Cuando lo detuvieron no paró de gritar como un poseso hasta que Alicia, su profesora, logró calmarlo. Tiene mucha mano izquierda y es guapa... Te interesaría conocerla —dijo, y añadió sonriendo—: ya es hora de que te busques una mujer, hermanito, que aquello de Nueva York pasó hace demasiados años.

Su hermano se puso de pie y se frotó las manos tratando de quitarse la pintura.

—No es por lo que me pasó con Sabine por lo que no tengo pareja, ya lo sabes. Simplemente, no me he enamorado como para eso. Oye, no cambiemos de tema. Así que estuvisteis hablando sobre el niño. ¿Qué te dijo?

—Bueno, mientras Álex jugaba como si nada hubiera ocurrido, Alicia me contó cosas muy interesantes sobre lo que le ocurre a mi hijo. Me recordó mucho a las cosas que tú me dices siempre. Yo creo que haríais muy buena pareja. —Miguel

puso cara de circunstancia y pidió a su hermana que continuara con la explicación—. Alicia es un encanto con los niños. Le dije que me preocupa Álex porque está siempre en su mundo y es diferente a los demás niños. Me aconsejó que no lo medique, que trate de sintonizar con su frecuencia. Yo le hablé de ti; le conté que a veces lo traigo aquí para que esté contigo y que se pasa toda la tarde pintando a tu lado. Dijo que aquello era exactamente lo que el niño necesitaba, que estuviéramos con él desde el estado de presencia, siendo nosotros mismos. No sé, me parece que es una mujer encantadora. Estoy contenta de que Álex la tenga como maestra aunque me sigue preocupando su inadaptabilidad social.

—¿Inadaptabilidad social? —dijo Miguel mirándola de reojo—. Vaya, hermanita, sí que complicas la cosa. Yo diría que Álex es uno de tantos que no desea pasar por el tubo. Todos fuimos así de niños, pero ahora vienen más a por todas. Los tiempos están cambiando. Tu hijo es el auténtico maestro. Yo de ti dejaría de preocuparme. El problema lo tenemos nosotros, porque su autenticidad nos incomoda al recordarnos que en ocasiones estamos más muertos que vivos. Por eso me gusta estar con él. Me recuerda que somos seres vitales.

Miguel limpiaba los pinceles con esencia de trementina y un trapo blanco, que en unos segundos se tiñó de color.

—De verdad, Alicia habla exactamente como tú, es alucinante. Ella tampoco ve que lo del niño sea un problema. Nos estamos haciendo amigas. Un día de estos quedaremos para hablar otra vez. Me encantaría que mi marido tuviera más tiempo y algo de interés. No entiende las reacciones de Álex e insiste en llevarlo a un especialista amigo suyo de esos que medican a los niños. Tras hablar con Alicia sobre el tema estoy definitivamente convencida que ese no es el camino.

Miguel se puso la chaqueta mientras apagaba las luces.

—Ya era hora de que lo vieras con esa claridad. Te lo digo siempre. Medicar a los niños es una moda y un negocio. Pero si solo tiene tres años —dijo—. Tu marido es un buen tipo, pero es lo más «matrix» que he visto en mi vida. No hay

quien lo saque de los médicos, las pastillas y el mundo que puede tocar. Vaya cruz que te echaste, hermanita. Suerte que te quiere con locura y que siempre hará lo que tú le pidas. En eso estoy tranquilo. Al final me va a caer bien esta Alicia. Oye, me encantaría seguir hablando pero he quedado con Héctor Chong para charlar sobre el encargo y llego un poco justo. Si te parece, ya seguiremos mañana.

—Claro. Voy a por mis cosas y salgo contigo.

Miguel se lavó las manos cuando sonó el teléfono de nuevo. Isabel respondió.

—Miguel, es el señor Chong. Se ve que ha estado llamando toda la tarde. Dice que necesita retrasar la cita un par de horas y que le iría mejor que os vierais para cenar en el lugar de siempre.

Miguel salió del baño y gritó desde el recibidor:

—Vale, no hay problema. Dile que allí estaré.

Héctor Chong era experto en medicina china e hipnosis, además de ser asesor financiero, marchante de arte y buen amigo de Miguel. Nadie conocía su edad, pero aparentaba tener cerca de cincuenta años. Su porte y corrección siempre elegantes hicieron que los conocidos le bautizaran con el curioso apodo de Gran Gentleman. Ciertamente, aquel hombre no era una persona convencional. Según se decía, había estudiado medicina china en Hong Kong y tenía numerosos titulaciones en diferentes áreas relacionadas con la salud y la empresa. La verdad es que Héctor Chong era alguien muy reservado, pues nadie sabía gran cosa sobre él, pero era un gran amigo y Miguel respetaba su hermetismo. Según le contó a Miguel una vez, su apellido venía de un antepasado chino que emigró de Hong Kong a Europa. Cuando Miguel le preguntó la razón por la que se había medio asentado en Barcelona, Héctor respondió que había más sol que en Suiza y que tenía una razón personal muy poderosa que lo llevaba a estar viviendo entre la ciudad condal y Zúrich, una razón que por el momento prefería no compartir. Así de reservado era aquel alemán de aspecto sereno y mirada profunda. Cuando venía a

España pasaba consulta, aunque normalmente tenía ayudantes que se encargaban de los pacientes y él solo trataba casos específicos sin un motivo aparentemente especial. A veces estaba en Barcelona una semana y otras unos días. Sus temporales desapariciones eran parte del misterio que su vida privada representaba para los que tenían la suerte de formar parte de su círculo de amistades.

Isabel colgó el teléfono y se acercó a su hermano, que esperaba en la puerta.

—Oye, es misterioso este Chong, ¿verdad? Eso de que tenga nombre chino con la cara de alemán que tiene me sigue pareciendo extraño, ¿no te parece?

Su hermano rió mientras cerraba la puerta con llave.

—Bueno, ya te he dicho muchas veces que, por lo visto, un antepasado de su familia por parte de padre era de origen chino.

Su hermana lo miraba dibujando en su rostro una mueca de extrañeza:

—No sé, no sé, aquí siempre ha habido algo que no me ha encajado. Ya sabes que para estas cosas tengo una nariz impecable. Nombre chino, pasaporte alemán, residencia en Suiza. Suena a personaje de novela de misterio.

—No habla mucho sobre él, ya lo sabes. Lo que vale para mí es que Héctor siempre ha estado a mi lado cuando lo he necesitado. Además, desde que volví de Nueva York su sabiduría y los consejos que me ha dado durante estos últimos años han sido fundamentales para mí.

—Recuerdo que mientras estabas en Nueva York se encontró alguna vez con nuestros padres. Su aspecto apenas ha cambiado. Parece que el tiempo no pasa para él. Eso es lo que más me sorprende, hermanito.

Eran solo tres plantas las que tenían que bajar para llegar a la calle e Isabel detestaba los ascensores. Miguel se adelantó, igual que cuando eran niños y bajaban aquella misma es-

calera cuando visitaban a su abuela los domingos. Mientras corría escaleras abajo, Miguel le dijo a su hermana riendo:

—Lo que a ti te pasa es que te da rabia que Héctor no te cuente su secreto para no envejecer. —Y ante la cara de enfado que fingió su hermana, añadió—: Bueno, puesto que Chong me ha liberado y tengo mucho tiempo antes de cenar, si quieres te acompaño paseando hasta tu casa y charlamos de tu hijo. Por cierto, ¿dónde está Álex?

Ella le contó que lo había dejado con sus abuelos paternos. Precisamente ahora iría a recogerlo.

—Perfecto entonces Isa. Vamos dando un paseo hacia la casa de tus suegros, los saludo, veo a Álex y desaparezco cuando sea la hora —dijo Miguel.

—¿Pasamos por el parque, como cuando éramos niños? —propuso su hermana.

Miguel sonrió como si el tiempo se hubiera detenido. Algo de ella seguía reviviendo aquella infancia feliz, tapando la tristeza de la pérdida, primero del abuelo, después de la abuela y más tarde el accidente de sus padres. Cuando murieron, Miguel estaba en plena depresión e Isabel tuvo que encargarse de todo. Aquello todavía le pesaba. Miguel le siguió el juego y empezaron a recordar cómo hacían carreras corriendo al lado del estanque de los peces. Mientras lo hacían, Miguel miraba a su hermana y disfrutaba viéndola reír de felicidad. A veces se transformaba en una niña. Siempre pensó que aquella era la razón por la que se había casado con un hombre mucho mayor que ella, con dinero y estabilidad. Tras la muerte de sus padres, ella buscaba a un padre y lo encontró en el que ahora era su marido, un buen hombre que le demostraba su amor comprándole lo que necesitara, pero poco sensible a las verdaderas necesidades de Isabel y Álex. Miguel quería a su hermana con toda el alma y era la única familia cercana que le quedaba. Isabel descubrió a su hermano mirándola con ternura y se ruborizó.

—Hermano, gracias por estar en mi vida. —Y abrazó a Miguel, que acarició sus negros cabellos.

—Todo está bien, Isa, todo está donde nosotros mismos deseamos que esté.

La besó en la frente. Era su hermana menor. Aunque solo eran tres años de diferencia los que había entre ambos, ella se dejaba cuidar como si fuera una niña. Pasearon por el parque y se sentaron en uno de los bancos, dejándose alumbrar por los últimos rayos de sol de la tarde. Cuando retomaron el paseo, Isabel rompió el silencio y, cambiando totalmente de tema, dijo:

—Hermano, estoy segura, tienes que conocer a Alicia, la profe de Álex. Esa mujer está hecha para ti.

Miguel fingió que caminaba dormido imitando un sonoro ronquido. A su hermano le encantaba hacer el payaso. Ella sonrió. Así era él, procurando siempre hacer sentir bien a los demás bajo cualquier excusa. Isabel lo agradeció, aunque algo de ella no podía evitar sentir la tristeza de verse atrapada en el pasado, un tiempo idealizado que jamás iba a volver.

Capítulo 5

Recordando la magia

Lucía se había alejado un poco de la casa. Le encantaba acercarse al bosque por el camino de piedra que se escondía tras la huerta. Sus padres dejaban que corriera a su aire a pesar de sus seis años de edad. En realidad no la perdían nunca de vista; simplemente deseaban que Lucía se sintiera libre y no creciera con más miedos de los necesarios. Confiaban en la seguridad de aquel lugar alejado de toda civilización. Allí no había coches, ni gente, ni pensamientos flotando y densificando el ambiente. En San Salvador de Biaña, en plena tierra de la Garrocha, aquella masía catalana se erigía como un faro para los viajeros que necesitaban pasar la noche o comer algo antes de continuar el camino. Pachamama Elena y su marido siempre recibían muy bien a los que iban de paso e incluso a veces alquilaban «la cabaña» a los que deseaban quedarse unos días. Era una forma de ganar algún dinero, aunque no les era necesario. Elena era una especie de curandera moderna y tenía la agenda llena de visitas de lunes a viernes. La gente hacía kilómetros para llegar hasta ella.

Tras un camino de tierra se accedía al aparcamiento y a la casa grande. Habían convertido en consulta la primera habitación que había en la casa entrando a la derecha. Su marido se encargaba de los animales y la huerta. Curiosamente, su apellido resumía muy bien la naturaleza salvaje de aquel hombre. Se llamaba Juan Lobo y era un hombre de pocas palabras, muy conectado a la tierra y muy seco en las formas, aunque eso no significaba que careciera de amabilidad. Siempre había un plato en la mesa para el que lo necesitara y era un padre muy atento ante las necesidades reales de la pequeña Lucía.

La tarde estaba despidiendo al sol, que parecía esconderse tras las montañas. Juan terminaba la reparación de la puerta del corral mientras echaba un ojo a la pequeña, que a lo lejos permanecía jugando a las puertas del bosque. Juan sabía que su hija era especial porque había salido a Elena, su madre. Ambas veían cosas que los demás no podían ver. Cuando Juan conoció a Elena, él era muy duro consigo mismo y con el mundo. Vivía aislado en una casa de adobe y paja que él mismo había construido en medio de la montaña. Sin luz, sin agua. Su apellido le hacía justicia. Juan era un lobo solitario, salvaje e instintivo, aunque en absoluto analfabeto. Se había criado con su padre, un militar maestro de escuela rígido y exigente; un hombre duro que se encargó de inculcar a su hijo el máximo de conocimiento, esperando que fuera a la universidad siguiendo sus pasos en la carrera militar, ascendiendo allá donde él no pudo. Ese era su sueño. Un día, recién cumplidos los dieciséis, aquel chico, cansado de recibir golpes de vara y aquella férrea disciplina, se despidió de su madre y se fue de casa. Su padre jamás quiso volver a verle o hablar con él después de aquello. Juan dejó Extremadura y se fue a Cataluña, a una comunidad autosuficiente para aprender a cultivar la tierra. Con el tiempo y gracias a unos ahorros logró comprar un trozo de tierra y construyó una casa con la ayuda de un par de amigos que le enseñaron a construir con adobe. Allí vivió como un animal solitario durante años, hasta que un día conoció a Elena. Cuando ella lo vio, enseguida supo que sería el padre de su hija. Pachamama Elena, como la conocían en aquellas tierras, sabía muchas cosas de la gente.

Podía ver dentro de ellos. Un día su coche se estropeó cerca de la cabaña de Juan y le pidió ayuda. A Juan nunca lo habían tratado con tanto respeto. Aquel lobo conoció su lado más tierno. Elena le enseñó a suavizarse, a abrazar su sensibilidad y a comprender muchas cosas de sí mismo. Jamás volvieron a separarse. Lucía nació una noche de luna creciente, y las estrellas señalaron aquel día que iba a ser una niña muy especial. Criada entre el bosque y la huerta, aquella niña de ojos brillantes jugaba sin apreciar todavía la diferencia entre los mundos sutiles y lo que conocemos habitualmente como el mundo real. Aquella tarde no era una excepción. Ante el frondoso bosque, recogía piedras de la antigua vía romana mientras conversaba con sus amigos imaginarios. Su padre no podía distinguir qué hacía, pero la veía. Era suficiente para saber que se encontraba bien. Lucía hacía gestos con las manos mientras parecía hablar con alguien. El rostro de su padre dibujó un gesto de resignación disfrazado con una leve sonrisa. Después llevó las herramientas al garaje. Su hija siempre hablaba sola. Al menos eso era lo que él creía.

—Tomad, estas flores son para vosotros —dijo Lucía a los duendes—. Pronto me llamarán para cenar, pero mañana seguiremos jugando. —Entonces un hada se acercó y dejó caer sobre ella un mágico polvo dorado—. Gracias —dijo Lucía sonriendo mientras daba vueltas sobre sí misma como una bailarina. Sus ojos brillaban, su sonrisa resplandecía, sus rizos azabaches se balanceaban mientras danzaba con sus amigos del bosque.

—¿Cuándo vendrás con nosotros al río? —preguntó uno de los duendes.

—No seas impaciente, sus padres ya la llevaron la semana pasada y no creo que la dejen ir sola todavía —dijo el hada más antigua.

—Pero ellos deberían saber que nosotros cuidamos de ella —respondió el duende que iba vestido de rojo.

El hada voló sobre sí misma haciendo una bella pirueta que hizo reír a Lucía, mientras decía:

—Los humanos no saben que existimos. No pueden vernos, ya te lo he dicho muchas veces.

Entonces, uno de los gnomos dejó de jugar con sus amigos para responder:

—Recordad que la señora sí puede vernos. Ella sabe que existimos y nos hace muchos regalos.

Se referían a Pachamama Elena, que en numerosas ocasiones llevaba a cabo rituales para honrar a la Tierra, a la naturaleza y a los seres que habitaban en aquel lugar, incluidos los seres de los mundos mágicos. Una de las hadas dijo con voz chillona:

—Sí, la señora es diferente. Una vez me descubrió mientras nadaba con las ondinas, junto al antiguo molino. Nos miró y sonrió como si nada. Recogía hierbas mientras entonaba una bella melodía. Dejó una inmensa flor sobre el agua. Luego pidió permiso, se desnudó y nadó junto a nosotras. No podía creer que pudiera vernos. Fue una experiencia inolvidable. Estoy segura de que sabe que cuidamos a Lucía. El padre es más desconfiado.

Los duendes y gnomos empezaron a reír de forma desenfrenada y contagiaron con su risa a Lucía, que terminó sentada en el suelo riendo con ellos. A aquellos personajes les hacía mucha gracia Juan Lobo. Lo ayudaban siempre en todo lo que podían sin que él lo supiera, pero también le hacían trastadas de vez en cuando. A veces le escondían la escopeta, otras el desayuno y normalmente le cambiaban de sitio cosas de la casa durante la noche. Lucía era feliz allí. A veces iba a la escuela del pueblo más cercano, pero solo a veces, cuando la niña lo decidía. Su madre estaba convencida de que un niño debe jugar y aprender a explorar el mundo por sí mismo.

Tras despachar la última consulta, Elena fue a buscar a Juan y con un sencillo abrazo se contaron todo lo que habían vivido aquel día. Después decidieron ir a preparar la cena.

—¡Lucía! —gritó su madre, dulce y enérgica al mismo tiempo—. ¡Es hora de preparar la cena!

Juan usó su vista de lobo para buscar a la niña a lo lejos, pero no pudo verla y aquello lo puso alerta. Elena se dio cuenta y le tomó del brazo para que se relajara. Ella sabía que su niña estaba bien. La llamó de nuevo y Lucía asomó la cabeza entre los matorrales.

—¡Ya voy, mamá! —Lucía sacudió su vestido y se despidió de sus amigos—: ¡Hasta mañana a todos! —dijo sonriendo.

Entonces, dos de los duendes gritaron a la vez:

—¡Lucía, nosotros vamos contigo a la casa!

Y el que tenía aspecto de ser el mayor, agregó:

—Como tu padre no puede vernos, pasaremos la noche allí para llevarnos los malos sueños y asegurarnos de que descanses bien. También vendrán pronto las hadas y te contarán un cuento para que te duermas tranquila. —Lucía aplaudió feliz—. ¡Y luego corretearemos por la casa y cambiaremos de sitio algunas cosas. ¡Qué divertido! —dijo uno de los gnomos—. Pero cuidado con el gato. La última vez casi nos caza el muy salvaje —añadió otro.

Y todos arrancaron a reír de nuevo. Aquellos seres eran muy divertidos. Lucía volvió a la casa mientras su madre la observaba escondiendo una leve sonrisa.

—Hola, mamá —dijo Lucía.

Elena la miró y le dijo al oído:

—¿Vienes con tus amigos? Espero que no hagan mucho ruido esta noche. Ya sabes que a papá le pone furioso que toquen sus cosas.

Y las dos rieron mientras Juan cerraba el garaje.

—No sé de qué reís siempre, mujeres. ¿Vamos a preparar algo para cenar? —dijo Juan resignado—. Por cierto, ¿alguien ha visto mi escopeta? Ha vuelto a desaparecer —añadió mientras Lucía y su madre observaban cómo uno de los duendes escondía la escopeta bajo el mueble del recibidor.

No podían dejar de reír. Al final, Juan se sumó a ellas a pesar de no entender nada. Las quería con todo su ser y ver-

las contentas era el mejor de los regalos para un hombre que no había visto a sus progenitores reír ni una sola vez en toda su vida.

En Barcelona, a unos 130 kilómetros de allí, Alicia esperaba a su padre sentada en una mesa junto a la ventana de la chocolatería. Desde que murió su madre, se reunían como mínimo una vez por semana, y aquel era el lugar preferido de su padre. Antonio Riba era un auténtico fan del chocolate a la taza, sobre todo cuando venía acompañado de media docena de melindros. Tras quedarse viudo, Antonio Riba se había vuelto a casar con una mujer a la que a Alicia no caía especialmente bien. No es que tuvieran algún problema en concreto, pero eran muy diferentes y a Alicia no le apetecía verla cada vez que deseara hablar con su padre, de modo que se encontraban siempre a solas, en algún lugar neutral donde nadie los importunara.

Empezaba a oscurecer. Alicia miró el reloj. Su padre siempre llegaba tarde. Era algo que le irritaba, pero ya lo conocía y no se sorprendió en absoluto. Su padre siempre tenía alguna excusa preparada que justificara su retraso. Buscó su móvil entre todo aquel montón de cosas que convivían dentro de su bolso y cuando estaba dispuesta a llamarlo, Antonio apareció por la puerta con cara de sofocado. Alicia ya sabía lo que venía a continuación, por lo que sonrió mientras su padre la besaba. Dejó la chaqueta y la cartera sobre el respaldo de la silla de madera mientras tomaba asiento y daba a Alicia todo tipo de explicaciones y datos sobre el por qué de su justificado retraso. Alicia lo miraba conectando con su ternura. No valía la pena enfadarse. Era su padre y lo amaba. Todo estaba bien así. Pidieron chocolate con melindros y empezaron a hablar de sus cosas. La conversación fue saltando de un tema a otro. Se pusieron al día de todo y terminaron hablando de M.ª Ángeles, la madre de Alicia. Eso pasaba a menudo en sus encuentros: empezaban hablando de cualquier tema y terminaban recordando episodios en los que M.ª Ángeles era la protagonista absoluta. No la podían olvidar, pero les costaba admitirlo. Antonio recordó una noche en la que, volviendo de Cadaqués

en coche, estuvieron a punto de sufrir un accidente con una motocicleta que no llevaba luz trasera.

—¿Recuerdas cómo se puso tu madre con aquel pobre hombre, con el susto que llevaba? —dijo Antonio.

Alicia y él rieron un buen rato. Su padre era un mago contando anécdotas, chistes y haciendo reír a la gente. Con su hija no era una excepción. Pero Alicia no deseaba escapar siempre de la tristeza. Ella no era como su padre. Por eso, cuando más reían, Alicia le tomó de la mano y lo miró fijamente a los ojos.

—Papá, ¿piensas mucho en mamá?

Antonio cambió su cara y sintió cómo se humedecían sus ojos. Intentó disimular, pero su hija esperaba una respuesta, así que la miró con ojos vidriosos y dijo:

—Claro, hija, continuamente. Yo quería mucho a tu madre, ya lo sabes. Aún la quiero. Pero se fue. Ya no existe.

—Claro que existe —dijo Alicia cogiéndole las manos—. Está en nuestros corazones. Si la sientes, es que está. Una cosa es dejarla ir y otra muy distinta es dejar de amarla, de saber que vive en nosotros.

Antonio soltó las manos de Alicia y trató de distraerse de la emoción que sentía. Aquello no le hacía bien. Por eso mojó un melindro en el resto de chocolate que le quedaba y cambió de tema:

—¿Has visto que cada vez anochece más tarde? Se nota que estamos en primavera. Ya en menos de lo que canta un gallo nos plantamos en el verano. Por cierto, ¿ya sabes qué harás durante tus vacaciones? ¿Por qué no hacemos algo juntos, aunque sea unos días?

Alicia lo miraba impasible.

—Papá, no te escondas —dijo Alicia cuando su padre dejó de hablar—. Este momento es de los dos y no hace falta escapar con palabras. Respíralo y dime solo una cosa: si amabas tanto a mamá, ¿por qué te casaste de nuevo? ¿Era necesario de verdad?

—Ya lo hemos hablado muchas veces.

Alicia movió la cabeza en señal de desaprobación.

—Sí, muchas veces, tantas como las veces en las que eludes el tema, como con tantas cosas. Solo te interesa hablar de lo que te saca del momento presente, de teorías que te distraen de lo que te pasa en este preciso instante.

—La vida continúa, Alicia, y no me apetecía nada estar solo —dijo Antonio, interrumpiéndola—. Marta es una mujer con la que puedo viajar, con la que paso y he pasado gran parte de mi tiempo, con la que puedo conversar.

Alicia hizo una mueca.

—¿Conversar? ¿Cuándo has conversado tú con Marta? Si solo hablas tú. Yo creo que simplemente te escucha y eso te gusta. Siempre necesitas público, papá. Eso te ayuda a escaparte de ti, de lo que de verdad te ocurre.

—Vamos, hija, no empecemos. Ya sabes que no me gusta viajar solo. Es práctico estar con ella y, a mi manera, también la quiero.

Alicia no entendía una vida a medias. Ella era partidaria de darlo todo, de apostar por lo que le decía el corazón. Esa era una de las razones por las que estaba sin pareja. No deseaba conformarse con cualquiera. Prefería estar sola que con alguien a quien no pudiera amar con todo su ser. Ella necesitaba a alguien que la comprendiera, un hombre con el que pudiera transitar el mismo camino. No podía entender qué había visto su padre en Marta. No era una mala persona, pero era gris y mediocre y estaba llena de manías y complejos. La que pasó a ser oficialmente su madrastra había sido la secretaria de Antonio durante muchos años. Ella siempre había estado enamorada de él y aceptó con resignación su papel de empleada de confianza mientras Mª Ángeles estuvo con vida. Cuando la madre de Alicia falleció, Marta se volcó en ayudar a Antonio a superar la tristeza de aquella pérdida. Lo sacaba de casa, lo llevaba al cine, programaba viajes. Elena había sido el amor de su vida y Antonio estaba completamente desmoronado. Un tumor en la cabeza se la había llevado de un plumazo.

Apenas les dio tiempo de asimilar lo que ocurrió. A raíz de unos fuertes dolores, la ingresaron y descubrieron lo avanzado de la enfermedad. Vivió el tiempo suficiente para poder despedirse de los que amaba. Los últimos días parecía no reconocer a nadie. Era como si viviera en una realidad paralela. Hacía gestos con las manos y hablaba una extraña lengua ininteligible. El hecho de que su mujer no hubiera sufrido y de que la muerte hubiera sido relativamente rápida no suavizaron el dolor y el vacío. Antonio aprendió a tapar ese dolor volcándose en su trabajo y Marta era la que siempre estaba allí, a su lado, hasta que con el tiempo acabó instalándose en su casa. Aquello no sentó bien a Alicia, que sintió que su padre ponía a Marta en el lugar de su difunta madre, pero aceptó las necesidades de este. Un día, Antonio y Marta decidieron casarse, dejar la casa de San Pol de Mar y arreglar el piso que usaban como despacho en pleno centro de Barcelona. Allí había mucho espacio desaprovechado y el inmueble estaba muy bien situado, lejos de los recuerdos de toda una vida junto a Elena. A Alicia le costaba ver a su padre con otra mujer que no fuera su madre, pero trataba de llevarse bien con ella las pocas veces que coincidían. Tampoco la hija de Marta era fruto de su devoción. Tenía casi la misma edad que Alicia, pero Juana la odiaba en silencio a pesar de las buenas caras que siempre le ponía. El sueldo de secretaria de su madre y la pensión de viudedad que esta recibía no eran suficientes para pagar todo lo que Juana deseaba tener. Una vez intentó montar un negocio pero tuvo que cerrar a los pocos meses. Gracias a la ayuda de la familia Riba, pudo ir sobreviviendo hasta que se quedó con una tienda de bisutería en el barrio de Sants. Durante toda su vida sintió una profunda envidia hacia Alicia. Sentía que le hubiera gustado estar en su acomodada situación en lugar de ser la hija de la eterna secretaria. Ir a estudiar a Londres, acceder como ella a las mejores escuelas, tener las mismas oportunidades. Alicia era inteligente y creía en sí misma. Ese era el verdadero problema. Juana no era feliz y tenía una baja autoestima. Veía que Alicia, hiciera lo que hiciera, era la mujer más realizada del mundo y aquello a su hermanastra le removía las entrañas. Alicia era muy intuiti-

va y sabía lo que ocurría, por lo que evitaba tener contacto con ella sin generar un conflicto en la vida de su padre. Aprendió a fabricar excusas para no asistir nunca a las reuniones familiares. Aquella no era su familia. No la sentía como tal. Ella ya se encargaba de verse con su padre a solas. Aquello sí era estar en familia.

Antonio movía la taza vacía de un lado a otro mirando en su interior.

—Pídete otro chocolate, papá —dijo Alicia.

—No creo que sea una buena idea. Luego, si me paso, me da la diarrea. Hoy a media conferencia estuve a punto de dejar la sala. Suerte que pude aguantar hasta el final. No se que me pasa con eso —contestó Antonio riendo y saliendo de su ensimismamiento.

Alicia miró a su padre.

—Papá, es evidente que no te detienes a escuchar lo que tu cuerpo te está contando. Si cada dos por tres tienes descomposición es por alguna razón. No creo que sea algo para tomarse a risa. Deberías cuidar tu dieta y observar que emociones son las que te tienen atrapado. Ahora no importa. No deseo repetir lo mismo de siempre. Ya eres mayorcito y yo soy tu hija, no tu madre. Hay algo que deseo compartir contigo desde hace mucho tiempo, pero no sé cómo te lo vas a tomar. Ya sé que tú no crees en estas cosas. Sé que no crees en nada que no puedas medir, comprobar, constatar con hechos y datos, pero necesito compartir lo que me sucede.

Su padre la miró tiernamente y le dijo:

—Niña, ya sabes que puedes contarme lo que quieras. Tu padre ya está curado de espantos.

—De acuerdo, papá, tú lo has querido —dijo bromeando. Y tras intercambiar una sonrisa, Alicia se puso seria—. Papá, a veces hablo con mamá.

—Claro, es normal —dijo Antonio rascándose la nariz—. Es lógico que te desahogues hablando con ella. Eso siempre reconforta. —Y empezó a elaborar, como era de costumbre,

un sinfín de teorías respecto a lo beneficioso que era en psicoterapia hablar con el ser que se ha ido.

—Papá —dijo de repente Alicia—, deja las teorías y conecta ya con tu corazón, joder. Te hablo de otra cosa. Te estoy diciendo que siento de verdad a mamá conmigo, que la oigo, que me dice cosas en sueños y cuando estoy despierta, que capto su energía o algo de ella aquí, con nosotros. Siento su amor, su felicidad al vernos seguir adelante, ¿entiendes lo que te digo?

Un par de lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas mientras trataba de buscar un pañuelo para secarlas. Su padre, conmovido, le dio una servilleta limpia de papel que había sobre la mesa.

—Hija, yo te entiendo. Tú crees hablar con tu madre y eso te sirve y está genial.

Alicia observó a su padre como si quisiera atravesarlo con la mirada.

—Papá, no te veo. No te veo nunca. Y cuando empiezo a hacerlo te escondes, te escapas. Tienes miedo a sentir, te aterroriza experimentar lo que tu corazón y tus emociones necesitan vivir. Solo en la pasión por tu trabajo te he visto abrazar tus miedos a pesar de que solo creas en lo que puedes ver. No importa. Al menos allí sí eres tú.

Alicia siempre era muy sincera. No podía fingir ante nadie. Ante el silencio de su padre, que bajaba la cabeza buscando con sus manos las migajas de melindro que quedaban sobre el plato, Alicia continuó:

—Papá, mírame por favor. ¿Sabes por qué estás obsesionado con Jesús? Porque necesitas saber que existió a pesar de arriesgarte a descubrir que se trata de una mentira. De hecho, todas las pruebas que reúnes demuestran ciertamente que jamás existió en realidad, pero a pesar de eso sigues buscando, ¿sabes por qué? Te lo diré. Lo buscas porque necesitas que haya existido, aunque sea de otra manera, lejos de lo que nos contó la Iglesia. Es un símbolo que representa algo vital para ti. Ese es tu corazón: no dejará de buscar hasta que un

día mueras para renacer a otro estado de conciencia donde todo es posible. Tal vez allí descubrirás que Jesús, que mamá y que todo lo que siempre soñaste abrazar existió siempre y estaba en ti. Papá, te estoy hablando de romper las barreras y abrazar la posibilidad con la que sueñas, y que esta tenga más poder que lo externo que maneja tu vida.

Antonio se quedó mudo. La contundencia con la que hablaba su hija cuando entraba en aquellos estados era sorprendente. Aquel hombre no tenía palabras porque Alicia le hablaba desde otro lugar, desde cada latido, desde un estado absoluto de presencia. Tras unos instantes más de silencio, que para Antonio se hicieron eternos, su hija tomó su mano y mirándole a los ojos, le dijo:

—Papá, te hablo de amor, del amor que siento por ti, del que tú sientes por mamá. ¿Puedes escuchar tu corazón latiendo ahora?

Aquel hombre se desmoronó ante la mirada de su hija y se echó a llorar.

Capítulo 6

Un encargo misterioso

La tarde y la noche se confundían bajo un oscuro manto. Javier Pérez Barba había estado trabajando toda la tarde en su blog. El artículo estaba dedicado a desmontar la trama del sida. Javier estaba convencido, como muchos otros, de que el sida era un montaje para ganar dinero. En su artículo arremetía contra la organización mundial de la salud, las farmacéuticas y el negocio que hacían a costa del ciudadano. Publicaba incluso un organigrama en que se mostraba que los responsables de la industria de la salud eran los mismos que los de la industria alimentaria, el petróleo, las armas y el tráfico de estupefacientes. No solía dejar títere con cabeza. En esta ocasión y apoyándose en denuncias de médicos y expertos en la materia, trataba de demostrar que el sida era en realidad un montón de enfermedades de toda la vida agrupadas para generar miedo y pingües beneficios a los que investigan su tratamiento. Además, el artículo ofrecía alternativas naturales sin coste económico y denunciaba el hecho de que no existiera foto alguna del virus de dicha enfermedad. Existían muchas

irregularidades y Javier se había encargado de reunir los datos suficientes como para poner en duda los intereses de las industrias que comercializan con la salud. Ese era su punto de vista y su guerra personal cada día. Como su padre, aquel hombre era puro corazón. Era obsesivo y tozudo hasta el extremo, pero honesto a la hora de pretender destapar las mentiras que se escondían tras lo políticamente correcto. Javier había escuchado siempre de su padre que lo que percibimos como nuestra realidad es solo un programa, una matriz informática que nos atrapa y nos manipula a su antojo; una realidad virtual creada para limitarnos, dirigida por entidades de otros planos a los que Andrés Pérez llamaba vampiros energéticos. Javier, al igual que su padre, estaba convencido de que los organismos de poder servían a sus señores a través de rituales en los que muchas veces se sacrificaban víctimas inocentes como mujeres y niños. De hecho, esto era lo que realmente investigaba el padre de Javier antes del accidente, lo que activó en su hijo la alarma sobre lo cerca que debía de haber estado de la verdad. Andrés Pérez, el emblematico locutor de radio del programa sobre misterios y esoterismo más escuchado en Cataluña por aquel entonces, se encargaba cada lunes por la noche, siempre acompañado de algún interesante invitado, de navegar por el mundo de lo oculto. Una de sus mayores defensas era la existencia de unas élites que gobernaban el mundo en la sombra; una especie de gobierno secreto que interactuaba con seres no corpóreos a través de rituales de sangre. Relacionaba al Vaticano con la corona inglesa y Washington, y estaba convencido de que la manipulación a la que sucumbíamos era obrada desde el inconsciente. Así era Andrés Pérez. Ponía toda la carne en el asador.

Javier miró por la ventana de su apartamento. Siempre estaba en guardia. Sabía que lo vigilaban y estaba obsesionado con aquello. Se estaba quedando sin tabaco. Buscó el estanco con sus ojos. La encargada estaba bajando la persiana. Pensó entonces que podría salir hasta el bar de la esquina. Allí había una máquina de tabaco. En aquel momento le pareció ver una sombra moverse en la oscuridad del callejón que ha-

bía frente al bloque de pisos donde él vivía y trabajaba. No lo podía creer. Había un coche ocultándose tras los contenedores. Se armó de valor y decidió bajar. Aquello confirmaba sus sospechas. No solo lo seguían de día; también lo vigilaban durante la noche. Cerró la persiana y se puso el abrigo con nerviosismo. Era pura contrafobia. Cuando Javier tenía miedo y empezaba a temblar más de la cuenta arremetía contra lo que temía. En eso también se parecía a su padre. Respiró un par de veces, ató la bolsa de la basura y salió del apartamento. Cerró la puerta con llave y tomó el ascensor hasta el vestíbulo. Allí abrió la puerta que daba a la calle y preparó su móvil con la idea de hacer una fotografía de la matrícula. Comenzó a caminar en dirección al callejón, como si no pasara nada. Se dirigió a los contenedores con la bolsa de la basura mientras camuflaba su móvil dentro del bolsillo de su chaqueta. Abrió el contenedor mientras miraba de reojo para ver si podía distinguir a alguien dentro del coche. Mientras tiraba la basura pudo ver la silueta de un conductor que parecía esconderse tras el volante. No se atrevió a hacer más. Estaba temblando. Trató de fotografiar disimuladamente la matrícula de aquel Mercedes negro antes de salir en dirección al bar de la esquina. Al girarse oyó un ruido. Algo saltó a su lado que lo sobresaltó. Javier gritó mientras salía disparado en el mismo instante en el que caían al suelo unas botellas, generando al romperse un gran estruendo. Al amparo de la luz de la farola, Javier comprobó que se trataba de un gato que buscaba entre los contenedores algo que comer. Respiró tratando de calmarse. Miró desde fuera del callejón hacia el interior del coche. Ahí estaba aquella silueta.

—Me mira, estoy seguro, me está mirando. Debe de estar riéndose de lo idiota que soy. Hijo de puta. Tengo tu matrícula. No sabes con quién estás jugando. Tengo amigos en la policía —se dijo en voz baja para calmar su nerviosismo.

Javier se peinó con las manos como si estuviera seguro de sí mismo y se puso a caminar hacia el bar. Tenía la fotografía de la matrícula a pesar de la oscuridad del callejón, o al menos eso esperaba. Lo mejor era disimular, ir a por tabaco y volver a casa como si nada. Esa gente era peligrosa. Al llegar

al café de la esquina saludó al camarero y al encargado. No había nadie más. Pidió un café y se dirigió a la máquina de tabaco. Mientras recogía el paquete, el encargado pidió al camarero que lo ayudara en la despensa. Se bebió tranquilamente el café y mientras esperaba al camarero para pagar su cuenta, miró hacia la puerta y casi tuvo un infarto. Allí estaba, delante del cristal de la puerta, aquel rubio de larga melena y traje oscuro, mirándolo sonriente como de costumbre. Javier estaba petrificado. No se podía mover, literalmente. Pensó en hacerlo pero sus piernas no avanzaban. Aquel hombre de aspecto nórdico era el mismo del auditorio, el que lo seguía a todas partes. Y entonces habló, sin dejar de sonreír. Era la primera vez que Javier oía su voz.

—No te extrañes si sientes que soy como tu sombra, pues ambos somos parte de ti. Solo he venido para ayudarte a recordar quién eres, Javier. Me conoces muy bien. Recuérdame desde el amor que nace de tu corazón y hallarás todas las respuestas que necesitas, te lo garatizo.

Las palabras de aquel extraño resonaban como si su mente hubiera retenido el eco. Aquello debía de ser una técnica de manipulación mental. Ahora lo tenía claro: querían que se volviera loco. Aquello no era real. Solo sucedía en su mente. Entonces reaccionó, de repente, y pudo despegar sus piernas del suelo para abalanzarse sobre él. En ese mismo instante todo se hizo oscuridad. No sabía si estaba despierto o dormido. De repente se vio a sí mismo con otro cuerpo paseando por un inmenso valle verde. Ante él se erigía lo que parecía una ciudad de luz llena de cúpulas y jardines. Últimamente eran habituales aquellos sueños. Javier no dejaba de viajar noche tras noche a aquel lugar, a aquel mundo lleno de amor y armonía que tan bien había plasmado Miguel Claveras en la pintura del cartel donde presentaba su exposición. Luego, al despertar, todo aquello desaparecía llevándose su estado de paz. En esa ocasión no despertó en su cama sino en el bar de la esquina. Abrió los ojos y trató de entender por qué estaba tumbado en el suelo. El enorme camarero del bar lo miraba desde arriba; a su lado pudo oír la voz del encargado:

—Oiga, ¿está usted bien o llamamos a una ambulancia? —El camarero golpeó suavemente sus mejillas.

—Parece que solo fue un desmayo. Está bien —dijo el camarero.

—Está usted bien, ¿verdad?

Javier estaba boca arriba. Cuando se levantó, le contaron que se había desmayado. De repente se acordó del hombre rubio y preguntó al camarero y al encargado si lo habían visto. Los dos se miraron. Allí no había venido nadie más que él. El encargado tuvo que convencer a un desconcertado Javier que en el bar no había entrado nadie más. Estaban trabajando en el almacén, oyeron un ruido y al salir se lo encontraron tendido en el suelo.

—Tal vez fue una bajada de tensión. A mi madre le pasa siempre —dijo el camarero.

—Sería bueno que fuera al hospital a hacerse una revisión —comentó el encargado.

Pero Javier había visto a aquel hombre. No podía haberlo soñado, ¿o sí? Pagó la cuenta y salió del bar para dirigirse a su casa mientras observaba como un auténtico paranóico en todas direcciones. ¿Qué le estaban haciendo? Una vez más, su mente barajaba la posibilidad de que estuviera siendo víctima de una tecnología de manipulación mental hasta extremos inimaginables. No podía confiar ni en sus propias percepciones. Respiró un par de veces y encendió un cigarro. De golpe le asaltaron todas las dudas: ¿y si su hermana tenía razón y se lo estaba imaginando todo? ¿Y si su obsesión por emular a su padre lo estaba llevando a ver alucinaciones? Tal vez se estuviera volviendo loco. Cruzó el portal de su casa, tomó de nuevo el ascensor y al entrar en su apartamento se aseguró de que todas las persianas y ventanas estuvieran cerradas. Bebió un vaso de agua y trató de relajarse un poco hasta que alguien tocó a su puerta. Se quedó inmóvil sin saber cómo reaccionar. Estaba seguro de que lo habían seguido hasta arriba, tal vez por las escaleras. Se preguntaba cómo habían conseguido entrar en la portería. Alguien volvió a golpear la puerta,

esta vez con mayor insistencia. «¿Por qué no tocan el timbre, como haría cualquiera?», pensó mientras buscaba algo con lo que defenderse. Oyó unos pasos que se alejaban. Entonces se acercó a la puerta y observó a través de la mirilla tratando de no hacer ruido. Allí no había nadie. Tal vez se había escondido en algún rincón de las escaleras. No pudo más. Totalmente fuera de sí, se dirigió a la cocina y abrió uno de los cajones. Salió del apartamento con un cuchillo de cocina en la mano y encendió la luz de la escalera buscando a su misterioso perseguidor. No encontró a nadie; nadie lo atacó. Bajó corriendo escaleras abajo tratando de dar con aquel fantasma que lo acosaba. Desde el primer piso oyó cómo la puerta que daba acceso a la portería se abría y alguien hablaba. «Tal vez son varios», pensó. «No dejaré que escapen», se dijo y, empuñando el cuchillo cual espada, saltó el último tramo de escalera gritando como un energúmeno:

—¿Quiénes sois? ¡Hijos de puta! ¡Cabrones cobardes de mierda! ¡Os voy a dar vuestro merecido!

Y en aquel preciso instante alzó la mirada y se encontró frente a frente con el vecino del quinto, que hablaba con su perro mientras cerraba la puerta tras dar un paseo. Su cara era un auténtico poema. Dueño de un sobrepeso considerable y propietario del peluquín más comentado del barrio, aquel hombre de cincuenta y dos años sacaba a pasear a su chihuahua cada noche. Tarzán, como se llamaba el perrito que a duras penas levantaba un palmo del suelo, arrancó a ladrar como un poseso. Solo la correa que sujetaba su dueño impidió que se lanzara contra Javier, que todavía no daba crédito a lo que estaba sucediendo. El vecino miraba a Javier asustado, sin saber qué hacer. Sus ojos temblorosos no podían dejar de observar el enorme cuchillo que el vecino más conflictivo de la comunidad llevaba en la mano. Rápidamente sujetó al perro entre sus brazos y se echó hacia atrás mientras Tarzán seguía ladrando intensamente. Javier se acercó y un poco avergonzado intentó tranquilizar de alguna manera a aquel hombre fabricando sobre la marcha una coartada muy poco creíble:

—Perdone, vecino, disculpe, no se lo decía a usted —comenzó a balbucear—. Estoy preparando una obra de teatro con varios amigos y estaba ensayando. Salí a la escalera porque olvidé mirar mi correo.

Para disimular, Javier, que ya había mirado el correo dos veces aquel día, abrió el buzón mientras el vecino, visiblemente descompuesto y nervioso, abría la puerta y salía de nuevo a la calle. Luego se alejó con el minúsculo Tarzán, todavía muy alterado. Javier se quedó allí, avergonzado. «Vaya situación», pensó.

—Y vaya día de mierda —dijo en voz alta mirando de nuevo el oscuro callejón.

Se dispuso a cerrar el buzón para subir de nuevo a su casa, cuando se dio cuenta de que dentro había un abultado sobre. «Qué extraño», pensó. Alguien debía de haber dejado aquel sobre allí no hacía mucho tiempo. Lo tomó y lo escrutó detenidamente. No había nada escrito. Parecía que contenía algo duro y bastante grande. Al abrirlo encontró una enorme llave y una nota que decía: «Aquí está la llave que esperaba». No había nombre ni firma, solo aquellas extrañas palabras que lo dejaron perplejo. Miró de nuevo en dirección a la calle. A través del cristal pudo ver el morro del Mercedes negro, con las luces apagadas. No había nadie más, a excepción de aquel pobre vecino asustado que miraba nervioso a lo lejos mientras paseaba por segunda vez a su perro, tal vez esperando que Javier volviera a encerrarse en su apartamento para poder entrar. Javier tomó el ascensor y se metió de nuevo en casa. Subió la persiana del salón y desde la ventana principal vio cómo el vecino del chihuahua volvía a casa al comprobar que ya no había peligro. Su mujer estaría impaciente y probablemente le contaría lo del cuchillo. Era una mujer muy cotilla. Seguro que en unos días todo el barrio conocería la historia. Encendió un cigarro y sonrió de forma cínica. A esas alturas le preocupaba bien poco lo que pensara la gente. Manteniendo cierta distancia de la ventana, miró a través del cristal hacia el cielo tratando de ver alguna estrella. Vivía en un tercer piso, pero había buena vista. «Es difícil ver estrellas en la ciudad

con toda esta contaminación lumínica y ambiental», pensó. Se quedó embelesado. Su mente viajó hasta aquellas imágenes extraordinarias que no dejaba de soñar, hasta aquellos mundos llenos de luz que aparecían en sus visiones. ¿Por qué había visto de nuevo aquellos paisajes al caer fulminado en el bar tras el contacto con su extraño perseguidor de rubia cabellera? ¿Qué relación tenían aquellas visiones de mundos fantásticos con él y con Miguel Claveras? Quizá había algo que se le escapaba, algo menos terrible de lo que pensaba. Estaba confuso. Las palabras de aquel fantasma habían impresionado a Javier. Más que el mensaje de un ser de ultratumba, le había parecido estar oyendo la voz de un ángel lleno de luz hablándole desde el corazón. De golpe vio una estrella. La única que había. «Qué raro», pensó. Se quedó fascinado mirando aquella luz. De repente y como si de una lejana explosión se tratara, la estrella empezó a crecer y a brillar con más intensidad hasta que pareció encenderse para desaparecer después entre la oscuridad del firmamento. Javier se frotó los ojos. Aquello no lo había visto nunca antes. Se quedó mirando el cielo un buen rato hasta que se le ocurrió conectarse a Internet, a ver si en algún foro de ufólogos alguien decía algo al respecto. Estuvo navegando hasta muy tarde, pero nadie había escrito nada relacionado con aquel extraño acontecimiento. Cenó algo rápido y decidió meterse en la cama, no sin antes mirar desde su ventana a los vigilantes del Mercedes y saludarles con la mano de forma algo cínica para que supieran que sabía de su existencia.

Miguel y el señor Chong conversaban mientras el primero cenaba en una de las mesas del restaurante en el que acostumbraban a encontrarse. Era un lugar tranquilo y agradable donde se podía conversar. Héctor Chong escuchaba atentamente a Miguel mientras este le ponía al día de su vida. En la mirada y en el porte del doctor Chong siempre había un halo de misterio. El Gran Gentleman sonreía silencioso mientras bebía un té verde. Siempre vestido con un traje impecable, Héctor era un hombre que hablaba poco y observaba mucho. El camarero trajo el postre para Miguel. Nadie había visto nunca al doctor comiendo en público. Aquel hombre era cier-

tamente extraño a pesar de pasar mágicamente desapercibido entre la normalidad. Héctor Chong no solo ejercía la medicina china de una forma muy peculiar; también era una especie de facilitador. Así lo decía a quien le preguntaba tratando de averiguar más sobre él, como si deseara dejar tan solo las pistas necesarias que desviaran la atención de los curiosos de lo verdaderamente importante. A Miguel no le importaba. Respetuoso con la vida privada de los demás, sabía que siempre había podido contar con el doctor cuando lo había necesitado. Héctor era un buen amigo y uno de los principales difusores de la obra de Miguel. Tenía muchos contactos entre gente adinerada de todo el mundo y había proporcionado a Miguel unmerosos clientes y ventas de cuadros sin llevarse jamás comisión alguna. Además, ejercía de médico de cabecera de Miguel cuando este tenía algún problema. Miguel evitaba la medicina oficial y siempre era el doctor Chong el que lo atendía si lo necesitaba. El doctor no curaba solamente con medicina china y plantas. Miguel había llegado a la conclusión de que aquello era una tapadera. El doctor atendía casos muy diversos y usaba métodos poco ortodoxos con los que era capaz de revertir procesos patológicos en sus pacientes, incluidos algunos desahuciados ya por la medicina oficial. Siempre decía que el origen de la enfermedad estaba en la falta de amor que provocaba el programa que repetía y desarrollaba el sujeto. Era un gran conocedor y estudioso de la mente humana y estaba totalmente en contra de lo que él llamaba «drogas psiquiátricas». Usaba la hipnosis y otras formas de sugestión para que el paciente pudiera traspasar las programaciones que lo estancaban. Miguel había deducido también que Héctor visitaba solo a pacientes puntuales y pasaba el resto del tiempo en otras cosas, por lo que eran sus colaboradores los que se encargaban de atender en la consulta. Algo que siempre sorprendió a Miguel fue que, pese a que Héctor viajaba constantemente, siempre que había necesitado de sus atenciones había coincidido con él en Barcelona. Ciertamente parecía extraño, aunque no más que el hecho de que sus colaboradores, todos ellos alemanes, tenían más pinta de científicos nazis que de doctores, pese a su amabilidad y extrema cortesía.

Tras un silencio, el señor Chong dijo:

—Herr Engel desea saber cómo llevas su encargo.

Miguel se llevó una cucharada de tiramisú a la boca y, tras secarse los labios con la servilleta, respondió bromeando:

—Así que el millonario suizo desea saber cómo va su encargo, ¿eh?

—Bueno, ya hace casi un año y se acerca la fecha de entrega. Está impaciente por saber si puede ver alguna imagen antes de que termine el plazo —dijo Héctor dejando escapar una leve sonrisa.

Miguel respondió con tono jocoso:

—¿No le has enseñado nunca a respirar y a ser paciente, Héctor? El arte tiene un tempo que debe ser respetado. Dile que todo va bien. Puedo mandarle alguna fotografía de las pinturas que ya he terminado si lo desea. Me queda muy poco para finalizar la última serie.

—Puedes mandarme por email las fotografías y yo se las reenvío —dijo el doctor Chong.

—No hay problema, Héctor —respondió sonriendo perspicaz—. En unos días te paso las imágenes por Internet y se las mandas. Cuánto misterio. ¿No desea darme ni su email después de un año? A veces me pregunto quién será el tal Herr Engel realmente.

—Paciencia, Miguel, hoy traigo una buena noticia al respecto —respondió sonriendo el Gran Gentleman mientras se servía un poco más de té.

Miguel estaba impaciente por conocer de una vez a aquel mecenas del que tanto había oído hablar. Pronto se cumpliría un año desde que Héctor le transmitiera que Herr Engel lo había escogido para ejecutar un importante encargo. Héctor Chong había llamado a Miguel para hacer de mediador entre él y el tal Herr Engel, un millonario suizo afincado en algún lugar de Alemania que deseaba que el artista barcelonés pintara una colección de cuadros interpretando las descripciones que aparecían en unos misteriosos textos. No deseaba que

fuera nadie más que Miguel Claveras el autor de las pinturas y ofreció por ellas una suma de dinero tan grande que a Miguel aún le costaba pronunciarla. Al parecer, Chong y él se conocían del mundo del arte. A partir de alguna información que había podido arrancarle a Héctor aprovechando algún despiste dialéctico, Miguel supo que Herr Engel era un hombre verdaderamente importante al que el doctor Chong había asesorado en varias ocasiones para adquirir alguna que otra pintura. Miguel sospechaba que Héctor tenía mucho que ver en la insistencia de Herr Engel con respecto a la decisión de que fuera Miguel y no otro el autor de aquel encargo. El Gran Gentleman adoraba la obra de Miguel y lo tenía en gran estima, por lo que era lógico imaginar que su influencia como asesor artístico había sido fundamental a la hora de que el millonario suizo se convenciera de que Miguel era el único capaz de ejecutar a la perfección aquel encargo tan especial. A Miguel le gustaba construir teorías para dar lógica a sus suposiciones, aunque Héctor Chong nunca le habría insinuado nada al respecto. El Gran Gentleman deseaba pasar siempre lo más desapercibido posible, como si no tuviera necesidad alguna de reconocimiento. Lo que más intrigaba a Miguel de todo aquello era que no hubiera podido conocer jamás al señor Engel ni hablar con él. El doctor Chong siempre hacía de intermediario. Ahora que se acercaba el momento de entregar las pinturas tras un año intenso de trabajo Miguel tenía la esperanza de poder conocer personalmente al misterioso mecenas suizo. El joven artista pidió la cuenta haciendo un gesto al camarero.

—Quiero irme pronto a dormir. Hoy madrugué mucho para mirar al sol —dijo Miguel.

—Qué bueno el *sungazing*. ¿Hace mucho tiempo que lo practicas?

—Unos meses —respondió Miguel.

La técnica del *sungazing* venía de la tradición hindú, al menos eso era lo que Miguel sabía. Se trataba de mirar al sol en el momento de despuntar el alba o ya por la tarde en su ocaso. Había un protocolo y diariamente se iban sumando segundos de más.

—Según algunas investigaciones, la melanina de los seres humanos absorbe la luz solar y la convierte en energía, como hacen las plantas en la fotosíntesis. A veces fantaseo imaginando qué pasaría si un día me levanto sin necesidad de comer —dijo Miguel recuperando su habitual entusiasmo.

—Seguro que es posible, aunque lo interesante en realidad es nutrirse del sol y toda la información que nos trae. Lo otro puede o no pasar como consecuencia de algo fisiológico que al final no es lo más importante —respondió Héctor.

Miguel pagó la cuenta y le dijo a Héctor que le transmitiera a Herr Engel que las pinturas iban bien. Se comprometió a mandar al doctor las copias y propuso irse a descansar. Cuando Miguel abrazó a Héctor como hacía normalmente, el Gran Gentleman dijo algo que dejó sorprendido a Miguel:

—Adiós, Miguel. Recuerda siempre que tú eres la única causa de tu vida. Este encargo lo has atraído tú por alguna razón. Con estas pinturas estás creando algo muy valioso. —Miguel lo miró intrigado y Héctor, sonriendo, añadió—: Por cierto, te dije que te iba a dar una sorpresa. Herr Engel me ha dicho que ya es hora de que os conozcáis en persona. Le he dicho que vas a pasar por Berlín próximamente y me propuso que os vieseis allí. Si te parece bien, mándame en un mensaje de móvil el día y la hora y se lo reenvío para que me diga dónde podéis citaros.

—Vaya, tendré que recordar cómo mandar un mensaje. Ya sabes que uso muy poco el móvil. Qué alegría me das con la noticia —respondió sorprendido—. Me encantará saber al fin quién se esconde detrás del misterioso Herr Engel. ¡Cómo eres! No lo has soltado hasta el final. Espero que no me cite en un cementerio —bromeó Miguel.

Aunque en Alemania se manejaba en inglés, también sabía algo de alemán, el suficiente como para saber que Herr Engel significaba «señor Ángel», un nombre poco creíble y una buena tapadera para ocultar tal vez un apellido relacionado con los círculos más poderosos del planeta. Aquella era al menos la fantasía que a veces barajaba Miguel, que era

seguidor de algunos blogs conspiranóicos como «El mundo no es lo que te han contado», dirigido por un periodista independiente llamado Javier Pérez Barba. Le gustaba escarbar la verdad tras la información que navegaba en la Red.

—Bien, entonces quedamos así —dijo Héctor—. Yo creí que te recibiría en su casa de Darmstadt, pero seguramente se habrá decantado por Berlín porque viaja mucho allí por negocios y no deseará posponer más este encuentro.

Miguel abrió los ojos. Había dicho Darmstadt. Allí era donde tenía la residencia aquel misterioso comprador. Intentó retener aquel nombre en su memoria.

Capítulo 7

La luz de la casualidad

Tras su cena con Héctor Chong, Miguel llegó a casa, encendió el ordenador y conectó el *wifi*. En el buscador escribió Darmstadt, el nombre de la ciudad germana donde aparentemente tenía la residencia aquel poderoso y misterioso inversor. Descubrió que aquella ciudad había sido, junto con Múnich, a comienzos del siglo XX, un importante centro del movimiento artístico modernista conocido como Jugendstil, la variante alemana del Art Noveau francés o el Modernismo en Cataluña. No encontró nada extraño salvo que Darmstadt, además de albergar un gran número de industrias químicas, importantes empresas tecnológicas y centros de investigaciones, era la sede del Centro Europeo de Operaciones Espaciales de la Agencia Espacial Europea. Estaba intrigado y deseoso por conocer al hombre que era capaz de pagar aquella enorme cantidad de dinero por sus obras. ¿Qué era lo que realmente se escondía tras aquel encargo y los textos que sirvieron a Miguel para realizar aquella serie de mágicas pinturas? *Syneidesis*, el arte de materializar los sueños. Aquel era el ti-

tulo de lo que parecía un diario personal en el que alguien describía con todo lujo de detalles, un mundo ideal lleno de verdes paisajes y radiantes ciudades de luz. Un universo que Miguel había tratado de plasmar en grandes lienzos aquellos últimos meses, comprobando que a medida que los pintaba e imaginaba, aquellos mundos de ensueño se hacían cada vez más reales en su memoria interna. ¿Quién era Herr Engel? ¿Por qué tanto secretismo respecto a su persona? Aquella noche Miguel se fue a la cama con demasiadas preguntas sin respuesta, pero poco a poco se le fueron cerrando los ojos y finalmente se adentró en el universo de los sueños.

Esa noche soñó de nuevo con aquella escena que le había perseguido toda su vida de forma intermitente. Siempre el mismo sueño, una vez más. Miguel no estaba allí de cuerpo presente. En realidad, él veía la escena como si fuera el aire que iba y venía. Era extraño sentir que reconocía a aquellos personajes y que, además, sabía perfectamente lo que pensaban y sentían y lo que habían vivido hasta ese mismo instante. Sin duda se trataba de Jesús y María Magdalena, y aunque hablaban en una lengua que no conocía, podía entenderlo todo como si se tratara de su propia lengua. Era muy extraño. Yeshua y Miryam se despedían emotivamente a orillas del mar de Tiberíades. Se amaban profundamente, no solo como dos amigos, sino también como hombre y mujer. Ella y el hijo de ambos serían custodiados por Santiago, hermano de Jesús, y por el centurión romano Longinus. Irían en dirección oeste, mientras Jesús, Tomás y su madre viajarían hacia el este con la intención de volver a la India, en donde se reunirían con Judas Tadeo y con el otro Judas, el Iscariote, sobrino de Jesús y al que todos consideraban un traidor, a pesar de haber obrado atendiendo a los expresos deseos de su tío y maestro. La misión separaba a ambos amantes, aunque sabían que siempre estarían unidos por un hilo invisible. En el sueño, lo más emotivo de aquella despedida no era que los enamorados se dijeran adiós, sino lo que Miguel podía sentir con toda la fuerza de su corazón, pese a ser un simple espectador de lujo dentro de una escena onírica. Era como si su alma pudiera entrar y salir de cada uno de aquellos personajes para revivir todo lo que

sentían en aquel mismo instante. Tras la despedida entre ambos amantes, aquel sueño siempre terminaba de la misma manera. Cuando Miryam montaba en el carro y los jinetes se ponían en marcha escoltándola bajo la luz de la luna, Santiago detenía su caballo unos segundos para mirar al maestro por última vez. Entonces, Jesús o Yeshua le hacía una señal con la mano en alto y el poderoso esenio cabalgaba de nuevo hacia él para abrazarlo por última vez. Al llegar a unos metros del maestro, Santiago bajaba del caballo y ambos se fundían en un poderoso abrazo. Entonces Jesús le decía algo importante a su hermano al oido, algo que Miguel jamás lograba oír, y ahí acababa siempre la escena. Entonces, aquel pintor barcelonés se despertaba aún con lágrimas de emoción en los ojos. Muchos de aquellos sueños se daban alrededor de las tres de la madrugada. Miguel siempre pensó que se trataba de un sueño simbólico indescifrable para él. Jamás le había dado mucha importancia y nunca lo había compartido con nadie, ni siquiera con Pachamama Elena o con su amigo Héctor Chong.

Por la mañana el sol no parecía dispuesto a brillar para nadie. Enormes nubarrones cubrían el cielo de Barcelona. Miguel preparó su agua de mar antes de ducharse y cambiarse. Bebía agua de mar desde hacía un año. El doctor Chong se lo había recomendado. Dos dedos de agua de mar por cuatro de agua normal en ayunas cada mañana. Él mismo iba en su coche a la Costa Brava a llenar cuatro garrafas de cinco litros cada tres meses. Buscaba una playa bien limpia y luego filtraba el agua con un colador chino. Héctor Chong le dijo una vez que si todo el mundo bebiera agua de mar viva, muchas patologías desaparecerían. Miguel se había informado y había leído estudios que demuestran que el agua de mar aporta casi todo lo que nuestro cuerpo necesita. Cada mañana preparaba su brebaje añadiendo unas gotas de zumo de limón para que su ingestión fuera más agradable. Miguel tenía en su vida un sinfín de rituales importantes que seguía a rajatabla. Aquella era la forma que había encontrado de equilibrar su tendencia al desorden en todos los sentidos. Con los años había aprendido a regularse en sus excesos, tratando de vivir lo más centrado y consciente posible. Miguel era sin duda un hombre pe-

culiar para los que lo conocían. Vegetariano desde los veinticinco años, no tomaba medicamentos, salvo las hierbas y remedios homeopáticos que le prescribía el doctor Chong o la mujer de la herboristería que había cerca de su casa. Filtraba el agua para beber con un filtro de cerámica y luego la pasaba a una enorme jarra de cristal transparente y la dejaba al sol unas horas para que este la programara con su luz. Además, guardaba el agua en jarras y botellas más pequeñas que dejaba descansar sobre posavasos creados por él mismo con la Flor de la Vida grabada en ellos. Miguel confiaba mucho en el poder de la geometría sagrada. El doctor Chong lo había iniciado y le había transmitido su pasión por el símbolo de la Flor de la Vida.

—El universo actúa siempre generando el mínimo esfuerzo para obtener el máximo rendimiento. A alguien que haga eso en nuestra sociedad lo llamamos vago. Sin embargo, mira lo que hacen los animales: solo se mueven para cazar, escapar o jugar. Trabajamos hasta en invierno, cuando las demás especies descansan, o por la noche, con la luz artificial que rompe nuestros ciclos de descanso. No hay nada más saludable que irse a la cama cuando cae el sol y levantarse al despuntar el primer rayo —le dijo Héctor Chong una vez—. ¿Sabes cómo se genera la vida en el universo? Construyendo a través de sucesiones numéricas. Todo es mente y emoción ordenando a los números que se agrupen de una forma u otra para manifestar cualquier realidad. Así de simple. Esas progresiones numéricas a otros niveles se manifiestan como mallas de infinitas geometrías que se comprimen y se expanden de dentro a fuera y viceversa de forma fractal e infinita. ¿Sabes lo que es un fractal?

En aquella ocasión Miguel pudo asentir. Había estudiado los trabajos de Dan Howard, un científico exiliado en Perpiñán que decía que la fractalidad era la vida expresándose desde su total diversidad, manifestándose a través de la progresión de patrones geométricos perfectos en los que cada pequeña parte contenía el total de la información del universo. Sí, Héctor Chong era más que un buen amigo. Era un referente para Mi-

guel. Gracias a él y a Pachamama Elena, hubo un antes y un después de su etapa en Nueva York. Ellos le abrieron los ojos al mundo de lo sutil, de lo eterno, a la búsqueda de su maestro interno. Tras una buena ducha, Miguel se puso ropa cómoda y empezó su sesión de yoga. Una hora de mantras y posturas que le ayudaban a comenzar la jornada enfocando toda su energía en lo que de verdad deseaba crear aquel día; partiendo de la humildad de saberse una gota en el inmenso océano que lo envolvía y con la seguridad de saber que, al mismo tiempo, también era el gran océano en sí mismo; manifestando para sí la experiencia de lo que deseaba vivir y experimentar. Desde que había aceptado el encargo de Herr Engel, los mundos relatados en los textos proporcionados por el millonario suizo a través del doctor Chong cobraban vida propia en su mente cada día. En realidad, todavía no lo sabía, pero todas aquellas imágenes nacían de su corazón, de la magia de su propia *syneidesis,* un nombre griego que no solo era el título de aquel misterioso diario, sino la verdadera razón que daba sentido a todo lo que estaba motivando la creación de aquel misterioso encargo.

Al terminar la sesión se cambió de nuevo y preparó un zumo de naranja natural. Abrió las puertas correderas que daban acceso al taller y se quedó unos minutos observando lo que había pintado el día anterior. El encargo de Herr Engel iba muy bien, estaba avanzado. Gracias a aquella colección de nuevas pinturas su obra estaba cobrando una dimensión diferente, futurista y mágica a pesar del hiperrealismo de la factura. De hecho, todas las pinturas usadas como bocetos para crear aquel misterioso encargo iban a ser la base de su próxima exposición en Barcelona. Quedaban pocas semanas y los cuadros estaban casi listos. Eran visiones espectaculares de extensos paisajes que albergaban ciudades de luz repletas de cúpulas brillantes. El título de la exposición y todas aquellas obras recogían la esencia de lo que se contaba en los enigmaticos textos cedidos por Herr Engel. Miguel siempre sospechó que aquel cuaderno de exótico diseño era en realidad el diario personal del millonario suizo. Era solo una intuición. Aquellos escritos a pluma en lengua inglesa parecían auténticas des-

cripciones hechas por alguien convencido de que todo aquello era tan real como la vida misma. Al principio Miguel había insistido en la necesidad de conocer y hablar con Herr Engel personalmente. Necesitaba comprender mejor lo que este deseaba del encargo, pero las negativas del Gran Gentleman expresadas a través de la figura de Héctor Chong y la intuíción de Miguel sobre la importancia de acoger aquel proyecto, hicieron que el pintor barcelonés empezara a improvisar, a dejarse fluir y a permitir que algo más allá de su propia mente se expresara sobre la tela. La única consigna de Herr Engel fue la que el doctor Chong se encargó de transmitirle:

—Dice Herr Engel que te dejes llevar como en una danza y confíes en tu propia capacidad de imaginar.

Aquello fue todo. Empezó a pintar pequeños lienzos y a tantear algunos mayores hasta que fue encontrando lo que él sentía que el encargo le pedía. A medida que avanzaban las pinturas, más se disparaba su imaginación, hasta que empezó a despertar en él todas aquellas visiones que se manifestaban a través de sus meditaciones matutinas. Y esas imágenes mentales eran cada vez más reales. Miguel no había dejado de preguntarse por qué Herr Engel lo había elegido a él para aquel encargo. ¿Y si no le gustaba lo que estaba creando? Podría haber elegido a alguien más conocido y preparado para pintar aquel tipo de ilustraciones tan fotográficas, a un artista más de moda, mejor situado en el panorama internacional o más cotizado. Las preguntas lo asaltaban cada día mientras veía cómo los cuadros iban cobrando vida propia. Los pocos que ya los habían visto no podían dejar de mirarlos. Era como si algo de ellos atrapara al espectador en un recuerdo visual totalmente magnético. El pintor barcelonés convivía con aquellas obras cada día y sabía que su presencia despertaba memorias que él mismo aún no podía definir. Solo sabía que estaba disfrutando como nunca con aquel encargo. Le parecía que en lugar de absorberlo de la realidad como acostumbraba a ocurrir con sus pinturas, lo que ocurría era todo lo contrario. Miguel sentía que estaba más presente que nunca, más vivo, más consciente de sí mismo. Nunca pensó que pintar de aque-

lla manera fuera tan placentero. Por un lado, aplicaba toda la técnica posible, pero por otro, puesto que Herr Engel le había dejado total libertad, interpretaba aquellos textos no solo de forma consciente sino también dejándose tocar por las señales que llegaban de forma espontánea desde los mundos inconscientes, abriéndose ciegamente al misterio de lo inconmensurable. Cada vez que cerraba los ojos y activaba su imaginación para concentrarse en aquellos mundos mágicos, veía ante sí aquellas pinturas antes de ser pintadas. Las veía como un claro recuerdo en su mente.

Cuando se disponía a empezar su sesión de pintura, sonó el teléfono. Normalmente Miguel no contestaba a aquellas horas, pero el contestador automático estaba activado y oyó a su hermana dejando el mensaje.

—Miguel, soy yo, Isabel. Mira, no voy a poder ir hoy. Resulta que un cliente tiene un problema y voy a ir a Gerona. Seguramente la cosa se alargará unos días, así que me quedaré en casa de mi amiga Juana aprovechando que Jordi está fuera. Haré las gestiones urgentes desde allí. El tema es que el niño se queda con mis suegros pero pasado mañana no pueden ir a buscarlo a la escuela por la tarde. Me sabe mal, pero necesito pedirte un súper favor. ¿Te importaría pasar por allí ese día y recogerlo? Así de paso conoces a Alicia, su profesora. Te encantará, ya lo verás. Le he hablado mucho de ti.

Miguel conocía aquella faceta manipuladora de su hermana, pero la excusa era muy buena. Seguramente debería conocer a Alicia, aunque fuera para demostrar a su hermana que estaba equivocada. Él no necesitaba una mujer en su vida. Ya no necesitaba nada, «solo disfrutar del presente», se dijo a sí mismo. Pero aquella era una oportunidad para pasar la tarde con su sobrino a solas. Se lo podría llevar a dar una vuelta al parque y tenerlo en el taller hasta que llegara su madre de Gerona por la noche. A Álex le gustaba mucho el contacto con la naturaleza y adoraba pintar. Era un niño muy especial. Aquella era también una buena ocasión para ejercer de buen tío y charlar con la profesora sobre el niño, teniendo en

cuenta que su punto de vista respecto a lo que le sucedía a su sobrino distaba mucho de lo habitual. Tal vez podría ayudar. Jordi, el padre del niño, estaba emperrado en llevar a su hijo a ver a un especialista: estaba convencido de que una buena medicación arreglaría los problemas que, según él, sufría su unigénito. Pero Miguel sabía que Álex no tenía otro problema que el de haber venido a mostrar su brillo a un mundo gris y dormido, pese a que cada vez hubiera más gente despierta.

Miguel decidió responder a la llamada antes de que aquel mensaje sin fin agotara la memoria interna del contestador. Le dijo a Isabel que no se preocupara por nada, que él se encargaría del niño aquella tarde. Su hermana se lo agradeció y se despidieron, no sin que Isabel soltara antes de colgar:

—¡Ah! Y que tu cita con Alicia sea el principio de algo maravilloso y duradero, jeje.

Miguel colgó sonriendo. «Desde luego, mi hermana no tiene remedio», pensó. Se puso delante del cuadro, cogió el tubo de amarillo de cadmio y lo apretó suavemente dejando caer la pintura sobre la paleta.

Eran las dos del mediodía y Javier había bajado al bar de la esquina a por más tabaco. Allí ofrecían menús a buen precio y decidió comer alguna cosa. Tomó asiento cerca de la entrada y al poco le atendió un camarero. Era el mismo que por la noche le había auxiliado. Aquel hombre de gran envergadura le reconoció:

—Hombre, usted por aquí. ¿Está mejor de lo suyo? Se dio un buen golpe al caer al suelo ayer por la noche. ¿Le ha visto algún doctor?

Javier lo miró poniendo cara de circunstancia y respondió de forma un poco seca:

—Sí, estoy bien. Oiga, yo deseaba comer algo. ¿Puedo cambiar la ensalada del menú por otra cosa?

—Claro, señor, en lugar de la ensalada puede ser un rico y fresco gazpacho.

—¿Gazpacho con el día que hace? —dijo Javier arrugando el entrecejo—. Si está a punto de llover. ¿No tiene una sopa caliente?

El camarero asintió:

—Claro, se la podemos preparar, pero no es casera sino de sobre. El hombre del tiempo dijo ayer que seguiría haciendo sol toda la semana y la verdad es que ha dado en el clavo, ¿no cree? —contestó riendo de forma sarcástica el camarero mientras preparaba la mesa de Javier, que solo sonrió tímidamente intentando disimular su arrepentimiento a la hora de haber escogido aquel lugar para comer. En realidad, estaba allí por otra razón. No era por el tabaco ni por el menú, sino porque quería recordar lo que había sucedido la noche anterior. Aún no podía creer que aquello se lo hubiera imaginado mientras estaba inconsciente. Necesitaba revivir paso a paso lo que había ocurrido.

El camarero preguntó qué deseaba para beber. Al poco rato trajo una copa de vino tinto, pan cortado en rebanadas y un plato de sopa. Javier comió lentamente, tratando de reconstruir cada momento aún presente en su memoria. Tras el segundo plato y un delicioso postre pidió la cuenta. Cuando se acercó el camarero para dejarle el cambio, Javier le hizo un gesto y este se acercó un poco más.

—Oiga, ¿puedo hacerle una pregunta?

Aquel inmenso hombretón de rostro amable respondió:

—Claro, señor, mientras no me pregunte por la receta del flan de huevo que se acaba de comer. Es un secreto de mi familia. —Y soltó una leve sonrisa mientras Miguel lo miraba con cara de circunstancia—. Bien, pregunte, pregunte —añadió el camarero.

—De acuerdo, escuche bien lo que le digo. ¿Está seguro de que no vio entrar a nadie ayer por la noche detrás de mí, ni tan siquiera asomarse desde la puerta?

El camarero recogió unos platos y dijo:

—No, no, seguro, estaba usted solo, señor. Lo siento. —Y se alejó de Javier lo más rápido que pudo.

«Pensará que soy un chiflado, como la mayoría. Si supieran la verdad, si conocieran la cárcel mental en la que vivimos», pensó Javier mientras se levantaba. Al salir del bar decidió dar un paseo. Mientras se dirigía hacia el centro de la ciudad, su mente no dejaba de dar vueltas a todo aquello. El nórdico de larga cabellera solo era la punta del iceberg. Estaban también las visiones de mundos mágicos que lo asaltaban constantemente desde hacía meses y la sensación de estar conviviendo entre la realidad y un sueño. La situación lo sobrepasaba y temía por su salud mental. De repente, una idea asaltó su mente y se acordó del doctor Chong. Tal vez él podría ayudarlo a recordar, a comprender lo que le estaba ocurriendo. Algunas veces habían hablado sobre las regresiones y ahora se preguntaba si podría citarse con él para una sesión. No le interesaba la terapia que le proponía su hermana, pero hacía mucho tiempo que deseaba someterse a una sesión de hipnosis para averiguar cosas de su pasado, de cuando era niño. Había muchas lagunas en su memoria. Con todo lo que estaba experimentando aquellas últimas semanas, pensó que era un buen momento para probar. «Quién sabe, igual desvelo algo de mí que da sentido a lo que estoy viviendo estos días. Quizá las imágenes que veo en mis sueños tienen origen en algo que sucedió en mi infancia», se dijo para sus adentros.

En Alemania la primavera empezaba a mostrar los primeros verdes dejando atrás el frío invierno. Darmstadt estaba radiante aquella tarde. No era el cielo, que se ceñía gris y triste, sino un ligero halo de esperanza que alcanzaba a leerse en los mundos sutiles. En la residencia de Herr Engel, los ojos de alguien sin un rostro definido observaban desde una de las ventanas de aquel enorme palacete, oculto de la mirada del mundo, acostumbrado a moverse entre pasadizos secretos y máscaras de barro. Los pilares en los que Herr Engel depositaba su confianza cuidaban de su imperio para seguir expandiendo la luz desde la sutileza del agua que se filtra entre las rendijas de la madera hasta lograr ocupar todo el es-

pacio. Werner y Elke eran las personas de confianza de Herr Engel. Werner era su mano derecha, aunque nadie lo había visto nunca personalmente; Elke, la directora de su fundación. Muchos relacionaban a Werner con aquel enigmático personaje, cuya silueta había sido vista por algunos a través de las ventanas de la mansión, un rumor que el servicio se había encargado de extender argumentando que Werner no pertenecía al mundo de los vivos y que había sido invocado por el mismo Herr Engel para proteger sus intereses. Nadie conocía el rostro del que, según se decía, tenía la plena confianza del millonario suizo para tomar cualquier tipo de decisión dentro de su poderoso imperio. Werner era un auténtico misterio. Los que recibían sus órdenes por teléfono afirmaban que la voz parecía la de un hombre de carne y hueso, culto e inteligente. Los que no creían en fantasmas, tenían la teoría de que probablemente Werner era el niño psíquico de los relatos de Herr Engel, aquel al que un día rescató de una base subterránea en la isla de Tenerife, cuando trabajaba para los servicios secretos suizos. Herr Engel parecía disfrutar contando una y otra vez aquellas historias en sus reuniones privadas. Decían los más perspicaces que la razón de mantenerlo oculto era por pura protección. Si alguien conocía el paradero de aquel niño que ya debía ser un hombre, su vida podía correr serio peligro. Incluso se llegó a comentar alguna vez que el fantasma sin rostro, como lo conocían muchos, tenía desfigurada la cara debido a las terribles torturas a las que fue sometido cuando estuvo preso en aquella base secreta de la OTAN bajo tierra. Aquello justificaba el misterioso secretismo que Herr Engel alimentaba acerca de la identidad de aquel supuesto fantasma. Para muchos era evidente que si realmente se trataba del mismo muchacho, quizá sus poderes psíquicos estaban ahora a disposición de la organización y todo lo que el imperio de Herr Engel trataba de construir en el mundo. Otros opinaban que aquel misterioso personaje era un montaje y que no existía realmente nadie tras el nombre de Werner, que solo era una tapadera que utilizaba Herr Engel para no cargar oficialmente con el peso y la responsabilidad de algunas de las decisiones que se ejecutaban. La verdad era una mezcla de todo

y nada, pero ciertamente aquellos rumores alimentaban la leyenda sobre la figura de Herr Engel.

En Darmstadt, la gente hablaba de la forma de ser del excéntrico millonario suizo, tan cerrada, tan aislada, tan misteriosa. Desde que se instalara en la ciudad, se decía de él que era un verdadero experto en muchas áreas de la ciencia como la ingeniería, la física, la química o la medicina. Algunos lo tenían como una suerte de mago moderno. Siempre educado en las formas aunque algo campechano, convertía en oro todo aquello que tocaba, cualquier negocio. También se decía de él que era un moderno alquimista; además, estaban los que rumoreaban que tenía un pacto con el diablo que lo hacía aparentar ser mucho más joven, a pesar de tener probablemente más de doscientos años. Otros proclamaban que debajo de aquel aspecto impecable existía alguien que ocultaba algún drama familiar grave, tal vez una muerte o asesinato que pudo motivar su huida de Suiza para instalarse en las afueras de la ciudad germana. Eso explicaba la ausencia de familia, mujer e hijos o algún vínculo similar. Alemania era un buen lugar para la discreción. Allí, mantener las distancias no era algo socialmente mal visto, pero Herr Engel y su equipo de colaboradores sabían que siempre había que estar alerta. Al fin y al cabo, Ludwig Engel era solo un nombre, una cara visible, un medio para construir algo mucho más grande fruto de una idea gestada hacía muchos años, cuando dos niños soñaron con un mundo de Hombres y Mujeres de Conciencia. Uno era el hijo de una de las familias más poderosas del planeta y el otro, el hijo de uno de sus criados, pero sus almas estaban unidas por un corazón capaz de seguir amando la vida a pesar de las vejaciones y los malos tratos a los que eran sometidos. Una noche de fuerte lluvia juraron que algún día, cuando fueran adultos, juntos ayudarían a transformar el mundo en un paraíso inundado por el amor que ellos jamás conocieron. A pesar de no tener la misma sangre, eran como hermanos. También compartieron la dura disciplina a la que los sometían para hacer de ellos hombres dignos del papel que se esperaba que representaran para su clan familiar. Era la tradición, y cada uno de ellos era heredero de un papel que representar

dentro de aquel círculo enfermizo de poder y terror donde los niños no eran niños, solo posibilidades que moldear para alimentar las necesidades paranoicas de unos progenitores entregados a cultos y rituales de sangre. La noche que Werner decidió huir de allí, ambos prometieron reencontrarse cuando fueran mayores y realizar aquel sueño secreto. Werner pidió a su amigo que lo acompañara pero era difícil que los dos lograran escapar sin despertar sospechas, así que mientras uno distrajo la atención de la familia y los criados, el otro huyó de allí bajo el amparo de la lluvia. Ambos sabían que si los descubrían, el castigo sería peor que la muerte. Werner logró llegar a la estación y cruzar la frontera escondido en un tren de carga. Tardó días en llegar al mar, donde pudo esconderse como polizón en un barco mercante que se dirigía a Estados Unidos. Allí consiguió sobrevivir en las calles hasta que fue acogido por los miembros de un circo ambulante, quienes no dudaron en ayudarlo a borrar cualquier pista sobre su procedencia, dándole un nuevo nombre y adoptándolo como un miembro más de su numerosa familia. El dueño del circo y su mujer lo trataron como a un hijo y Werner pudo conocer lo que era el amor de unos padres. Lo enseñaron a actuar y se lo llevaron de gira por todo el mundo. Jamás olvidaría lo que su amigo había hecho por él, mientras este, hijo de los señores de la casa y el menor de cuatro hermanos, era descubierto y sometido a una paliza horrible que marcaría su vida para siempre; una paliza que lo dejaría al borde de la muerte. Con los años volvieron a encontrarse, así lo deparaba el destino de ambos. Nueve meses después de aquel reencuentro, como si de una gestación se tratara, se presentaba en sociedad Ludwig Engel, un millonario suizo cuyo rostro nadie fue capaz de reconocer nunca, a pesar de moverse entre los círculos más poderosos de la vieja Europa. Era difícil reconocer en aquella solemne figura a uno de aquellos dos chicos que un día se despidieran bajo la lluvia y que ahora se disfrazaba bajo la fachada de un magnate con fama de enigmático y excéntrico. Nadie podía imaginar lo que se ocultaba tras el velo, ni tampoco la forma en la que la fortuna de Herr Engel crecía cada día, gracias a la ayuda de una mente psíquica capaz de gene-

rar magia desde los mundos sutiles. El que había adoptado el papel de Herr Engel se movía como lo haría el más sabio de los chamanes. Mientras protegía su verdadera identidad y la de su amigo de infancia, oculto de las miradas de todos, procuraba sembrar entre sus amistades y colaboradores una sutil cortina de humo que favorecía la continuidad de un plan que solo debía ser conocido por Elke. Ambos amigos sabían que su sueño estaba cada vez más próximo y que sin duda era totalmente realizable. Incluso los que formaban parte del círculo de confianza del millonario suizo sabían solamente lo que interesaba que creyeran. Herr Engel se encargaba de compartir en numerosas ocasiones la historia de su hipotética vida, una versión muy personal que incitaba a que se generaran cada vez más rumores sobre su figura y lo que él representaba. En fiestas y cenas privadas, era habitual escucharle decir que en su juventud fue entrenado e iniciado en escuelas secretas de misterio, hasta que sus poderosas facultades mentales lo llevaron a ser reclutado por los servicios secretos suizos. La parte más interesante de aquel relato empezaba cuando lo destinaron a una base secreta de la OTAN bajo la isla de Tenerife, en España. Allí tenían aislado y maniatado a un extraño prisionero; se trataba de un niño indefenso que estaba siendo sometido a las más terribles torturas físicas y psicológicas. Querían lograr manipularlo en su favor para controlar el espectacular poder mental que demostraba poseer. Precisamente para eso necesitaban los dotes psíquicos de Herr Engel. Según contaba él, la razón por la que lo habían destinado allí era para usar su poder mental; querían sugestionar al chico para convencerlo de que accediera a ser entrenado como una nueva clase superior de soldado. Aquella era para muchos la mejor parte de la historia. Herr Engel decía siempre que terminó ocurriendo todo lo contrario. Aquel joven militar sintió tanta empatía por el muchacho, que acabó convirtiéndose en su amigo y su mejor aliado. Los comensales escuchaban atentamente a Herr Engel mientras su anfitrión explicaba cómo poco a poco pudo sentir en el centro de su vientre las emociones de aquel niño como si fueran propias. Mientras bebía su habitual agua con limón, comentaba que con el pasar de los

días entabló una bella amistad con aquel chico, que le pidió que le ayudara a escapar de allí. «El muchacho afirmaba ser un pleyadiano venido de las estrellas, encarnado en un cuerpo humano. No respondía jamás a su nombre real. Solo lo hacía si lo llamaban Ayaaksas. Estaba totalmente ido, desorientado. Cualquier otro niño hubiera muerto ante tamaña tortura, pero aquel chico era distinto. Podía hacer cosas increíbles con la mente. Su potencial psíquico no tenía parangón. A lo largo de las cuatro semanas de aquel mes de agosto en las que compartimos horas de silencio, pude sentir lo que aquel prisionero estaba sufriendo, exactamente lo mismo, como si no hubiera separación entre nosotros», contaba un emocionado Herr Engel, añadiendo que empezó a experimentar cómo sus corazones comenzaban a latir en la misma sintonía hasta que se convirtieron en uno solo. «Podía oír también la voz del chico en mi mente cuando el silencio lo envolvía todo; en el fondo éramos muy parecidos. Decidí trazar un plan para ayudarlo a escapar y protegerlo. Juntos logramos huir de la isla e ir a Asia. Allí fue cuando me convertí en su mentor, pero los servicios secretos lograron dar con nuestro paradero. Nos sometieron a un duro programa de lavado de cerebro. Tenían miedo de lo que yo sabía y del poder del chico, que había demostrado poder meterse en los sueños de los demás, presentándose bajo diferentes aspectos. A mí solo me aplicaron el nivel superficial, pero al muchacho le infringieron el más profundo de los «resets»: le hicieron un lavado total de memoria, de modo que quedó aparentemente idiotizado. Creyeron que habían borrado su personalidad, sus recuerdos, su capacidad de pensar. Pero estaban equivocados. El chico fingió como un auténtico actor. Las facultades psíquicas de aquel muchacho habían crecido hasta lo inimaginable. Ayaaksas, el pleyadiano, era un ser muy poderoso. Había logrado hacer una pantalla invisible para protegernos a ambos. Ahora estaba encarnado, actuando desde aquel chico y era más fuerte que nunca. Tenía una misión que cumplir y lo haría a partir de entonces. Jamás volverían a dar con él. Blindó toda posibilidad de que alguien pudiera encontrarlo de nuevo», concluía Herr Engel ante la asombrada mirada de su selecto público. «Confío en su discre-

ción», decía siempre. «Muy pocos lo saben, pero es Ayaaksas el que guía nuestros pasos desde lo sutil, incluida mi fundación y todo lo que hacemos para transformar el mundo desde nuestra organización». Alguno siempre se atrevía a preguntar, aunque fuera de forma tímida, por el paradero de aquel poderoso muchacho, que en la actualidad debía de ser un hombre, tal vez con la esperanza de que Herr Engel confesara que la respuesta estaba tras las paredes de su propia residencia. Herr Engel jamás respondía. Aquello dejaba a la gente intrigada. Se rumoreaba constantemente sobre el fantasma sin rostro que habitaba la casa, una presencia que acompañaba y protegía a Herr Engel allí donde iba. Muchos estaban convéncidos de que aquel muchacho psíquico era Werner, escondido del mundo tras los ventanales de la residencia de Herr Engel, mientras dirigía con su poder aquel maravilloso imperio que parecía extenderse sin límites. Aquello no era del todo cierto, aunque tampoco iban desencaminados muchos de los rumores. Los dos amigos sabían que era importante contar siempre la verdad disfrazada de muchas cosas que generaran en el inconsciente colectivo el efecto deseado. Sabían que nadie ve lo que no está programado para ver, para asimilar. Al mismo tiempo, alguien estaba siendo preparado para recibir la herencia de aquel legado; alguien a quien Herr Engel había encargado una colección de pinturas basadas en un mundo que existía más allá de nuestra propia línea de tiempo. Se llamaba Miguel Claveras.

En Darmstadt empezó a llover tímidamente. Era una fina y leve lluvia de primavera. Mientras el millonario Herr Engel cenaba en uno de los salones con un grupo de empresarios e inversores, en una recóndita estancia de aquella regia residencia el misterioso personaje sin rostro acariciaba con sus dedos finos y alargados su medallón de oro con la Flor de la Vida grabada en una de sus caras. Parecía totalmente ensimismado mientras observaba a través del cristal de la ventana cómo el agua hacía bailar las hojas de los árboles. Aquella sobria figura contenía en sí misma el mayor de los secretos, un misterio que ocultaba su luz en las profundidades de un mundo de realidades paralelas, donde convivían universos

cuánticos traspasando las leyes del tiempo y el espacio. Allí vivía verdaderamente él, abriendo posibilidades desde donde era capaz de generar realidad propia. Herr Engel jamás mentía. A pesar de disfrazar y no contar toda la verdad, esta hubiera podido ser desvelada por el que hubiera sabido escuchar lo oculto manifestándose en la propia creación de la vida. No iban desencaminados los rumores que corrían por Darmstadt. Allí vivía un fantasma, pero era de carne y hueso; un auténtico mago que, además de conocer los misterios del inconsciente, era capaz de reprogramarlo.

Capítulo 8

Dibujando sincronías

Había llegado el día señalado. Aquella tarde Miguel llegó a la escuela y buscó a Álex con la mirada. Lo vio a través del cristal. Estaba mirando al techo, como si allí arriba estuviera lo que de verdad le interesaba aunque aparentemente solo hubiera unos cuantos fluorescentes. No parecía atender a lo que la profesora decía. Miguel sonrió al ver que Alicia era ciertamente una mujer bien parecida y muy divertida, aunque no parecía el tipo de mujer que pudiera interesarle como pareja, tal vez porque no sintió nada especial al verla. Se pescó pensando todo aquello y rió negando con la cabeza. «Qué bobada», pensó. Él estaba allí solamente por su sobrino Álex. Lo demás no importaba ahora. Observó unos minutos a través de la ventana. La verdad es que aquella mujer parecía muy simpática y paciente con todos aquellos niños. Tal vez podrían ser buenos amigos si realmente era tan especial como decía Isabel. De repente, la profesora apagó la luz del aula. Todos miraron hacia arriba, al techo, donde empezaron a brillar un sinfín de estrellas fosforescentes. Aquello era lo que parecía estar

esperado Álex desde hacía rato. Miguel observó desde detrás de la ventana, recordando su infancia, cuando iba al colegio y sus padres los recogían a él y a su hermana Isabel para ir a merendar a la granja que había cerca de su casa. De repente, una voz dulce lo devolvió al presente:

—¿Puedo ayudarle en algo?

Era, en efecto, una voz dulce y suave. Miguel se giró y en aquel mismo instante sintió lo que creyó que no volvería a experimentar en toda su vida. El corazón le dio un vuelco. No era algo que pudiera explicar racionalmente. Simplemente sintió que allí delante de él estaba el poder del amor manifestándose de manera directa y natural. No sabía qué decir. Toda su labia quedó anulada por el brillo de aquel momento. Al fin, Miguel reaccionó balbuceando unas palabras:

—Hola, disculpe, estaba esperando a mi sobrino Álex.

—Vaya, se refiere a nuestro Álex. ¿No viene hoy Isabel a recogerlo? —dijo la mujer sonriendo.

—No, sus padres no pueden venir y mi hermana me pidió que lo recogiera yo —contestó Miguel tratando de disimular como pudo su nerviosismo ante aquel ángel que parecía brillar solo para él—. Nos llevamos bien, así que lo llevaré al parque, pero antes me gustaría hablar con Alicia, si tiene un rato libre y podemos charlar.

—Vaya, ¿quiere usted una cita con Alicia? No sé si ella podrá atenderle. Su agenda está muy apretada.

Miguel movió levemente la cabeza diciendo:

—Bueno, tenía la esperanza de que ella me concediera al menos unos minutos para tratar el caso de Álex. Yo no soy el padre del niño, pero de todas formas me gustaría poder charlar con su profesora de lo que le ocurre.

Aquella mujer bajó la mirada sonriendo de nuevo y luego miró a Miguel a los ojos:

—¿Y quién dice que Álex tiene algún problema? Es un niño maravilloso. De todas maneras, seguro que Alicia está encantada de charlar con usted un rato tomando un té en la tetería

de la esquina, la que está al lado del parque. A ella le apasiona el té de hierbaluisa que tienen allí.

La hierbaluisa era también la infusión preferida de Miguel. Su abuela se la daba de niño. Miguel asintió mientras observaba cómo salían los niños del aula. Todos menos Álex, que se quedó sentado en su silla mirando fijamente el techo estrellado a pesar de que la maestra ya había encendido la luz y recogido las cosas. A aquel niño de cabellos revueltos no parecía importarle. Miguel se disculpó y se dirigió a la puerta cruzando el pasillo, para esperar a que Alicia y Álex salieran del aula. La maestra de Álex vio a Miguel y se acercó mientras decía:

—Álex, es hora de irse a casa.

El niño parecía tener la mirada clavada en aquel universo de estrellas. Miguel se presentó. Al llamarla Alicia, aquella chica lo interrumpió enseguida:

—Lo siento, señor, creo que se confunde: yo soy Clara, la otra profesora de Álex. Alicia es aquella mujer que está al otro lado del pasillo.

Miguel tragó saliva y se disculpó dirigiendo su mirada hacia el ángel con el que había intercambiado algunas frases un momento antes. La verdadera Alicia lo miraba sonriendo. Era como si se conocieran de toda la vida a pesar de no saber nada el uno del otro. Miguel se acercó a ella mientras Alicia decía dibujando una pícara mirada:

—Así que usted es el famoso Miguel, el hermano de Isabel, ¿no? Ya tenía ganas de conocerle. Su hermana me ha hablado muy bien de usted. Parece que tiene un gran interés en que nos conozcamos. —Y añadió reforzando con un gesto su graciosa mirada—. Creo que tiene la intención de emparejarnos. Su hermana es terrible con esas cosas. Creo que no parará hasta que vayamos al altar. Será mejor que empecemos a tutearnos, ¿no crees? Volvamos a presentarnos como Dios manda. Mi nombre es Alicia. Hola, Miguel, mucho gusto.

Ella se acercó y besó las mejillas de un Miguel todavía ruborizado ante la sinceridad y el desparpajo de aquella mujer que había logrado deslumbrarle con su sola presencia.

—Bueno, tengo que irme. He quedado en la tetería de la esquina con un artista y su sobrinito —dijo Alicia—. Me ha dicho Isabel que eres pintor. Me encanta el arte. Voy a buscar mis cosas mientras te dejo la ardua misión de arrancar a Álex de su mundo lleno de estrellas. Enseguida vuelvo.

Era una mujer encantadora, divertida y espontánea con un estado de presencia fuera de lo común. No lo podía creer. Estaba enamorado, como cuando tenía veinte años. Había algo de aquella mujer que le llevaba a mantener su corazón totalmente abierto a pesar de no conocerla de nada, o al menos eso creía él. Álex escuchó la voz de su tío llamándole suavemente, y aquello bastó para arrancarlo de su ensimismamiento. El niño adoraba a Miguel. Salió corriendo de la clase y se abrazó a su tío efusivamente mientras este lo aupaba balanceándolo con los brazos y arrancando de él todas las carcajadas que se había guardado para los que se atrevieran a verlo de verdad. Alicia volvía de su despacho y se detuvo sin hacer ruido a observar aquella escena. Aquel era el Miguel del que Isabel tanto le había hablado. Ella sentía lo mismo que él y tenía miedo. Era demasiado fuerte como para comprenderlo desde lo racional. Por eso se fue al corazón y dejó que su sabiduría la invadiera. Desde allí sabía y conocía sin necesidad de temer. Desde allí supo entonces que aquel encuentro marcaría un antes y un después en su vida.

Ya en la tetería, pidieron sus infusiones de hierbaluisa y un zumo de naranja para Álex. Mientras este coloreaba sobre un cuaderno, Alicia y Miguel hablaron sobre la peculiar forma de ser de aquel niño tan especial.

—No creo que el niño tenga algún problema. Es un niño diferente, como todos los que llegan ahora —dijo Alicia.

—Lo sé, ya se lo digo siempre a mi hermana, pero ella no acaba de creer en esas cosas. Yo le digo que estos niños vienen con otro programa —añadió Miguel.

—Eso mismo pienso yo —dijo Alicia—. Vienen a transformar el programa desde dentro y a despertar a ese niño que también un día fuimos todos nosotros, ese que vino a traer el cielo a la Tierra.

Miguel se quedó helado. Parecía estar delante de su propio espejo. Alicia hablaba como él; su hermana tenía razón. Intercambiaron opiniones sobre diversos temas hasta que volvieron a centrarse en Álex.

—Hoy medican a los niños por ser niños. O por ser muy activos o por serlo poco. Es demencial. Los niños necesitan moverse, jugar, correr entre la naturaleza, pero los tienen sentados todo el día en la escuela, o en sus casas, delante del televisor o del ordenador. ¿Sabías que en Finlandia, el país más evolucionado en educación, no aprenden a leer y a escribir hasta los siete años? Y a los nueve ya lo hacen mejor que la mayoría de los españoles. Han descubierto que antes de los siete los niños deben jugar —dijo Alicia.

Miguel no tardó en responder:

—Vaya, pensando así me choca que no estés en una escuela de educación libre. Encajaría más contigo. ¿Qué haces en un colegio normal?

—Mira, tengo un bello proyecto que un día pretendo llevar a cabo. Una escuelita libre en la naturaleza. De momento voy reuniendo el dinero y creándolo desde dentro hacia fuera. Todo llegará, y mientras eso ocurre yo me siento muy útil dentro del sistema, donde también puedo ser de gran ayuda. Como con Álex, por ejemplo.

—Comprendo —añadió Miguel—. Eres como esas enfermeras que saben técnicas energéticas, como el reiki, y en lugar de dejar la medicina oficial al darse cuenta de sus limitaciones y del negocio que representan, procuran aplicar lo que saben a los enfermos con permiso de los médicos en los hospitales como una ayuda complementaria. Cada vez hay más gente transformando el mundo desde el día a día.

—Exacto —dijo ella sonriendo—. A eso se le llama integración. A mí me tocó una enfermera de esas cuando me pasé

una semana en el hospital debido a un accidente de coche. Tenía veintitrés años. Aquella mujer me ayudó mucho. El médico me dijo que si no me operaba me quedaría paralítica a los treinta años por causa de la lesión. Mi corazón me dijo lo contrario. Firmé un montón de papeles que lo eximían a él y al hospital de cualquier responsabilidad y me fui a casa. —Alicia dejó su mirada fijada en algún punto indefinible y suspiró antes de añadir—: Desde entonces no he dejado de visualizar luz en mi columna cada día. Tengo treinta y cinco años, así que una vez más la ciencia no ha podido superar el poder del corazón.

Miguel bebió un poco de té. Aquella mujer era única.

—Bueno, para mí el problema no es la ciencia, sino los estamentos que determinan qué es y qué no es ciencia, cuando en realidad todo lo es, incluso la magia. ¿Sabes qué creo yo? Estoy convencido de que lo que llamamos magia en realidad es la ciencia de comunicarse con el inconsciente e interactuar con él. Al fin y al cabo, estamos creando casi todo el tiempo desde allí sin saberlo, ¿no te parece?

Alicia miró a Álex unos instantes. Ahí estaba él, inocente, presente, dibujando y coloreando feliz y en silencio mientras ellos generaban un montón de teorías sobre cómo era la vida. Miguel estaba fascinado con aquella mujer casi desconocida. Cuando vio a Alicia observando a su sobrino, comprendió sin necesidad de palabras lo que ella estaba pensando, lo que estaba sintiendo.

—Él sí que sabe, ¿verdad? —dijo Miguel entonces.

Alicia apartó un mechón de pelo que se paseaba delante de sus bellos ojos y dijo:

—¿Sabes por qué Álex tiraba el postre de los demás niños el otro día? Descubrimos por la tarde que algunos de los pastelitos estaban en muy mal estado. Gracias al numerito que montó ningún niño se puso enfermo. De alguna manera, no sé cómo, el niño sabía lo que ocurría.

—Vaya, esto es muy interesante —dijo Miguel con cara de sorpresa—. Parece que esté en otro mundo pero se entera de

todo y sabe cosas antes de que sucedan. Una vez, en medio de la calle, empezó a gritar enfrente de un andamio sin querer moverse. Sus padres no sabían lo que le pasaba. Al día siguiente, cuando pasaron de nuevo por allí, la policía y las ambulancias rodeaban el edificio. Aquella mañana se había producido un accidente. El andamio se había desprendido y había provocado un montón de heridos. Salió en las noticias de todo el país. Su padre aún no acepta todo esto. Cree que son casualidades y está empeñado en medicar al niño. Es una suerte que Isabel atienda a mis consejos y supongo que a los tuyos, y no contempla esa opción. Jordi jamás hará nada que su mujer no apruebe. La quiere mucho. Esa es nuestra suerte y la máxima protección de Álex.

Alicia lo miró y acarició la cabeza de aquel genio de tres años.

—Sí, él ya se ha encargado de traer toda la protección posible.

Entonces miró a Miguel y, sin que este se lo esperara, tomó su mano y la apretó. Miguel estaba nervioso. La presencia de aquella mujer lo removía por dentro. Su mano era suave y delgada, blanca y cálida. Sin soltar su mano, Alicia dijo:

—Te parecerá extraño, pero siento que te conozco desde siempre. —Miguel iba a decir algo cuando Alicia pidió con un gesto que no dijera nada todavía. Él cerró los labios y siguió escuchando a aquel ángel salido de sus más dulces sueños—: Otro día ya hablaremos de lo que ocurre entre nosotros. En unos minutos debo irme y no quisiera hacerlo sin decirte que lo que siento contigo no lo había experimentado en esta vida. Tal vez creí sentirlo por alguien, pero jamás lo pude retener. No esperaba que sucediera de una forma tan común y natural. Me siento más que nunca en un sueño. Estoy nerviosa porque sé que si tu presencia me conmueve así es porque en tu corazón viven un guerrero y un mago. Presiento que algo muy grande está ocurriendo y sé que no pensarás que estoy loca si te lo expongo tan abiertamente porque tus ojos no engañan y veo en ellos mi propio reflejo.

Miguel se quedó de piedra. Aquello parecía una declaración de amor en toda regla. Alicia era una extraña tan familiar para él que no sabía qué pensar. Tal vez era una loca impulsiva de esas que se van declarando al primer hombre que encuentran. Quizá era una de esas mujeres deseosas de tener un hijo. El reloj biológico era así y a ella no le quedaban muchos años. Miguel desconfiaba de las mujeres. Era atractivo y tenía dinero. No era la primera vez que intentaban cazarlo. Su mente no dejaba de barajar posibilidades a toda velocidad para huir del impacto de aquel momento presente. En realidad, tenía miedo. Alicia no era como las demás mujeres que él había conocido. Su presencia lo descolocaba, pero aquello era una locura. Era la profesora de Álex y no sabían apenas nada el uno del otro. No quiso incomodarla pero necesitaba respirar. Soltó la mano de Alicia y se disculpó. Necesitaba ir al baño un momento. Alicia asintió comprensiva bajando la mirada. Cuando Miguel volvió Alicia estaba pagando la cuenta. Esperaron en silencio a que la camarera trajera la vuelta y justo después ambos hicieron el ademán de empezar a hablar. Rieron al darse cuenta de aquella sincronía. Entonces fue Miguel el que tomó la mano de Alicia, diciendo:

—Mira, Alicia, te pido perdón por mi reacción.

—No importa, lo comprendo —dijo ella negando con la cabeza—. Siempre soy muy franca, demasiado, creo yo. Espero no haber asustado al niño que proteges dentro de ti. Aún está atrapado. Le hicieron mucho daño.

Miguel suspiró. En el fondo sabía que aquella era la mujer que siempre deseó encontrar, pese a que su mente racional tratara de buscar cualquier justificación para escapar de allí. Al fin, sin soltar su mano de la de Alicia, le dijo:

—Mira, Alicia, siento lo mismo y es verdad que tu impetuosidad me ha asustado un poco. Necesito ir despacio aunque me encantará conocerte mejor. ¿Por qué no te pasas un día por mi taller a ver los cuadros cuando salgas de la escuela? Aquí tienes mi dirección. Mejor llámame antes por si estoy de viaje.

Miguel le entregó con la otra mano una de sus tarjetas. Alicia la miró y dijo sonriendo de forma pícara:

—Ya te tengo en el anzuelo, ¿eh? Porque supongo que la tarjeta es auténtica. ¿O vas repartiendo tarjetas de estas a todas las mujeres de las que quieres librarte?

Miguel sonrió. El humor de Alicia le gustaba. Decidieron levantarse, pero Álex, mudo durante toda la estancia en aquella bella tetería, se negó a dejar la mesa. Miguel trató pacientemente de explicarle que Alicia tenía que irse pero él no levantaba la cabeza de su dibujo, como si le urgiera terminarlo en aquel preciso momento. Alicia hizo un gesto a Miguel para que se retirara y la dejara a ella.

—Álex, tengo que irme. Te quedas con tu tío. Él te va a llevar a pasear al parque. Debes recoger tus cosas, ¿quieres?

La voz de Alicia era dulce, amable. Álex miró a su profesora favorita con los ojos bien abiertos y le entregó el dibujo. Ella le dio las gracias y ayudó al niño a recoger los colores y a guardarlos en su cartera. Miguel le puso la chaqueta al niño y cuando se incorporó se encontró a Alicia atónita, mirando fijamente aquel dibujo como si hubiera visto un fantasma.

—Alicia, ¿qué ocurre? —preguntó Miguel acercando la mirada a la obra de arte de Álex.

—Nada, no importa —respondió Alicia mientras doblaba el dibujo.

Salieron a la calle. Alicia se despidió de Miguel y prometió llamarlo. Entonces se agachó y se despidió del niño. Le dio un beso en la mejilla mientras le decía:

—Álex, ¿hiciste este dibujo para mí?

El niño respondió asintiendo con la cabeza. Alicia parecía impresionada. El encuentro con Miguel y el mensaje que contenía el dibujo que el pequeño Álex le había regalado eran demasiadas emociones para una sola tarde.

Álex corría entre los árboles del Turó Park mientras su tío paseaba a su lado todavía sensibilizado por todo lo que había vivido junto a Alicia hacía un rato. Tras su mágico encuentro

con aquella mujer maravillosa, sentía una enorme paz. Algo de ella permanecía en él, grabado en su corazón, presente en cada uno de sus latidos. Era increíble que pudiera sentir todo aquello. No era razonable que un hombre que había pasado los cuarenta estuviera flotando tras aquella cita. «Es extraño. Mi corazón la conoce y sabe más de ella que todo lo que mi mente pueda fabricar», pensó. Aupó a Álex y lo llevó a ver los peces rojos que nadaban en el estanque. Al niño le encantaban los peces. Se emocionaba al verlos nadar.

—Mira, Álex, esto me lo enseñó el doctor Chong. Fíjate en los peces. Si quieres saber cómo es un pez, lo miras nadar, conectas con el alma que le da vida. En cambio, los adultos nos emperramos en sacarlo del agua, diseccionarlo en partes y analizar cada una de ellas buscando al pez. Así somos los humanos desde la inconsciencia.

Miguel reflexionaba en voz alta mientras sujetaba al niño entre sus brazos y aquellos peces nadaban bajo los nenúfares. Miguel le hablaba a Álex como lo haría con un adulto. Lo trataba como a un igual, a pesar de que el niño pareciera no enterarse de lo que le decía. Álex siempre quería estar al lado de su tío y aquello no era una casualidad. Con él podía ser libre y se sentía protegido de cualquier frecuencia molesta que lo impidiera expresarse. Habitualmente, daban de comer a los peces migas de pan. Estaba prohibido, pero todos lo hacían. Tal vez por eso aquellos peces parecían truchas de lo grandes que eran. Miguel comía pan ecológico en casa, y de los restos de pan duro hacía bolsas para cuando Álex lo visitaba, considerando que aquellas migas de pan eran mucho más saludables para los peces que el pienso que les echaban los cuidadores del parque. Álex pidió a su tío que lo dejara en el suelo. Ante la falta de migas de pan, se emperró en intentar tocar uno de aquellos peces. Su tío le explicó que estaba prohibido pero el niño no entendía de prohibiciones. Se acercó al borde del estanque y cuando se disponía a tocar un pez, este salió disparado provocando una gran carcajada en el niño. Mientras veía cómo Álex salía corriendo tras una mariposa que se cruzó en su camino, Miguel pensó:

—Bendita inocencia. Tú sí que estás siempre en el presente, viviendo la vida intensamente. Seguro que lo que siento por Alicia es algo parecido, pero no estoy nada acostumbrado a gestionarlo. Pienso demasiado. —Tomó la mano de su sobrino y le dijo—. ¿Sabes? Tengo mucho que aprender de ti, maestro. Tú no tienes miedo de las emociones. Siempre tienes el corazón abierto. Nosotros, los mayores, lo hemos ido cerrando porque un día sentimos cosas que nos dolieron. Espero que no te suceda jamás algo así. Encerrar el corazón es terrible. Yo lo he tenido medio cerrado durante años, incluso cuando creía tenerlo abierto. Así nos engañamos para no arriesgarnos a sufrir. Ahora, la presencia de Alicia lo ha despertado de su largo letargo y siento cómo late más vivo que nunca. —Álex lo miraba atentamente. Siempre lo hacía cuando su tío le hablaba mirándole a los ojos. Le gustaba su tono de voz. Siempre se embelesaba cuando Miguel le contaba alguna historia de esas que solía inventar para él—. ¡Tú recuperas a mi niño dormido, maestro! —dijo elevando la voz mientras lo aupaba de nuevo.

Álex se lo pasaba bien con el loco de su tío. Jugaban a muchas cosas y cuando estaban en el taller pintaban durante horas. Y aquella vez no sería una excepción. Pintarían hasta que llegara su madre para llevárselo a casa.

El doctor Chong movía el péndulo mientras su paciente, tumbado en la camilla, observaba fijamente aquel suave balanceo tratando de concentrarse en la voz del doctor. Héctor atendía a sus pacientes de forma muy poco ortodoxa. Para él la enfermedad no existía como tal y solo era una manifestación de algo anidado en las profundidades del inconsciente. Por eso usaba la hipnosis y otras técnicas que permitían trabajar sobre el paciente como lo haría un informático, accediendo a los programas que generaban los bloqueos manifestados en forma de patologías, traumas o trastornos. Usaba la hipnosis para provocar regresiones. Llevaba a sus pacientes al momento del trauma que desde su parte consciente habían olvidado y que generalmente provocaba algún tipo de bloqueo en ellos. En la mayoría de las veces el trauma se encontraba en la infancia. Había llegado a descubrir abusos sexuales y

violaciones en muchos de sus pacientes. En la última de ellas, una mujer con una profunda aversión a los hombres pudo recordar en plena sesión y con lágrimas en los ojos cómo un amigo de la familia abusó de ella cuando solo tenía nueve meses de edad. El doctor Chong trabajaba con mucho cuidado con la hipnosis, consciente de que no se trataba de un juego. Sabía que navegar en el inconsciente tenía sus peligros y exigía una gran responsabilidad. Lo más curioso es que en unmerosas ocasiones los pacientes se iban a otras vidas, a pesar de que no creyeran en ello, y revivían episodios relacionados con las patologías y traumas que arrastraban y, muchas veces, sanaban al instante fobias y otro tipo de manifestaciones neuróticas. Héctor llevó a Javier hasta la noche en la que se desmayó en aquel bar, junto a su casa, pero parecía tener un bloqueo demasiado grande como para seguir insistiendo, así que el doctor optó por ir mucho más atrás en el tiempo, hasta su niñez. Javier le había hablado del vacío de memoria que sufría respecto a lo que ocurrió durante el verano que pasó con su padre en la isla de Tenerife. Había sido una casualidad la que llevó a Javier a conocer al doctor Chong. Fue cuando a uno de los colaboradores de la consulta se le estropeó el ordenador, coincidiendo con que Héctor estaba de viaje. Alguien le pasó el teléfono de Javier y cuando aceptó ir a solucionar el problema coincidió con la llegada del doctor Chong de Suiza. Tuvieron una conversación muy interesante sobre hipnosis y regresiones que atrapó la atención de Javier. El doctor Chong hablaba poco, pero cuando lo hacía tenía un don para la persuasión. Javier lo llamó varias veces para pedirle información mientras escribía algunos artículos para su blog. Un día empezó a contemplar seriamente la idea de someterse al péndulo para saber más de su pasado. Era la primera vez que Javier Pérez Barba se prestaba a hacer algo así. Era una suerte que el doctor le hubiera dado cita tan pronto. No lo podía creer cuando se lo dijo. Aquello de la hipnosis le parecía muy serio y sentía un gran respeto por lo que pudiera pasarle. Creía en otras vidas y estaba dispuesto a cruzar cualquier umbral con tal de averiguar algo más sobre sí mismo, aunque se conformaba con revivir lo que pasó cuando era niño, durante aquel

verano en las Islas Canarias. Su padre se lo había llevado allí porque investigaba avistamientos ovni. Era muy pequeño, pero recordaba haber visto unas luces, aunque el recuerdo era borroso y difuso. Su padre nunca hablaba de aquel verano, como si evitara siempre el tema. Aquello mosqueó siempre a su hijo. Su repentina muerte impidió que lo averiguara.

Héctor indujo a Javier para llevarlo al momento del que le había hablado. De repente, su paciente empezó a temblar y a moverse como si le faltara el aire. El doctor preguntó qué era lo que le sucedía. Javier se estaba ahogando en el agua. Héctor lo tranquilizó y Javier entró entonces en un estado de paz absoluta.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el doctor.

—Dios mío, he muerto ahogado mientras mi padre trataba de sacarme del agua. Estaba despistado buscando ovnis en la noche. Yo no sabía nadar y me llevó una ola. Mi padre llora desconsoladamente junto a mi cuerpo mientras lo envuelve con sus brazos. Estoy muerto y a pesar de ello, me siento más vivo que nunca. Me veo flotando como un astronauta en el espacio y me encuentro muy bien aquí arriba —narró Javier.

—Bien —dijo el doctor Chong—. Ahora dime por qué volviste entonces a la vida y qué pasó durante el tiempo que estabas fuera del cuerpo.

Javier no contestó nada por un momento y luego dijo:

—Me he elevado por encima de mi padre, como si fuera un ser etéreo. Mientras me voy alejando hacia el cielo, lo veo abrazar mi cuerpo sin vida. No entiendo qué ocurre pero me siento pleno y feliz mientras me adentro en el universo. Ahora me encuentro en algún lugar que me resulta muy familiar. Es hermoso todo esto. Son las imágenes que veo en mis sueños, es un mundo perfecto. Reconozco poco a poco este lugar como mi verdadera casa y deseo quedarme. Aquí no existe el sufrimiento ni el miedo.

—Si estás tan bien allí, ¿por qué decidiste volver a tu cuerpo y seguir con nosotros? —insistió el doctor.

Javier empezó a llorar como un niño mientras decía:

—Yo no quería. No quiero volver a este mundo denso, donde siento el dolor de mis padres en su separación, el miedo de la gente, sus guerras internas. Pero mi padre me necesita, y mi hermana también. Ahora ya sé lo que está ocurriendo. Decido volver para llevar a cabo la misión que me trajo a la Tierra. Vine a despertar el amor, a encarnar todo este cielo, mi propio cielo. Estoy aquí para ser un ángel en la Tierra, un mensajero. Ahora no se que sucede. Decido volver a mi cuerpo pero no puedo. No consigo encontrar el camino de vuelta. Es importante que vuelva. Ahora parece que algo me ayuda, algo que tira fuertemente de mí.

—De acuerdo, Javier, respira profundamente —dijo el doctor Chong con serenidad. Javier volvió a tranquilizarse al instante. Y a continuación Héctor le dijo—: Dime lo que recuerdas ahora de tu vida, de tu infancia, eso que antes permanecía oculto.

—Cuando éramos niños, mi hermana y yo veíamos muchas cosas, cosas que nadie más podía ver. Ella tenía miedo pero yo no, yo la protegía. Algunas eran bellas pero otras muy sombrías: almas en pena, seres horribles absorbiendo la energía de los hombres, de las mujeres y de los niños. Mi hermana no quiso contarlo nunca pero yo sí. Al separarse nuestros padres nos quedamos con mamá. Su nueva pareja era un psiquiatra, el doctor Abel Jiménez. Yo le conté a mamá lo que me pasaba y entonces el doctor empezó a medicarme. A veces iba drogado. Creían que me estaban ayudando. Mi hermana no se atrevía a hacer ni a decir nada. Se sentía culpable por todo aquello. Mi padre me llevó en su velero a las Islas Canarias aquel verano cuando se enteró de lo que me estaban haciendo. Deseaba protegerme. Aquella noche aún estaba bajo los efectos secundarios de las drogas y me separé de papá para ver el mar. Sentía tristeza: estaba lejos de mi hermana Ana y de mamá, y respiraba la densidad de un mundo que no comprendía. Deseé volver a la que sentía como mi verdadera casa, más allá de las estrellas, y me adentré en el agua. Ahora entiendo por qué mi hermana se dedica a ayudar a la

gente en terapia. Ahora comprendo por qué se ocupa tanto de mí. Me quiere y se siente culpable por no haber dicho nunca que a ella le ocurría lo mismo que a mí. Mi padre nunca habló con nadie de lo ocurrido. No sé por qué.

Ahí terminó Javier, entre lágrimas. Antes de despertarlo, el doctor le preguntó una cosa más:

—Ahora te pido que recuerdes justo el momento en el que despiertas de la experiencia de muerte. Dime qué ves al abrir los ojos.

Javier estuvo callado unos segundos hasta que dijo:

—Mi padre me abraza muy fuerte, como si no pudiera creerlo. Algo me sujeta la mano. No puedo ver qué es. Brilla mucho.

Héctor parecía estar también emocionado. Aquel hombre, siempre centrado y silencioso, tenía los ojos teñidos de un brillo especial.

—Dime, ¿quién sujeta tu mano? Observa bien.

—Es un niño mayor que yo —dijo Javier conteniendo el llanto—. Un niño que brilla de una forma especial. Es un ángel como yo, pero su poder encarnado es el de un dios.

Cuando el doctor lo despertó necesitó diez minutos para volver en sí y llorar todo lo que tenía acumulado. Hablaron y poco a poco fueron desgranando el por qué su padre nunca le había contado nada de todo aquello. Su hijo había permanecido muerto dos horas; estuvo dos largas horas sin respirar en las que su padre no supo qué hacer. Si hubiera sido otra persona lo hubiera llevado a un hospital, pero Andrés Pérez sabía que su hijo estaba muerto y no creía en los hospitales. Se pasó las dos horas llorando abrazado a su cuerpo bajo el cielo estrellado de Tenerife, esperando tal vez un milagro que devolviera a su hijo a la vida. Creía en las fuerzas de otros mundos y tenía una desesperada esperanza. Lo siguiente solo lo sabía Héctor, porque él era aquel niño que apareció entre la oscuridad para regalarle a Javier una nueva vida. No existía la casualidad. El día que el doctor Chong vio a Javier por primera

vez en su consulta mientras este arreglaba el ordenador de su colega, lo reconoció al instante a través de sus ojos, de la mirada. Desde entonces esperó paciente, atrayendo la posibilidad que hoy estaban encarnando juntos. No le podía contar nada sin riesgo a exponerse, pero era bello sentir todo aquello. Héctor era el niño psíquico del que tanto hablaba Herr Engel en sus reuniones, el que supuestamente él mismo ayudó a escapar de aquella base secreta bajo la isla de Tenerife. Aquella historia realmente era cierta, aunque algo en ella escondía el misterio de lo que en realidad allí sucedió realmente. Héctor recordó entonces cómo, atravesando las playas huyendo de los militares, vio una escena que lo enterneció. Vio a aquel padre derrumbado con el cadáver de su hijo ahogado en sus brazos. Conectó de nuevo con su humanidad, aquella que tras tantas torturas y experimentos había perdido, y decidió ayudarlos. Sintió el impulso de hacerlo, como si no existiera nada más. El amor más grande lo poseyó recuperando el calor de su propio corazón. Tomó la mano del niño muerto ante la atónita mirada de su padre y lo devolvió a la vida. Andrés Pérez no hizo preguntas, ayudó a Herr Engel y a aquel misterioso niño a salir de la isla y decidió guardar aquel increíble secreto para siempre.

Cuando Héctor lo despertó del trance, Javier pudo recordar de golpe una cosa más, algo que no sabía encajar entre aquel cúmulo de nuevos recuerdos. Había una imagen clavada en su mente. Era el rostro del hombre rubio que lo seguía a todas partes. Aquel nórdico de larga cabellera. No entendía nada. No recordaba nada más. ¿Quién era aquel misterioso personaje que ya se había cruzado antes en su vida y que, a juzgar por su aspecto de entonces, no había envejecido un ápice? Respiró unos segundos mientras el doctor le dejaba el espacio de tiempo necesario para que se fuera tranquilizando. Muchas cosas pasaban por la cabeza de Javier. Una de ellas fue que tal vez la imagen del hombre de larga cabellera no era un recuerdo como los otros, sino la consecuencia de un implante en su memoria que se mezclaba con aquel todavía increíble episodio de su vida. Podía ser que aquellos hombres que lo vigilaban realmente hubieran implantado recuerdos en

su mente, falsos recuerdos para desestabilizarlo. No se atrevió a confesar a Héctor que lo vigilaban ni tampoco a contarle su descabellada teoría. Tal vez ninguno de aquellos recuerdos fuera entonces real. Estaba demasiado confuso. El doctor insistió en relacionar la imagen de aquel ser rubio con el período en el que estuvo muerto y aquellos espectaculares paisajes y mundos relucientes que había visto. Lo invitó a volver de nuevo para seguir investigando en su pasado. Tal vez en una segunda sesión lograrían saber más cosas. Los argumentos del doctor Chong convencieron a Javier a medias, pero el joven periodista conspiranóico aceptó asistir otro día a una nueva sesión. Javier, todavía impresionado por lo que había revivido, estrechó su mano y se despidió agradecido.

Capítulo 9

Siempre hay un cielo sobre las nubes

El cielo estaba despejado en las tierras de la Garrocha. A diferencia de Barcelona, en aquella parte de la provincia de Gerona, el sol bañaba de luz sus verdes parajes. Aquellas eran tierras de brujas, eso decían al menos algunas tradiciones. La Garrocha estaba plagada de riachuelos, bosques y volcanes, un entorno ideal para Juan Lobo y Elena, cuya percepción de la realidad estaba muy unida a los misterios de la naturaleza. Aquella tarde Pachamama Elena había dejado su agenda libre de visitas. Había programado ir a Olot, la población más cercana, para hacer algunas compras y visitar a unos cuantos amigos. Juan no iba a acompañarla. Detestaba ir en coche y evitaba los lugares donde hubiera demasiada gente. Aunque Olot era un lugar relativamente pequeño y tranquilo, para un hombre fusionado con la Tierra y entregado a la vida solitaria de las montañas era como arrancarse de la barriga de su madre para salir a un mundo lleno de agresiones y peligros. Por eso Elena subió al coche con su hija y se despidió de su marido sin esperar que la acompañara. Se querían y respetaban.

Juan se quedó cortando leña y cuidando de la huerta. Lucía sí adoraba bajar a la ciudad. Su madre la llevaría al mercadillo y comprarían algunas cosas. Para ella, aquellas salidas a Olot eran un auténtico acontecimiento. A Juan le gustaba quedarse solo de vez en cuando. A veces se perdía por el bosque una mañana entera y volvía cargado con setas o frambuesas, si era la temporada, o con nueces salvajes e incluso con algún animal para comer. Aquella tarde era un buen momento para matar alguna gallina o algún conejo. Trataba de hacerlo cuando Lucía no estaba, ya que la niña no podía soportar ver morir animales. De hecho, Lucía era vegetariana desde que era bien pequeña. Su cuerpo rechazaba la carne y el pescado. Sus padres habían intentado camuflar algo de pollo en la sopa o en el puré, pero ella lo detectaba y escupía toda la comida. Cuando no lo hacía le sentaba muy mal. Su madre se encargaba de que a su alimentación no le faltara de nada, asumiendo que aquella niña no llevaba en su naturaleza el comer carne. Juan y Elena sí comían carne o pescado al menos una vez a la semana. Lo hacían con mucho respeto. Daban las gracias al animal que habían sacrificado y a la madre Tierra por permitirles nutrirse de lo que ella generaba. Cuando Juan no salía a cazar, sacrificaba una de sus mejores piezas. Aquella tarde no estaba Lucía. Era el momento perfecto para matar un conejo. Juan Lobo era conocido en la región con el sobrenombre de «el druida». Había aprendido del que fuera maestro de Elena el arte de matar animales sin hacerlos sufrir. Se trataba de sujetar al animal sin generarle estrés y de abrazarlo para establecer un vínculo vibratorio y emocional, y a partir de dicho vínculo el animal aceptaba su muerte para convertirse en otra cosa. Juan tomó su mejor conejo y habló con él largo y tendido. Lo acarició pacientemente, le contó todo lo que necesitaba y pidió su permiso para sacrificarlo.

—Serás parte de mi sangre y después volverás a la tierra —le dijo.

Cuando Juan sintió que aquel conejo aceptaba morir, lo miró con cariño y agradecimiento y, con un solo gesto rápido y contundente, le rompió el cuello.

Javier había hablado por el móvil con su amigo, el policía Bernardo Manchón, un poco antes de la sesión con Héctor Chong. Se habían hecho buenos amigos a raíz de la investigación de la muerte de su padre, aunque Javier también había hecho de hermano en momentos de dificultad, y aquello Bernardo no lo olvidaba. Aunque siempre de forma extraoficial, Bernardo era, junto al comisario Sánchez, el único policía que había apoyado a Javier en su denuncia de las irregularidades en el cierre del caso del extraño accidente de coche de su padre. Tanto el viejo comisario amigo de su difunto padre como Bernardo, eran asiduos visitantes de la web de Javier, «El mundo no es lo que te han contado», y de otras que acostumbraban a tildarse de conspiranóicas por los navegantes de Internet. Ambos estaban convencido de que el mundo estaba siendo dirigido por poderes en la sombra que no solo manejaban el mundo político, económico, religioso y social a su antojo, sino que, además, eran responsables del tráfico de armas, estupefacientes y trata de blancas. Sabían que aquellas élites gobernaban desde la cúpula de los estamentos oficiales dirigiendo la información que repetían después los medios de comunicación. Todo el control lo generaban a través de un sistema piramidal que impedía que los que estaban en los escalones más bajos de la pirámide supieran lo que se urdía más arriba. El que fuera amigo íntimo de su padre, el comisario Sánchez, le había confesado que visitaba aquellas webs para contrastar la información que él conocía, sorprendido de lo bien que se complementaban ambas fuentes. A pesar de las advertencias del comisario a su joven pupilo, Bernardo investigaba muchas veces por su cuenta buscando pruebas que confirmaran lo que aquellas webs promulgaban y servía de fuente de información a Javier. Aquel policía nacional había sido entrenador de policías. Durante muchos años los preparó para repartir palos, para infiltrarse entre los manifestantes y generar disturbios. Ahora hacía todo lo contrario. Llevaba a los jóvenes policías a aprender meditación y tai chi. Los tiempos estaban cambiando y Bernardo lo sabía. El comisario Sánchez tenía amigos en las altas esferas que también filtraban información. Eran jueces, abogados, políticos y policías o mili-

tares de rangos medios que trataban de que la población conociera la verdad de lo que se tejía tras los bastidores de una sociedad que parecía derrumbarse poco a poco conforme pasaban los años. El problema siempre era el mismo. Javier no quería comprometer a Bernardo. Por aquella razón y a pesar de la insistencia de su hermana, jamás le dijo que lo estaban vigilando. Javier se las sabía apañar solo; jamás comprometería a un amigo. Lo único que hizo fue pedirle otro favor. Esta vez necesitaba que averiguara el nombre y la residencia del dueño de aquel Mercedes negro del callejón. Bernardo dijo que haría lo que estuviera en su mano para averiguarlo y que le llamaría en cuanto lo supiera. Javier tenía dos pistas: la matrícula de coche y la misteriosa llave que alguien, posiblemente uno de sus perseguidores, había dejado caer dentro de su buzón.

La sesión con el doctor Chong lo había dejado impresionado. La imagen de aquel nórdico se repetía una y otra vez en su recuerdo. Aquel rostro sonriente, la tez blanca, los ojos azules brillantes y su cabellera dorada. Era sin duda el mismo personaje que lo seguía, estaba convencido. Además, estaba todo aquello de su supuesta muerte en Tenerife a los cuatro años de edad, durante aquellas misteriosas dos horas en blanco. Tenía la sensación de haber visto una película de algo que no había sido su vida. «Ojalá hubiera conocido a Chong hace años. Tal vez mi vida hubiera tomado otra dirección», pensó. Javier era muy consciente de que la angustia con la que vivía no era saludable ni mucho menos normal. Siempre había sospechado que aquel episodio ciego de su infancia tenía algo que ver, pero jamás se había atrevido a navegar en él hasta ahora. Reconoció que la presencia en las últimas dos semanas de aquel misterioso nórdico que vigilaba sus pasos había activado sus miedos y la necesidad de respuestas, al igual que lo hiciera en su día la muerte de su padre o aquellas mágicas imágenes que soñaba últimamente. ¿Qué relación había entre aquellas visiones fantásticas, su perseguidor y el pintor Miguel Claveras, capaz de plasmar a la perfección aquellos futuristas y verdes paisajes en sus pinturas? Necesitaba atar cabos y no sabía por dónde empezar.

En aquel momento se dirigía directo a casa atravesando el centro de la ciudad. Le gustaba pasear, y la fobia que sentía hacia los espacios cerrados llenos de gente y sin aire fresco lo llevaban a evitar el metro. Podría haber tomado un autobús, pues en ellos la sensación de agobio era compensada por la vista al exterior. Sin embargo y a pesar de que las nubes cubrían Barcelona, sentía que pasear le sentaba bien. Ya no hacía tanto frío. La temperatura era agradable a pesar de la ausencia de sol. Pasó por delante de una pastelería. En el escaparate había todo tipo de pastas, cocas y dulces. También había algo que a Javier le chiflaba por encima de cualquier otra cosa: los cruasanes de chocolate. Decidió entrar y comprar uno. Salió a la calle y se sentó en un banco a comerse su merienda. Cuando mordió el último trozo de aquel delicioso cruasán, alzó los ojos. El corazón se le aceleró de golpe. Un poco más abajo de la calle estaba el hombre rubio, mirando hacia otro lado. Parecía que no se había percatado de su presencia. Javier se escondió detrás de un árbol y decidió seguirlo mientras agradecía a la providencia aquella oportunidad. Era un verdadero regalo para él. Aquel hombre tenía que ser real entonces. No podía ser fruto de su imaginación. Allí estaba, entre la gente, sin percatarse de que lo estaba observando. Sin duda, era él. Tal vez viviera por allí. Si lo seguía, podría averiguarlo. El nórdico de rubia cabellera bajó la Rambla de Cataluña desde la avenida Diagonal y torció justo al llegar a la calle Consejo de Ciento. En un par de ocasiones pareció girarse, como si presintiera que alguien lo seguía, pero Javier se encargó de mantener la distancia suficiente para que no le viera; ahora era él el que estaba siendo vigilado. Javier se frotaba las manos ante aquella posición de ventaja. Habían cambiado los papeles. Desgraciadamente, al girar por Consejo de Ciento, Javier le perdió la pista. «Mierda, lo he perdido. No lo puedo creer, otra vez no. Mierda, mierda, mierda», se decía mientras buscaba a través de los escaparates de las tiendas y galerías de arte. Cuando se dio cuenta, estaba de pie delante del cartel que anunciaba la exposición de Miguel Claveras, el mismo cartel que se había guardado doblado bajo su chaqueta el día de la conferencia

del profesor Riba. Y una vez más, aquella imagen, aquella pintura que presentaba la exposición, removió absolutamente todo su ser desde las entrañas hasta el corazón. Sobre una repisa, descansaba abierto el catálogo de la exposición. Aquellas pinturas eran fascinantes. ¿Cómo podía ser que un pintor desconocido plasmara en sus lienzos exactamente las mismas imágenes que él veía en sueños? Aquella nitidez, la exuberante vegetación, las cascadas, los puentes, los ríos o las inmensas y luminosas cúpulas en medio de aquel paraíso que tan familiar le parecía. Tenía miedo. Temía estar enloqueciendo. Ya no sabía si estaba en la vida real o transitaba un largo sueño dirigido por algún gracioso destino. De repente cayó en la cuenta. Tras cada persecución infructuosa, se topaba de bruces y como por casualidad con alguna pista relacionada con Miguel Claveras. Era como si aquel nórdico de larga cabellera lo estuviera guiando hasta el pintor barcelonés. No había duda. Tenía que conocerlo y hablar de una vez con él. Tal vez en aquella galería tuvieran su teléfono. Pensó en entrar hasta que se acordó de nuevo del tipo rubio: lo había perdido pero no podía estar muy lejos. Tal vez vivía por allí. Esperó un buen rato en la calle. Pasaron los minutos y aquel hombre misterioso no parecía dar señales de vida. Definitivamente entró en la galería y preguntó a la chica que había en la recepción sobre el paradero de Miguel Claveras. Aquella simpática mujer le dijo a Javier que ellos solo tenían el catálogo y entradas para la inauguración y no trataban directamente con el pintor. Le informaron de lo que ya sabía, que la exposición iba a realizarse en unas semanas en la mítica Pedrera diceñada por el célebre arquitecto modernista Antonio Gaudí en el Paseo de Gracia. «Tendré que conocer a Miguel Claveras en el *vernissage*. No falta tanto», concluyó tras comprar el catálogo. Aquel encuentro seguramente podía esperar. Estaba acostumbrado a frenar su impaciencia. «Esa es la forma de llegar al final de las cosas», pensó. Salió de la galería y subió por la Rambla de Cataluña, pasando ante una tienda de objetos de regalo y curiosidades repleta de gente. De repente vio entre la multitud al nórdico. Era él. Estaba de espaldas, pero su traje negro y su estatura eran inconfundibles. Entró corriendo y

abriéndose paso a codazos logró llegar hasta aquel hombre de más de metro ochenta y larga cabellera rubia. Armándose de todo el valor que pudo, se abalanzó sobre él abrazándolo como si de un placaje de rugby se tratara. Javier no era muy alto. Medía metro setenta, pero era grande de complexión y había sido un gran amante de los deportes de contacto en su juventud, sobre todo de judo y fútbol, y además había practicado algo de rugby con los amigos de la universidad. El placaje hizo que ambos cayeran al suelo derrumbando un estante lleno de vasos y jarrones. La gente gritaba mientras Javier volteaba al nórdico para verle la cara. Fue entonces cuando se dio cuenta de que entre sus brazos descansaba una mujer enorme con cara de asustada que empezó a gritar y a golpear a Javier usando el catálogo de Miguel Claveras. Javier la soltó enseguida y trató de levantarse, pero un hombre más enorme que ella lo agarró por la chaqueta gritando algo en alemán y lo golpeó con fuerza en el estómago. Era su marido. Enseguida la gente los separó, mientras Javier, todavía bajo los efectos del fuerte golpe y el estado de *shock*, trataba de disculparse como podía ante aquellos dos gigantes extranjeros, que todavía muy asustados preguntaban a la guía que los acompañaba si aquello se trataba de un acto terrorista de ETA. La bronca en diferentes idiomas duró un buen rato hasta que al fin llegó la policía. Javier terminó con sus huesos en el cuartelillo. Una llamada a Bernardo Manchón y la disposición de Javier a cubrir los desperfectos de la tienda lo ayudaron a salir pronto de allí. Su hermana Ana fue a recogerlo. Javier contó a la policía que le acababan de robar y que confundió a la mujer con el hombre que lo había hecho. Gracias a la intervención telefónica de su amigo policía, la versión fue aceptada y Javier pudo volver a casa. Verdaderamente, aquel había sido otro día de mierda, pensó mientras Isabel lo acompañaba en el coche. Su hermana lo miró de reojo:

—Hermanito, esta vez te has pasado. ¿Cómo pudiste confundir a un tío con una mujer? Lo tuyo se está yendo de madre, Javi. Ves lo que no existe. Deberías hacer terapia de una vez. Te irá bien.

Javier la miró muy serio. Su hermana le llamaba Javi cuando le reñía como a un niño:

—Esa mujer parecía un armario. Además, no necesito psicólogos ni comecocos, ya sabes lo que pienso de eso. Yo no estoy loco. Ya tuve suficiente cuando éramos niños.

Su hermana sintió miedo. Un miedo visceral. Sabía perfectamente que Javier había estado en tratamiento cuando tenía cuatro años. Su madre se lo recordó un día en la residencia de enfermos de alzheimer, justo antes de perder la memoria definitivamente, cuando solo revivía sucesos aleatorios del pasado. Ana se sentía culpable.

Miró de reojo a su hermano mientras conducía:

—No te hablo de psiquiatras ni de que estés loco, sino de alguien que te acompañe para que puedas navegar dentro de ti, de tu inconsciente, de todo aquello que te atrapa. Te hablo de psicoterapia. No confundas tú una vez más lo que te intento transmitir.

Ana terminó de hablar elevando la voz más de lo que en ella era habitual. Después se hizo el silencio.

—¿De qué te ha servido a ti la terapia? ¿Recuerdas lo que ocurrió cuando éramos niños, cuando se separaron papá y mamá?

Durante el resto del trayecto no hablaron una palabra más. Javier se negó a contarle que se estaba tratando ya con el doctor Chong. Era muy orgulloso a veces. Bajó del coche y agradeció a su hermana su presencia:

—Gracias por traerme a casa, hermanita, y perdona mi forma de actuar. A veces pienso mucho en lo que me dices, te lo aseguro. Tendré en cuenta tus palabras. Te lo prometo. Te quiero, ya lo sabes.

Ana suavizó su expresión y, asomando la nariz a través de la ventanilla medio abierta, se despidió de Javier diciendo:

—Yo también te quiero, hermanito. No tengo que perdonarte nada. Eres tú el que sufre y soy yo la que no sé soste-

ner mi impotencia al no poder hacer nada para ayudarte. Descansa y me llamas, ¿vale?

Javier dio un beso al aire y guiñó su ojo derecho en una señal de complicidad mientras decía:

—Adiós, hermanita, y no sufras por mí: estaré bien. Gracias de nuevo por recogerme y por traerme a casa.

Mientras el coche de su hermana se alejaba, Javier se detuvo frente al portal de su casa y encendió un cigarrillo. Ojeó un poco el maltrecho catálogo de la exposición de Miguel Claveras mientras daba las primeras caladas. Entonces miró fijamente en dirección al callejón. Ya había oscurecido hacía rato y no había rastro de aquel Mercedes. Tal vez esa noche lo dejarían descansar en paz. No se iba a dar por vencido tan fácilmente. Tenía en su poder una llave que no sabía para qué servía, pero también tenía la matrícula del coche. Solo tenía que esperar la llamada de Bernardo. Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó mientras entraba en casa.

El apartamento de Ana no estaba muy lejos de allí. Todavía estaba conduciendo. Aquella conversación con su hermano la había afectado mucho. Ella, al igual que su madre antes de morir, también arrastraba una culpabilidad visceral. Estaba llorando dentro del coche mientras recordaba cómo había revivido en las sesiones de terapia todo lo sucedido en su infancia. Pensaba que su hermano quizá no estaba tan loco, pero le daba miedo admitirlo porque eso significaba admitir lo que más temía, las facultades que de niña había logrado olvidar y que tanto la atemorizaban.

Miguel preparaba la cena cuando llegó Isabel a recoger al niño. Su marido todavía estaba de viaje, así que Miguel, como ya había hecho en otras ocasiones, la invitó a que se quedaran a dormir en una de las habitaciones de invitados.

—¿Qué tal por Gerona? ¿Trabajaste o aprovechaste para descansar? —preguntó.

—Ya me conoces: aproveché esos días para descansar. Necesito airearme cuando trabajo mucho, así que fui al cine con mi amiga y además fuimos a cenar a un italiano que he

descubierto donde hacen unas pizzas que te mueres —dijo Isabel.

—Vaya, pues si te mueres, ¡mejor no voy! —dijo Miguel haciéndose el gracioso.

Le encantaba la sinceridad que a veces desprendía su hermana. A partir de ahí, hablaron largo y tendido de Alicia y entonces Isabel le propuso que la llamara para que los acompañara en la cena. Miguel estaba nervioso. Creía que aquello era muy precipitado. Su hermana sabía que Miguel estaba deseando volver a verla lo antes posible y pasar más tiempo con ella para conocerla.

—Hermano, ¿por qué esperar a mañana? No vive tan lejos de aquí. Es temprano. Acaban de dar las ocho. Seguro que se apunta. La conozco bien. No es de esas que se andan con compromisos y medias tintas. Llámala, hazme caso.

Miguel aceptó el reto. Se moría de ganas de verla de nuevo, a pesar de que solo hacía unas horas de su despedida ante la escuela de Álex. Cogió el teléfono y la llamó. Ella respondió en seguida y demostró un gran entusiasmo al recibir aquella repentina invitación. Aquella noche no pensaba hacer nada en especial, tal vez terminar un interesante libro o ver alguna película. Quedó en ir hacia allí enseguida. Mientras Isabel daba de cenar al niño, Miguel preparó una rica ensalada y unas verduras a la brasa. Alicia salió de casa, se puso el casco y montó en su pequeña motocicleta. De camino, paró en una tienda de productos biológicos que acostumbraba a cerrar tarde y compró una botella de vino tinto libre de sulfitos. Mientras Isabel terminaba de poner la mesa, su hermano fue a la cocina y puso todo su esmero en presentar de una forma artística y original la ensalada sobre cada plato. Miguel probó una aceituna y en el mismo instante en que la saboreaba, sonó el timbre.

—Ahí está Alicia. Respira, Miguelín, no te vayas a atragantar con esa aceituna —dijo riendo su hermana.

Miguel la miró advirtiéndole en broma con la cuchara de madera que no se pasara de lista. Cuando Alicia llegó a la

cuarta planta observó fascinada el bello recibidor.

—Un cuadro precioso. ¿Es de Miguel? —preguntó Alicia a Isabel mientras observaba la pintura de flores que había en la pared contigua a la puerta.

—No, no, es de nuestra abuela Concepción. Le encantaba pintar flores. Son mimosas. Ella nació en febrero, como la mimosa, por eso era su flor preferida, como Miguel.

Alicia e Isabel se dieron dos besos en las mejillas y, mientras Alicia dejaba el abrigo sobre una silla, preguntó riendo:

—¿Miguel nació en febrero o era el preferido de tu abuela? No me ha quedado claro.

En ese momento apareció Miguel, aún con el delantal y la cuchara en la mano.

—¿He oído mi nombre? —dijo de forma jocosa—. Hola, Alicia, es un placer verte de nuevo hoy. Disculpa mi aspecto, pero esta es la única manera que se me ocurrió para impresionarte.

Miguel era muy bromista y después de la copa de vino que había bebido mientras preparaba la cena se sentía un poco menos tenso ante lo que Alicia empezaba a representar para él. Alicia le devolvió el saludo dándole dos besos mientras decía:

—Vaya, ahora ya te conozco un poco más. O naciste en febrero o eras el favorito de tu abuela, ya sabes, la que pintó ese bello cuadro de mimosas de la entrada.

Miguel e Isabel rieron mientras este respondía:

—Las dos cosas, Alicia: nací en febrero y además era el preferido de mi abuela. Pintaba muy bien y era una excelente cantante de ópera, aunque solo cantaba en sus ratos libres. Ella transmitió a nuestro padre la pasión por la música.

Ya sentados a la mesa, saborearon la comida y brindaron con el vino que Alicia había llevado. Tras acostar al niño, charlaron de lo especial que era Álex, de la vida, del pasado y del futuro, hasta que Isabel decidió retirarse también a su ha-

bitación para descansar. Arropó al niño, se lavó los dientes y con una pícara sonrisa en la cara, se acostó junto a su hijo. Estaba contenta por su hermano. Había sufrido mucho en silencio. Era todo corazón, pero la herida emocional que llevaba en el pecho desde su vuelta de Nueva York ya estaba cicatrizada. Alicia era una mujer excepcional y hacían muy buena pareja, pensó al cerrar los ojos. Mientras, Alicia pidió a Miguel que le enseñara sus pinturas. Eran más de las doce y Alicia tenía que madrugar, pero no parecía importarle. Estaba a gusto allí. Ni siquiera se preocupaba de lo que pudiera estar pensando Miguel de ella. Tenía las cosas claras y siempre era muy honesta. Vivía la vida con toda la autenticidad de la que era capaz. Miguel no había conocido nunca a una mujer tan consciente y a la vez fascinante y bella, porque la veía muy bella por dentro y por fuera. A Alicia le impresionaron aquellos mágicos paisajes que Miguel estaba pintando. Él le contó que eran parte de un gran encargo de un cliente suizo establecido en Alemania. Alicia no podía dejar de mirarlos. Parecían escenarios de una película de ciencia ficción, pero eran ciertamente muy bellos y reales, como si aquellas fueran imágenes de un paraíso del futuro.

—Tal vez un día nosotros creemos una sociedad así. ¿Son visiones del futuro de la humanidad? —preguntó ella.

—Quién sabe —respondió Miguel bromeando—. A lo mejor el tipo que me los ha encargado los quiere para rodar una película de ciencia ficción.

Miguel la hubiera besado en más de una ocasión, pero tenía miedo de ir demasiado deprisa o de asustarla. A Alicia le ocurría lo mismo, así que se dedicaron a seguir compartiendo vivencias. Miguel le habló de la Garrocha y de sus amigos Elena y Juan Lobo. Le contó que tenían una cabaña que él a veces alquilaba, cuando deseaba perderse unos días del mundo civilizado. Le habló de las piscinas naturales, de los rincones mágicos que allí conocía. También le contó de la existencia de Lucía, aquella sobrina adoptiva que había visto nacer. Todo aquello surgió a raíz de charlar sobre la transformación que había dado su vida tras la vuelta de Nueva York. Alicia miró el

reloj. Eran las dos de la madrugada. Decidió irse a pesar de que Miguel le propuso quedarse en una de las habitaciones de la casa. Alicia tampoco deseaba ir tan deprisa. No al menos aquella noche. En realidad se protegía de ella misma. No podía imaginarse durmiendo bajo el mismo techo que Miguel, quedándose encerrada toda la noche en su habitación. Era una tentación demasiado grande para un corazón que latía como nunca aquella madrugada. A pesar de la insistencia de Miguel, decidió irse a su casa. Al despedirse, este le propuso ir a pasar un fin de semana a la Garrocha cuando volviera de su viaje a Berlín. Fue un impulso. Como a Alicia le gustaban los niños y Miguel siempre deseó que Álex conociera a la mágica Lucía, le dijo que podrían ir los tres. Era una forma de que ella se sintiera más segura. La presencia del niño demostraba a Alicia que Miguel no la llevaba allí para acostarse con ella. Tal vez a ella no le hubiera importado, pero para Miguel era importante dejar claro que él no estaba interesado solamente en llevársela a la cama. Deseaba conocerla aún más hasta que las cosas sucedieran de forma natural. Ella aceptó ir con ellos. A Alicia le gustaba Álex y deseaba ayudarlo. También deseaba saber más de aquel hombre que parecía tener la llave de todo lo que la hacía latir. Solo quedaba que Isabel dijera que sí, y aquello era muy probable. Tras intercambiarse los teléfonos, Alicia bajó las escaleras y se fue en su motocicleta mientras Miguel la observaba desde el balcón de su estudio. Aún tenía presente su olor, su fragancia. Cuando Alicia llegó a casa sonó su móvil. Era Miguel. Sorpren-dida, contestó:

—Hola. —Miguel esperó un par de segundos y dijo—: Alicia, sé que apenas nos conocemos; de hecho, nos hemos conocido hoy. Sé que esto es una locura para la razón y sé también que no te besé esta noche porque tenía miedo de lo que siento. Necesitaba decirte que no dejo de pensar en ti y que, aunque mi mente se escapa, mi corazón te ama como si te conociera desde siempre. Te lo digo porque no deseo engañarte. No deseo que sientas que te propuse pasar el fin de semana juntos para otra cosa que no sea conocerte mejor. En realidad me da la sensación de estar recordando quién eres. Quiero ir a la Garrocha para seguir reconociéndote.

Alicia sonrió emocionada. Sentía la honestidad de aquel hombre que se atrevía a expresar lo que sentía, desde sus miedos hasta su amor. Sin duda era un guerrero. Con la voz entrecortada, le dijo:

—Miguel, nunca me habían dicho cosas tan bellas y de forma tan honesta. Yo siento lo mismo que tú y también deseo seguir aprendiendo a tu lado. Iré encantada a la Garrocha. Por cierto, yo también te habría besado.

—Vaya, entonces vamos a guardar ese primer beso para cuando nuestros corazones enseñen a nuestros miedos que el amor no duele, que lo que duele es precisamente el temor a perder lo que siempre estuvo en nosotros. Que tengas dulces sueños.

Alicia se despidió de forma dulce y serena, aunque por dentro era un revoltijo de nervios y emociones contenidas. Quién iba a decirle que aquel día nublado de primavera iba a ser tan importante para ella. «Siempre hay un cielo sobre las nubes», pensó. Ambos colgaron el teléfono, pero aquella noche dormirían muy poco. La emoción lo cubría todo y era difícil para ambos conciliar el sueño. Se habían enamorado, pero más allá de aquello estaban recordando que se amaban desde hacía mucho tiempo, tal vez más del que pudieran imaginar. La semana próxima iría a Berlín. Héctor Chong le había comunicado ya vía *sms* que el millonario suizo lo esperaba en una iglesia al lado de Alexanderplatz, en pleno centro de la ciudad.

—Una iglesia —pensó al recibir el mensaje Miguel—. Vaya, un lugar ideal para el encuentro con un hombre con apellido de ángel.

Aquella noche buscó información en Internet sobre aquella iglesia en la que Herr Engel lo había citado. La iglesia era la Marienkirche, la iglesia de María. Un extraño lugar para una cita de negocios. Un enclave escogido con un propósito específico, pues estaba asentada donde la realidad y los mundos sutiles pueden tocarse más fácilmente de lo habitual.

Capítulo 10

Recuperando la fe

Mientras su mujer y su hijastra pasaban el día en la playa, Antonio Riba permanecía pegado a la mesa de su despacho. Llevaba horas sin poder apartar su atención de los textos que le habían entregado los hijos mellizos del que fuera uno de los investigadores sobre misterios más reconocido de España en los tiempos en los que aún pocos se atrevían a exponer a la luz pública temas relacionados con el ocultismo. Lo que Antonio Riba estaba leyendo era fascinante. En ellos Andrés Pérez demostraba la existencia de una tumba en Cachemira donde supuestamente había sido enterrado Jesús tras pasar la segunda parte de su vida en la India, tras sobrevivir a la crucifixión. Todo aquello no podía ser cierto, pensaba mientras devoraba aquellas páginas. Él ya conocía esas teorías, pero ahora tenía delante las pruebas obtenidas de una seria y rigurosa investigación. Aquel montón de hojas que tenía en sus manos solo eran fotocopias de anotaciones y diarios personales, pero para Antonio Riba representaban el despertar de viejas inquietudes que creía ya olvidadas y superadas. La verdad es que

Antonio estaba impresionado. Conocía las investigaciones de su colega y amigo, pero jamás pensó que fueran tan fundamentadas. Aquellas páginas comenzaban con un escrito fotocopiado de puño y letra de Andrés Pérez. En él decía: «En el sector de Khanyar de la ciudad de Srinagar, capital de Cachemira, está enterrado el cuerpo de Jesús en la cripta conocida por el nombre de "Rozanbal"». No se trataba de una búsqueda más. Parecía la búsqueda de toda una vida. Lo que más impactaba en el corazón de Antonio no era lo que allí se contaba y demostraba, sino el hecho de descubrir que el hombre que guió a Andrés en sus descubrimientos, incluyendo el contacto directo con textos muy antiguos guardados por algunos lamas o el conocimiento de personajes que ejercían de guardianes de tradiciones ancestrales, fue alguien del mismo Vaticano; un misterioso personaje que se hacía llamar padre Ricci. Antonio sonreía sorprendido, como si de repente algo en él se hubiera iluminado y las piezas del rompecabezas de su vida hubieran encajado. Dejó por un momento aquel montón de hojas y cerró los ojos mientras respiraba profundamente. Recordó entonces sus tiempos en Roma y a uno de los hombres que más marcaron su vida. El padre Francesco Ricci había sido un verdadero maestro para él. No fueron muchos los meses que coincidieron, pero sus encuentros fueron lo suficientemente intensos y emotivos como para que Antonio reservara un lugar especial en su memoria para aquel episodio de su vida. Recordó entonces la primera vez que lo vio de pie, junto a uno de los ventanales de la Biblioteca del Vaticano. Aquel hombre tenía una mirada brillante y embriagadora. Cuando comenzó a hablar, únicamente la profundidad de su voz ensalzó la belleza de aquel instante bañado por el reflejo de la luz del sol que se filtraba a través de la ventana. Era un hombre enigmático con un estado de presencia fuera de lo común. Enseguida propuso a Antonio la posibilidad de guiarlo hasta algunos libros y pergaminos muy antiguos que, según le dijo, habían sido rescatados de la mismísima biblioteca de Alejandría antes de su incendio, unos textos donde descubriría los verdaderos orígenes del cristianismo. Le propuso compartir con él mucha de la información que tenía al respecto, con la condición de

que debían reunirse siempre a solas en lugares muy específicos. El joven aspirante a sacerdote aceptó al instante aquella intrigante invitación. El Opus Dei había puesto sus esperanzas en aquel joven historiador aspirante a sacerdote de inteligencia excepcional y dotes para las lenguas antiguas. Allí tenía buenos padrinos que lo impulsaban esperando que desarrollara una carrera eclesiástica sobresaliente, pero Francesco Ricci se encargó de abrirle los ojos hasta hacerle comprender que el poder que manejaba la Iglesia era la continuación del poder del Imperio romano, heredero de la mismísima Babilonia. Fue entonces cuando el padre Ricci le puso al corriente de la existencia de una facción dentro de la misma Iglesia católica que él mismo dirigía, un grupo que luchaba desde la clandestinidad para derrocar aquel régimen que hasta entonces dirigía el destino de una gran parte de la humanidad. Aquel hombre sabio y anciano le puso al corriente de cómo aquella organización nacida en la misma cúpula del Vaticano extendía su influencia a lo largo y ancho del planeta con el objetivo de sacar a la luz las mentiras sobre las que la Iglesia de Roma se sustentaba, soñando con un nuevo resurgir del cristianismo desde sus verdaderos orígenes. Una religión sin mentiras, sin condiciones, sin intermediarios, una religión de todos y para todos.

—Así eran los primeros cristianos —le dijo el padre Francesco Ricci al joven Antonio mientras le mostraba antiguos pergaminos una tarde en la que se encontraban solos dentro una de las estancias de la inmensa Biblioteca del Vaticano.

—La palabra «religión» procede del latín *religio*, que viene a su vez del verbo *religare.* Significa algo así como ligar de nuevo o unirse de nuevo al Creador. ¿Entiendes, Antonio? Una religión es lo que te recuerda cómo volver a unir el cielo y la tierra. Te recuerda que no estás separado de Dios. Esa es la religión que muchos deseamos, sin guerras ni enfrentamientos, sin juicios, sin culpa. Esa era la base del verdadero cristianismo, de los primeros cristianos. El mundo está cambiando muy deprisa y necesita una religión en la que el camino de Cristo sea el camino que todos podamos transitar para recordar que todos nosotros estamos ya ungidos por la gracia

de Dios. Recuerda que «cristo» procede del griego *Khristos*, que significa «el ungido». Es un modelo, no alguien específico. Un cristo es el que se reconoce a sí mismo heredero de todo el poder del universo. Todos somos hijos de Dios, Antonio, todo lo que ves lo es. ¿Crees que pueda haber algo en la Creación que no esté ungido por Dios, que esté separado del amor universal más allá de la ilusión? —añadió el padre Ricci antes de que Antonio decidiera involucrarse de lleno en aquella organización que aquel misterioso sacerdote lideraba para ayudar a filtrar al exterior la realidad de lo que en verdad sustentaba la Iglesia católica. Un montón de mentiras y manipulaciones para arropar uno de los mayores negocios del planeta. A pesar de su rango aparentemente inferior, sin duda aquel sacerdote era un pez gordo dentro de la Iglesia católica, o al menos eso consideró Antonio desde el primer momento al observar la facilidad y libertad con la que se movía dentro del Vaticano y fuera de él. En sus reuniones clandestinas, Antonio imaginaba a su peculiar interlocutor como un infiltrado con grandes habilidades diplomáticas, capaz de moverse como pez en el agua dentro de un mar de intrigas y guerras internas, un océano profundo y obscuro en el que principalmente el Opus Dei y los Jesuitas luchaban por hacerse con el poder interno de un negocio espiritual que amasaba una de las principales fortunas del planeta. Ahora y pasados tantos años, sentado en su sillón, Antonio volvía a recordar al padre Ricci, aquel anciano vigoroso al que no dudó en abrazar en su día como a un verdadero maestro; un hombre cuya influencia cambió su vida para siempre a pesar del poco tiempo que compartieron y de que nunca pudo despedirse de él. Sin duda, el hombre del que Andrés Pérez hablaba en aquellos textos que Antonio tenía ahora entre sus manos tenía que ser el mismo padre Ricci que él había conocido. No podía tratarse de otra persona, operando desde el mismo interior del Vaticano. Ahora resultaba que él no era el único al que trató de despertar con sus pistas y misteriosos mensajes. Andrés Pérez también había estado colaborando con él. Sentado en su sillón de piel, apoyando sus brazos sobre la mesa de aquel viejo despacho, Antonio decidió volver a leer los párrafos que hacían referencia al padre Ricci.

Se dio cuenta en seguida de que las fechas de las anotaciones coincidían con los años posteriores a su desaparición. No lo podía creer. Andrés Pérez había estado interactuando con el padre Francesco Ricci años después que él. Aquel anciano no solo había sobrevivido, sino que se había dedicado a guiar a su amigo Andrés en su aventura hacia Cachemira. Aquello era fascinante. Antonio sentía un gran respeto por aquel sabio anciano romano. En ese mismo instante se encendió una luz en su mente. Recordó el día en que el padre Ricci paseaba con él por los jardines del Vaticano mientras decía:

—En Cachemira está guardado el mayor secreto que podría derrumbar los cimientos de la Iglesia católica. Yo he estado allí y lo puedo afirmar —dijo mirándolo a los ojos.

En aquella época, el joven Antonio no dio importancia a aquel comentario de su maestro; lo consideró poco relevante. Jamás le contó mucho más de su estancia en la India ni sobre su persona o su vida privada. Aquel hombre era un misterio para él. Siempre lo había justificado suponiendo que aquella forma de manejarse era la mejor manera de velar por su seguridad. «He creído todos estos años que lo habían asesinado por conspirador y resulta que al final no lo mataron», pensó Antonio. «Ahora resulta que desapareció sin más y siguió instruyendo a Andrés sin darme explicaciones o despedirse de mí. Es extraño. Pero si no lo mataron... ¿Por qué cuando pregunté por él aquella semana de su desaparición nadie en el Vaticano parecía saber de su existencia?», pensó de nuevo. Se quedó unos segundos en un estado de reflexión y cayó en la cuenta de que alguna cosa no cuadraba, como si algo de él intuyera que había que encajar las piezas para leer el verdadero significado de todo aquello. Por un lado, aquel anciano lleno de vida lo impulsó a investigar en los antiguos textos egipcios, donde descubriría para su sorpresa que el mito de Cristo era un plagio. Por otro lado y un tiempo después, guiaría a Andrés en una dirección aparentemente opuesta, que planteaba una posible segunda vida de Jesús en la India. Antonio empezaba a comprender. Tal vez había estado tan obsesionado en desmontar el mito de Cristo que había perdido de vista la posibilidad de que un Jesús muy distinto al que nos

vendieron las Escrituras hubiera venido a la Tierra con un mensaje que permanecería oculto de la mayoría hasta que la humanidad estuviera preparada para comprenderlo y abrazarlo. Antonio estaba reviviendo sensaciones del pasado. Ahora sus cimientos se removían de nuevo, como cuando era joven. Por lo que parecía, el padre Ricci los había guiado a ambos con la esperanza o la certeza de que un día aquellas dos verdades convergieran en un punto mágico de la existencia, derrumbando la mentira que daría paso a la luz de la verdad que toda la humanidad debía conocer, una verdad que desarticularía el poder que hasta ahora había dirigido la Iglesia, transformando el mundo en el paraíso que debería haber sido si las verdaderas enseñanzas de Jesús no hubieran quedado ocultas y manipuladas. «Tal vez el padre Ricci sabía que este momento llegaría, que yo tendría en mis manos estos documentos. ¿Qué deseaba de nosotros en realidad? Andrés ya está muerto. ¿Qué esperaban ambos de mí?», pensó mientras se levantaba de aquel sofá cubierto de pequeños cojines para pasearse de un lado a otro de la habitación. «Quizá el padre Ricci sembraba algo que debíamos hacer germinar cada uno por su lado, sabiendo que tarde o temprano los frutos caerían en tierra fértil». Y en silencio se sentó de nuevo para releer aquellos textos una vez más. El padre Ricci había guiado al locutor de radio hacia la India, concretamente hacia Cachemira, hacia la supuesta tumba de Jesús. Se trataba de unir las piezas del rompecabezas:

—¡Claro, Antonio, cómo has estado tan ciego! —exclamó de golpe, recordando los años que había pasado estudiando ocultismo y bebiendo de la mitología clásica.

«El padre Ricci nos guió para que encontráramos, cada uno desde su proceso, nuestra propia verdad. Como en los mitos griegos y egipcios, la verdad aparece ante el iniciado cuando este se atreve a desvelar lo oculto. Nos dio la dirección y nos propuso caminar sabiendo que todos los caminos llevan al mismo lugar, al cielo que todos contenemos. Ahora no tengo dudas. El padre Ricci sabía lo que hacía y, por alguna extraña razón que desconozco, era capaz de prever lo que sucedería en el futuro. No sé por qué nos eligió a Andrés y a

mí, pero no puede ser casualidad que sea justo ahora cuando estos textos llegan a mis manos. Estoy seguro de que el padre Ricci deseaba que el verdadero mensaje de Jesús y de todos los maestros e iniciados que han pasado por la Tierra se reconociera abiertamente como un mismo mensaje. Soy un escritor reconocido y muy traducido y siento la valentía de atreverme a mostrar lo que otros temen. Tal vez el padre Ricci lanzó una flecha para que hiciera diana muchos años después, cuando al fin la humanidad estuviera lista para abrazar la responsabilidad que representa aceptar el poder que todos llevamos dentro. Un mensaje en el que el Cristo es simplemente un modelo humano de autoperfección que todos podemos desarrollar si nos lo proponemos», se dijo con emoción. Fue directo a una parte de aquellos manuscritos fotocopiados en donde el mismo Andrés Pérez contaba su experiencia en Cachemira. Era muy grande lo que allí se decía. Aquel locutor de radio e investigador de lo oculto viajó hasta la India siguiendo las indicaciones del padre Ricci para investigar la existencia de una supuesta tumba de Jesús. Sus notas de puño y letra decían: «Mi sorpresa fue grande, y a pesar de que no podía creer que aquello fuera posible, mi instinto me llevó a investigar de forma rigurosa siguiendo las pistas que el padre Ricci me había confiado, desplazándome para ello numerosas veces a Cachemira, donde estaba la tumba; una tumba que podía demostrar que Jesús sobrevivió a la cruz y que viajó después a la India para pasar allí el resto de su vida. Si la tumba es real, la resurrección y posterior ascensión de Jesús es un fraude, y los pilares sobre los que se sustenta la Iglesia de Roma, un engaño. Quiero averiguar la verdad. Lo necesito». Esto escribía el joven Andrés Pérez en lo que parecía un diario de sus días en el país de la meditación y el yoga. Más adelante demostraba el origen hindú de las tribus de Israel y la posible estancia de un joven Jesús en la India y el Tíbet. También había reflexiones sobre la lógica de que Jesús fuera un hombre santo como lo había sido cualquier buda o profeta que decidiera cruzar la frontera de la ilusión para adentrarse en el desarrollo de su existencia elegida. Decía Andrés en uno de los párrafos: «Jesús existió, no tengo duda, pero no fue valo-

rado por la gente de su tiempo; ni los historiadores le hicieron caso. Su figura solo se recogió más tarde para crear un mito que sobrepasó la humanidad de lo que puede generar cualquier hombre o mujer sobre la Tierra si decide abrazar su corazón. Ahora estoy seguro. Tras haber realizado numerosas investigaciones y entrevistas a fieles y lamas conocedores del origen del profeta conocido como Issa, puedo asegurar con pocas posibilidades de error que aquel que descansa en la tumba es sin duda el Jesús de las Escrituras, un Jesús que llegó a Cachemira tras sobrevivir de su propia crucifixión y dejar Israel con Tomás y María, su madre, que moriría durante la larga travesía hacia la India. Allí Jesús vivió sin duda una segunda vida. Aquel Jesús era producto de una avanzada alquimia genética, totalmente humano y no por ello, como todos nosotros, menos divino. Jesús tenía seguramente dominio sobre unos poderes propios de iniciados y había pasado por escuelas de conocimiento superior, tal vez en la India y Egipto. Muchas incógnitas se abren a lo que era, pero más aún sobre lo que dejó su paso por nuestro inconsciente colectivo pese a la manipulación que se ha hecho de su figura. Gracias a las indicaciones del padre Ricci y a mi paciencia a la hora de ganarme la confianza de gente influyente en Cachemira, he podido conocer y contrastar las historias que se cuentan de Issa, el nombre con el que fue llamado en la India el profeta que tanto han transformado y manipulado los Evangelios». Andrés Pérez seguía diciendo en otro párrafo: «Por casualidad tuve que parar en Leh; estaba enfermo y no podía seguir mi camino. Allí localicé los diarios escritos por dos misioneros alemanes en los que hablaban de un viajero ruso que tradujo unos manuscritos tibetanos que narraban la odisea de Jesucristo en la India y en Ladakh, conservados en la lamasería de Hemis. He seguido desde entonces un sinfín de pistas que me han llevado a descubrir numerosos pergaminos en los que se habla de la segunda vida de Jesús en la India. En un texto antiguo se narra la historia del rey Shalewahin de Cachemira, el cual convence a Jesús, ante su negativa a necesitar esposas, para que aceptara al menos a una de sus mujeres para que lo cuidara. El texto dice que aquella mujer se llamaba

Marjan y que Jesús tuvo con ella varios hijos». Antonio Riba no podía dejar de leer todo aquello con total asombro. ¿Por qué el padre Ricci jamás le habló de la segunda vida de Jesús? Si lo que deseaba era abrirle los ojos, ¿por qué nunca lo incitó como a Andrés Pérez a investigar aquella tumba en Cachemira? Antonio no dejaba de pasar páginas. Allí se demostraba con datos y referencias a textos de la época de diferentes culturas y procedencias la forma en la que Jesús logró salir vivo de la cruz. También se explicaba por qué escogió Cachemira, donde estaban asentados los supervivientes de las diez tribus perdidas de Israel, y cómo fue recibido por los cachemires como un santo. Andrés narraba cómo desde los doce años hasta los veintinueve Jesús estuvo en diferentes partes de la India aprendiendo de los textos sagrados. Es posible que también antes pasara por Egipto, iniciándose como maestro en alguno de sus templos. Había mucho misterio y algunas lagunas en la vida de aquel hombre-dios. También descubrió manuscritos que demostraban su paso por el Tíbet. Andrés Pérez escribía de nuevo: «Habiendo aprendido perfectamente la lengua palí, el joven Jesús se entregó al estudio de los rollos sagrados de los sutras. Seis años después estaba capacitado para explicar perfectamente los rollos sagrados. Entonces abandonó Nepal y las montañas del Himalaya, descendió el valle de Rajputana y se encaminó hacia el oeste. Hablaba de la abolición de la esclavitud y de un único dios más allá del bien y del mal. Al llegar a Persia los sacerdotes se alarmaron y lo prendieron y expulsaron. Los textos que guardan los lamas en su poder cuentan que Jesús tenía veintinueve años cuando regresó a Israel». En algunas hojas había recortes de lo que parecían diarios en los que el mismo Andrés hablaba con un lama. El lama le explicaba lo siguiente: «El nombre de Issa es muy respetado entre los budistas, pero, a excepción de algunos lamas importantes, es poco conocido. Estos son los que han leído los rollos referentes a su vida. Hay un número infinito de budas parecidos a Issa, y los 84.000 rollos que existen abundan en detalles sobre ellos, pero son pocos los que han leído apenas una pequeña parte de los rollos. Los referentes a la vida de Issa llevados de la India a Nepal y de Nepal al Tíbet es-

tán escritos en lengua palí. Pueden hallarse en Lhasa, pero hay copias en tibetano. No obstante, el vulgo ignora a Issa».

Antonio Riba fue a la cocina a prepararse un café antes de volver a aquella habitación llena de estantes repletos de libros que usaba como despacho. Después de tanto tiempo volvía a sentir que tal vez aquel hombre-dios podía haber existido realmente, aunque su vida habría sido muy diferente de la que aparecía en los textos sagrados difundidos por la Iglesia. Pero, entonces, ¿por qué los historiadores de la época no le dieron importancia a su figura? Tal vez no fuera tan conocido. Quizá su mensaje, como una semilla, fue germinando poco a poco y creciendo entre los corazones de la gente hasta nuestros días. Tal vez su misión estaba dirigida a reparar algo con las diez tribus de Israel que se asentaban en Cachemira o quizá su misión iba mucho más allá, anidada en el interior de cada ser humano que moraba sobre el planeta Tierra. Estaba confuso. Sus propias investigaciones demostraban el plagio de la Iglesia respecto a la figura de un Jesucristo divino, pero eso no significaba que un Jesús, tal vez más humano que divino, no hubiera existido; un Jesús que tal vez eligió cumplir todas las profecías que recaían sobre él para tratar de lograr algo, quizá algo más sutil y contundente. Tal vez aquello era lo que hacían todos los iniciados de la historia al decidir abrazar su propia existencia, convirtiéndose en modelos que facilitaban el reencuentro con el propio ser. ¿No era ese el camino de cualquier hombre o mujer que decidía despertar al poder de su alma? La idea no era descabellada. Solo un hombre podía mostrar el camino a otros hombres, un camino que demostrara que todos somos ya dioses dentro de nuestro corazón. De repente conectó con su juventud, con la fe que lo llevó a desear hacerse sacerdote. Aquel Antonio no era tan pragmático. Todavía creía en el alma, en lo que no se ve pero sí se siente. Se dio cuenta de que cuando perdió la fe en la Iglesia, apartó cualquier tipo de espiritualidad en su vida y se volvió completamente racional, él, un hombre que había sido tan apasionado como para sentir que su camino era el de iluminar las almas de los fieles. Siempre fue un poco extremista. Le costaba navegar en el equilibrio, donde los contrarios se vuelven com-

plementarios. «La luz y la oscuridad tienen muy confundidos a los hombres», pensó. «Solo se trata de las dos manifestaciones de un todo». Antonio sentía que aquel estado creativo que lo embargaba lo había devuelto a la vida. Se dio cuenta de que hasta ese mismo instante solo había ido a contracorriente, pero que ahora simplemente sabía, sentía y se reconocía. Esa era la verdadera forma de elegir la existencia.

En aquel estado de gratitud llegó a su mente su hija Alicia, tan auténtica, tan clara y sincera. Aquella era la muestra de que su vida tenía un gran valor. Alicia era el fruto del amor entre él y Mª Ángeles. Podía sentirlas allí a ambas, a su hija y a su difunta esposa. Sus ojos se humedecieron. «Cuánto duele a veces sentir», pensó.

—Es normal que cerrara mi corazón cuando te perdí, M.ª Ángeles —dijo en voz baja, susurrando.

Por primera vez tras su muerte hablaba con la que había sido el amor de su vida. Hablaba con ella como lo hacía Alicia, porque sabía que estaba viva y siempre presente, alumbrando su camino. Fue en ese mismo instante cuando comprendió más que nunca el poder de las emociones. Ellas permitían al ser humano experimentar la vida intensamente. Cuando un día cerró el corazón para dejar de sentir el dolor, también lo cerró para el amor. Ahora algo de él estaba abrazando el camino del guerrero, el de atreverse a vivir con el corazón abierto a pesar de todo. «Ser muy sensible para captar la belleza implica serlo también para recibir el impacto del dolor. Solo un verdadero guerrero se atreve a abrir el corazón para amar su vida en cada instante». Aquello era lo que Alicia siempre le decía cuando le contaba que ella esperaba a su guerrero. Ahora su padre al fin comprendía. Sabía que podía imaginar y recordar a M.ª Ángeles, sentirla y hablar con ella sin importarle lo que era o no era real para su mente. Su corazón tenía más fuerza que el exterior y volvía a oír a su mujer, a confiar en lo que sus latidos escogían, al igual que con Jesús, un Jesús que lo acompañaba de nuevo y que podía existir bajo la forma que él necesitara imaginar. Mientras secaba sus lágrimas con un arrugado pañuelo de seda, recordó las palabras que le repetía

el padre Ricci en muchas de sus reuniones: «Antonio, una vez más, deja de lado los datos ahora y escucha lo que te digo. Puedes imaginar cualquier experiencia que desees vivir a pesar de que parezca una quimera. Imagínala cada día hasta que la sientas dentro de ti como algo completamente real. Al hacerlo la estarás materializando. Estarás eligiendo usar tu poder para fundar tu propia existencia. Eso es lo que convierte al ser humano en un dios».

Capítulo 11

El lugar de poder

Habían pasado los días y se acercaba el momento de la salida a la Garrocha con Alicia y el niño. Miguel y Alicia habían hablado por teléfono cada día y se habían pasado las noches chateando como dos adolescentes. Aquella mañana Miguel se levantó temprano, como era habitual. Pero esta vez la razón no era mirar la salida del sol o hacer yoga, sino su viaje a Berlín. Su avión salía del aeropuerto del Prat a las nueve en punto. Tenía pensado estar unos días en la capital germana para volver antes del fin de semana. Quería preparar con tranquilidad sus cosas antes de recoger a Álex y Alicia en su coche el viernes por la tarde, después de comer. Durante el vuelo no pudo dejar de pensar en la oportunidad de pasar un fin de semana con la mujer más maravillosa que se había encontrado en su vida. Al aterrizar en el aeropuerto de Schönefeld, tomó el S-Bahn hasta Prenzlauer Allee, donde vivían unas buenas amigas afincadas en Berlín desde hacía más de veinte años. Era una pareja de lesbianas que adoraban a Miguel. Laura era una fotógrafa española amante del arte y la cultura. Andrea era alemana y había nacido en Leipzig. Precisamente

se encargaba de organizar exposiciones de arte y había ayudado mucho a que la obra de Miguel fuera cada vez más valorada y reconocida en Alemania. Pasó la mañana con ellas y luego almorzaron juntos; charlaron de arte, literatura y de la posible participación de Miguel en una exposición colectiva en una de las mejores galerías de Múnich. Después Miguel bajó desde Prenzlauer berg hasta Mitte para instalarse en casa de Daniel, un músico argentino que había adoptado Berlín como su segunda residencia. La primera era el mundo entero, o eso decía él cuando le preguntaban. La verdad es que Daniel se pasaba la vida viajando y solo estaba en la capital germana algunos meses al año. Tenía tanta confianza con Miguel que le había entregado una copia de las llaves de su dúplex para que lo usara cada vez que tuviera que escaparse a Berlín. Miguel acostumbraba a pisar la capital alemana al menos una vez cada dos meses. Allí tenía muchos amigos y al marchante de arte Hubert Becker, uno de los que más apoyaba su trabajo en el país y también fuera de él, sobre todo en Suiza, Bélgica, Austria y Estados Unidos. Hubert vivía entre Berlín y Leipzig, y era un gran promotor de la obra de Miguel, además de ser el marido de Claudia Mangelsdorf, cuya galería representaba al artista español no solamente en Berlín y Múnich, sino también en Rusia, China, Japón y en gran parte de América. Tenía varias reuniones pero también aprovecharía para hacer alguna visita a los lugares que más disfrutaba de Berlín. Por la tarde salió a comprar algo de comida a una tienda biológica y luego cenó un salteado de verduras con arroz integral mientras veía una película. Miguel ya no era un noctámbulo. Se acostó antes de las once. Por la mañana deseaba hacer un montón de cosas. Aquellos días paseó mucho por Kreuzberg, uno de los barrios más bohemios de la ciudad. Se alimentó de falafel, comida tailandesa e italiana. También estuvo en el barrio de Charlottenburg visitando a un par de amigos y se reunió con Claudia y Hubert para planificar las próximas exposiciones. Siempre que estaba unos días en Berlín, acostumbraba a meditar junto al río por las mañanas, salvo cuando tenía tiempo para ir hasta uno de los diferentes lagos que tanto lo fascinaban. También visitaba galerías de arte y, en esta ocasión,

se citó con un coleccionista de Düsseldorf afincado en la capital germana que siempre compraba cuadros suyos. Hizo un sinfín de actividades en unos pocos días, pero todo aquel movimiento era solo lo que se interponía entre él y el momento de conocer a aquel misterioso mecenas, al millonario suizo que respondía al nombre de Ludwig Engel. Al fín llegó el día esperado. Aquella era su última tarde en Alemania, pues partiría hacia Barcelona al día siguiente. Por suerte aquellos días de primavera sentaban muy bien a un Berlín que empezaba a volverse verde poco a poco tras el largo y gris invierno. A los berlineses siempre les mejoraba el humor a partir de la primavera. Cuando dieron las cuatro y media decidió acercarse a Alexanderplatz cruzando el río Spree. Miguel cayó en la cuenta de que Berlín parecía más luminoso que nunca aquel día. «Qué suerte he tenido», pensó mirando el maravilloso cielo azul que se abría sobre su cabeza. «No es fácil encontrarse aquí un cielo tan despejado, ni siquiera en primavera. Si la temperatura subiera unos grados más, creería que estoy en Barcelona», pensó avanzando hacia la iglesia. Mientras esperaba frente a la puerta, se distrajo observando a un grupo de jóvenes de estética punk que charlaban y bebían cerveza junto a sus perros. De repente, un chico pasó a gran velocidad con su bicicleta muy cerca de ellos y los insultó gritando en un alemán con marcado acento berlinés. Estuvo a punto de atropellar a uno de los perros, que empezó a ladrar alborotado mientras el resto de canes se unían a él en un desesperado concierto. Entonces, uno de los jóvenes punk le lanzó una botella vacía de cerveza al agresor con la intención de alcanzar su rapada cabeza; por fortuna, la botella no dio en el lugar deseado. El chico de la bicicleta levantó la mano mostrándoles su dedo corazón mientras se alejaba del lugar. Aquella escena de tensión generó cierto malestar en Miguel, que enseguida desvió su atención hacia una mujer mayor que se quejaba de que unos turistas habían cruzado en rojo el semáforo aprovechando que no venían coches. Les increpaba en alemán que su nieto de un año no tenía por qué recibir aquel mal ejemplo. Los turistas parecían italianos o españoles y no tenían pinta de saber alemán, porque solo la miraron como si estuviera lo-

ca. Al fin, a su izquierda, pudo observar a una hermosa mujer sentada en las escaleras. Estaba muy concentrada leyendo, aprovechando los últimos rayos de sol de la tarde. Miguel no podía dejar de mirarla. Desprendía mucha paz. Se la notaba feliz, lo que sintonizó enseguida con su propia felicidad y esa búsqueda constante del momento presente. Para Miguel era muy reconfortante haber centrado al fin su atención en aquella imagen que tanto reflejaba su propio estado interno. Entonces, de forma totalmente sincronizada, aquella mujer cerró el libro y miró hacia el sol mientras sus rayos iluminaban su bello rostro. Su cara era de total felicidad. Sus cabellos, de naturaleza dorada, relucían aún más intensos gracias al contraste que pintaban luces y sombras. Al fin, cerró también los ojos como si el sol fuera un tesoro suficientemente valioso como para desear aprovecharlo atendiendo a su presencia por encima de cualquier otra cosa. De repente, llegó un hombre de aspecto latino montado en bicicleta; llevaba un ramo de flores en una de las manos. Ella se levantó sonriendo y entonces se abrazaron. El hombre le entregó el ramo y la envolvió entre piropos en un alemán con acento hispano mientras ella se sonrojaba:

—¡Cómo eres, Carlitos!, siempre tan seductor —dijo ella en un perfecto alemán—. Tengo una sorpresa para ti. He reservado una mesa en la pizzería en la que nos conocimos, la que está en Kreuzgerg, junto al canal. La he reservado para las ocho. Pero antes quiero llevarte a una tetería nueva que unos amigos han abierto cerca de Richardplatz, en el barrio de Richdorf.

—¿Viniste en bicicleta, mi amor? —le dijo el tal Carlitos siempre en su alemán tan peculiar como meloso.

—Sí, claro, ahí está —respondió ella señalando su bicicleta, atada a uno de los árboles que descansaban junto a la iglesia.

Mientras aquella simpática pareja de enamorados se alejaba sobre sus bicicletas en dirección al barrio más bohemio de Berlín, las campanadas anunciaban las cinco en punto de la tarde. Miguel miró a su alrededor. No sabía cómo podría reco-

nocer a Herr Engel. Héctor le había dicho que no se preocupara, que el mismo señor Engel lo reconocería a él. Simplemente tenía que entrar en la iglesia y sentarse lo más cerca posible del altar. Así lo hizo. Mientras esperaba, miraba a su alrededor. De vez en cuando entraba algún turista, pero ni rastro de aquel misterioso personaje. «Tal vez le ha ocurrido algo. No es normal que un alemán se retrase. Tampoco un suizo. Son los inventores del reloj, pero este parece que no se ha enterado de lo que hacen en su patria, a menos que viva fuera del tiempo. Eso es lo que tiene ser multimillonario. Uno se cree el rey del mundo, y los demás, que esperen. Quizá no sepa qué cara tengo, aunque aquí no hay nadie más sentado a parte de mí. Además, ahora que caigo, seguro que debe de conocer mi rostro; hay numerosas fotografías y vídeos sobre mi obra y mis exposiciones en Internet», reflexionó. La verdad es que la presencia de aquella pareja de enamorados le había dejado muy buen cuerpo. Unos meses atrás, aquella escena le hubiera pasado desapercibida o la habría juzgado de carranclona o pasada de moda. «Será que estoy también enamorado», pensó. Mientras esperaba sentado sobre el banco de madera y sin perder de vista la puerta principal, tratando de ver o adivinar quién podría ser el misterioso Herr Engel, se dio cuenta de cómo había variado su estado de ánimo durante aquellos minutos ante la iglesia, antes de dar las cinco. Dependiendo de en qué había concentrado su atención, su estado interno también se había visto alterado. Primero con los jóvenes violentos, después ante la señora que se quejaba y los turistas que se reían de ella y finalmente con aquellos dos enamorados. Entonces sintió una inmensa necesidad de cerrar los ojos un instante, como si algo le pidiera que silenciara su mente y viajara hacia lo más profundo de su ser. Respiró suavemente y se dejó empapar por la frecuencia de aquel lugar tan especial. El tiempo parecía haberse detenido totalmente; un sinfín de colores brillaban delante de los ojos cerrados de Miguel. «Realmente somos creadores de nuestra realidad, a partir de lo que pensamos y sentimos, a partir de donde centramos nuestra atención. Por eso es fundamental nuestro estado de presencia, el que nos permite ser nosotros mismos en

un eterno momento presente donde el universo no está separado de nuestros propios latidos», pensó de manera espontánea.

—Es una buena reflexión —dijo alguien en español con un acento alemán muy marcado.

—¿Cómo? —dijo Miguel con sorpresa abriendo los ojos.

A su lado había un hombre de unos sesenta y cinco años, ni muy alto ni muy bajo, peinado hacia atrás y vestido con un traje negro muy elegante. Estaba sentado junto a él y lo miraba sonriendo.

—Dije que ha hecho usted una buena reflexión.

Miguel estaba sorprendido: ¿cuándo había llegado y cómo había oído sus pensamientos? El hombre añadió:

—Estaba usted pensando en voz alta, Herr Claveras. Es un placer conocerlo al fin.

—Vaya, no me di cuenta de que hablaba solo —respondió Miguel sonriendo y estrechándole la mano—. El gusto es mío. Mi alemán es muy malo pero podemos hablar en inglés si lo desea.

—No, no hace falta. Podemos hablar en español. Adoro su idioma y siempre que puedo lo practico.

Tenía algo en la mirada que lo hacía enigmático y familiar. Miguel le preguntó a dónde deseaba que fueran, pero Herr Engel le pidió que se quedaran allí, sentados delante del altar. Aquello era lo último que esperaba. No consideraba aquel lugar el más idóneo para una reunión, pero, ante la rotunda insistencia de su interlocutor, Miguel accedió.

—La iglesia de Santa María es la más antigua de Berlín, aunque tras un incendio tuvo que ser reconstruida. ¿Cree que estamos aquí por casualidad? La casualidad no existe, como ya sabrá. No he elegido este lugar por un simple capricho. Siempre me reúno en sitios de poder como este. Los lugares tienen un alma y en ellos podemos generar muchas cosas si logramos sintonizarnos con la esencia del alma que los sustenta. Aquí, cerca del altar, es donde la energía que nos abra-

za es más poderosa. Parece usted inteligente y sensible. Ya se habrá dado cuenta de que la vida que creemos vivir muchas veces no es lo que parece —dijo mientras observaba a Miguel.

Este estaba algo preocupado: sabía que los alemanes solían ser estrictos y respetuosos con el silencio.

—¿No molestaremos a los demás visitantes y a los fieles si hablamos dentro de la iglesia? —preguntó.

—No se preocupe, podemos hablar en voz baja. Además, de esta manera diremos solo lo necesario y dejaremos que lo que sobra se lo lleve el silencio.

Miguel observaba con intriga a aquel misterioso ángel. Su mirada le era muy familiar, como si lo conociera de alguna parte. «Qué extraño», pensó. En sus manos llevaba un maletín. Entonces lo abrió y sacó las copias de las fotografías de las pinturas que Miguel le había mandado a su amigo Héctor para que se las hiciera llegar por correo electrónico al millonario suizo.

—Bendita tecnología, ¿no cree? Cuántas cosas se pueden hacer con ella. Un simple deseo y cualquier información viaja al instante de un lado a otro del planeta. El hombre cree que la tecnología es algo externo a él. Algún día descubrirá que todo lo que hace un ordenador es exactamente lo mismo que podemos hacer cada uno de nosotros —dijo en su perfecto castellano con marcado acento alemán.

La disposición de los bancos de madera no era la habitual de una Iglesia católica. Tras la reforma de 1539, la Marienkirche pasó de ser católica a convertirse en un templo protestante. Herr Engel y Miguel estaban sentados en un banco de forma lateral al altar. Herr Engel miró a Miguel y, tras respetar un breve silencio, dijo en voz baja:

—¿Sabía usted que ahora mismo estamos sobre el punto energético más importante de Berlín? Seguro que sí. Se habrá informado bien sabiendo que lo cité aquí. Héctor me ha dicho que está usted muy interesado en los misterios de la vida y el ocultismo.

—Vaya, así que Héctor le ha hablado sobre mí. En cambio, él jamás suelta prenda respecto a usted —señaló Miguel mientras desabrochaba un par de botones de su chaqueta—. Ciertamente, me gusta aprender todo aquello que me lleve en dirección a la verdad y sé que esta se halla en el interior de cada ser humano.

Su interlocutor lo miró sin dejar de sonreír ligeramente:

—Vaya, veo que tiene un discurso muy bien construido. Sabe a la perfección quién es y lo que desea en la vida, ¿no es cierto? Aunque en realidad, lo que más me gusta de usted es lo que se oculta tras cada respiración que expresa, señor Claveras, algo que ni usted mismo conoce todavía. Le encargué las pinturas porque así lo pactamos usted y yo en otro espacio, en otro tiempo, cuando su memoria era mayor que la que ahora percibe. Estoy aquí para impulsarlo ha abrazar su *syneidesis*.

Miguel estaba algo tenso ante Herr Engel. Aquel hombre parecía desvariar un poco y su forma de expresarse generaba en él una ligera desconfianza. *Syneidesis* no solo era el título de los diarios que inspiraban la serie de cuadros que el millonario suizo le había encargado, sino también la palabra que presentaba su muestra de pintura en Barcelona. Miguel había buscado su significado en internet y le había entusiasmado descubrir que estaba directamente relacionado con la capacidad de imaginar. Entonces, el millonario suizo sonrió y dijo:

—Debo hablarle con propiedad para no confundirlo. Es usted desconfiado con aquello que trata de sacarlo de los límites. Está bien; iré paso a paso. Mire, cuando conocí su obra a través del doctor Chong supe al instante que era usted el artista perfecto para plasmar en imágenes todas mis visiones y sueños —añadió mostrando las fotografías de las pinturas.

Aquello pareció relajar un poco a Miguel. Era lógico que así hubiera ocurrido. Quizá el bueno de Héctor le había mostrado su trabajo cuando supo que Herr Engel buscaba a un pintor que diera forma a aquellas visiones literarias. A pesar de su habitual hermetismo, sabía que Héctor lo quería como a

un hermano y siempre hacía lo posible para ayudarlo a promover su obra. Lo que ahora sorprendía gratamente a Miguel era conocer al fin el origen de aquellos textos. Era fascinante descubrir que no se había equivocado al intuir que los mundos que plasmaba desde hacía meses sobre todos aquellos lienzos, eran la visiones que el millonario suizo había tenido en sus sueños.

—¿Las descripciones que aparecen en el diario con el que he estado trabajando todos estos meses eran sueños suyos? ¿Por qué invertir tanto en darles vida en una colección de lienzos? —preguntó Miguel, sorprendido de que aquel hombre, por muy millonario que fuera, gastara una fortuna en plasmar unos simples sueños.

—¿De qué se extraña? ¿No sabe que incluso el mundo que consideramos real es un sueño dentro de otros sueños? No se confunda. Plasmar mis sueños en esos lienzos equivale a insertar los recuerdos que brotan directamente desde mi corazón dentro de nuestro programa de vida colectivo. *Syneidesis* no hace referencia tan solo a la simple capacidad de imaginar. Ese es el significado aparente. Todos imaginamos cada día y eso no parece tener nada de extraordinario, sobretodo porque usamos nuestra capacidad de imaginar para alimentar los deseos de los parásitos astrales que se han apropiado de nuestras voluntades. Hablar simplemente de capacidad de imaginar cuando se trata de la *syneidesis* es quedarse en la superficie. Debería saber que las palabras son sagradas y emiten una frecuencia específica cuando se las nombra. *Syneidesis* es la puerta hacia la verdadera sabiduría del ser humano. Me refiero al poder de imaginar desde el amor y la conciencia de saberse el creador de lo que se manifiesta desde lo sutil. Se necesita un estado de presencia muy fino para encarnar los sueños que el corazón expresa. Escuchar la voz del amor no es tarea para mediocres, creame. Muchas veces lo que se viste de amor es solo un disfraz para confundirnos. Ese es el poder del mago blanco, saber distinguir el verdadero brillo del amor porque antes lo ha abrazado en su vida. Hubo un tiempo en el que los hombres conocían el poder de la imaginación expresada desde el corazón. Así creaban la realidad, abrazan-

do cada nuevo sueño como algo real y elegido. Hay muchas clases de sueño, Herr Claveras, y también muchas formas de soñar. Debemos aprender a recordar. Las creaciones mentales nos tienen presos a este universo de oscuridad y se presentan ante nosotros como deslumbrantes luceros y bellos ideales que nos anclan al capricho de entidades que se alimentan de nuestra propia energía. El amor no engaña, no juzga, no culpa, no premia o castiga ni espera nada. El amor recoge e integra y nunca posee, separa o se justifica. Crear desde ese estado es ser uno mismo. Desde allí se puede crear en verdadera *syneidesis*. Le confieso que lo que hice al escribir ese diario fue encarnar mis visiones a través de usted, Herr Claveras. Las visiones de mi corazón. Ahora esas imágenes ya no son simples recuerdos flotando desde otras realidades cuánticas. Al pintarlas y pasarlas por su filtro las estamos insertando juntos en nuestro programa de vida, estamos sembrando una nueva idea en el inconsciente colectivo, una idea que hasta ahora ni el programa conocía, hasta que unimos el recuerdo de la idea a la emoción en la acción. Así es como creamos todo el tiempo dentro del juego.

Miguel no sabía qué pensar. Herr Engel parecía saber más de lo que contaba y aquello intrigaba su sed de conocimiento y curiosidad. Entonces se atrevió a preguntar:

—Herr Engel, ¿acaso trata usted de decirme que cuando soñamos en realidad estamos recordando algo que ya existe más allá de nuestra propia realidad?

Herr Engel sonrió mientras cerraba los ojos. Esperó unos segundos que parecieron detener el tiempo y al levantar de nuevo los párpados miró fijamente a Miguel:

—Las respuestas están en su corazón, aunque no lo recuerde, y por eso me ha creado como un espejo de usted mismo. Estamos aquí, uno ante el otro, porque desea saber, Herr Claveras. Este tiempo en el que ha convivido con mis visiones, pintándolas día tras día, sintiéndolas dentro de usted, ha ido activado memorias dormidas. Convivir con ellas le ha llevado a recordar que también son las suyas. Algo nos une más allá de esta vida, algo que su voluntad tiene necesidad de desve-

lar aunque ni usted mismo sea consciente todavía.

Miguel se sentía un poco incómodo. No le gustaba aceptar una situación en la que Herr Engel parecía mantenerse un grado por encima de él. Por otra parte, su intuición le decía que lo que estaba viviendo dentro de aquella iglesia era solo la respuesta a su anhelo por desgranar lo que desde hacía meses lo intrigaba. Era una oportunidad. No podía negar que aquel encargo estaba cambiando su universo interno. Desde que lo aceptó e hizo los primeros bocetos, no dejaron de sucederse las visiones, tanto en sueños como en sus sesiones de meditación. Además, estaba lo de su extraño sueño, aquel que se repetía desde que era niño en el que María Magdalena y Jesús se despedían a orillas del mar de Tiberíades. Desde que había aceptado el encargo, la intensidad de aquel sueño había crecido hasta convertirse en algo emocionalmente tan real como cualquier recuerdo de la vida cotidiana. Era cierto que necesitaba respuestas, y el responsable de aquel encargo parecía el más indicado para dárselas. Trató de disimular su estado y decidió continuar escuchando lo que aquel mensajero tenía que decirle.

—Cuando soñamos, lo que hacemos es revivir algo que ya conocemos. Todo el universo está en nuestra memoria interna, en cada célula, en cada pequeña parte. Cuando soñamos, simplemente recordamos posibilidades que conviven juntas en un eterno presente donde todo es creado, donde todo existe. Sus pinturas son ahora el resultado de una fusión de recuerdos. Los míos y los suyos. Veo que ha captado muy bien lo que escribí. ¿Las pudo ver claramente en su mente antes de pintarlas? —preguntó Herr Engel.

—Bueno, traté de verlas en mi mente cuando leía sus escritos, pero en realidad solo pude intuirlas, y fue al empezar a trabajar cuando aparecieron en forma de visiones en mis meditaciones diarias e incluso en algunos de mis sueños. Un día me desperté a medianoche y no pude dejar de hacer bocetos hasta que salió el sol —le confesó Miguel.

—¿Lo ve? Algo de usted se activó con mi encargo. Aunque no sea consciente de ello, estaba deseando recordar quién es

usted y mis textos estimularon su búsqueda. Herr Miguel, estamos siempre atrayendo posibilidades y recuerdos que nos hablan de nosotros. Usted lo hacía mientras jugaba a imaginar con sus pinceles. Cuando jugamos jamás trabajamos, Herr Claveras, jamás. Trabajando uno no es libre para traspasar las barreras que tratan de anclarnos a los límites del programa. «Trabajar» viene de *tripalium*, un yugo de tres palos en el que azotaban a los esclavos en Roma. No le aconsejo trabajar nunca más. El inconsciente tiene acceso a todas las memorias y se programa a través de lo que pensamos y sentimos, a partir de lo que creemos y repetimos una y otra vez a pesar de desconocer su verdadero significado. Recuerde lo que le dije antes sobre el poder de la palabra. Somos programados desde nuestra propia ignorancia. Por eso es importante estar atentos y saber lo que estamos nombrando en cada instante. Eso es exactamente lo que hace el que decide abrazar su propia existencia.

Herr Engel demostraba ser un auténtico pozo de sabiduría. Todo aquel misterio con respecto al encargo y su aspecto de millonario elegante y refinado habían llevado a Miguel a subestimarlo un poco al principio. Estaba fascinado con lo que aquel hombre desprendía. Era altamente enigmático. Por unos segundos se sintió como el protagonista de una película de Alfred Hitchcock e imaginó a aquel millonario como el principal dirigente de una organización secreta. No iba desencaminado, pero desestimó la idea pensando que su imaginación le estaba jugando una mala pasada, influenciado por las webs conspiranóicas que tanto visitaba cuando navegaba por Internet.

—A menudo desconfiamos de nuestras verdaderas intuiciones, Herr Claveras, al igual que de nuestros recuerdos más esenciales y profundos. Cuando imaginamos algo que nos parece imposible, lo relegamos al terreno de la fantasía, en lugar de tratar de ver y escuchar lo que se oculta tras el simbolismo de la apariencia —dijo Ludwig Engel sin que Miguel se percatara de lo que aquellas palabras ocultaban. —Voy a mostrarle algo ¿podría decirme cuál es para usted la diferencia entre un recuerdo real y uno que no lo es? —dijo Herr Engel en un tono solemne y pausado.

Tras pensar un instante, Miguel decidió aceptar aquel juego respondiendo a la pregunta del millonario suizo:

—Supongo que el recuerdo que no es real nace de un engaño de la mente —dijo Miguel seguro de sí mismo.

—No debe pensar. Así solo habla su mente, la mente pequeña, la analítica. Esa no nos interesa ahora. Deje que el recuerdo de su respuesta llegue hasta usted a través de su imaginación mientras sintoniza con su autenticidad, con el amor hacia sí mismo. Fluya desde lo que su estado de presencia ya conoce. En el corazón no existe separación. Desde su sintonía ya sabemos, Herr Claveras. Escuche dentro de usted —respondió alzando la voz ante la atónita mirada de Miguel, que miró apurado a ambos lados de la iglesia comprobando que, en realidad, ninguno de los fieles allí presentes parecía haberse molestado por lo alto del tono. Era como si nadie pudiera verlos, como si fueran invisibles para el resto. Herr Engel continuó diciendo—: La mente debe ser un receptáculo vacío preparado para abrazar lo que llega como una semilla. La mente vacía es la mente ordenada y en equilibrio. La mente llena es la mente enferma que ha tomado el control. La mente vacía es un útero de creación donde podemos abrazar la vida que todo nuestro ser elige generar, expresar y proyectar. Cuando los recuerdos llegan a nuestra mente, sean inducidos o inspirados, son posibilidades de encarnación, decidamos definitivamente encarnarlos o no. —Miguel observaba sin saber qué decir, esperando conocer la respuesta a la pregunta que Herr Engel le había formulado. El millonario pareció leer su mente—: Está bien, Herr Claveras, responderé a lo que tanto le intriga. La diferencia entre un recuerdo real y otro que no lo es radica en lo que usted crea. Solo en eso. Si los recuerdos que llegan a su mente los cree reales, serán reales para usted; si no los cree reales, jamás lo serán y se convertirán en pura fantasía dentro de su programa de vida. La realidad que experimenta responde siempre a lo que usted cree. Si no le gusta algo, deje de creer en ello. No digo que lo ignore, porque haciéndolo seguirá depositando su poder en lo externo sin saberlo. Me refiero a dejar alimentarlo de cualquier forma. De lo que se trata es de abandonarse al vacío, de soltar toda cre-

encia limitante. Cada célula de su cuerpo debe ser reprogramada si desea transformar su vida. Por otro lado, si quiere algo, si de verdad desea algo para sí, le conviene creer con toda su fe en ello, sentirlo posible y dirigir su energía en función de crearlo para que absolutamente todo lo que forma parte de usted lo acepte y comprenda. ¿Se ha dado cuenta de la cantidad de gente que persigue ilusiones, sueños que sabe que jamás realizarán, simplemente porque ya los persigue de antemano creyendo que no son reales?

—Herr Engel, lo que usted me cuenta me parece muy interesante. Soy un gran apasionado de la física cuántica y la metafísica. Todo esto no es algo desconocido para mí. Pero la teoría es una cosa y la práctica otra muy distinta. Por mucho que crea en algo, a veces no consigo generarlo dentro de mi experiencia vital. Pienso en ello, le pongo emoción, lo repito una y otra vez cada día, pero no consigo hacerlo realidad. Por ejemplo, imagine que ahora me propongo creer que usted es alguien que solo existe en mi mente. Por mucho que yo decida creerlo, es algo que no sucederá porque esa no es la realidad.

—Bueno, tal vez si de verdad lo cree se cumpla de alguna manera. No se subestime, Herr Claveras. Recuerde que en física cuántica los electrones generarán una realidad u otra dependiendo de la actitud del observador. Voy a aclararle algo: no esté usted tan seguro de conocer lo que cree. Observe su vida como si fuera su propia pintura y sabrá en lo que de verdad está creyendo y en lo que no. Ella refleja para usted todo aquello que usted es. Somos lo que creemos y en función de eso nos expresamos y creamos. Le gustará saber que en verdad el arte es la expresión del ser al pensar y sentir, al respirar, al cantar, al moverse, al vivir, al vibrar, al nombrar y celebrar lo que el mismo ser cree que él es.

—Vaya, si eso fuera cierto, todos seríamos artistas, lo supiéramos o no —reflexionó Miguel, fascinado por la exposición que Herr Engel había realizado.

—No lo dude. Todo ser humano es el artista de su propia experiencia vital. Al no saberlo, gran parte de la humanidad vive resignada aceptando un mundo que en realidad no late

con los intereses de su corazón. Creen que no tienen poder para transformar su propia pintura. Otra parte de la humanidad en cambio se revela y lucha contra el lienzo destruyendo todo lo que hay en él, toda su creación. El caos lleva al caos. La destrucción a la destrucción. Así alimentamos nuestros propios monstruos y demonios, chocando una y otra vez contra el muro de nuestra propia ignorancia, dándole todo el poder de su atención al objeto contra el que nos enfrentamos. Solo unos pocos se atreven a abrazar la tercera vía, la que nos lleva a elegir nuestra propia existencia para convertirnos así en los artistas conscientes de nuestra propia vida. En realidad es más sencillo de lo que parece, si somos capaces de ver el tablero de juego desde arriba. La fuerza de ejecución del programa tiene un efecto similar al del cristal de una pecera, que nos muestra el exterior como algo inaccesible y, por tanto, irreal o fantasioso. Un cristal con el que topamos siempre que deseamos salir de los límites establecidos, sin saber que es arriba donde la pecera permanece siempre abierta. En nuestro caso, la parte abierta es nuestra glándula pineal, la misma que nos permite usar nuestra capacidad de imaginar, porque es precisamente la imaginación la que nos impulsa a salir de los límites, no tanto para escapar de algo que en el fondo hemos elegido, sino más bien para acceder a la sabiduría que nos permita permanecer mucho más sabios dentro del juego. Al soñar, traspasamos los límites del programa para recordar cualquier cosa que deseemos. Si supiéramos que tenemos el poder de atraer e insertar en el juego lo que deseamos, como hace un informático instalando lo que desea dentro del disco duro de su ordenador, en vez de lamentarnos, quejarnos, conformarnos o desgastarnos luchando, pasaríamos el tiempo visualizando, sintiendo y construyendo lo que queremos vivir.

Miguel escuchaba con toda atención lo que aquel hombre le transmitía. Tenía que admitir que Herr Engel había logrado atrapar completamente su atención. Ya no se acordaba de nada más y solo deseaba absorber aquel conocimiento que por alguna razón se le estaba desvelando.

—Herr Engel, antes habló de la importancia de la fe, de la creencia. Usted se mueve en las altas esferas y debe haberlo

contrastado. Supongo que por eso los que manejan el mundo buscan siempre la forma de hacernos creer en algo externo a nosotros mismos —dijo Miguel.

—No existe algo externo, solo lo que lo aparenta, pero comprendo a lo que usted se refiere. Habla de los que tienen el poder en el mundo, dando por sentado que un grupo indefinido decide sobre usted y el resto de seres humanos. Al nombrarlo, demuestra que cree firmemente que alguien está por encima de nosotros. De esta forma, su creencia inconsciente se refuerza cada día entregando su propio poder a esa idea, no lo dude. De manera totalmente inconsciente, ciertamente su creencia ejecuta la orden y usted cede el poder día tras día, el suyo y el del conjunto al que como ser humano representa. ¿Quién le ha dicho alguna vez que ese grupo abstracto tiene el poder y por qué lo ha aceptado? ¿Cómo sabe que no es usted el que lo tiene, si así decide creerlo?

—No se qué decir. Es evidente que hay veces que el poder está fuera —dijo Miguel defendiendo su postura.

—No se ponga a la defensiva, Herr Claveras, esto es solo un juego. Lo que ve como algo externo es el reflejo de lo que sucede en usted. No es la evidencia de algo real, sino de algo que usted ha creído como real. Si deja de creerlo, entonces dejará también de crearlo proyectándolo en la realidad del programa. El desconocimiento de quiénes somos más allá de la apariencia y de la forma en la que funciona el juego nos lleva a creer que somos seres limitados sin capacidad de creación. Este juego nos confunde, porque entrar en él representa abrazar la amnesia de quienes somos realmente. Es parte de la gracia del juego.

A pesar de su marcado acento, Herr Engel hablaba despacio y claro, aunque su tono de voz era enérgico y seguro. El millonario suizo continuó con su exposición:

—Lo que nos interesa a los despiertos es observar con detenimiento nuestra propia vida reflejada en el juego, porque su manifestación nos muestra el lugar que ocupamos dentro del mismo. Saberlo es conocer quiénes creemos ser y desde

dónde creamos lo que recibimos como experiencia vital más allá de nuestra propia conciencia.

Herr Engel se detuvo un instante para asegurarse de que Miguel asimilaba cada palabra, cada idea. Continuó diciendo:

—De la misma forma que usted medita ante una pintura en proceso de creación, mientras decide dónde dar la siguiente pincelada, nosotros podemos aplicar una y otra vez nuevos colores en nuestras vidas de forma certera si atendemos a lo que de verdad estamos generando y si comprendemos que somos los creadores de nuestra experiencia dentro del juego. No se trata entonces de estudiar nuestra realidad como hace la ciencia oficial, intentando reafirmar lo que es o no es real, sino observarla para saber la forma en la que estamos posicionados dentro del juego y las posibilidades de creación que más nos convienen. Cuando usted está en su taller, creando su experiencia vital sobre la tela, encuentra unos límites en el marco y en la gama de colores de su paleta. Esos límites son condicionantes que marcan las reglas del juego en el que usted acuerda participar, porque si no fuera así, simplemente elegiría estar en otra parte experimentando otro juego con reglas tal vez muy distintas. Los límites permiten cierto tipo de experiencia; por eso los elegimos. Nos gusta jugar, aprender de la experiencia. No aceptar las reglas una vez estamos dentro del juego es despreciar la experiencia que en ese mismo instante algo de usted está eligiendo. Recuerde que cada uno es causa de su propia vida.

Herr Engel miró el reloj. Miguel pudo ver con claridad que las agujas marcaban las seis en punto de la tarde.

—Así pues, una vez aceptados los límites que definen el juego, encontramos que dentro de ellos tenemos un poder infinito si sabemos ver, escuchar y expresar lo adecuado. Dentro de los límites vive el infinito para el que sabe existir por sí mismo. Me refiero una vez más a la capacidad de imaginar, elegir y recrear sobre la tela lo que a usted le venga en gana. Solo tiene que atreverse a creer que es capaz de plasmar lo que llega a su mente y conecta con su emoción. Eso hizo con mis textos y así damos vida a cualquier cosa que existe dentro

del juego. Lo interesante es hacerlo desde el amor.

Miguel no pudo evitar preguntar algo que lo inquietaba:

—Usted dice que cada uno es causa de su vida, pero no cuenta con que hay muchos otros imaginando al mismo tiempo realidades muy distintas. ¿Qué pasa si yo deseo que llueva y mi vecino desea que haga sol?

Herr Engel no pudo contener la risa, lo que ruborizó un poco a Miguel; se sentía como un niño en la escuela ante su maestro:

—No sabe usted la cantidad de realidades y paradojas que se manifiestan en un mismo instante aquí mismo, Herr Claveras. Yo no perdería el tiempo en tratar de comprender el infinito desde donde no lo abarcamos. Hay muchas cosas en las que no tiene sentido poner energía. Nos basta con entender la forma en la que nos afectan dentro del juego observando su reflejo. Para ello es fundamental saber mirar y escuchar lo que se esconde tras las apariencias. Solo así podremos conocer lo que de verdad creemos más allá de lo que suponemos que creemos. Podremos saber quién crea por nosotros, qué entidad nos ha tomado en cada momento. Estoy hablando de lo que decide por usted, de lo que hace que sus mecanismos de creación generen una realidad u otra. Me refiero a aquella parte de usted que se hace siervo de otras voces que se proyectan desde el inconsciente creando todo aquello que forma su realidad cotidiana. Muchos creen que es el azar el que rige nuestras vidas. En realidad el azar no existe. Todo lo que ocurre en nuestra experiencia vital responde a los mecanismos de creación activados por esa parte desconocida de nosotros actuando desde los mundos inconscientes. Allí es donde sucede casi todo y allí es donde se cree y se crea, a pesar del desconocimiento de nuestra parte consciente, convencida de lo que la mente analítica deduce y selecciona. Para ella tal vez sea pura ficción, pero si existe para el inconsciente colectivo, existe en nuestra vida en común. Estamos todos unidos desde lo invisible, Herr Claveras. Le impresionaría saber la cantidad de cosas que realmente existen en este programa a pesar de permanecer ocultas para la mayoría.

Miguel relajó un poco los ojos. La mirada de aquel hombre era muy penetrante. Ciertamente le recordaba mucho a alguien, pero pensó que era justamente su imaginación la que le traicionaba. Le agradaba aquella conversación tan nutritiva, pero la verdad era que habían propiciado su encuentro para conocerse al fin y hablar de pintura, y de arte era de lo que menos estaban hablando. Su interlocutor pareció oír sus pensamientos de nuevo, porque dijo:

—Estamos hablando de arte, Herr Claveras. —Miguel se quedó perplejo mientras él seguía hablando—: ¿No es arte acaso cualquier forma de creación, de expresión? Podría ser su padre, o su hermano mayor. Tal vez ya lo fui en otra vida si así lo cree; quién sabe, Herr Miguel, lo que se esconde tras el velo de la amnesia. Puedo enseñarle cosas que solo da la experiencia, pero es usted el que debe vivirlas si desea aprender a recordar. Cuando nacemos a la vida, traemos la sabiduría del universo y nuestra mirada es la de un maestro. La voz del mundo trata entonces de atraparnos para que olvidemos. Lo hace a través de los que nos aman y también de los que nos detestan. Todos ellos creen que saben lo que es la vida y actúan sobre nosotros en función de sus necesidades. Así nos transformamos en el objeto de otros. Pocos existen por sí mismos dentro del juego, querido Miguel.

Herr Engel parecía estar tomando confianza en su trato y su voz era cada vez más envolvente. Había dejado de hablarle de usted, como si deseara generar una relación más cercana.

—Somos dioses y diosas más allá de estos límites, Herr Claveras. Ya le he dicho antes que además nos gusta mucho jugar. Si no fuera así, no volveríamos una y otra vez a este juego mágico de la vida; un juego totalmente ilusorio que nos atrapa, que nos sumerge en la amnesia y que al mismo tiempo nos permite adquirir lo que más valora nuestra alma por encima de cualquier cosa —argumentó Herr Engel, que volvía a tratarlo de usted. —Hizo una breve pausa para respirar profundamente y siguió diciendo—: Me refiero a la experiencia. Como ya sabe, venimos aquí para experimentar la creación desde unos límites marcados por un programa que vela para

que el juego se genere de acuerdo a lo establecido en sus parámetros, unos límites que delimitan el campo de nuestra experiencia vital en apariencia. Ahora escuche bien esto, Herr Miguel; es muy importante: una cosa es el programa que ejecuta y otra el poder que podemos desarrollar dentro del juego para afectarlo. Al encarnar, aceptamos encerrarnos en una burbuja ilusoria, sabiendo que si logramos despertar dentro de ella podremos usar nuestra capacidad de imaginar para acceder a lo infinito desde el mismo juego. Cuando nacemos, la voz del mundo que posee a los que duermen dentro del juego ocupa nuestra memoria para que eso jamás ocurra, para que no podamos escuchar nuestra propia voz, la voz del corazón que todos compartimos. No hay experiencia que no hayamos pactado o elegido antes de venir aquí. Los obstáculos son los que nos incitan a abrir puertas, a buscar dentro de nosotros mismos. El juego exige estar en estado de presencia continuada si lo que deseamos es trascender a su embrujo. Me refiero a la frecuencia de amor. El amor es equilibrio, es salud. Si no logramos mantenernos en nuestro centro y dejamos el timón, enfermamos de muchas formas. Atraídos como las sirenas atraían a los marineros con su canto, somos arrastrados sin saberlo hasta las frecuencias donde el miedo alimenta proyecciones mentales y emocionales que ponen nuestras voluntades al servicio de entidades parasitarias. Y allí nos convertimos en sus sirvientes, en los generadores de su alimento. A ellos les gusta nuestra energía, la que generamos desde el miedo, el odio, la arrogancia, la avaricia, la envidia, la gula, el falso amor, la vanidad, la soberbia, la ira, la lujuria, la pereza, el dolor o la tristeza. Algunas de estas frecuencias fueron llamadas pecados capitales. Olvide lo del pecado. Aquí estamos hablando de responsabilidad. ¿Quiere seguir siendo alimento de entidades de cuarta dimensión capaces de absorver su propia consciencia sin que usted se de cuenta? Me refiero una vez más a todo aquello que convive con nosotros y que no podemos ver. Fuerzas que el programa utiliza para mantenernos alejados del verdadero amor y atrapados a la amnesia, como hizo Circe con los hombres de Odiseo. ¿Conoce usted la mitología griega?

Miguel asintió diciendo:

—Sí, por supuesto. Cuando Odiseo llegó a la isla de Eea, mandó desembarcar a la mitad de la tripulación y él se quedó en las naves con el resto. Circe invitó a los marinos a un banquete y, usando su magia, los convirtió en cerdos. Solo logró escapar Euríloco, que avisó a Odiseo. El que muchos conocen como Ulises partió solo al rescate de sus hombres, pero en el camino fue interceptado por Hermes, quien le mostró una planta que le serviría para protegerse del encantamiento. Circe no pudo convertirlo en animal y Odiseo la obligó a devolver a sus hombres la forma humana.

—Maravillosa exposición, Miguel. Ahora le propongo que mire con otros ojos y observe la forma en la que Odiseo logra vencer a Circe. Hermes, un mensajero que viaja más allá de los límites, le habla de la planta que impide el embrujo. Más allá del programa existen todas las respuestas y solo saliendo de él podemos traspasar su influencia. Ahora bien, Hermes no le da nada externo al mundo físico; la planta es parte del programa. Cada noche viajamos fuera del programa, como Hermes. Lo hacemos a través de la glándula pineal, la que rige nuestros ciclos de sueño, la que nos permite imaginar. Salir de los límites es importante, pero no sirve de mucho si no entendemos que es desde dentro del programa desde donde debemos actuar. Son las reglas del juego, créame usted, Herr Miguel.

—Hábleme de esos parásitos de cuarta dimensión. En algunos blogs de Internet he podido leer algo al respecto, aunque me cuesta creer en lo que se dice —dijo Miguel aceptando el tono cada vez más cordial de su conversación.

—No crea todo lo que aparece en Internet; solo lo que sea verdad —respondió Herr Engel guiñando un ojo a un sorprendido Miguel.

—Hablo en serio, Herr Engel, usted ha sacado el tema y he de confesar que me inquieta bastante imaginar que el planeta Tierra sea en realidad una granja humana regida por unos seres de cuarta dimensión que, como vampiros, nos chu-

pan la energía.

—No sé por qué debería inquietarle cualquier cosa que suceda dentro de un sueño del que puede despertar cuando desee, un juego al que escogió venir a jugar y en el que tiene el poder de manifestar toda la sabiduría de su propio universo interno. Hay parásitos en todos los estados. Un perro tiene pulgas, y las bacterias van y vienen por todas partes. Si se mantiene en una frecuencia de amor, usted deja de ser el lugar idóneo para todos ellos. Recuerde que cuando hablo de amor no me refiero a un amor de apariencia. Hablo de amarse tanto como para decidir fundarse en la existencia; hablo de que se ame a usted mismo como se ama a sí mismo el sol. Los parásitos afectan al juego porque abonamos el terreno para que esto suceda. Ellos simplemente tratan de no soltar lo que han conseguido, defendiendo su propia subsistencia. Eso ocurre en la naturaleza con cualquier especie parasitaria o dependiente. Obsérvese a usted mismo cuando actúa desde el miedo. Ningún parásito desea soltar a su presa porque esta se acaba convirtiendo en su hábitat y en su principal suministradora de alimento. Un parásito pone todo su empeño en mantener a su víctima bajo su control porque sabe que de eso depende su vida. En el caso de los parásitos de cuarta dimensión, lo hacen a través de mecanismos que toman nuestras voluntades desde el inconsciente. Cuando nacemos, aprendemos cómo es el mundo a través de los ciegos, los sordos y los mudos que han sido absorbidos por un agujero negro que devoró su voluntad. Así nos convertimos sin saberlo en uno más de entre tantos que solo saben ser el objeto de otros, permitiendo que el programa y sus siervos imaginen por nosotros quiénes somos y la vida que debemos creer y crear cada día. Solo unos cuantos han logrado acceder a lo oculto para desvelar que el ser humano posee el tesoro más grande que podría desear dentro del juego, un tesoro que lo liberaría para siempre del yugo del olvido conectándolo de nuevo a los recuerdos de un dios. Ya sabe a qué me refiero.

—¿A la capacidad de imaginar desde el corazón?

—Exacto Herr Claveras. Eso es la *syneidesis*

Capítulo 12

El rostro del ángel

Miguel estaba perplejo. Muchas de las cosas que decía aquel millonario suizo las conocía de los blogs conspiranóicos de Internet, pero jamás pensó que fueran ciertas. Herr Engel dijo algo entonces:

—No deseo repetirme innecesariamente, pero es importante que acuñe todo esto en su memoria. Estamos aquí para experimentar nuestro despertar, Herr Miguel, para soñar lo que nuestro verdadero corazón conoce. Ahora el planeta Tierra vive un momento muy especial en el que es más sencillo que nunca recordar. Pero a pesar de todo, a pesar de que más allá de la ilusión estamos todos unidos por un hilo invisible, tengo que decirle que el camino es personal, no colectivo. Si uno no lo recorre por sí mismo, jamás podrá encontrarse con los que sí lo hicieron para encarnar el cielo en la Tierra —dijo elevando una vez más la voz, y añadió—: Muchos ya viven en ese cielo, aquí y ahora, mientras otros degustan nada más que el infierno. Esta es la magia del juego, pero pocos lo han comprendido y siguen buscando ser salvados por algo externo, ser guiados por una verdad suprema, abanderar una cau-

sa contra otra, salvar a la humanidad e incluso a un planeta que forma parte de una ilusión colectiva.

Tras oír aquello, Miguel interpretó que Herr Engel parecía tener muy poca empatía por el planeta y los seres humanos. Lo atribuyó enseguida a su privilegiada condición social.

—No juzgue usted mis palabras. Abra su mente y libérese de un programa heredado que le dice lo que es el bien y lo que es el mal. Que el juego sea una ilusión no significa que no tenga valor cualquier cosa que en él se manifieste. Amo todo lo que existe en este juego y fuera de él, pero todo elige existir y todo elige morir para transformarse en algo nuevo. Esto es solo un sueño, Herr Miguel, un sueño de todos, un sueño más entre tantos en los que nos hemos sumergido.

Una vez más parecía leerle la mente. Aquel hombre era muy sabio pero también muy extraño. De golpe parecía estar justificando el mal en el mundo y la falta de responsabilidad respecto a las acciones del ser humano. Iba a decir algo al respecto, pero el millonario suizo se avanzó de nuevo:

—Sigue usted juzgándome. Lo veo en sus ojos. Vive aún en el juicio y la culpa, creyendo que existe algo separado de usted. Me interpreta en lugar de escuchar. Es el programa instalado en usted, ese que aún se maneja dentro del límite. Cruzarlo le atemoriza. Teme enloquecer si descubre que no existe otro límite que el que usted mismo necesita poner para sentirse seguro, para definir quién es usted realmente. Despierte, Herr Miguel, este es un juego de límites, pero una vez más le digo que fuera y dentro de ellos existe el infinito manifestando su grandeza. Nada importa nada y a un tiempo todo importa, dependiendo de lo que elijamos. Siempre fue así. Nuestra función al despertar es brillar para nuestro gozo. No alimentamos lo parasitario cuando somos nosotros mismos los que elegimos nutrir a otros con aquello que irradiamos, aquello que nos sobra. Tampoco estamos aquí para salvar a nadie, para responsabilizarnos de la elección que otros tomaron. Lo que es bueno para unos es malo para otros, así que incluso el bien y el mal son algo subjetivo dentro de este juego de espejos donde al final de la ilusión todos formamos parte de un

mismo ser. Si me lo permite, le voy a contar un cuento.

Miguel accedió gratamente. Herr Engel tenía la capacidad de hacer que el tiempo se detuviera a pesar de que en su reloj ya eran las seis y media.

—Bien, Herr Claveras, imagine ahora que estamos en Austria, en un pueblo al pie de las montañas. Un niño acaba de nacer y todo el pueblo lo celebra con una gran fiesta. Los más jóvenes van a buscar al hombre sabio de la región, el que los cura cuando están enfermos, el que los guía cuando están perdidos, el mismo que les enseña lo que precisan para poder vivir en equilibrio, amor y paz. Estamos hablando de un anciano bondadoso y sabio, de un iluminado que puede ver más allá. Imagine la alegría del padre y la madre del recién nacido cuando ven llegar al anciano sabio y bondadoso al que todos aman y reconocen como la bondad encarnada. Imagine ahora lo que ocurre en el corazón de cada uno de los presentes cuando el hombre sabio se acerca al niño, lo abraza con todo el amor que es capaz de irradiar y con sus fuertes brazos le rompe el cuello y lo mata.

—Menudo cuento, Herr Engel, como para contárselo a mi sobrino cuando llegue a Barcelona. No entiendo qué trata de decirme con todo esto —dijo un Miguel descolocado.

—Lo entenderá si le digo que el cuento sucede en abril del año 1889 y el niño al que el sabio mata con todo su amor es Adolf Hitler.

Miguel se quedó pasmado. No se esperaba aquella respuesta. Realmente era difícil juzgar el bien y el mal dentro de aquella historia. Desde el punto de vista de los asistentes al acto, aquel anciano habría enloquecido sin explicación alguna, convirtiéndose en un auténtico asesino. Por el contrario, para alguien que viviera actualmente, aquel sabio sería un héroe y habría impedido una gran masacre que solo él podía conocer al ser capaz de ver más allá.

—Lo que usted llama «el mal» actúa en realidad como una fuerza más, y tiene sentido que así sea. No digo que la ignore en sí misma, sino que simplemente la integre como parte

de usted, apartando los juicios y las definiciones para dejar de verla como algo aislado que se alimenta de su desprecio y temor. No sabemos en realidad la razón de muchas cosas. Cuando buscamos justicia, en el fondo actúa en nosotros la ignorancia de no saber que somos la causa de aquella misma injusticia que tanto detestamos —dijo el millonario suizo.

—Vaya, admito que tiene argumentos para llevarme por donde usted desea, Herr Engel. No se qué decir. Antes habló de fundarse en la existencia. Supongo que habrá una manera, un camino para poder existir por uno mismo.

—Todo se reduce a elegir. Elegir estar en el amor, ¿le suena eso? El que elige fundarse en la existencia asume la responsabilidad de sus creaciones y elecciones, recordando que el cielo y el infierno son estados que nacen desde él. La realidad solo es un gran programa, un juego con un tablero y unas reglas que determinan precisamente qué es y qué no es real dentro de sus límites. Usted accedió a venir aquí a representarse a sí mismo a través de una ficha, un vehículo con el que se identificó completamente. Ese es su personaje ahora, formado por muchas entidades que se manifiestan en usted alimentando la vida que elige en cada momento. Lo que usted piensa es lo que piensa el programa que lo engulló. Cree que es diferente al resto porque absorbe variantes que el mismo programa genera para hacerle creer que es libre. Ya se lo dije. Nadie es libre si no se está en el corazón, Herr Claveras. Solo allí es posible la integración. Solo allí conviven todos sus recuerdos sin pelearse entre ellos. Una vez más, cuando le hablo del corazón no me refiero a algo poético o romántico, sino a lo que activa su existencia, su vida. Me refiero al valor que usted mismo se da. Nos enseñaron a reproducir patrones de conducta con los que el programa se favorece. Patrones de carencia, de culpabilidad, de indignidad hacia nosotros mismos. Esa es una de las grandes trampas. Nos amamos poco, Herr Miguel, muy poco. Ámese usted hasta llegar a desear su propia libertad, vele por sus intereses, regálese todo lo que precise, brille allá donde vaya, atiéndase a usted antes que a nadie y, cuando esté lleno, su propio estado de plenitud dará al mundo aquello que nadie puede dar más que usted. Eso es

amar a los demás como a uno mismo. Si usted no está lleno jamás podrá dar nada. En realidad, simplemente estará buscando llenarse de otros sin saberlo. La mayoría de los que creen estar en estado de amor son parásitos alimentando sus propias carencias.

Miguel no podía apartar la vista de aquellos ojos azules y brillantes que parecían penetrarlo. Herr Engel desprendía un magnetismo especial que lo arrastraba poco a poco hasta un estado de atención que le recordaba al que adquiría cuando meditaba cada mañana.

—El ser sueña y se sumerge dentro de su propio sueño para comprender su creación hasta perderse en el olvido de sí. Cada nuevo sueño proyecta al ser una y otra vez expandiéndolo en su fractalidad, y en cada nueva vida a través de la que se expande conserva dentro de sí el patrón con el total de la información. Ese patrón es la Flor de la Vida, Herr Claveras.

Miguel conocía muy bien aquella figura geométrica compuesta de diecinueve círculos completos del mismo diámetro y treintaiséis arcos circulares, envueltos por un círculo mayor.

—La Flor de la Vida contiene dentro de sus proporciones todos y cada uno de los aspectos de la vida. Contiene cada fórmula matemática, cada ley de la física, cada armonía de la música, toda forma de vida biológica. Contiene en esencia cada átomo y cada nivel dimensional. Absolutamente toda posibilidad vive en ella y dentro de ella. La Flor de la Vida nos recuerda quienes somos desde nuestra perfección original. En algún momento, el ser decide volver del olvido de sí para integrar la experiencia vital adquirida, por lo que se contrae o expande según el caso, recorriendo de nuevo el camino que lo devolverá a su estado original de conciencia. La expansión y la contracción se repiten como un latido. Ese es el pulso silencioso que genera la vida, Herr Miguel. Así se establece el balance perfecto entre la gravedad y la electricidad, la dos fuerzas que rigen el universo desde una respiración perfecta entre luz y oscuridad, entre lo masculino y lo femenino, entre lo positivo y lo negativo. Todo está integrado en nosotros, absolutamente todo. Partimos de un lugar que jamás dejamos

realmente y al final solo se trata de recordarnos desde ahí. ¿Sabe usted que el verbo «recordar» viene de la palabra latina *recordari*? *S*ignifica «volver a pasar por el corazón». Como puede comprobar una vez más, en el amor viven todas las respuestas. ¿No le parece fascinante la sabiduría que hay en el origen de las palabras?

—Conozco el poder de la palabra, Herr Engel, pero si le soy sincero, me gustaría que me siguiera contando sobre la creación y el hecho de recordar en relación a las imágenes que he estado pintando para usted estos meses. Desde que empecé con su encargo no he dejado de sentirme algo extraño. Mis sueños se han hecho más intensos, los zumbidos en los oídos que ya tenía desde hacía tiempo parecen haber incrementado su frecuencia, sé cosas que no puedo demostrar de forma racional, tengo pequeñas descargas eléctricas sobre todo por las noches, intuiciones, *flashes* en los que veo los mundos que estoy pintando como si fueran reales dentro de mis recuerdos, premoniciones. No lo sé. Tengo la sensación de que debe de haber una explicación para eso. Tal vez esos mundos sean mucho más que simples recuerdos imaginados.

—Claro, Herr Miguel, ciertamente son mucho más que recuerdos: se trata de mundos que viven ahora mismo en nuestros corazones y más allá de ellos.

—¿Quiere decir con eso que estos mundos existen realmente en algún lugar físico?

—No parece haberme escuchado. Sin duda, son sus resistencias a creer y a tomar su poder. El programa está muy bien diseñado para embrujarnos dentro del juego. Recuerde que el tiempo es otra ilusión con la que tratan de programarnos, algo que pertenece a los límites. Ya irá recordando los motivos por los que está usted aquí esta tarde, Herr Claveras —respondió Herr Engel.

—Hablando de tiempo, me parece increíble que ya sean las siete de la tarde. ¿Se ha dado cuenta de que llevamos casi dos horas aquí sentados? —dijo Miguel.

—El tiempo lineal puede convertirse en circular y este en

una espiral ascendente dependiendo de lo que ordenemos. Se puede salir del tiempo fácilmente. Cuando usted pinta o juega lo hace constantemente, al igual que cuando sueña, despierto o dormido. Los estados creativos también nos permiten traspasar el factor tiempo porque nos conectan a nuestra capacidad de imaginar y al amor hacia nosotros mismos.

—Disculpe, Herr Engel, debe de ser el tiempo que llevamos aquí. Me siento algo mareado —dijo de repente Miguel, absorbido por la mirada de su interlocutor. Entonces, el millonario suizo puso su mano en la espalda de Miguel e hizo algo que lo dejó completamente relajado.

—Ya no sentirá mareo. Son demasiadas cosas en un día. Debe asimilarlas, tanto las que ve como las que actúan por debajo de usted. Ahora está empezando a abrirse y a desbloquear programas que lo tenían atrapado. Incluso al fin parece haber atraído el amor a su vida, el amor que su corazón siempre deseó y del que tantos años se ha escondido.

¿Qué sabía realmente aquel hombre sobre su historia con Alicia? ¿Por qué parecía conocer muchos de sus pensamientos? ¿Era una casualidad o aquel personaje era mucho más de lo que aparentaba? Quizá se tratara de un verdadero ángel o tal vez era uno de aquellos diablos de cuarta dimensión al que le agradaba sentarse dentro de las iglesias.

Miguel estaba extasiado a pesar de su nuevo estado de quietud. Sentía un gran peso en las piernas y los brazos. Trató de moverse, pero su cuerpo no parecía responder. Lejos de asustarse, pareció aceptar aquella situación de forma natural. Sus reacciones no eran las habituales, como si estuviera bajo algún tipo de embrujo. Herr Engel continuó su discurso sin dejar de mirar a los ojos de Miguel un solo instante.

—Es importante que escuche esto una vez más: es su vibración la que crea, Herr Miguel, la vibración que emite su ser a través de su cuerpo, que es tan importante como su alma. No crea en los que dicen que lo material no es espiritual. Todo nace del espíritu y no hay algo que no sea espiritual. No deseo ser repetitivo pero es importante que grabe esto en su memo-

ria. Lo que usted cree, lo que de verdad cree desde cada célula, desde cada rincón de su ser es lo que va a crear para sí; no lo dude. Por esa razón todo el mundo trata de convencerle de algo, ya sea para venderle un producto, una idea o un estilo de vida. Creer es poder. Mire dónde nos encontramos. Este es un lugar sagrado porque por alguna razón el programa así lo determina, porque muchos creen en ello, aunque sea desde el inconsciente. Allí empiezan las creencias, allí germinan y crecen y desde allí son proyectadas. Cuando entramos al juego aceptamos sus reglas y todo lo que desde el inconsciente lo afecta. No subestime nunca el poder del mundo, el poder del programa que rige el juego. No se someta a él, pero no luche tampoco en su contra porque la batalla será contra usted mismo. Utilice lo que ya está instaurado en el juego para impulsarse hasta donde desea llegar atendiendo a lo que le pide el corazón. Es cuestión de habilidad. Usted hizo lo mismo ante las limitaciones de mi encargo. Logró impulsarse más allá de mi expectativa creando lo que su alma le pedía. Eso es magia aplicada a su propia existencia.

Herr Engel pareció querer dar un descanso a Miguel y le propuso cerrar los ojos. Miguel accedió sin cuestionarlo. Necesitaba una pequeña pausa ante tanta atención e intensidad. Entonces notó un golpe seco sobre el entrecejo, justo en el punto donde se sitúa habitualmente el tercer ojo. Abrió los ojos de golpe, asustado, sin entender qué ocurría realmente. Herr Engel pasó el brazo por detrás de Miguel y llevó a cabo de nuevo alguna maniobra sobre su espalda, cerca de las cervicales, que lo dejó totalmente inconsciente. Todo estaba oscuro, hasta que una pequeña luz se encendió de repente en la lejanía, acercándose poco apoco hasta deslumbrarlo completamente. Al despertar, Herr Engel lo miraba sonriente.

—¿Qué ha pasado? ¿Me he dormido? No entiendo nada —dijo Miguel, totalmente descolocado. Entonces Herr Engel se presentó como si fuera la primera vez que se veían.

—Hola, soy Herr Engel. Mucho gusto en conocerle. Estaba durmiendo sobre el banco pero lo reconocí al instante. Vi una foto suya en Internet. Parece que se durmió esperándome.

Disculpe, llegué un poco tarde.

No era posible. Miguel no le creyó hasta que el mismo Herr Engel le mostró su reloj. Eran un poco más de las cinco y cuarto de la tarde.

—Tenía ganas de conocerlo en persona. En Internet parece más joven. ¿Se lo han dicho? Bien, estoy muy contento de poder hablar al fin con usted. Si le parece bien, podemos quedarnos aquí sentados. Hablaremos bajo para no molestar.

—Disculpe —dijo Miguel, aún aturdido—. Usted y yo estábamos hablando aquí mismo y era muy real. Me cuesta creer que haya sido un sueño.

Herr Engel clavó su mirada en las pupilas de Miguel y le dijo de forma solemne:

—Herr Claveras, no importa lo que ocurrió en el pasado, sino lo que usted decide creer que pasó realmente. El pasado es una quimera. —En ese mismo instante, Miguel empezó a sentir sueño de nuevo, pero trató de disimular mientras Herr Engel añadía—: Lo que importa es saber dónde tiene puesta la atención; solo así sabrá qué es lo que está creando y desde qué frecuencia. Oiga... ¿le ocurre algo? Está un poco pálido.

—Disculpe, me siento confuso. No logro asimilar el hecho de que antes estuviera soñando. Usted es igual al Herr Engel de mi sueño. ¿Cómo es posible que, sin verlo nunca antes, yo lo soñara como realmente es? —dijo Miguel.

—Tal vez también vino usted hoy aquí desde un sueño, profundamente dormido. Quizá sueña desde el día en que nació. Piénselo —dijo el millonario sonriendo con intriga.

Miguel se frotó las manos para asegurarse de que no estaba soñando de nuevo, mientras Herr Engel seguía hablando como si no percibiera la preocupación de Miguel.

—Todo son sueños dentro de sueños, Herr Claveras. El universo entero está hecho de ellos.

Aquel Herr Engel decía cosas similares al anterior. Miguel se dio cuenta de que no era capaz de asegurar que aquel momento fuera real y no se tratara de otro sueño. Una sensación

de náusea y mareo recorría de pronto su cuerpo. Se planteó entonces si aquel millonario lo habría drogado, pero no recordaba haber ingerido nada aquella tarde. Entonces recordó las extrañas maniobras que hizo Herr Engel sobre su espalda. El reloj no engañaba; la hora demostraba que aquel primer encuentro no había sido real. Despierto o dormido, cayó en la cuenta de lo extraño que era todo lo que estaba ocurriendo aquella tarde dentro de la Marienkirche. Herr Engel lo arrancó de sus pensamientos invitándolo a estar en el presente y observar qué era lo que estaba creando en su realidad en aquel preciso instante. Miguel no era capaz de seguirlo racionalmente. Sentía miedo e inseguridad, como si algo bloqueara su pecho. Herr Engel puso sus dedos sobre el pericardio de Miguel y apretó con fuerza haciendo presión varias veces hasta que el joven pintor barcelonés pareció serenarse. Entonces agradeció a Herr Engel lo que le había hecho.

—No hay de qué. Esta es ahora la realidad que acabamos de crear usted y yo. La realidad no engaña a pesar de ser una ilusión, Herr Claveras, porque nos cuenta desde dónde estamos creando nuestra experiencia vital. Usted está revuelto por dentro. Se están abriendo sus canales y algo de usted debe ser reajustado, eso es todo. Elegí este lugar porque sabía que lo iba a remover. Los lugares nos afectan más de lo que usted cree y a veces nos permiten abrir puertas que habitualmente están cerradas.

Miguel no entendía nada, pero parecía no necesitarlo. Algo de él comprendía más allá de las palabras, como si en realidad una extraña fuerza o inteligencia lo poseyera y lo invitara a confiar en aquel desconocido.

—¿Sabe que nadie está donde no desea? —dijo entonces Herr Engel—. Por tanto, si estamos aquí es porque este es, al fin y al cabo, nuestro verdadero deseo, ¿no cree? Esto es aplicable a todo, también a nuestra realidad cotidiana. Si no quisiéramos estar en el juego de la vida ya lo habríamos dejado. A eso le llamamos muerte. ¿Tiene usted una razón para permanecer en el juego de la vida, una verdadera razón que dé sentido a estar aquí jugando?

Miguel pareció recuperar su entereza y dijo:

—Me gusta la vida. Me gusta estar aquí a pesar de todo. La vida es bella, muy bella, aunque nos propicie duros golpes de vez en cuando.

—Vaya, sí que le da poder a su creación. La vida no le da golpes, Herr Claveras, los golpes se los da usted mismo. Asuma de una vez el poder personal si desea ser el dios que vive dentro de usted. Si no lo hace, lo hará otro y usted seguirá siendo una ficha arrastrada por el dedo de alguien que ni conoce, a pesar de que pueda ponerle un nombre o un rostro para poder identificarlo cada vez que su ego busca culpables en lo externo. La única respuesta que da sentido al hecho de estar en un juego es jugar. Estamos aquí para jugar, Herr Claveras, y para ello necesitamos tomar nuestro poder para posicionarnos dentro del juego. El poder es capacidad de existencia, es amor hacia uno mismo y hacia la vida, es logro, determinación y convencimiento. El que tiene el poder de convencer puede generar una masa crítica para que el mundo se transforme en lo que él quiera.

A Miguel le parecía que muchas de aquellas cosas ya las habían hablado en sueños. Incluso la voz de Herr Engel era la misma. Aquello lo sobrecogía a pesar de sentirse totalmente entregado a lo que sucedía aquella tarde en la Marienkirche. El millonario suizo siguió hablando:

—El programa que rige el juego está armado con mecanismos que convencen a nuestro inconsciente de todo aquello que le interesa que creamos y creemos. Es una maquinaria que funciona de forma muy sofisticada. Está presente en todas partes dentro del juego y, debido a su efecto, nos programamos a través de la genética, de la herencia energética, de cada idea o pensamiento que recibimos del mundo al nacer y al crecer, o a partir de sutiles campañas de ingeniería social y adoctrinamiento. Ahora vivimos tiempos muy especiales en la Tierra. El programa está muriendo. Los virus lo están transformando, lo poseen y lo están reprogramando. Los virus somos nosotros, Herr Claveras. Los nuevos niños que vienen al mundo y los que ya llegamos hace tiempo lo estamos trans-

mutando desde dentro por el simple hecho de despertar y decidir tomar nuestro poder interno. —Herr Engel hizo una breve pausa y luego añadió—: Nadie puede impedir lo que está escrito en las estrellas, lo que escribimos nosotros mismos antes de crear el juego, allí donde no existe algo separado de lo que llamamos Dios.

Miguel escuchaba atentamente. No podía dejar atrás la sensación de estar viviendo dentro de sí varias realidades a la vez, pero volvía a sentirse bien. Su cansancio había desaparecido de golpe como por arte de magia y la turbación parecía haber dejado paso a un estado de absoluta fortaleza. Entonces dijo de forma algo impulsiva:

—Lo que usted cuenta es muy interesante, pero para muchos la vida es un auténtico infierno. Han nacido en circunstancias muy duras. No saben cómo salir adelante. El mundo es muy injusto con la gran mayoría. Es fácil hablar siendo rico, usted más que yo. Deberíamos tener piedad por los que sufren las desgracias de la vida.

—Sigue usted manifestándose desde viejos patrones, Herr Claveras. Nadie le pide que no sienta empatía hacia los demás. Lo que debe entender es que todo el mundo está eligiendo lo que experimenta en su realidad y nosotros no somos nadie para impedirlo. Hacerlo sería ponernos por encima de ellos. A eso se le llama tener piedad. La palabra «piedad» viene del latín *pietas*, que a su vez viene de *pius*, que significa devoto o amable. Nadie dice que no sea usted amable con el que sufre. Simplemente, usted no lo respeta si lo salva. Ocúpese de usted y ámese con todo su ser. Esa es la forma saludable de amar al mundo de verdad, créame.

Por mucho que se lo propusiera, los ojos de Miguel parecían hipnotizados. No podían apartar su atención de la profunda mirada de Herr Engel. A pesar de ello, seguía con cierta naturalidad lo que su interlocutor le contaba:

—Un rico no lo es si cae en la enfermedad, y también hay enfermos donde hay dinero. Rico es el que tiene poder para generar realidad propia. Busque usted la etimología de la pa-

labra «riqueza» y descubrirá que proviene del gótico *riks*, que significa precisamente poderoso; eso es un rico: alguien poderoso capaz de generar abundancia en todos los aspectos de su creación. Todos podríamos ser ricos si lo creyéramos posible. Si alguien no es rico, es porque algo de él no lo cree, o lo que es lo mismo, porque en realidad elige no serlo. Suena duro, pero es real dentro del juego. Si creamos nuestra realidad en él, entonces cabe preguntarse: ¿por qué creamos algo que aparentemente no nos gusta? La mayoría vive encarcelada dentro del juego por decisión propia sin saberlo, generando una vida que lo desagrada. En realidad no debería ser así, me refiero a la sensación de encarcelamiento. Solo permanece preso el que no sabe que puede elegir. Por eso todo depende de la percepción de cada uno. Es libre el que sabe que tenemos la capacidad de soñar e imaginar para entrar y salir del juego cuando lo deseemos. No hace falta morir para hacerlo. Salimos al infinito cada noche cuando dormimos. También salimos cuando nos abrimos a estados creativos y elegimos imaginar una realidad propia. Algunos incluso nos atrevemos a insertarla en el disco duro del programa colectivo a pesar de que este no lo acepte de antemano. Eso hacen los que transforman el mundo, Herr Claveras, los que traen ideas nuevas. Me refiero a los visionarios, a los pioneros. Ellos son ángeles para toda la humanidad si lo que aportan viene bañado de libertad, sabiduría y abundancia; son abridores de puertas, de posibilidades, mensajeros capaces de hacernos recordar lo que nosotros también podemos lograr si nos atrevemos a soñar y a encarnar lo que nuestro corazón anhela. Si usted desea riqueza, créela en su vida, al igual que salud o amor. Normalmente, el hombre común está dormido y solo cree en lo que le cuenta el programa. ¿Ha visto la película *Matrix*? No se crea todo lo que cuenta. En realidad, lo que cuenta es muy similar a lo que ocurre ahora, solo que al despertar, lo que uno se encuentra delante no es ni mucho menos un mundo desolado e invadido por las máquinas. En realidad, al despertar encontramos la inmensidad del corazón de Dios; un corazón que a su vez es el nuestro porque toda separación es pura apariencia.

Herr Engel parecía abierto en canal, dejando que las palabras fluyeran desde su lengua para anclarse en la realidad del mundo físico acuñado por los sentidos.

—Muchos de nuestros sueños no son posibles para el programa porque no los contempla dentro de su estructura. Eso no significa que no puedan formar parte del juego si sabemos cómo proceder para insertarlos. Para el programa que rige el juego no existe lo que no conoce, a pesar de que nosotros sí lo conozcamos gracias a nuestra capacidad de imaginar y sentir. Mucha gente desestima cumplir la mayoría de sus sueños porque el programa y los que se rigen por él creen que son irrealizables, relegándolos al terreno de la fantasía, como si no tuviéran la posibilidad de hacerlos realidad si se lo propusiéran. Eso es lo que desean que creamos. Así es como nos mantienen dormidos, como un rebaño que delega su poder a un pastor que solo piensa en alimentarse de sus ovejas. Ahora le pido que mire la belleza de este lugar, Herr Miguel —dijo señalando la iglesia—. Dios no solamente está aquí; está en todas partes, en el aire, en un árbol, en lo diminuto y en lo gigantesco. Está en usted y en cada hombre, mujer y niño, en cada enemigo, en cada asesino. Dios experimenta su creación desde todos los estados posibles. Somos sus espejos, recuerde eso. Abra la mente y amplíe conceptos que encierran programaciones heredadas que usted y los demás se han creído. Imagine nuevas reglas, nuevos mundos. Reprograme los antiguos a su voluntad. Solo tiene que imaginar lo que desea y creer que se trata de algo que ya existe en algún lugar de su propio universo interno; un recuerdo que usted mismo puede exportar, copiar y pegar a su programa de vida. —Entonces Herr Engel se detuvo un instante para respirar y luego dijo muy serio—. Preste mucha atención a lo que voy a decirle ahora. Debe usted grabarlo en sus memorias para no olvidarlo jamás. Cuando decida apostar por un sueño, por una idea, no deje que nadie lo sepa hasta que haya hundido su semilla en la tierra. Si usted cree que lo que usted desea no va a ser comprendido por el programa colectivo, debe utilizar la astucia, la impecabilidad y el acecho para insertarlo como se filtra el agua por la rendija de una puerta. Recuerde: no debe en-

frentarse al mundo, pero tampoco someterse a él. Busque siempre una tercera vía. Dígame, ¿sabe usted cuál es?

Miguel recordaba haber hablado ya con él de todo aquello. Trató de no pensar en nada y confiar. Entonces algo llegó a su mente, como un chorro de luz que pudo expresar a través de las palabras:

—Usar lo que el programa acepta de mí para introducir en él lo que yo realmente deseo.

Herr Engel sonrió achuchando levemente a un sorprendido Miguel, poco acostumbrado a que su interlocutor expresara alguna efusividad. Entonces dijo alzando la voz:

—Sí, Herr Claveras, ha dado usted en el clavo. Así se juega a este juego, y para lograr generar tal grado de magia necesitamos ser muy creativos. Los estados creativos nos permiten acceder a nuestro propio maestro interno convirtiéndonos en auténticos genios, capaces de acceder por nosotros mismos a todas las respuestas y resolver cualquier situación aparentemente imposible. Atrévase a abrazar la vida en ese estado de gracia e imagine sin miedo cada respuesta, cada posibilidad —dijo un Herr Engel entusiasmado.

Miguel empezó a darse cuenta de que en algunos momentos la voz del millonario suizo parecía generar un extraño eco en su mente, como si algo de aquella información se fuera instalando poco a poco dentro de su cabeza. Aquello era muy extraño, pero una vez más, algo de Miguel lo aceptó con una naturalidad pasmosa. Herr Engel continuó diciendo:

—Este mundo ilusorio en el que vivimos está creado desde nuestro inconsciente colectivo y, por tanto, es clave aprender a usar el idioma mediante el cual comunicarse con él para beneficiarnos del juego. Me refiero al arte, Herr Miguel. Así es como esta realidad se crea. Se usa el arte para generar una magia capaz de sostener una ilusión como algo absolutamente real para nuestros sentidos. Usar lo que el programa acepta de usted para insertar en él lo que la voluntad de su corazón desea requiere alta magia. Si logra hacerlo, será desde lo sutil. Cuando el colectivo se dé cuenta, lo hará para celebrar

lo que antes no existía. Mire, hubo un tiempo en que para todos la Tierra era plana, aunque nadie la veía desde fuera. Si decías lo contrario, peligraba tu vida. Ahora solo unos pocos la pueden ver y afirman que es redonda. Todos nos lo creemos. ¿Qué ha cambiado? Muy sencillo. La oficialidad ha decretado que aquello es así. Lo oficial es la voz del programa. El que tiene las herramientas adecuadas para acuñar términos, calendarios, leyes, normas, tradiciones, verdades esenciales y decir cómo es el mundo, tiene el control y el poder de programar al resto. Esa es la historia reciente de la humanidad. ¿Me sigue? Los reyes determinaban lo que era real, no lo olvide. De ahí viene la palabra «realeza». Hablemos de arte. El arte estaba al servicio de los reyes y los papas, de la nobleza y de la Iglesia. Los poderosos usaban el arte para programar a su pueblo. Pintaban lo que deseaban contar, transmitían historias que el pueblo difundía de boca en boca y de padres a hijos. Determinaban qué era y qué no era verdad. ¿Por qué cree que, además de la palabra y la música, usaban la imagen para hacerlo? Yo le contestaré. La imagen es una forma de concreción que va directa al inconsciente, sobre todo cuando despierta una emoción, por pequeña que esta sea. ¿No se ha fijado cómo intentaban impresionar con el tamaño y el lujo de las obras de arte en el Renacimiento? La impresión se graba en el alma. Es pura emoción, Herr Claveras.

Miguel era muy consciente de que no estaban manteniendo una conversación real, sino más bien aceptando un monólogo cifrado en forma de mensajes, en el que el millonario suizo demostraba un gran dominio de la lengua española a juzgar por la facilidad y rapidez con la que construía frases y daba explicaciones. De golpe, Herr Engel había dejado de hablar. El silencio empezó a alargarse cada vez más, hasta que Miguel se sintió algo extraño ante aquel súbito contraste. Al fin Herr Engel parecía dejarle espacio para hablar, pero de repente no sabía qué decir. Como si pudiera oír sus pensamientos, su vecino de banco suspiró y comenzó de nuevo a hablar mientras admiraba una de aquellas fotografías en las que aparecía una pintura de Miguel:

—Qué bella es. Es usted un genio muy sensible y dotado.

Espero no alimentar su ego diciéndole esto. No quisiera perjudicar la manifestación de lo esencial que hay en usted. Me gusta cómo ha captado la luz, la hierba, los árboles, los prados y las montañas rodeando estas bellas ciudades de luz. En directo debe de ser espectacular. Tengo ganas de disfrutar de los cuadros en mi fundación.

La imagen representaba un bello paisaje apaisado, como si de una película en cinemascope se tratara. La factura era de una precisión asombrosa. Parecía una fotografía, aunque tenía un aire mágico. Ciertamente, había campos, montañas, ríos y cascadas; un paraíso que recogía en su centro una resplandeciente ciudad de luz representada por cúpulas brillantes y hermosas esferas. Miguel decidió decir algo al respecto:

—No sé cómo serían si pudiéramos construirlas en la realidad, con esas enormes cúpulas de cristal. Tal vez no sea agradable estar aislado y encerrado dentro de una estructura así —fantaseó mientras observaban la fotografía.

—No es cristal, sino energía. No lo especifiqué en las notas. Se trata de la energía que emanan los habitantes del lugar en comunión con los elementos y el alma de esa tierra. Algún día la humanidad vivirá así también. La verdadera clave de la energía libre se halla en nosotros mismos, como todo lo demás.

Miguel se dio cuenta entonces de que Herr Engel sujetaba en su mano derecha un medallón de oro con una Flor de la Vida grabada en una de sus caras. Recordó su conversación con el otro Herr Engel, el de su sueño, sobre aquel símbolo sagrado. Aquellos dos millonarios suizos eran tan iguales, tan reales ambos. Todavía no había logrado convencerse de que aquello había sido un sueño; no le cabía en la cabeza a pesar de las evidencias. Estaba demasiado presente, no solo en su memoria, sino también en sus sensaciones físicas. Movió sus brazos estirándolos hacia arriba, fingiendo que se desperezaba. Luego hizo algo similar con ambas piernas. Estaba comprobando su estado. Parecía estar perfectamente, aunque seguía intuyendo que algo no terminaba de encajar dentro de aquel encuentro en la Marienkirche. Miró de nuevo el reloj.

Marcaba las seis y media de la tarde. Herr Engel admiraba en silencio la imagen de aquella bella pintura mientras acariciaba con la otra mano aquel extraño medallón. Entonces el millonario miró de nuevo a Miguel y dijo:

—Recuerde que una idea puede cambiar el mundo. Solo debe compartirla, filtrarla, despertar el recuerdo del colectivo. Solo hay que saber sembrar desde lo sutil para que llegue a crecer en el corazón de una masa crítica lo suficientemente grande como para que el programa, muy a su pesar, la acepte desde su estructura oficial, siendo automáticamente reprogramado. —Miguel trataba todavía de digerir todas aquellas palabras y conceptos cuando Herr Engel pareció cambiar su frecuencia. Era algo difícil de explicar y definir, pero de golpe parecía haberse transformado en algún otro. Su mirada volvía a clavarse en los ojos de Miguel al tiempo que dibujaba una leve sonrisa, algo que al artista barcelonés lo inquietaba un poco. Jamás había estado delante de alguien con una mirada tan penetrante y cautivadora—. ¿Ha visto qué fácil ha sido desplazarle de su centro y robarle poder esta tarde? Apenas le he dejado hablar. Le he obligado a seguir mi ritmo, le he hipnotizado la mirada. No es algo para tomar a broma. Cuando un discurso lo fascina hasta el extremo de absorber su atención, cuando una emoción lo embarga, atemoriza o inquieta, cuando una escena lo conmueve o absorbe hasta hacer que salga de su centro, entonces le han robado el poder y pueden hacer con usted lo que deseen.

Aquel extraño se levantó y se puso delante de Miguel sin dejar que este se incorporara todavía, apoyando las manos sobre sus hombros. El joven artista volvía a sentirse incapaz de mover sus brazos. Aquello tenía que ser magia. No tenía lógica alguna salvo que Herr Engel lo tuviera hechizado. Probó a mover ligeramente sus piernas y tampoco parecían responderle. De pronto, su respiración empezó a acelerarse de forma espontánea mientras Herr Engel acercaba su rostro a su oído para decirle:

—No salga nunca de su centro y, si lo hace, protéjase activando su antivirus. ¿Sabe cómo uno se mantiene en el cen-

tro? Es tan sencillo que nos cuesta hacerlo. Simplemente respirando, sintiendo los latidos de nuestro corazón, recordando que todo lo que hay fuera es solo un reflejo de nosotros mismos. Ese es el silencio interno, el estado de quietud. Por eso hago tanto ruido en su mente. No deseo que se dé cuenta de lo que estoy despertando en usted; no quiero que sepa todavía a lo que estoy jugando. No puede ni tan siquiera imaginar lo que está sucediendo aquí ahora mismo. Lo estoy reprogramando gracias a la ayuda que me brinda la energía de este santuario. No es solo el edificio, sino el lugar sobre el que está asentado. Lo cité aquí porque así lo pactamos a otros niveles, cuando usted aún recordaba quién es más allá de este personaje con el que tanto se identifica. No hago nada sobre usted que no me pida su alma, a la que conozco muy bien, se lo garantizo. Solo actúo si se me da el consentimiento, aunque sea a otros niveles. Usted ya imaginó esto una vez desde su *syneidesis*. Ahora hemos llegado al punto de dejarlo de momento. Ya se lo dije antes, en el primer sueño en el que nos encontramos. Nuestra próxima cita será en mi casa de Darmstadt. Allí seguiremos profundizando con su apertura, Herr Claveras. Debe recordar qué es lo que le trajo a jugar a este juego precisamente ahora.

Miguel empezó a sentir miedo. No era capaz de distinguir lo que era real de lo que pertenecía al universo onírico. Nada podía garantizarle que aquello no fuera otro sueño. No sabía a quién tenía delante, representando a un Herr Engel al que jamás había conocido hasta entonces. No podía confiar en lo que estaba viendo. Empezó a desear despertar de aquella pesadilla. Herr Engel miraba fijamente a un inmovilizado Miguel, que no podía apartar sus ojos de los del magnate suizo por mucho que lo intentara. Era como si a través de la mirada estuviera transfiriendo algún tipo de información al disco duro de la mente de Miguel. Todo aquello era demasiado extraño. Aquel hombre vestía igual que el millonario suizo al que todos conocían como Herr Engel, se peinaba de la misma manera, incluso tenía la misma planta y aspecto, pero no era el mismo hombre. Al fin, Herr Engel se apartó un poco liberando a Miguel de su poderoso influjo. El pintor barcelonés trató enton-

ces de levantarse, pero no se sentía con fuerzas. Mirándolo a los ojos, le dijo:

—¿Quién es usted realmente, Herr Engel? Ya que parece saber tanto sobre mí, dígame quién es usted. ¿Quién se esconde tras un nombre que significa señor ángel y me cita en una iglesia?

De repente, Miguel se sintió mareado. Trató de frotarse los ojos, pero algo lo llevaba lejos de allí. Delante de él, Herr Engel y todo lo que envolvía aquel escenario de la Marienkirche empezó a ablandarse hasta difuminarse por completo. Cerró los párpados de manera instintiva, adentrándose en la oscuridad, y al mismo tiempo oyó a lo lejos la voz de Herr Engel, que decía:

—Ha sido un placer, Herr Claveras. Recuerde: la próxima vez le espero en mi casa de Darmstadt. Nos comunicaremos a través del doctor Chong como hemos hecho siempre. La palabra «ángel» significa mensajero, ya lo sabe. Eso soy yo para usted. Está recordando quién es. Mi encargo es el mensaje, y pintarlo es lo que transformará su vida porque lo transforma a usted. Que tenga dulces sueños.

Miguel estaba en un estado de somnolencia incontrolada desde el que intentaba luchar para despertar de algo que lo sujetaba, algo que atenazaba fuertemente su brazo. Entonces pudo oír a lo lejos la voz de alguien que repetía algún tipo de consigna en alemán. Al fin abrió los ojos. Estaba tumbado sobre el banco de la iglesia mientras el vigilante de la Marienkirche tiraba de la manga de su chaqueta. Parecía enfadado y, en un dialecto berlinés casi ininteligible para un todavía aturdido Miguel, decía que aquel no era lugar para dormir. Miguel se incorporó buscando a Herr Engel, pero allí solo había algunos turistas y dos mujeres rezando en silencio. Pidió disculpas al guarda y salió a la calle. Miguel miró la hora todavía algo confundido. No lo podía creer. En su reloj eran las cinco y veinte de la tarde. Enseguida preguntó la hora a unos turistas que cruzaban Alexanderplatz para asegurarse de que su reloj de muñeca no se había retrasado. Ciertamente eran las cinco y veinte. Había dormido una siesta de al menos diez o quince

minutos sobre aquel banco de madera, y durante ese escaso margen de tiempo los dos sueños más extraños de su vida lo habían arrancado de la realidad, uno detrás de otro y ambos con Herr Engel como protagonista; un Herr Engel al que jamás había visto en toda su vida, al menos fuera del mundo de los sueños. Entonces comprendió la lógica de todo aquello. Miguel jamás habría tenido una conversación como aquella si no hubiera estado soñando. Se habría levantado y le habría pedido a Herr Engel que salieran a dar un paseo. No habría consentido bajo ningún concepto que aquel hombre lo inmovilizara y manipulara de esa forma. Ahora respiraba tranquilo, a pesar de tener todavía muy presente en la memoria el recuerdo de todo aquello aparentemente tan real. El reloj no dejaba ninguna duda. La lógica demostraba que Herr Engel no se había presentado aquella tarde y él se había dormido esperando en el interior de aquella iglesia. Había sido un sueño de lo más vívido, pero solo un sueño. ¿Qué podía pensar si no? Mientras paseaba por la calle, especulaba tratando de deducir la razón por la que Herr Engel no se había presentado a la cita. Lo más fácil era pensar que un hombre tan importante como él podía haber tenido un sinfín de imprevistos. Siguió caminando algo resignado en dirección a Hackescher Markt, una plaza situada en el barrio judío; allí podría comprar algún detalle para Alicia, tal vez algún *souvenir* de Berlín. Todavía estaba algo desconcertado, aunque se fue recuperando poco a poco. Se dispuso a cruzar la Karl-Liebknecht-Strasse, continuación de la avenida de los Tilos, cuando le pareció ver a lo lejos al bueno de Héctor Chong. «Qué absurdo», pensó, «eso es imposible». Se frotó los ojos y ahí estaba aquel hombre, con un semblante muy parecido a su amigo Héctor, caminando entre la gente por las calles de Mitte. Había entre ellos mucha distancia. «Seguro que se parece mucho desde atrás y luego resulta que se gira y es cualquiera; eso pasa muchas veces», se dijo sin dejar de observar a aquel hombre, que se había parado un momento ante el escaparate de una tienda. Fue entonces cuando Miguel decidió acelerar su paso para ver si lo alcan--zaba. «Sería muy extraño que Héctor estuviera en Berlín y que no me hubiera dicho nada sabiendo que yo estaría en la

ciudad», pensó, aunque en seguida le asaltó otra idea. «Tal vez vino para verse con Herr Engel a mis espaldas, pero ¿por qué?». Ahora aquel hombre tan parecido al doctor Chong había empezado a caminar de nuevo, así que Miguel apretó un poco el paso dispuesto a sorprenderlo. De repente, tomó una calle paralela y desapareció sin dejar rastro. «Vaya, lo tenía casi a tiro. No lo entiendo. ¿Dónde se habrá metido?», pensó. «Tal vez esté en aquel hotel», se dijo para sus adentros observando un pequeño hotel en la esquina. «Qué tontería. Seguro que era alguien que simplemente se le parecía», pensó. Entonces cayó en la cuenta de que estaba justo delante de una joyería en la que ya había comprado en otras ocasiones. Había olvidado lo bellos que eran aquellos diseños. Aquel lugar era el más indicado para encontrar un regalo exclusivo. Su especialidad eran los cuarzos y otros cristales que tallaban de forma muy original combinándolos con oro y plata. «Qué grata coincidencia, pensó». Decidió entrar y comprar alguna cosa para Alicia. Esa noche cenaría algo ligero y se acostaría pronto para tomar el avión por la mañana bien fresco. Le esperaba un fin de semana mágico junto a Alicia y su sobrino Álex. Al acostarse trató de repasar todos los momentos del intrigante sueño que había tenido mientras dormía en la Marienkirche. «Era un sueño en dos partes, o dos sueños entrelazados, quién sabe. Es increíble. Parecía tan real en todos los sentidos. El tiempo transcurrido, las emociones desplegadas, la profundidad de cada detalle. A veces hay cosas que no podemos explicar de forma racional», pensó al final entre bostezos, y se durmió profundamente. Aquella última noche de su estancia en Berlín soñaría de nuevo con Jesús y María Magdalena, pero también lo haría con los paisajes de sus pinturas, y esta vez se daría cuenta de que allí también tenía un cuerpo, un cuerpo de luz cubierto de extrañas ropas. Se vería paseando entre bellas cúpulas de energía y jardines inundados de flores en las Pléyades, cuando no era humano todavía. El recuerdo de aquella vida se estaba anclando en sus memorias y el encargo de Herr Engel tenía mucho que ver con ello. No lo sabía, pero aunque era cierto que aquella tarde se había dormido sobre el banco de la iglesia, aquel encuentro había sido

real, al menos en una dimensión menos densa, mucho más sutil, en la que pudo ver al fin el rostro del ángel que, sin saberlo, lo guiaba desde hacía mucho tiempo, desde que era niño; un ángel disfrazado de millonario suizo que lo dirigía hacia su propio destino. Miguel no sospechó ni por un instante en el aspecto que relacionaba tan profundamente la mirada del Herr Engel de su sueño con la de alguien que él conocía desde hacía mucho tiempo. Aquel Herr Engel onírico que lo había visitado en la Marienkirche era idéntico al que se reunía en Suiza con «la resistencia». Su físico, su altura, su forma de ser. Pero había algo que los diferenciaba, y ese algo era su profunda mirada. Miguel no atendió a lo diferente en lo común. Esa es a veces la distracción que esconde la verdad de una escena, aquello que, precisamente, usan los magos para hablarle al inconsciente sin ser descubiertos. Miguel no cayó ni por un instante en que los ojos son el espejo del alma y se durmió sin saber que tras el brillo de la mirada de aquel millonario suizo se escondían los mismos ojos que alimentaban los sueños de su amigo Héctor Chong.

Capítulo 13

Dos universos que confluyen

Sentado sobre el capó de su coche, Miguel esperaba delante de la escuela a que fuera la hora mientras observaba cómo la primavera había estallado cubriendo aquellos jardines de flores. Al fin salió Alicia llevando al pequeño Álex de la mano. Su madre estaba encantada de pasar un fin de semana sin su hijo. Cuando Miguel le dio la noticia, aceptó encantada y enseguida hizo una reserva de dos noches en el hotel de Cadaqués en donde ella y su marido concibieron a Álex. Lo quería mucho, pero de vez en cuando aquellos pequeños milagros le daban la posibilidad de recordar que además de su hijo amado había otras cosas en la vida. Su marido Jordi había vuelto de un viaje de negocios, así que al fin podrían disfrutar de un íntimo fin de semana en el que Isabel se encargaría de que su marido recordara que en la vida no solo existía el trabajo.

Alicia llegó a la altura del Ford Fiesta blanco vestida con una bella sonrisa y saludó a Miguel abrazándolo y besándolo efusivamente. Tras un instante en el que sus miradas parecieron encontrarse para siempre, el pequeño Álex abrazó a su

tío mientras Alicia señalaba hacia un hermoso cielo azul y totalmente despejado.

—Parece que tendremos buen tiempo este fin de semana, ¿no crees?

Miguel asintió mientras hacía cosquillas a un Álex entusiasmado ante la sorpresa de encontrarse con su tío.

—Sí, eso han dicho en la radio. Vamos a tener unos días brillantes y soleados.

A continuación, Miguel acomodó a Álex en la silla para niños del coche.

—Vaya, sí que vas preparado —dijo Alicia.

—Bueno —replicó Miguel—, en realidad es cosa de Isabel. Mi hermana usa más mi coche que yo. Me he acostumbrado a vivir mucho más tranquilo sin conducir. Solo agarro el coche cuando no tengo otra opción.

Alicia le ayudó con Álex mientras Miguel dejaba el equipaje en el maletero.

—Pues espero que eso no signifique que eres un peligro al volante. Ante la duda, me dejas conducirlo a mí —dijo Alicia con su peculiar y directo sentido del humor.

—Bueno, yo te lo dejo encantado. Detesto conducir, pero te aseguro que te pierdes la experiencia de tu vida. Conduje muchos años antes de tomar la decisión de dejar de hacerlo. Te garantizo que estás frente a un muy buen piloto. Puedes estar tranquila.

Alicia hizo una mueca con la nariz y, sin dejar su tono jocoso, añadió:

—Vale, me arriesgaré. Oye, yo pensaba que tú no veías la tele ni escuchabas la radio. Lo digo por lo que has dicho sobre el tiempo.

Alicia tenía mucha memoria y no se le escapaba una, pensó Miguel sonriendo de nuevo.

—Bueno, no lo hago habitualmente, pero hoy tomé un taxi en el aeropuerto al llegar de Berlín y tenía la radio puesta.

—Y haciendo una pequeña pausa, añadió—: Vaya, tendré que ir con cuidado con lo que digo. Veo que te quedas con todo.

Alicia se abrochó el cinturón de seguridad mientras Miguel arrancaba el coche. Comprobó que Álex estuviera seguro en el asiento de atrás y, acariciándose suavemente el pelo, dijo con una mirada de picardía:

—Conmigo deberás estar siempre muy atento. Yo siempre me responsabilizo de todo lo que nombro, de lo que pienso y de lo que digo. —Y mirando a Miguel mientras conducía, añadió—: Por cierto, esta tarde estás guapísimo.

Miguel estaba absolutamente fascinado con aquella mujer tan terriblemente directa y honesta.

—¿Siempre dices lo que piensas? —le preguntó.

—Solo cuando no estoy en el acecho —respondió al instante—. ¿Sabes que algunos chamanes usan ese término para interactuar con el mundo a pesar de saber que este es solo una ilusión? Hacen como si fueran iguales a todos, pero en realidad recuerdan que son mucho más.

Miguel estaba concentrado en la conducción, pero eso no evitaba que se sintiera fascinado por aquella voz, por aquel estado de presencia. Aquella mujer era increíble. Se pasaron el viaje cantando con Álex para amenizarle el trayecto. Hasta la Garrocha tenían algo más de una hora de carreteras y curvas. Miguel tenía muchas ganas de que Alicia conociera a Pachamama Elena y a Juan, su marido. Hablando de chamanes, estaba seguro de que se llevaría una grata sorpresa. Elena era considerada una mujer de ese tipo. Había viajado mucho a México, Brasil y Perú, y había pasado cortos períodos de su vida junto a otros chamanes, con los que había compartido conocimientos. Miguel adoraba a aquella mujer a la que consideraba como una hermana mayor, aunque en realidad le hiciera de madre durante los primeros años, cuando acababa de volver de Nueva York. Pachamama Elena parecía algo más joven de lo que era. En realidad rondaba los cincuenta. Tenía un cuerpo rollizo, un carácter dulce y unos ojos oscuros y penetrantes. Cuando se quedó embarazada de Lucía todo el

mundo decía que era demasiado mayor para tener un hijo. Algunos amigos médicos temían que la niña no saliera bien, sobre todo porque ella siempre deseó un parto natural en su propio hogar y jamás fue a un hospital a hacerse prueba alguna. Efectivamente, tuvo a la niña en casa, en una pequeña piscina climatizada que construyó Juan Lobo en una de las estancias principales de la masía para aquel momento tan sagrado. En la actualidad, aquella piscina servía para acompañar otros partos y para bañarse en invierno. Lucía nació en el agua con ayuda de una comadrona amiga de Elena, quien cada día visualizaba un parto fácil y lleno de bendiciones. Cada noche hablaba con su hija poniendo su mano sobre el vientre y le cantaba canciones de poder. Elena ya se había puesto en contacto con el alma de Lucía antes de que esta encarnara. De hecho, fue Lucía la que le contó en un sueño que la había escogido a ella como madre. Cuando Elena contaba que durante el parto tuvo un orgasmo, la gente creía que bromeaba. No era así. Elena siempre le decía a las mujeres embarazadas que le pedían ayuda que se podían tener partos con placer, que aquello era realmente posible si cambiaban el programa ancestral según el cual una mujer debe parir con dolor como castigo divino. Acompañaba a las más osadas durante los nueve meses, tratando de reprogramarlas a ellas y al feto con técnicas de respiración y visualización, con mantras y mucho yoga. Les enseñaba a traspasar el miedo al dolor y a establecer una relación de amor con la belleza de la gestación y el parto, al que prefería llamar alumbramiento. Miguel también tenía una buena amistad con Juan Lobo. Podía considerarse uno de los pocos afortunados a los que Juan abría su plena confianza. Miguel ayudó a Juan a interesarse de nuevo por los estudios. Él le conseguía los libros y Juan le enseñaba a moverse por la naturaleza de otra manera y le daba alguna que otra lección de carpintería o de horticultura. Miguel deseaba que Alicia y Álex conocieran al fin a la pequeña Lucía, la hija de aquel singular matrimonio. La sentía como a una sobrina. Recordaba cómo Elena le pidió que estuviera presente el día del parto, apoyando a Juan en todo lo que precisara. Cuando vieron cómo asomaba la cabeza bajo el agua, ambos hombres

se emocionaron tanto que se fundieron en un abrazo. Juan nunca se había sostenido en un hombre hasta entonces. El recuerdo de la figura de su padre lo perseguía siempre. El día que nació Lucía muchas cosas sanaron en aquella casa y en el corazón de los que compartieron aquel momento sagrado. Sin duda, era una buena idea pasar el fin de semana en la Garrocha. Miguel estaba convencido de que sería un encuentro inolvidable y una oportunidad perfecta para que Alicia y él pudieran conocerse más profundamente.

Tras unas cuantas curvas subiendo la montaña, llegaron al aparcamiento que había junto a la gran masía de piedra. Al bajar del coche vino a saludarles uno de los gatos que campaban a sus anchas por aquellos bosques y jardines. Los ladridos de Alma, la perra de la casa, alertaron a la pequeña Lucía, que apareció tras unos matorrales. A lo lejos, junto a la huerta, Juan saludó levantando la mano en señal de bienvenida. Cuando Miguel deseaba visitarlos y quedarse unos días, no acostumbraba a avisar. Aquella era como su casa, y si la cabaña no estaba libre le preparaban una habitación en la misma casa. Sin embargo, el jueves prefirió llamar desde Berlín porque aquella vez no iba solo y no deseaba importunarlos. A veces Pachamama Elena hacía sesiones intensivas de dos días con grupos de gente interesada en aprender de su sabiduría. Además, un sábado al mes se reunía con su grupo de mujeres, con las que compartía afinidades y limpiaba cargas ancestrales de su memoria celular y emocional. Se juntaban todo el día en el tipi que tenían instalado en el jardín. Primero hacían un fuego en el centro y luego cantaban y tocaban el tambor hasta entrar en trance. Aquellas mujeres invocaban el poder de la diosa, un poder que estaba en ellas y en toda mujer dispuesta a abrazar el sentido de ser una fuente de creación en potencia.

Lucía se acercó con las manos cerradas, como si llevara algo en ellas. Al llegar a la altura de los recién llegados y sin abrir las manos, abrazó a su tío Miguel, como le llamaba normalmente, y miró con mucha curiosidad a los invitados que venían con él, como si su mirada los escrutara por dentro.

—Estos son Álex y Alicia—dijo Miguel.

La niña miró fijamente a Alicia.

—Eres muy guapa. Mi tío Miguel y tú os vais a casar pronto y tendréis una niña como yo —dijo con una voz dulce pero muy segura.

—Vaya, gracias por la indicación. Encantada de conocerte, Lucía —respondió Alicia mirando de reojo a Miguel, que sonreía tímidamente.

—¿Y dices que yo soy sincera? —le dijo Alicia a Miguel al oído en tono jocoso.

Lucía se puso frente a Álex, que fingía mirar hacia otro lado mientras aquella niña mayor que él lo escrutaba también a él con la mirada. Entonces Lucía sonrió y abrió su mano derecha. Estaba llena de pequeñas piedras de río. A Álex le encantaba recoger piedras del suelo. Su madre estaba desesperada ante aquella curiosa costumbre. Álex llegaba cada día a casa con los bolsillos llenos. Lucía se las ofreció y el niño despertó de su timidez para comprender que tenía una nueva amiga que lo comprendería a la perfección. Lucía abrió la otra mano, pero en ella no había nada. Se la enseñó a Miguel diciendo:

—¿Os gusta mi bola de luz?

Alicia, sorprendida, miró a Miguel mientras este respondía muy seguro:

—Sí, mucho, Lucía. Cuéntale a Alicia quiénes te regalan estas bellas bolas de luz.

Alicia parpadeó un par de veces mientras Lucía, muy seria, respondía:

—Son mis amigos del bosque. Están contentos de que hayáis venido. Me dijeron esta tarde que venía María a verme. Tú te llamas también María, ¿verdad, Alicia?

Alicia no daba crédito a lo que estaba oyendo. Miguel le seguía el juego sin ser consciente de lo que aquellas palabras significaban realmente. Estaba acostumbrado a conversar con

Lucía como si fuera un juego, hasta el punto de perderse a veces los verdaderos mensajes que la niña transmitía. En aquel momento salió Elena de la casa y se acercó a ellos.

—Tiene una hija muy especial —dijo una impresionada Alicia cuando Miguel las presentó.

—Sí, ya te acostumbrarás. Es un placer conocerte, Alicia. Puedes tutearme. Me parece que vamos a verte más por aquí —dijo sorprendiendo a la invitada.

Miguel cogió una piedra del suelo mientras decía:

—Alicia, ahora ya sabes a quién ha salido Lucía. Son tan brujas la madre como la hija. No me extraña que Juan sea tan callado. Lo tenéis embrujado —añadió riendo mientras hacía cosquillas a Lucía, que arrancó a reír.

A Lucía le gustaba mucho Miguel. Siempre que este les hacía una visita venía con algún regalo para ella. La niña rebuscó en los bolsillos de la chaqueta de Miguel hasta encontrar un bello colgante de cuarzo.

—¡Ya he encontrado mi regalo!—gritó la niña bailando con el brazo alzado mientras sujetaba entre sus dedos aquel colgante.

—Sí, has descubierto tu regalo. —Y mirando a Alicia, le dijo—. Le gustan mucho los cuarzos y los colgantes de todo tipo. No le quites el ojo a ese tan bello que llevas puesto o desaparecerá.

—Pero si no llevo nada... —dijo Alicia haciendo un gesto de extrañeza.

En ese mismo momento Miguel sacó una cadena de oro con un bello broche y la puso alrededor del cuello de Alicia.

—Vaya, Miguel, pero... —suspiró profundamente sin poder contener su emoción.

—Es un regalo. Solo es un broche de oro con cuarzo y turmalina negra. La compré a unos joyeros de Berlín.

—Es precioso, muchas gracias —dijo Alicia sin saber a dónde mirar.

Elena tomó a su hija de la mano mientras decía:

—Bueno, bienvenida a mi casa. Aquí la magia sucede a cada instante, te habrás dado cuenta. Estas son tierras de brujas, druidas y magos. En este bosque todo el mundo saca su mejor lado. —Y mirando a su hija, le dijo—: ¿Verdad que sí, Lucía? Anda, toma de la mano al pequeño Álex y vamos a acomodar a nuestros invitados. La cabaña está libre —añadió mirando a Miguel mientras Alicia acariciaba con sus dedos el colgante que Miguel le acababa de regalar—. ¿Sabías que esta combinación de minerales repele todo aquello que te pueda dañar? —dijo Elena a Alicia.

—¿Te refieres a energía negativa o algo así?

—Algo así, hija —respondió Pachamama Elena sonriendo—. Lo negativo no tiene por qué ser malo. Es solo el polo opuesto a lo positivo. Como lo femenino a lo masculino o la noche al día. Prefiero hablar de polaridades y de cómo equilibrarlas para generar armonía. Mira, la turmalina negra y el cuarzo repelen lo que no te va bien a ti, seas como seas. Es un pequeño escudo ante lo que pueda agredirte, eso es todo. Lo que es bueno para unos puede ser malo para otros.

Estaban llegando a la puerta de la casa cuando Elena terminó de hablar. Elena se disculpó delante de Alicia:

—Perdona, acabas de llegar y ya te estoy dando lecciones. A veces mi ego me juega estas malas pasadas. Me cuesta desconectar de la consulta. Suerte que Lucía y Juan están aquí. Si no me volvería loca, ¿verdad, hija? —dijo dirigiéndose a Lucía mientras la abrazaba.

Entraron en la casa y Elena los llevó por todos sus rincones. Aquella casa podía albergar a más de tres familias, pensó Alicia. Al fin llegaron a la parte de arriba, donde había unas vistas espectaculares de todo el valle y las montañas.

—Miguel, no sé si preferís estar en la cabaña o instalaros aquí arriba, donde tendréis más espacio. Si estáis aquí, quizá el niño puede dormir con Lucía. Ella estará encantada. Vosotros decidís.

Miguel miró a Alicia y dijo sin reparo:

—Mira, Elena, te seré sincero. He conocido a esta mujer maravillosa hace unos días. Está tan loca como yo. Por eso ha accedido a venir conmigo y con el niño hasta aquí a pasar el fin de semana sin saber a qué se exponía. La cabaña es preciosa, pero solo tiene una habitación y el comedor. Yo pensaba dormir en el sofá, pero quizá es mejor quedarnos aquí arriba. Al fin y al cabo, aquí tenemos también una cocina y salida independiente. Además, hay varias habitaciones, por lo que cada uno puede dormir en la suya sin molestar al otro, y también tenemos dos baños. Deseo respetar el ritmo de nuestro primer encuentro sin forzar nada que pueda estropearlo antes de tiempo. Nadie que no deseara algo más que una noche de sexo estaría aquí como lo estamos nosotros. Creo que tanto a ella como a mí nos sucede algo que viene de muy adentro. Es como si nos conociéramos de toda la vida.

—Os conocéis profundamente, os lo garantizo —dijo Elena—. No necesitáis conoceros más, pero comprendo que deseéis recordarlo para atreveros a jugar. Miguel, lo que escondes detrás de tanta consideración y caballerosidad es que te cagas de miedo porque estás enamorado y no sabes qué hacer con ello. Paciencia, Alicia, dale tiempo —dijo mirando a una sorprendida Alicia, a la que tomó de la mano mientras sujetaba del brazo a Miguel. Y dirigiéndose a ambos, dijo—: Que sepáis que sois almas gemelas y pactásteis este encuentro para sanar algo. En esa sanación está también la semilla que germinará vuestro amor y el futuro precioso que os espera juntos.

—Vaya —dijo Alicia sonrojada—. Veo que no soy la única poseída por la sinceridad. Creo que me lo voy a pasar muy bien aquí, entre tantos locos como yo —dijo guiñando un ojo.

—Alicia —dijo Elena poniéndose seria—. No os habéis encontrado ahora por casualidad. Tenéis algo que resolver y mucho que compartir. Estáis hechos para este encuentro y sois muy valientes viniendo aquí de la manera en la que lo habéis hecho, sin apenas conoceros, dejándoos llevar por lo que dicta vuestro corazón. No es casualidad tampoco que vengáis con el

pequeño Álex hoy y que sea precisamente aquí donde será bendecida vuestra unión. Dad tiempo al tiempo. De momento, si queréis, os instaláis arriba y yo voy preparando algo de cenar. Juan, mi marido, debe de estar ya listo. Ya lo conocerás, es muy bueno pero habla poco. Con el único que se suelta es con Miguel. De verdad que aún no sé cómo lo haces —añadió mirando a un Miguel feliz de estar allí, con Alicia, con aquella gente maravillosa, resguardado por las fascinantes tierras de la Garrocha.

Miguel cedió la habitación más grande a Alicia, la que tenía mejores vistas. Él se quedó con la que estaba al otro lado del inmenso salón que hacía a su vez de distribuidor. Bajaron luego para acomodar a Álex en la habitación de Lucía, que se lo llevó de la mano para ir a jugar mientras esperaban la cena. Empezaba a oscurecer, por lo que Elena pidió a su hija que no se alejaran de los alrededores de la casa. Miguel prometió a Alicia que al día siguiente le enseñaría la cabaña e irían hasta la fuente y las piscinas naturales que había a veinte minutos de camino a través del bosque, siguiendo la antigua vía romana. En aquel momento entró Juan Lobo, sereno y silencioso. Saludó a Miguel con un fuerte y profundo abrazo que se alargó al menos medio minuto. Juan celebraba el reencuentro con su amigo como un ritual, a pesar de que Miguel subía al menos cada dos meses a hacerles una visita y pasar algún fin de semana con ellos. Juan no podía olvidar que había aprendido a abrazar a los hombres con Miguel. Cuando le presentaron a Alicia, la saludó estrechándole la mano. Juan necesitaba tiempo para tomar confianza. Era realmente como un lobo y su mujer lo aceptaba y amaba tal como él se manifestaba. Prepararon la comida mientras charlaban de la vida alrededor de la enorme mesa de madera negra de la cocina. Mientras, Lucía presentaba a Álex a sus amigos imaginarios. A la hora de cenar, Alicia descubrió a un Juan Lobo un poco menos seco, poco a poco más confiado, más abierto. Antes de acostarse, fue el mismo Juan el que salió a soltar a la perra y a un perro pastor muy joven que le había regalado un vecino. Aquel cachorro iba loco de un lado para otro. Lo poco que había contado Juan en la mesa era referente a aquel animal que

no dejaba de ladrar durante toda la velada.

—Solo calla cuando lo suelto, pero es un desastre. Nunca me había pasado. No sé cómo adiestrarlo. No me hace caso y cuanto más lo amenazo más loco se pone. Solo entiende el lenguaje de la vara. Lo suelto por las noches para que corra y no ladre y así vigile la casa con mi perra Alma, pero en cuanto me descuido se escapa y se mete en las tierras del vecino. Una vez volvió con una de sus gallinas entre los dientes. Por las mañanas he de vigilarlo mucho. Cuando suelto a los animales a veces los ataca. Vaya pastor está hecho.

Su hija lo tenía bien claro, al igual que Elena, pero ya estaban cansadas de decírselo. Tras muchas miradas de complicidad, Lucía dijo a su padre:

—Papá, Gato no quiere que le pegues. Solo debes hablarle en su idioma.

Juan se rascó la cabeza.

—Hija, ya me dirás cuál es el idioma de un perro al que habéis puesto nombre de gato. Este solo entiende el idioma de la vara, os lo digo yo, y si no, al tiempo —repitió Juan mirando a sus mujeres.

Parecía mentira que un hombre capaz de conectar con los animales de la forma en la que lo hacía hubiera encontrado aquella dificultad a estas alturas de su vida. Juan había adiestrado perros y caballos desde bien niño. Era una de las pocas cosas útiles que había aprendido de su padre, al menos eso creía. Mientras compartían el último té, Miguel dijo a Elena:

—Alicia trabaja con niños.

—¿Trabaja? No, hijo, ella no creo que trabaje; su mirada tiene mucha paz. Más bien yo diría que juega —respondió Pachamama Elena, que había apartado algunas palabras de su vocabulario porque estaba convencida de que el idioma programa nuestra mente, al igual que los relojes y los calendarios, la televisión, la radio y los periódicos. Ella prefería dejarse programar por la madre naturaleza, que conocía mejor que nadie lo que le convenía. Miguel no pudo evitar recordar que

fue el Herr Engel de su sueño el que le había dicho algo parecido con respecto al trabajo. Entonces, su mente volvió de nuevo a la Marienkirche, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Intuía que algo de él se estaba transformando desde aquel extraño encuentro onírico. Sentía que poco a poco estaba dejando de ser el mismo de antes. Eran cambios sutiles, pero había una mayor comprensión y aceptación de todo lo que le sucedía. Tenía ganas de hablar a solas con Elena y comentarle lo que le estaba ocurriendo, pero decidió esperar a que se diera el momento preciso. Muchas veces, cuando visitaba la Garrocha, era la misma Elena la que terminaba diciéndole lo que necesitaba saber sin necesidad de formularle alguna pregunta en concreto. A aquella mujer le venía la información de forma espontánea, como caída del cielo, y solo tenía que compartirla. Elena miró a Miguel de reojo. Aquella bruja presentía alguna cosa, pero prefirió seguir la conversación dirigiéndose a Alicia y diciéndole—: Celebro que juegues con niños. Creo que tú te comunicas bien con ellos e intuyes que algo les pasa desde hace años. Los niños de hoy vienen muy dispuestos a desmontar el programa que nuestros miedos aún se emperran en sostener. Son auténticos destructores de sistemas, como lo somos nosotros, aunque los aquí presentes éramos solo la primera avanzadilla y ahora llegan todas las fuerzas al completo. Ya era hora. Necesitábamos refuerzos, ¿verdad? —dijo riendo mientras miraba a Álex y Lucía, que jugaban a tocarse el rostro con los ojos cerrados como si aquella conversación no fuera con ellos.

Fueron a la cama pronto. Todos estaban con muchas ganas de descanso. Miguel dio las buenas noches a Alicia y se encerró en su habitación. Le hubiera gustado dormir abrazado a ella, pero no se atrevió a pedírselo. Ella lo deseaba con la misma fuerza pero agradeció aquel punto de contención. No era necesario correr. A pesar de lo que dijera Pachamama Elena, acababan de conocerse hacía solo unos días. Alicia se metió en la cama y mientras miraba la luna a través de la ventana recordó lo que había dicho Lucía al conocerla. La había llamado María. Entonces se incorporó y miró dentro de su bolso. Buscó y rebuscó dentro de él hasta encontrar el dibujo

que Álex había hecho la tarde que conoció a Miguel. Lo miró una y otra vez. No lo podía creer. ¿Qué significaban todas aquellas casualidades? Álex y Lucía no podían saber nada sobre su sueño, aquel que se repetía desde su infancia y que por alguna razón había crecido en intensidad desde que tuvo conocimiento de la existencia de Miguel. ¿Qué relación tenía su sueño con el artista al que ella amaba? ¿Por qué sentía que lo conocía desde siempre? Y su cuerpo comenzó a temblar. Era lo que llaman intuición femenina. Su cuerpo le contaba lo que su corazón ya sabía. Tal vez aquel sueño era el recuerdo de una vida pasada en la que ya estuvieron juntos; una vida en la que ella había sido María Magdalena y él, el mismísimo Jesús. No pudo dormirse hasta bien tarde. Aquella era una idea demasiado disparatada. ¿Eran ellos las antiguas reencarnaciones de aquellos dos seres extraordinarios? Era una locura imaginarlo, por lo que no tardó en convencerse de que seguramente se trataba de un sueño simbólico. Aquello la ayudó a calmar su ansiedad y así pudo conciliar el sueño.

Por la mañana desayunaron todos juntos. Juan tenía cosas que hacer y Elena quería ir a comprar a Olot y visitar a unas amigas. Se llevó a su hija. No volverían hasta la tarde. Miguel aprovechó para enseñarle a Alicia la cabaña e ir con Álex y aquella mujer maravillosa hasta las pozas o piscinas naturales, donde se bañaron en sus heladas aguas y rieron hasta la hora de comer. Álex se lo pasó en grande. Al volver, hicieron un picnic a medio camino con un poco de fruta y restos de la cena. Aquel fue un día magnífico, sobre todo porque fue fluido y natural. No hablaron de nada que no fuera cotidiano, pudieron compartirse desde la amistad, contándose lo que a ambos les gustaba, lo que detestaban, sus costumbres, sus traumas. Compartieron inquietudes y descubrieron que ambos sentían la misma pasión por la horchata de chufa, eso sí, solamente con la condición de que fuera natural, recién hecha, sin conservantes artificiales. Mientras charlaban y charlaban, Álex los miraba o se distraía persiguiendo saltamontes y descubriendo la frescura de la naturaleza en estado libre. Solo de vez en cuando llamaba su atención para que jugaran con él.

Al llegar la noche cenaron de nuevo con Juan, Elena y Lu-

cía, que llegó revolucionada porque su madre le había comprado un caleidoscopio. No podía dejar de mirar a través de él. Cuando se lo enseñó a Álex se pasaron media cena y toda la sobremesa jugando a ver mundos mágicos a través de aquel nuevo juguete. La diferencia de edad entre los dos niños no era un impedimento para que lo pasaran en grande. Lucía hacía de anfitriona y de hermana mayor. Doblar prácticamente la edad al pequeño Álex la llenaba de responsabilidad, y aquello le gustaba. Lucía llegó a olvidarse incluso de sus amigos del bosque, que para llamar la atención volvieron loco a Juan escondiendo de nuevo su escopeta. Cuando Alicia y Miguel se aseguraron de que Álex ya dormía, dieron las buenas noches a Lucía y subieron al piso de arriba. Se miraron a los ojos y se despidieron dándose las gracias mutuamente por aquel inolvidable día de primavera. Cada uno cerró la puerta de su habitación. Elena no había insinuado nada más aquella noche. Nadie había dicho nada, como si el universo hubiera marcado un día de silencio, de normalidad. Aquella noche Alicia consiguió dormirse pronto. Había tratado por todos los medios de quitarse aquella idea de la cabeza durante todo el día. No podía ser que ellos fueran María y Jesús; eso era demasiado para ella. Pero, entonces, ¿por qué Lucía la había llamado María? ¿Por qué toda su vida había sentido que en aquel sueño que se repetía cada vez con mayor intensidad ella era la esposa de Jesús? Lo había ocultado siempre, incluso a su padre y a su propia madre. Nadie conocía su pequeño secreto. ¿Qué pensaría Miguel si lo supiera, si supiera lo que estaba pensando? Su sinceridad tenía límites, barreras que no sabía si deseaba cruzar. No podía ni tan siquiera imaginar que aquel hombre al que amaba tenía el mismo sueño que ella, exactamente el mismo. Al fin se durmió profundamente. Mientras, Miguel seguía dentro de su propio proceso de transformación. Desde que Herr Engel le encargara aquellas pinturas su vida había cambiado. Las visiones y sensaciones se habían sucedido una tras otra y sus sueños se habían vuelto cada vez más reveladores. Además, estaba la aparición de Alicia en su vida y todo lo que su presencia removía. Ahora, tras el episodio de la Marienkirche, aquello se había acrecentado. Parecía estar

viviendo varias realidades al mismo tiempo y tenía la sensación de que la vida era un sueño que él podía moldear a su antojo. Tenía miedo, un miedo visceral procedente de memorias muy antiguas y, al mismo tiempo, sentía que su corazón se abría como una flor. Estaba enamorado y sentía que más allá de todo lo que le ocurría, aquello no era fruto de un chispazo que apagaría el tiempo. Algo de él sabía que aquel encuentro estaba pactado a otros niveles, que se habían atraído en el instante preciso y en el lugar perfecto. Aquella mañana Miguel se despertó antes que nadie y realizó en la terraza sus ejercicios de yoga mientras miraba al sol. Luego fue a correr un poco. Cuando volvió ya eran las nueve. Al entrar se encontró a Alicia recién arreglada. Quedaron en desayunar e ir a dar una vuelta. Mientras Miguel se duchaba y vestía, Alicia esperaba junto a la ventana de su habitación. Estaba nerviosa. Aquella noche había vuelto a tener aquel sueño una vez más. En él, como ya era habitual, ella representaba a María Magdalena y se despedía de Jesús antes de dirigirse hacia el norte custodiada por el apóstol Santiago y el centurión romano Longinus. En el sueño tenía un hijo y Jesús era su padre. Era importante que hablara de aquello con Miguel, pero quizá podría comentarlo antes con Pachamana Elena. Decían que era vidente y muy buena en consulta. Le pediría que la atendiera para buscar en ella algún tipo de asesoramiento. Aquello la sobrepasaba.

Capítulo 14

El poder en la sombra

Javier estaba indignado. Lo primero que hacía cada mañana al salir a la calle era mirar hacia el cielo para ver si estaban fumigando. Aquel día la evidencia lo crispó más de lo habitual. Bajo un brillante y despejado cielo azul cruzaban más de doce estelas blancas sobre la ciudad de Barcelona. Javier sabía que eran aviones de compañías privadas, o tal vez militares, que bajo alguna misteriosa consigna fumigaban la ciudad y sus alrededores. Aquel fenómeno se daba en todo el mundo. Las redes sociales discutían sobre ello a menudo. Había quienes denunciaban el hecho y quienes lo justificaban. Era tal el revuelo en Internet que en los telediarios de algunos países justificaban el fenómeno explicando que se trataba de algo completamente normal, debido principalmente a un efecto del paso de los aviones. Javier estaba de acuerdo solo en una cosa: aquel hecho se había normalizado hasta el extremo de no preocupar prácticamente a nadie, aunque en absoluto se creía la versión oficial. «Deberíamos desconfiar de las versiones oficiales», decía a menudo a sus amigos. «Siempre hay un velo que des-

correr», añadía a continuación. Había investigado mucho al respecto e incluso había hablado con profesionales del tema. Sabía que un avión no deja una estela de nube blanca tanto tiempo a no ser que esté efectivamente fumigando. No podía creer que nadie en la calle se diera cuenta. Tenía hambre. Decidió entrar en una panadería. Al abrir la puerta no pudo evitar comentarlo a todos los que esperaban su turno haciendo cola tranquilamente.

—¿Es que nadie se ha dado cuenta de que nos están fumigando cada día como si fuéramos cucarachas? —Nadie pareció inmutarse. Javier continuó hablando en voz alta—. Nos echan de todo desde esos aviones y a nadie parece importarle. El mundo está demasiado dormido todavía. Tal vez nos merecemos morir en la ignorancia como borregos mientras nos tratan como si fuéramos ganado.

Los allí presentes se miraron unos a otros y continuaron en silencio. La mujer que atendía tras el mostrador miró a Javier de reojo hasta que una señora le pidió dos barras de medio y un trozo de coca. Nadie parecía estar atento a las inquietudes que Javier expresaba. Una chica mandaba un mensaje desde su móvil, dos mujeres empezaron a charlar del calor que hacía ya en primavera debido al calentamiento global y un joven con los pantalones caídos movía levemente la cabeza escuchando música con unos auriculares. Solo un anciano miraba a Javier asintiendo con la cabeza de manera nerviosa:

—Pues tiene usted razón, caballero. En mis tiempos el cielo no estaba así. Seguro que algo nos echan para jodernos la salud. Así hacen negocio los «hijoputas» que nos manejan.

Javier asintió sorprendido de que alguien estuviera al caso de lo que estaba sucediendo y, dirigiéndose a las dos mujeres que aún hablaban del tiempo y del calentamiento global, dijo elevando su voz:

—Señoras, ¿no se han enterado todavía? No hay ningún calentamiento global. ¡Joder, que la Tierra se está enfriando! ¡Busquen un poquito en Internet en lugar de ver tanta «tele-

diarrea»! ¡Lo del calentamiento global es un timo, lo mismo que la mierda de alimentos que compramos, adulterados, procesados, llenos de conservantes para envenenarnos poco a poco! —Y para sorpresa de la dependienta, dirigió su dedo índice hacia el mostrador gritando—: ¡Miren este pan, hecho de harinas refinadas para enfermarnos! ¡Pero nadie se da cuenta porque estáis todos dormidos! ¡Malditos «borregomatrix de los cojones»! ¿Sabéis qué? ¡Me largo de aquí!

Y abriendo la puerta salió de la panadería mientras aquel anciano aplaudía gritando:

—¡Sí, señor! ¡Que viva la República!

La chica del mostrador increpó al anciano:

—¡Abuelo, basta ya, que me espantarás a la clientela! ¡Haz el favor de entrar dentro y sentarte, por favor!

El hombre se resignó. Un día fue cabeza de familia, un hombre respetado por los que dependían de él. Ahora era un estorbo y lo trataban como a un niño. Los que estaban haciendo cola susurraban por lo bajo, hasta que una de las señoras se atrevió a decir:

—Hija, cada vez está peor el mundo. Claro, con la crisis la gente se vuelve loca. Ya has visto a ese pobre hombre.

—Claro, Merceditas —respondió la joven dependienta—. No sé dónde vamos a ir a parar. Antes la gente tenía más respeto por los demás, pero hoy todo el mundo va a la suya. De todas formas, mi abuelo no es que esté loco; es que ya está mayor y chochea. En fin, ¿qué te pongo, guapa? —dijo mientras se ponía de nuevo los guantes blancos de silicona.

Tal vez aquellas mujeres estuvieran lejos de estar despiertas, pero la forma en la que Javier iba por el mundo tampoco era la más coherente con lo que él trataba de transmitir. Con los años su carácter se había ido agriando hasta convertirse en un auténtico amargado. Estaba cabreado casi todo el tiempo, desde que se levantaba hasta que se acostaba; cabreado con la vida, con el mundo, con la humanidad dormida y engañada. Era una forma de tapar su ansiedad, de tapar el

temor que sus investigaciones y creencias le iban generando. Se sentía como Neo en la película *Matrix*, pero sabía que él no era un elegido, sino un simple mortal que trataba de abrir los ojos a los demás para no sentirse tan solo. En ese momento sonó su teléfono móvil. Era una suerte que el doctor Chong le llamara diciéndole que tenía un hueco en su agenda la semana siguiente. Le extrañó que le llamara siendo domingo, pero fue una buena noticia que abrazó con agradecimiento. Tal vez otra regresión desvelaría algo más sobre aquellas misteriosas dos horas en las que estuvo fuera del cuerpo cuando era niño. Colgó el teléfono y comenzó a caminar hacia el centro de la ciudad. Quería pasear un poco y visitar a un par de amigos tan conspiranóicos como él con los que se acostumbraba a encontrar algunos domingos para contrastar información. Mientras caminaba, observaba a todos los que se iban cruzando en su camino. A pesar de ser domingo, las calles estaban muy concurridas, y más aún a medida que se acercaba al centro de la ciudad. Nadie parecía ser consciente de lo que era la realidad del mundo. No parecían tener idea de que eran esclavos de un sistema creado para utilizarlos, consumirlos y tirarlos a la papelera. A su paso, su juez interno no dejaba títere con cabeza. Ante su crítica mirada, el cinismo de sus pensamientos reflejaba su propia impotencia ante sí mismo, ante la culpa que sentía por no quererse demasiado. Lo sabía, era muy consciente de ello. «Javier, estos capullos son un espejo que refleja todo lo que detestas de ti, como el mundo que te rodea. Mierda, no hay nada más jodido que conocer la teoría y seguir perdido sin saber cómo coño aplicarla», se dijo para sus adentros. Se detuvo un momento para encender un cigarrillo y dijo de nuevo para sí, mientras miraba una vez más el cielo: «Ya sé que fumar es otra mierda. Antes nos programaban así en las películas. El protagonista fumaba y se llevaba a la chica. Ahora la ingeniería social se ha perfeccionado. Nos programan para odiarnos entre hombres y mujeres. Es tan complicado entendernos entre sexos que preferimos irnos al propio. Así, al final todos contentos y los niños que los hagan máquinas y los eduque el estado. No digo que no deba haber de todo, pero es que ahora si no eres gay o lesbiana

estás en el mal camino; y encima parece que ser hombre es sinónimo de bruto y maltratador. Estamos todos locos y, para colmo, a mí me encanta fumar. Lo admito, me tenéis cogido por las pelotas, cabrones. Lo necesito porque una mierda de programa que se ha instalado en mi cabeza me dice que si lo hago soy tan hombre como Humphrey Bogart. Todavía llevo el programa que mamé de niño con las películas de sobremesa que veíamos los sábados y domingos en casa. Al menos soy consciente. Prefiero matarme yo poco a poco con cigarrillos que morir bajo el influjo de vuestras fumigaciones». Suspiró profundamente y, sin importarle llamar la atención de la gente que pasaba por su lado, tiró al suelo el cigarrillo con toda su rabia y dijo en voz alta y clara:

—Al carajo con esto. Mierda de vida, mierda de dependencias. No me venceréis tan fácilmente.

En aquel mismo instante un mendigo que por allí pasaba cogió el cigarrillo y se lo llevó a la boca. Dio un par de caladas agradeciendo aquel regalo y se acercó a Javier para pedirle algo de dinero. Javier buscó en su cartera, le dio diez euros y le dijo:

—Seguro que están lanzando legionela. Es lo que más fumigan últimamente, aunque a saber qué más están soltando estos hijos de la gran puta.

El mendigo asintió como si comprendiera y dijo:

—Todo esto es una ilusión, señor. Yo imagino que fumo y usted imagina que está cabreado. Siempre estamos escogiendo, siempre.

Ante la perplejidad de Javier, aquel hombre andrajoso se dio la vuelta y se marchó caminando en dirección opuesta a la suya.

«Vaya, la vida siempre nos trae mensajes. El juicio que hacemos sobre el mensajero muchas veces nos distrae. Lo importante es el mensaje, y este era para mí». Javier no solo era un conspiranóico declarado; también tenía sus creencias, su confianza en el poder que el ser humano albergaba. Creía en las causalidades, en la magia, en el poder del corazón. El

problema era que lo que veía en su día a día le confirmaba que la humanidad estaba aún demasiado dormida para reaccionar, y eso le desesperaba. Este, en realidad, era un problema consigo mismo. Sabía que creaba lo que creía. Volvió a mirar al cielo. Cada vez había más estelas blancas ahí arriba. Comenzó a andar de nuevo mientras dejaba escapar algunos insultos dirigidos a los supuestos responsables de aquellas fumigaciones. Javier ya había consultado todo aquello con algunos médicos abiertos a la posibilidad de que realmente el negocio de la salud fuera más allá de la ética. Uno de ellos, el que lo alertó de que lo de las vacunas de la gripe porcina era una estafa, le dijo que probablemente fumigaban legionela. Aquel médico no quería perder su trabajo, así que se lo contó a Javier bajo secreto. Le dijo que la legionela manifestaba síntomas muy diversos que podían llevar a un doctor a confundirla con una gripe común, un resfriado, una gripe estomacal u otras patologías que precisaban de medicación muy variada. Para Javier era simple: si alguien tiene una empresa de coches, lo que le interesa es vender coches y hará lo posible por hacerlo. Cuando se trataba de farmacéuticas y salud, era claro que a la industria le interesaba que hubiera enfermos. Sin enfermos no había negocio. De repente sonó su móvil de nuevo. Se trataba del mismísimo Antonio Riba. Estaba entusiasmado con los documentos de Andrés, el padre de Javier, sobre la segunda vida de Jesús. Deseaba reunirse con él y charlar un rato. A Javier le sorprendió gratamente. No esperaba que el señor Riba lo llamara tan pronto, y menos que deseara tener una reunión a solas con él. El profesor le sugirió visitarlo personalmente para poder examinar con tranquilidad los textos originales. Javier no podía creer que aquello sucediera de forma tan sincrónica: el señor Riba en su propia casa. Aquello había que celebrarlo.

—Parece que empieza a arreglarse el día —pensó Javier en voz alta.

Solo quedaba que su buen amigo, el agente de policía Bernardo Manchón, le llamara también para contarle que había averiguado algo sobre el Mercedes negro que vigilaba la ventana de su casa desde aquel oscuro callejón. Colgó el te-

léfono dejando que despertara su primera sonrisa en aquel bello día de primavera. Tenía muchas ganas de hablar de nuevo con Antonio Riba, y más aún sabiendo que además había sido un buen amigo de su difunto padre. Javier siguió caminando. No era un mal tipo. En realidad, su vida y toda aquella dedicación por destapar la verdad públicamente estaban cargadas de buenas intenciones, pero su afán por descubrir la mentira lo había llevado a hacerse un conspiranóico profesional y aquello hacía que siempre estuviera enfocado en la desconfianza. Con los años había llegado a perder la inocencia. No había cosa sobre la que no desconfiara. Para Javier, la mayoría de las figuras relevantes de la historia de la humanidad eran un fraude, al igual que cualquier movimiento o tendencia. Estaba convencido de que todo lo que nacía de forma espontánea era reabsorbido y utilizado por los que dominaban el mundo para usarlo en su favor al mover las fichas de lo que era, sin duda, su particular partida de ajedrez. Javier había escrito un artículo sobre el tema titulado *Los amos del mundo*. En él, aseguraba que los iluminati, los miembros de una secta estructurada en forma de pirámide, movían en la sombra los hilos de lo que sucedía en el planeta Tierra. En aquel artículo se explicaba que la Orden de los Iluminados de Baviera o *illuminati*, había sido fundada en la noche del 30 de abril al 1 de mayo de 1776, víspera de la famosa noche de Walpurgis, en un bosque al sur de Alemania. Javier contaba cómo la influencia de aquella secta se fue extendiendo rápidamente por toda Europa, reclutando un gran número de pensadores, filósofos, artistas, políticos, banqueros, analistas y gente influyente de la época. Se atribuía su fundación a un tal Adam Weishaupt, que había logrado infiltrarse y hacerse con el control de la masonería, llegando a unificar y controlar bajo su autoridad casi todas las logias de Europa, incluyendo la misma masonería. Javier sugería en el artículo que probablemente en sus orígenes los iluminados nacieron con la misión de frenar el poder del Vaticano y la realeza, pero en algún momento del camino se convirtieron en parte en lo que deseaban neutralizar, como acostumbra a pasar muchas veces con lo que crece y adquiere poder. Según se podía leer en el artículo, el 22

de junio de 1784, el príncipe de Baviera, intuyendo el peligro que suponían los *illuminati* para la Iglesia católica y las monarquías debido a su ideología liberal, revolucionaria e igualitaria, aprobó un edicto contra estos, contra la masonería y, en general, contra cualquier sociedad no autorizada por la ley. Los planes más secretos de los *illuminati* fueron revelados al descubrirse importantes documentos que trataban sobre los planes secretos de la conquista mundial. Se dice que los *illuminati* influyeron directamente en la planificación de lo que más tarde sería la Revolución francesa. Contaba Javier en su artículo que aquel movimiento terminó disolviéndose, aunque resurgió de nuevo en la sombra tras algunos enfrentamientos internos que generaron a los actuales *illuminati*, cuyos hilos controlaban hoy en día la corona inglesa y el Vaticano, además de trece poderosas familias que mandaban sobre gobiernos, bancos y corporaciones, manejando a su antojo la economía, la política, los movimientos sociales, las religiones y básicamente, el poder. El artículo los hacía responsables del tráfico de drogas, armas, mujeres y niños, del terrorismo, de la comida basura, de poner y quitar gobiernos, de las crisis económicas y de cualquier conspiración, por increíble que esta pareciera. Javier se extendía contando cómo aquellos dementes se amparaban tras estamentos oficiales como la ONU, la OTAN o la OMS, por citar solo unos pocos ejemplos, para perpetrar de forma encubierta toda suerte de crímenes y atentados contra la humanidad. También hacía referencia al control que ejercían sobre los medios de comunicación y a su enfermiza y descarada costumbre de manifestar públicamente sus actos más crueles a través de rituales dirigidos al inconsciente colectivo. El artículo atribuía la razón de aquel extraño exhibicionismo a su dominio de la magia negra, y especificaba que esta era una ciencia exacta capaz de manipular el inconsciente. Javier estaba convencido de que aquella era la forma en la que accedían al consentimiento inconsciente del pueblo, de una masa crítica aletargada que entregaba su poder y otorgaba su permiso sin saberlo. Javier escribía que toda aquella manipulación se hacía a través de rituales cotidianos y estudiadas técnicas de manipulación mental heredadas de la anti-

güedad y perfeccionadas por el mismísimo nazismo, aunque fueran desarrolladas más tarde por la CIA a través de programas militares secretos. Ya se conocía públicamente que los nazis fueron los precursores de la propaganda y el uso de la radio, la televisión y el cine para lograr generar el efecto deseado sobre el inconsciente de la población con el fin de conseguir el consentimiento de una masa crítica que los ayudara a perpetrar sus planes. Javier creía firmemente en las investigaciones de algunos de sus colegas, investigaciones que rezaban que fueron los intereses del Vaticano en colaboración con la CIA los que financiaron la huida de la cúpula nazi a Sudamérica y Estados Unidos. El artículo de Javier también aseguraba que los nazis habían creado bases secretas en la misma Antártida y que habían desarrollado algunos prototipos de OVNI que más tarde fueron reproducidos a partir de programas secretos en lugares como la famosa Área 51, en Nevada, al oeste de Estados Unidos. Javier lo tenía claro. Estaba convencido de que detrás del Vaticano, la corona inglesa y el poder de Washington e Israel se escondían los mismos ojos. No creía en nada de lo que se contara en los medios de comunicación oficiales. Para él, las noticias oficiales eran pura propaganda. Se trataba de maniobras de distracción para dirigir a la población hacia donde aquellos poderosos «amos del mundo» decidían. A este programa Javier lo llamaba «Matrix» en alusión a la película que tanto admiraba. Estaba convéncido de que lo que se planteaba en *Matrix* no distaba mucho de lo que de verdad ocurría en la realidad; al menos, no en su esencia.

Javier paseaba encerrado en sus pensamientos. Le gustaba mucho caminar por la ciudad mientras observaba a toda aquella gente inconsciente de su propia realidad.

—Si un día hubiera una masa crítica lo suficientemente grande que no aceptara toda esta manipulación, nuestra realidad dejaría de ser una cárcel —dijo en voz baja.

Tenía la costumbre de hablar solo. Normalmente la gente lo miraba cuando lo hacía, pero a él no le importaba. Su mente iba siempre muy deprisa, atando cabos, buscando respues-

tas, barajando hipótesis.

—Nos han inducido a creer en todo esto desde que nacemos, e incluso antes, usando a nuestros propios padres para programarnos. Esta mierda pasa de padres a hijos. Esta es la herencia del famoso pecado original. Nos pasamos los virus unos a otros sin saberlo y con la mejor de las intenciones. Esa es la esencia de la transmisión genética. Los cabrones reptilianos de la cuarta dimensión lo tienen todo muy bien pensado. El programa hace que heredemos de nuestros propios progenitores la amnesia y toda la mierda —dijo elevando un poco más la voz.

No le gustaba estar en el mundo. Siempre idealizó y persiguió un mundo mejor que el que lo rodeaba. Su lucha por transformar aquel infierno en la Tierra que tanto deseaba lo desesperaba. No sabía que el cielo que tanto buscaba lejos de él ya vivía dentro de su corazón. Estaba siempre preocupado, deseoso de que el mundo conociera la verdad de todo lo que ocurría a espaldas de los ciudadanos. Necesitaba que la humanidad despertara. Al menos ahora sabía que más allá de la vida había otras vidas. Tras la experiencia con el doctor Chong podía recordar haber estado al otro lado durante dos horas, y para su sorpresa sus recuerdos eran sumamente agradables. Necesitaba saber más. Siempre tuvo sueños muy lúcidos y visiones extraordinarias. Era más feliz en ellos que cuando estaba despierto. «Tal vez solo cuando dormimos somos realmente libres», pensó. «Quizá estamos más despiertos al soñar que cuando estamos en la "Matrix". Ojalá supiera lo que de verdad se cuece dentro de mi inconsciente», reflexionó mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en verde. Como escribió en su artículo, aquel periodista del misterio e investigador de conspiraciones creía que los iluminati servían a razas reptilianas atrapadas en la cuarta dimensión que sabían cómo manejar los mundos inconscientes y cómo manipular la mente del ser humano para tenerlo a su merced. Su padre le había puesto al corriente desde niño de los rituales de sangre que hacían todas aquellas élites para contentar a sus señores y seguir gobernando un mundo corrupto y gris. También le habló de los rumores sobre experimentos secretos para crear

súper soldados o esclavas sexuales MKUltra. A través del control de los medios de comunicación, los iluminati desacreditaban todo aquello que pudiera hacerles sombra. Eran tan hábiles que muchos ciudadanos los servían sin ser conscientes de ello. Lo hacían a través de organizaciones y movimientos que ellos siempre controlaban, la Iglesia, la masonería, los círculos sociales, políticos y económicos, la ONG de turno, las industrias de entretenimiento o lo que fuera. Su padre le había contado muchas veces cómo operaban mediante la anticipación, generando las circunstancias que permitieran dirigir sus deseos a buen puerto. Eran especialistas en crear el caos allí donde necesitaban generar un cambio. Lo hacían fabricando enemigos externos como en el caso del terrorismo, de manera que pudieran implantar medidas en forma de acciones o leyes que sirvieran para afianzar sus planes mientras aparentemente protegían a los ciudadanos. Su fin real, tal y como decía su lema, «Novus Ordo Seclorum», era instaurar un Nuevo Orden Mundial regido abiertamente por ellos, con un gobierno único, una sola economía y un ejército que controlara la totalidad del planeta. También su padre le advirtió que un día intentarían implantarnos un microchip a todos. Él jamás lo creyó hasta que su padre fue asesinado. Javier tenía una certeza, un fuego interno que se manifestaba en forma de instinto. Algo le decía que si se manipulaba a la humanidad desde la sombra era porque aquellos señores aparentemente tan poderosos temían algo más allá de su control. Temían el poder del ser humano despierto y consciente. Aquella era la verdad en la que él creía y el verdadero motivo que lo hacía levantarse cada mañana. Deseaba despertarlos a todos. A niños, a mujeres y a hombres. Deseaba que la humanidad recuperara su memoria perdida sin saber que aquello tenía poco que ver con convencerla o alertarla. La verdad estaba en su corazón, y solo allí podía transformar su vida y, en consecuencia, el mundo en el que vivía. Esto era algo que descubriría muy pronto en la consulta del doctor Chong. Allí empezaría a comprender lo maravilloso que era su propio ser al despertar de la amnesia que lo tenía atrapado a la ilusión.

Capítulo 15

Ayaaksas

El doctor Chong podía hacer varias cosas a la vez. Tenía facultades que pocos conocían. Héctor sabía que todo ser humano podía desarrollarlas, pero pocos eran conscientes de ello. Él tenía la fortuna de haberlas despertado de forma inesperada tras un extraño viaje lejos de nuestra realidad común. Hacía tiempo de todo aquello. Era tan solo un niño. Mientras hablaba por teléfono con aquel financiero que pedía su consejo, era capaz de mantener su atención en otras muchas cosas que aparentemente no existen para el común de los mortales. Héctor creía y conocía la inmortalidad, así que simplemente respiraba. A pesar de ser domingo, atendía de forma amable y pausada a su cliente. El doctor vivía al día y fluía con lo que iba creando en su vida, consciente de estar actuando también sobre realidades paralelas. Sabía lo que sus pensamientos generaban sobre la materia y los usaba para crear las circunstancias que él mismo escogía vivir. Sentado en la silla de su consulta y mientras sostenía el teléfono inalámbrico con la mano izquierda, con la derecha acariciaba un meda-

llón de oro idéntico al que Miguel Claveras había visto en manos del Herr Engel de su sueño, en la Mariankirche de Berlín; un medallón exacto a su vez al que tenía en su poder el misterioso personaje sin rostro que se ocultaba de la mirada del mundo, escondido tras el amparo de Ludwig Engel, el mismo que observaba a través de las cámaras de seguridad el día en el que la «resistencia» se reunía en aquel monumental castillo alejado del mundo en tierras helvéticas. Tres medallones completamente iguales en manos de tres misteriosos personajes. Dos señores Engel aparentemente exactos actuando a la vez, uno en la vida real y otro en sueños. ¿Qué significaba todo aquello y qué se ocultaba tras aquel misterioso amuleto? ¿Se trataba de algún signo distintivo perteneciente a un grupo secreto, o era tan solo una casualidad que tanto Héctor como los otros dos enigmáticos personajes tuvieran uno en su poder? El nuevo giro que tomaba la partida estaba diseñado desde lo sutil, en otro espacio-tiempo. Todo aquello que iba a transformar el juego empezaba a ser visible sobre el tablero, aunque solo Héctor Chong conocía cómo encajaban definitivamente todas las piezas. La llave de todo aquel entresijo tenía forma de medallón y descansaba entre sus manos. Grabada sobre una de sus caras podía verse la Flor de la Vida resplandeciente y limpia de cualquier programa que no fuera el original, el que lleva toda la información del origen del universo. Además, en el reverso, una palabra griega flotando en el vacío guardaba el secreto de la sabiduría, el poder y la libertad del ser humano. Héctor Chong jugaba con fuego y era totalmente consciente de ello. Sabía que contaba con mucha ventaja. No era un hombre cualquiera. Su aspecto afable y bondadoso escondía muchos rostros. Uno de ellos era el de caballero masón de alto grado. Pero también era gran maestre de la Orden del Temple y miembro de honor de los rosacruces y los caballeros de Malta, además de formar parte de algunos círculos de misterio en los que también fuera iniciado en algún momento de su vida. Héctor Chong no escatimaba en recursos con tal de cumplir la misión hacia la que su ser interno lo guiaba. Aprendió a acechar para actuar allí donde fuera preciso como lo haría el aire, filtrándose entre los poros de cualquier piel sin ha-

cer ruido hasta ocupar los pulmones de aquello que deseara transformar. Su relación con Herr Engel era también parte de su necesidad vital de supervivencia; una relación inescrutable incluso para los que los conocían a ambos. El doctor jugaba a varias bandas y, lejos de temer por su vida, se sentía fascinado por el desarrollo que iban tomando los acontecimientos. Héctor Chong era muy inteligente, demasiado para que pudieran relacionarlo con lo que de verdad manejaba. Si alguien hubiera conocido el secreto de Héctor Chong, y no me refiero solamente al conocimiento que tenía o a los movimientos que generaba para pasar desapercibido, sino a su verdadero secreto, relacionado con su identidad y el rostro que se escondía detrás de tantas máscaras, sin duda el mundo lo hubiera sentenciado antes de admitir la posibilidad cuántica que acuñaba su presencia. Cada paso que daba era necesario. Su discreción y sus profundos conocimientos y capacidades eran un aval, aunque disponía de un sinfín de ases en la manga que podía usar cuando lo deseara. Era un auténtico mago y aquello le permitía vivir desde donde él deseara. Héctor no temía la muerte. Sabía que, al cerrar los ojos, como ocurre con el sueño, la oscuridad abría una nueva puerta hacia la luz de otros mundos tan reales como el nuestro; mundos en los que estamos actuando y experimentando la vida a pesar de no recordarlo; universos potenciales donde todo es posible, como también ocurre con el nuestro. Fue precisamente en aquella experiencia cercana a la muerte cuando empezó a recordar parte de lo que sabía ahora. El viaje de morir y volver de nuevo a la vida había sido muy revelador para él. Ocurrió durante un coma profundo que duró menos de una semana, cuando era tan solo un niño y respondía aún al nombre de Klaus. Tras una brutal paliza de su padre, se dio un fuerte golpe en la cabeza que lo mantuvo en coma cinco días. La versión oficial fue que se había caído de su bicicleta. Durante aquellos días de silencio ingresado en un hospital de lujo en Berlín, Klaus se vio saliendo del cuerpo mientras observaba a su madre sentada al pie de la cama de aquella fría y lujosa habitación de hospital. Decidió entonces escapar de allí, dejar su cuerpo inconsciente y traspasar las nubes, cruzar los límites de nuestra rea-

lidad y adentrarse en otros mundos en los que pudo recordar la razón por la que estaba encarnado en el planeta Tierra. Sintió la infinitud, su grandeza fuera del cuerpo y comprendió los límites de la mente racional. Experimentó la inmensidad del Absoluto dentro de sí y pudo comprender el sentido de la vida. Cuando despertó, traía activado el ADN en su totalidad, y sus memorias genéticas eran más propias de un dios que de un ser humano, aunque seguía siendo humano. Actuaba de forma extraña, tenía poderes psíquicos inimaginables y recordaba muchas cosas que llevaron a los médicos a dejar el caso en manos de los militares, que oficialmente decidieron investígar aquel extraño fenómeno. A partir de entonces, Klaus se convirtió en asunto de alto secreto. El caso fue clasificado bajo el nombre de SUPERBOY PROJECT, debido a que para algunos aquel niño tenía el poder de un auténtico superhéroe. Para la mayoría de los implicados, el pequeño Klaus era una amenaza; para otros, una poderosa arma de guerra, un futuro súper soldado que podía ser estudiado y entrenado para servir a los intereses del que lo tuviera bajo su influencia. Su padre accedió a lo que fuera necesario para que su círculo de poder social y económico no se desestabilizara. Nunca sintió a Klaus como a un verdadero hijo. Siempre fue un motivo de vergüenza y un error en su vida. Se arrepentía de haber colaborado en traerlo al mundo tras una noche de borrachera en la que había forzado a Ellen, su mujer. Desde su punto de vista, el niño nació débil, blando, enfermizo y sensible como ella. Aquel hombre déspota y refinado trató de convertirlo en un hombre del clan desde que era solo un bebé, pero las palizas y vejaciones no tenían el mismo efecto sobre él que el que tuvieron en sus hermanos mayores o en otros hijos de la Orden. Mientras Klaus se negaba a reaccionar como se esperaba de él, sus hermanos Dieter y Richard, con solo un par de años más, se habían insensibilizado lo suficiente como para servir gustosos a los intereses del grupo al que pertenecían, comprendiendo y asimilando sus jerarquías y los sacrificios de sangre en los que debían participar periódicamente. Sus escrúpulos estaban a prueba de cualquier cosa que se les exigiera, algo que la Orden se encargaba de comprobar asiduamente. Klaus no era

como ellos. A pesar de los rituales por los que tuvo que pasar, él seguía teniendo un corazón puro, incorruptible pese al miedo que pudiera sentir. Rápidamente se demostró que aquel niño no era interesante para el clan, de modo que hubiera terminado muriendo con el tiempo. Ahora al menos tenía una oportunidad, pensaba Ellen mientras trataba de olvidar que dentro de ella también latía un corazón. No sabía que poco tiempo después de la partida de su hijo menor, la única conexión real con el amor que le quedaba y la fuerza que le daba el aliento para seguir viva, su corazón dejaría de latir. Ante la mirada sumisa y temerosa de Ellen, aquel padre ausente de emociones dejó a Klaus en manos de dos agentes vestidos de negro que lo llevaron de Berlín a Suiza en un coche tan oscuro como lo eran ellos y todo lo que su presencia desprendía. Lo ingresaron cerca de Zúrich, en un área de alto secreto que investigaba y preparaba a los niños superdotados con poderes psíquicos para convertirlos en servidores de los más poderosos. Aquel súper niño no solo tenía facultades psíquicas superiores a las de los demás niños que estaban allí recluidos, sino que además conocía numerosas lenguas, algunas de ellas ya desaparecidas oficialmente, y era brillante en cualquier área o disciplina. Tras pasar todos los test de inteligencia superando la excelencia, demostró tener un poder mental asombroso que incluía el dominio de la telequinesis, la telepatía y la videncia hasta extremos que obligaron a sus guardianes a tomar medidas para protegerse. Aislado y sometido a numerosos y crueles experimentos para hacer de él un monstruo al servicio del sistema, fue trasladado a varios lugares del planeta hasta que fue internado en la base secreta construida bajo la isla de Tenerife debido a razones de logística y seguridad. Allí conoció a Herr Engel, quien lo ayudaría a escapar y lo protegería del mundo. El millonario suizo representó un escudo perfecto para el pequeño Klaus, y gracias a él pudo abrazar una nueva vida a partir del nacimiento de una identidad fabricada con todo lujo de detalles. Fue entonces cuando Klaus se convirtió en Héctor Chong. Fue sencillo para una mente psíquica como aquella. Bajo el amparo de Herr Engel, reconstruyó su propia historia, inventando una madre y

un padre, un origen, un árbol genealógico, documentos y todo tipo de acciones que permitieron a Klaus transformarse en el que hoy era el doctor Chong. Al crecer bajo la protección de Herr Engel, Klaus pudo convertirse en un joven y eminente médico y terapeuta, iniciado en un sinfín de grupos y logias, e incluso, con el paso del tiempo, llegó a reencontrarse con su progenitor y sus hermanos de sangre sin que estos pudieran reconocerlo, mientras se abría paso entre los mundos sutiles para que su misión pudiera realizarse con éxito; una misión relacionada con la Flor de la Vida que llevaba grabada en su corazón y en el medallón que tanto acariciaba, en cuyo reverso descansaba la palabra griega cuyo significado contenía el secreto del verdadero poder del ser humano. Esa era la clave de su misión, y Héctor estaba decidido a insertar aquella frecuencia en el inconsciente colectivo del programa para que la humanidad se abriera ante la responsabilidad de su poder creador, algo que haría a través de Miguel Claveras.

Cuando colgó el teléfono, el doctor Chong escuchó de nuevo la memoria del pequeño Klaus activada en sus latidos y trató de respirar aquello que llegaba a su mente de forma limpia y clara. Cerró los ojos y trató de abrazar a su niño interno, todavía herido por todo el dolor que había soportado. Intentó no juzgarse por tantas cosas que había hecho antes y después de traspasar aquel infierno, cosas en las que había colaborado para acceder al poder, para no ser descubierto y seguir adelante. Era pura luz, pero estaba en un mundo dual y no deseaba esconderse de la sombra que desde él se proyectaba. Era parte del juego y estaba jugando con el corazón abierto. De vez en cuando aparecía la culpa, desde la cual se hacía consciente de todo el silencio encubierto, de cada injusticia generada mientras miraba hacia otro lado con la única justificación de llegar a cumplir su cometido real en la vida, la que sentía su verdadera misión. Sabía que cada hombre era la causa de su vida y que nadie vivía lo que no deseaba, pero a veces era muy duro vivir siendo consecuente con todo aquello, conociendo que también se escoge desde el inconsciente. Héctor sentía mucha empatía por los demás seres humanos, a pesar de ser tan consciente de las reglas del juego que todos

habían aceptado de antemano. Escuchó entonces la leve voz de Klaus recordándole la apertura de corazón que sintió al entrar de nuevo en su cuerpo tendido sobre aquella cama de hospital. Recordó lo que ocurrió un poco antes de salir del coma, cuando aquel pleyadiano reluciente se manifestó ante él presentándose como Ayaaksas, su otro yo. Nada más verlo comprendió que aquel ser sabio y poderoso era un espejo en el que se veía reflejado, un aspecto de sí mismo manifestándose desde otro estado de conciencia más lúcido. Su madre seguía sentada junto a él en el hospital sin poder ver lo que su hijo estaba experimentando realmente, mientras parecía dormido, en una realidad paralela en la que Klaus pudo revivir su vida en las Pléyades, cuando era Ayaaksas y parte de su atención se centraba en hacer que la humanidad de la Tierra se volviera consciente y despertara del sueño en el que estaba atrapada. Klaus pudo disfrutar de nuevo de aquellas majestuosas y radiantes ciudades de luz totalmente integradas dentro de verdes y esplendorosos paisajes llenos de ríos y lagos. Durante aquel contacto, que para el pequeño Klaus se convirtió en una larga estancia, recuperó muchas memorias dormidas. En aquellas luminosas estrellas situadas junto a la constelación de Tauro y bañadas por los rayos del sol de Alcyon, aquel niño que ahora latía bajo el disfraz del doctor Chong pudo incluso recordar una auténtica guerra de las galaxias entre razas, especies y planetas cuando la Tierra aún no era la Tierra como hoy la conocemos. Viajando en el tiempo, pudo revivir muchas de sus encarnaciones, algunas de ellas en diferentes sistemas y estrellas. Pudo conocer el fin de las guerras del Cielo. Pudo disfrutar de la paz que restableció el orden en aquellas galaxias gracias a la evolución de la mayor parte de las razas que las habitaban. Pudo recordar también la creación de la especie humana en la Tierra a través de ingeniería genética practicada por parte de los anunaki, extraterrestres que llegaron a nuestro planeta para extraer metales; una raza humana generada a partir de lo esencial de muchas razas, cuyo ADN fue saboteado para que no pudiera desarrollar todo su potencial, quedando a merced del capricho e influencia de sus creadores, hasta que algunas especies más

conscientes decidieron intervenir para ayudar a los hombres a recordar. Muchas almas de diferentes estadios, entre ellas las de los sirianos, arcturianos, andromedanos y pleyadianos, decidieron encarnar en la Tierra para colaborar en su proceso de despertar. Héctor Chong recordaba cómo Klaus pudo verse a sí mismo siendo delfín en Sirio, volando sobre un bello planeta verde y azul y nadando entre mares y océanos mientras se comunicaba de forma telepática con sus semejantes y con miembros de otras especies. También se recordó como el maestro Ayaaksas bajando a la Tierra desde las estrellas. Llegó al planeta con otros pleyadianos dentro de inmensas bolas de luz. La humanidad de entonces los tomó como dioses, pero ellos contaron a los más avanzados que solo eran hermanos mayores. Les ayudaron a construir pirámides a través del canto, que servían para activar y equilibrar la energía de la Tierra en favor de la evolución humana y del planeta. En grupo, emitían vibraciones con la voz, que alteraban la estructura molecular de las piedras, elevándolas y ablandándolas hasta que encajaban unas con otras. Les enseñaron la ciencia de comunicarse con el inconsciente y la forma en la que los pensamientos y emociones crean la realidad. Aprendieron el sagrado arte de los cristales y a tener en cuenta el influjo de las estrellas. Aquella humanidad empezó a desarrollar su poder hasta que llegó el último gran cataclismo. Muchos fueron rescatados y llevados a otros mundos; otros decidieron quedarse para volver a empezar o para morir y reencarnar de nuevo. Klaus había recordado que, siendo Ayaaksas, sintió el profundo deseo de encarnar en la Tierra como ser humano para poder colaborar desde dentro con el gran plan, para ayudar a que la biología humana terrestre desarrollara todo su potencial experimentando en él mismo aquella alquimia evolutiva. Ya había estado encarnado en el planeta antes de aquello, pero fue en otro gran ciclo. Así fue como el alma que ocupaba el cuerpo de Ayaaksas decidió entrar en la rueda de encarnaciones de la Tierra de nuevo, sumergiéndose en la amnesia como cualquier mortal. Al despertar del coma, aquel niño pálido y temeroso podría haber creído que todo aquello había sido solo un sueño fruto de su imaginación, pero se dio cuenta

de que a veces los sueños se hacen realidad. No podía negar lo que ahora sabía y sentía o las evidencias físicas que sus poderes e inteligencia manifestaban. A partir de aquella experiencia, sus tejidos se regeneraban solos y no necesitó volver a comer nunca más. Algo de él había decidido ya convertirse de nuevo en aquel pleyadiano para siempre. Todas sus células se sentían parte de Ayaaksas de principio a fin; Klaus era solo la personalidad desde la que ahora se manifestaba, como lo sería más adelante el mismo Héctor Chong. No estaba loco. Era consciente de que en la actualidad muchas almas encarnadas en la Tierra eran hijos de las estrellas como él, aunque no lo recordaran. Podía reconocerlos allí a donde iba. Al verlos lo sabía y podía ayudarlos a recordar. Aquel era uno de sus cometidos: despertar conciencias.

Héctor Chong miró a través de la ventana. Le gustaba hacerlo. Para él todo era parte de su creación y se admiraba en ella desde cualquier aspecto de lo cotidiano. Detrás de su mirada siempre estaba Ayaaksas, materializando sueños dentro de otros sueños. Pensaba en todos aquellos hermanos pleyadianos dormidos, navegando atrapados dentro de aquel programa que formaba el juego mágico de la vida en la Tierra. El doctor Chong tenía la certeza de que Miguel era uno de ellos, al igual que Javier Pérez Barba. En el caso de Miguel, lo sabía desde hacía tiempo. En cambio, con el periodista conspiranóico ocurrió algo inesperado. Un día se presentó en su consulta aparentemente por casualidad. Allí introdujo en él la semilla del despertar. Pudo hacerlo fácilmente usando el poder de su pensamiento. Pese a su tosco aspecto, el alma de Javier era el de uno de aquellos pleyadianos que habían decidido encarnar para convertirse en el virus que derrocara el programa imperante en el planeta; un virus sin fines destructivos, pero con la firme misión de generar entre los humanos una masa crítica con una frecuencia de quinta dimensión que impulsara a la humanidad en su ascensión junto al planeta Tierra. En realidad, de lo que se trataba era de dirigirlos de nuevo al corazón, arrancarlos del programa y llevarlos al lugar desde el cual podían recordarse íntegros y puros. Esa era la verdadera misión de todo ser humano, fuera o no pleyadiano.

Al despertar del coma, el joven Klaus jamás volvió a ser el mismo. Al principio, Ayaaksas vivía en él, pero aún no era capaz de dejarlo salir completamente. Tras muchos meses de tortura física y psicológica, decidió dejar de ser Klaus definitivamente para convertirse en su maestro interno, en el recuerdo del que él era desde otros niveles de conciencia. Allí, en la celda de Tenerife, volvió a la vida de forma definitiva el pleyadiano Ayaaksas. Su poder y el de todas las memorias de sus anteriores vidas se manifestó en Klaus de forma absoluta. Podía saber qué pensaban sus carceleros y aprendió a hablar dentro de ellos. No iba a ser su soldado, y todo lo que trataban de hacerle era reabsorbido por él y transformado internamente en su propio aprendizaje. Cada vez era capaz de hacer más cosas con su mente; cada día que pasaba era más y más poderoso y ninguno de sus torturadores lo sabía. Ayaaksas tenía una misión, así que aquel niño mágico esperó con paciencia mientras su corazón generaba cuidadosamente las circunstancias adecuadas para salir de allí. Era consciente de que nada de lo que le sucedía era real, que nada importaba excepto lo que él respiraba dentro de sí, y allí solo valía el momento presente y lo que proyectara desde él.

—No hay pregunta que no lleve siempre una respuesta en sí misma —le dijo a Herr Engel cuando este le preguntó sobre sus poderes psíquicos mientras permanecía sentado a su lado dentro de aquella oscura celda de alta seguridad—. Usted ha venido a ayudarme. Ellos pretenden que me manipule con su mente, pero eso es imposible, ya lo sabe usted. Ellos creen que están a salvo si se mantienen fuera de mi alcance, pero si lo deseara los volvería locos. No me interesa. Sé que he creado a alguien como usted en este momento de mi vida para que mi misión pueda ser realizada. Seremos buenos amigos —dijo con serenidad pasmosa aquel niño torturado mirando a los ojos del hombre que aparentemente habían destinado para poder entrar dentro de él.

Aquel niño tenía razón: Herr Engel era distinto al resto. No estaba allí para hacerle daño sino para ayudarlo a escapar y convertirse en su aliado. Ayaaksas lo había decidido así insertándolo en el programa de su vida.

Capítulo 16

Sueño y realidad

Durante el desayuno, Alicia había pedido a Elena si era posible recibir una de sus sesiones, a pesar de que fuera domingo. Estaba dispuesta a pagar lo que fuera. Elena quería hacer algunas cosas por la mañana, así que la citó con gusto al mediodía, antes de comer. Miguel y Alicia dieron un paseo con los niños hasta que llegó la hora. Alicia entró con Pachamama Elena en su consulta mientras los hombres se quedaban jugando con los niños. Era todo un espectáculo ver a Juan Lobo convertirse en el niño que jamás pudo ser y perseguir junto a su hija y Álex mariposas, libélulas y todo tipo de insectos, o recoger piedras de diferentes texturas y colores. La perra Alma estaba suelta, disfrutando del día al igual que los gatos, las gallinas, los conejos y los pavos. Solo el cachorro estaba atado. Aquella mañana había estado a punto de matar a uno de los conejos. Juan lo persiguió con la vara amenazante y dando gritos, hasta que consiguió agarrarlo. La bronca había sido monumental. Juan había pegado con la vara a Gato. No eran golpes fuertes pero desde fuera impresionaba. Aquella

contundencia ponía nerviosa a Alicia, que se colapsaba ante la violencia que desprendían los gritos de aquel Juan enfadado y en estado semisalvaje. Había ido a increparlo para que dejara de pegar al perro. Aquello había producido momentos de tensión entre ambos. Más tarde reconoció ante los dos hombres, para quitar fuego al asunto, que estaba más sensible de lo normal aquellos días.

—Debe de estar a punto de venirme el período —dijo al oído de Miguel justificándose un poco.

Fue entonces cuando Juan se disculpó argumentando que no sabía cómo educar a aquel cachorro y que le salía la sombra de su padre sin darse cuenta. Juan era muy consciente, aunque para algunos pareciera un salvaje. Alicia lo abrazó comprensiva.

Alicia miraba a Elena con nerviosismo mientras esta preparaba la camilla. No sabía lo que podía esperarle en manos de aquella imponente mujer, aunque confiaba en ella, a pesar de conocerla poco. También confiaba en su instinto y en todo aquello que viniera de parte de Miguel. Pachamama Elena la tranquilizó ofreciéndole una infusión. Aquella mujer tenía un don. Sabía ver lo que ocurría dentro de la gente y era capaz de sacarlo fuera y de desprogramarlo a través de rituales, palabras y cantos si la circunstancia lo requería. Así había sanado a los enfermos que acudían a su consulta. A veces no podía hacer nada y así se lo transmitía al paciente o a los familiares del mismo con esa honestidad por la que también era conocida. Otras veces era capaz de obrar auténticos milagros a los ojos de los que se ponían en sus manos. Ella siempre decía lo mismo:

—No soy yo la que te cura; eres tú el que acepta el nuevo programa que yo te propongo.

Miguel había intentado varias veces que sus amigos Héctor Chong y Pachamama Elena se conocieran, pero no había habido manera.

—Cada persona tiene una misión en esta vida, y hay caminos que no deben cruzarse. Tu amigo es de las pocas per-

sonas a las que no soy capaz de ver por dentro —le dijo en una ocasión Pachamama Elena.

Alicia se sentó en la camilla y Elena se colocó junto a ella, la miró fijamente a los ojos y tomó suavemente su mano.

—No te voy a cobrar nada —le dijo entonces Elena—. Yo cobro siempre en función de quien tengo delante. Hay gente que me paga mucho dinero; otros, poco, dependiendo del caso y de lo que pueden aportar. Yo digo siempre que poder es querer, pero hay muchas personas que creen no poder, así que eso manifiestan y para mí es un acto de amor respetarlas. Amar es respetar y aceptar al que tienes delante, sin juicio, a pesar de que se dirija a la muerte. Ser el salvador de alguien es robarle su poder. Nadie está donde no desea, aunque no sea consciente de ello. Al fin y al cabo, la muerte es solo una ilusión más. En tu caso, siento que no te voy a cobrar porque hay algo que necesitas saber, y sé que tú y yo pactamos a otros niveles que yo sería la que te lo diría. En otra vida fuiste mi esclava. Yo era de una familia rica, hace siglos. Con esta sesión limpio también el mal que pudiera infringirte. Te agradezco la oportunidad de reparar lo que hice y de poder sanar así mis propias heridas.

Pachamama Elena se arrodilló ante Alicia e hizo un gesto de gratitud para honrarla. Alicia no sabía qué hacer hasta que Elena se levantó y le pidió que se tumbara en la camilla; luego la cubrió con una manta. A continuación, pidió permiso a sus protectores y esparció sobre Alicia hojas y plantas secas, pasando su mano por encima de ella y recorriendo cada rincón de su cuerpo. Luego la impregnó del humo que desprendía un trozo de palo santo que había encendido y empezó a tararear una bella melodía. Al terminar se quedó en silencio, respirando profundamente, e invitó a Alicia a hacer lo mismo.

—Respira suavemente: toma aire por la nariz, retenlo un par de segundos y suéltalo a continuación por la boca. Hazlo al menos tres veces y, cuando lo desees, cierra los ojos. Recuerda que solo existe este momento. La respiración te ayuda a estar en él y en ningún otro sitio más. Recuerda que en el presente es donde ocurre todo. Desde él puedes acceder a tu

multidimensionalidad. Alicia, eres la Totalidad experimentándote desde donde sientes, desde donde sabes todo lo que necesitas recordar —dijo la voz de Elena.

Alicia estaba con los ojos cerrados, cada vez más relajada, cuando aquella mujer empezó a entonar leves cantos en un idioma extraño y desconocido para ella. Pasados unos minutos, Elena dijo:

—Visualiza ahora cómo se abre tu corazón mientras sus latidos recuerdan a todas tus células que son luz, que son vida. Visualiza el corazón de la madre Tierra y el de tu padre el Sol latiendo al mismo tiempo que el tuyo. Imagina los tres latidos retumbando a la vez dentro de ti, convertidos en una sola música que tu espíritu danza. Tú eres el cielo y la Tierra. Tú has venido aquí y ahora a encarnar el universo que llevas dentro de ti. Abre tu corazón y recuerda, recuerda quién eres fuera de tu personaje y de tantos otros que has interpretado para llegar hasta aquí.

El tono de voz de Elena era profundo y contundente, e intercalaba una especie de cantos y rezos mientras hablaba. El olor del palo santo lo impregnaba todo. Alicia permanecía tumbada boca arriba con los ojos cerrados, mientras la envolvía una leve sensación de estar medio dormida y medio despierta, viajando mientras su cuerpo era anclado a la Tierra por aquella bruja de corazón puro. Alicia dejaba que las imágenes aparecieran en su mente mientras aquella mujer la llevaba de paseo en un viaje hacia sí misma, hasta que sintió que estaba en un estado acrecentado de conciencia. No había hecho falta tomar nada. Aquella mujer hizo algo con su voz, con las palabras, con los olores y con su presencia. Entonces Elena susurró a su oído:

—Ahora, niña, vas a ver lo que te preocupa, vas a recordar lo que necesitas saber, pero antes verás quién eres realmente lejos de cualquier disfraz.

En ese mismo instante, Alicia sintió que flotaba dentro de un sueño, sin dejar de ser consciente de que estaba allí tumbada, con los ojos cerrados y bajo el amparo de Pachamama

Elena. Empezó a sentir un amor inmenso. La emoción era tan grande que empezó a llorar como una niña. Pachamama Elena cantaba mientras le recordaba que no abriera los ojos hasta que ella se lo dijera. Alicia no tenía ninguna intención de hacerlo. Estaba sintiendo algo muy bello, algo que desde siempre había vivido dentro de ella. Experimentaba la belleza de su ser, de su luz, de su amor.

—Esto es lo que de verdad eres, mi niña —dijo Elena a su oído—. Recuérdalo —añadió seguidamente.

Dejó que Alicia disfrutara unos minutos de aquel estado de plenitud, de infinitud y de paz. Entonces dijo:

—En este estado estás tan bien que no saldrías jamás de aquí, pero estamos haciendo esto para desvelar algo que te inquieta. Es hora de que vayas a lo que te preocupa. Mira delante de ti y pide que se manifieste ahora el fragmento de tu existencia que tanto te marcó.

Al decir aquello, Alicia reprodujo en sus visiones, como si de una película se tratara, el sueño que Álex había dibujado, aquel sueño que la acompañaba desde niña y que aquellos últimos días se había intensificado. Ella era María Magdalena, la esposa de Jesús. En aquel sueño ella se despedía de su amado mientras la madre del maestro esperaba junto a Tomás, y el apóstol Santiago los observaba en silencio. Aquello no podía ser solo un sueño. Recogida, sobre la camilla, confiando en la seguridad que le ofrecía la presencia de Pachamama Elena, Alicia se sentía más vulnerable que nunca, llorando de verdad, sintiendo en sus carnes el dolor de la despedida como si se tratara de un recuerdo real. Incluso conocía todo lo que ocurría en aquella escena, lo que habían vivido sus personajes, lo que habían compartido. Alicia se llevó la mano a su vientre recordando de golpe el embarazo y el parto del hijo que tuvo con Jesús en aquella vida. En el sueño, el chico estaba junto a ella. Tras la despedida y con el centurión romano al frente, la expedición partió alejándose de Jesús, salvo en el caso de Santiago, que dio marcha atrás para despedirse de nuevo de su maestro y hermano. Todo lo que sentía Alicia en su vientre mientras se alejaba en la carreta no parecía tener mucha re-

lación dentro de aquel extraño sueño, pero parecía afectarle mucho, como si el recuerdo de aquella gestación sagrada estuviera ocultando algo que despertaba ahora su propia memoria celular. Elena le cogió la mano y le dijo:

—Esta mano refleja tu temor. Aquí hay algo que retiene. Te dedicas a los niños pero no has querido nunca tener uno. Crees que lo deseas pero no has generado jamás la circunstancia. Debes hacerte soberana de todo lo que manifiestas, a pesar de que lo hagas desde el inconsciente. No tienes hijos, ¿sabes por qué? —Y tras un silencio en el que Alicia arrancó a llorar con mayor intensidad, Elena dijo—: Tú ya abrazaste la importancia de lo masculino y lo femenino en la creación y el desarrollo de una vida. No deseas crear si no es desde este estado que tu ser esencial tan bien conoce, desde el compartir el amor consciente que pueden generar un hombre y una mujer. Eso es ciertamente así. Lo que te ocurre es que temes que ningún hombre esté a la altura y, si lo estuviera, tienes miedo de que elija un día alejarse de ti en lugar de construir a tu lado, como ya ocurrió entonces. Por encima de la pérdida, temes amar con todo tu ser a alguien real, porque el amor se manifiesta desde lo incontrolable y amar de forma física te hizo mucho daño. Te es más sencillo amar un ideal que jamás se encarnará. Te sientes protegida desde allí. Por eso eres la madre de muchos niños pero nunca del tuyo propio. Escucha esto que te diré: no es el amor lo que duele sino cómo lo interpretamos. El amor es bello, es puro, es la razón por la que estamos vivos, y podemos crear universos enteros con solo desearlo. Yo te libero de todo este miedo. Yo ordeno que tomes ahora el poder de la diosa que siempre vivió en ti. Abrázalo, niña, y manifiéstalo siendo una mujer. Ya estás traspasando hace tiempo la barrera del miedo o no habrías atraído a Miguel a tu vida.

Alicia vio entonces delante de ella y con los ojos todavía cerrados una sucesión de imágenes donde aparecían escenas pertenecientes a distintas etapas de aquella vida en Galilea. Vio a Jesús y a Santiago cuando jugaban con ella siendo muy niños; pudo recordar también la alegría de los dos hermanos cuando se reencontraron al volver Jesús de su larga estancia

en la India ya en la vida adulta; se vio después en el día de su boda en Caná; también pudo recordar el momento en el que abrazó por primera vez a su hijo tras el parto o las numerosas discusiones con los familiares y discípulos de Jesús porque ella era la preferida del maestro. Solo unos pocos comprendían lo que Jesús estaba haciendo realmente. Entre ellos estaban Judas Iscariote, el centurión Longinus y el hermano de Jesús, Santiago, además de ella y de algunos de los esenios que tanto los ayudaron. Todos aquellos rostros habían sido parte de su vida cotidiana de aquel entonces; figuras muy próximas a ella que su corazón reconocía como si no hubiera transcurrido el tiempo. Al fin, se vio de nuevo el día de la despedida junto al mar de Tiberíades. Estaba sentada en la carreta al lado de su hijo mientras la carreta dirigida por Longinus se alejaba. Pudo ver entonces a lo lejos la silueta de Jesús y la de Santiago fundiéndose en un abrazo. Estaba triste y emocionada. Al menos Santiago cabalgaría junto a ella escoltándola gran parte del camino. Era como un hermano. Se sentía segura y tranquila con su presencia. Al fin y al cabo, Longinus era casi un desconocido para ella. Cuando Santiago los alcanzó, miró a María de Magdala y al niño con una especial ternura. El hermano de Jesús era el más bello de los esenios y también el mejor amigo que ella había encontrado en aquella vida. Elena sacó a Alicia del trance cuando esta dejó de llorar. Alicia se incorporó, bajó de la camilla y aquella curandera la abrazó como a una hija. Ella se dejó mecer como si fuera una niña. Así se sentía, vulnerable, a flor de piel. Cuando fue recobrando su estado, Elena la escudriñó de nuevo con su mirada penetrante y le dijo:

—Ahora necesito retirarme. Te aconsejo que pasees un poco por el jardín a solas y trates de sentir desde donde ahora te encuentras. Ve a la fuente que hay junto a la entrada del bosque. Luego puedes compartir lo que desees con Miguel. No sé lo que has visto, pero Miguel estaba presente en tus visiones. Sentí su presencia en ellas. Es una pieza fundamental en lo que acaba de ocurrir. ¿Viste a Miguel en el sueño?

—Tal vez, no sé —dijo confundida. Alicia no sabía qué responder.

—Bien, ya sabrás —añadió Elena—. También hay algo que siento que he de decirte: has encontrado a Miguel, pero esta vez no tendréis que deciros adiós. En esta vida, no.

Alicia agradeció a Elena todo aquello y salió por la puerta de atrás. Deseaba estar sola haciendo caso a lo que Elena le había sugerido. Cruzó los jardines de la casa, se adentró en el bosque y llegó hasta la fuente. No podía dejar de pensar en todo aquello. Elena no podía saberlo, no era posible que conociera su sueño. Aquello era entonces un recuerdo real. En él ella era María Magdalena; le decía adiós a Jesús y se marchaba con el hijo de ambos, escoltada por uno de los hermanos de Jesús, Santiago, y Longinus, el centurión romano que los ayudó en la cruz. Era muy grande todo aquello y, a pesar de ser fascinante, le producía una gran tristeza. Había sentido aquella escena como si fuera tan real como cualquier episodio de su propia vida. No había creído nunca en la reencarnación, aunque en los últimos tiempos empezó a aceptar la posibilidad de que esta fuera la forma más lógica para el alma de abrazar la experiencia de la vida; la mejor manera que teníamos para conocernos desde diferentes facetas del ser, utilizando nuestros propios cuerpos como vehículos, hasta que ya no necesitáramos o ya no eligiéramos venir más. Así experimentábamos cualquier personaje, cualquier vivencia, amparados siempre por las emociones que nos permitían sentir la vida más allá de los universos mentales. Así pasábamos de cuerpo a cuerpo, creciendo, aprendiendo, abrazando la vida desde todos los ángulos y posibilidades. Alicia había leído una vez en un libro de autoayuda que Dios experimentaba su propia creación sumergiéndose en ella y desdoblándose en todas las posibilidades imaginables. Allí decía que cada uno de nosotros somos una de esas posibilidades únicas e irrepetibles, un estado de conciencia de Dios viajando y recogiendo experiencia para la unidad del ser. Decía que todos somos espejos de ese Dios, de esa energía que todo lo abarca. A Alicia le gustaba pensar que aquello era así. Sentía que la espiritualidad no necesitaba guía de instrucciones ni una institución que dirigiera el camino de nadie. Bastaba con tener un estado de escucha interna donde no son necesarios intermediarios entre lo divino

y el ser humano. Eso era lo que en realidad predicaba Jesús. Ahora era cuando más necesitaba recordar todo aquello. Sentía vértigo, miedo a volverse loca, a volar demasiado alto. A través de la respiración fue sintiendo su cuerpo y cómo la naturaleza la ayudaba a estar en ella. Ya no era una niña atrapada en un programa de sufrimiento y dificultad, ni en satisfacer las proyecciones y frustraciones de su padre o de sus conocidos. Con el paso de los años había aprendido a amarse y respetarse, a poner límites a pesar de que ser ella misma pudiera no ser del agrado de todo el mundo. Habló con su difunta madre allí, en medio del bosque. Le dijo lo mucho que la echaba de menos. Volvió a nacer de ella el llanto mientras sentía cómo la caricia de sus lágrimas la sanaban. Abrazó entonces de nuevo a esa niña que un día fue y le dijo que ella era la mujer, la diosa que la cuidaba para que ahora todo fuera sencillo y fácil, desde el amor. Alicia secó sus lágrimas y se refrescó la cara con el agua de la fuente. Se sentía mejor. No iba a cerrar más el corazón para evitar el sufrimiento. Sabía que si lo hacía se perdería entonces la posibilidad de experimentar el amor que la invadía. No quería huir de sí misma. No quería vivir de espaldas a la vida nunca más. Ahora estaba segura de haber vivido muchas vidas en las que había sido un montón de personajes. En esta vida interpretaba a Alicia, nada más. Ella era mucho más que un cuerpo, que una mente o que un cúmulo de emociones. Era el infinito manifestándose en la singularidad de forma única y perfecta. Mientras volvía a la casa, una pregunta asaltó su mente. «¿Por qué aquel momento específico de una de sus miles de vidas la perseguía en forma de sueño desde que era niña? ¿Por qué precisamente aquella y no alguna otra? ¿Qué trataba de contarle aquello de ella misma?». La respuesta era evidente y se la había dado Pachamama Elena al referenciarse a Miguel, cuando lo relacionó directamente con aquel recuerdo y la emoción de una dolorosa despedida. Tenía que ser eso lo que ocurría. Al fin y al cabo, aquel sueño había crecido en intensidad desde que conoció a Miguel. Su intuición no estaba equivocada, y aquel pintor del que estaba enamorada había sido su marido y el padre de su hijo en aquel tiempo. Aquel hombre maravilloso

al que parecía conocer desde siempre había sido Jesús en aquella vida. Si realmente aquello era cierto y habían sido Jesús y María Magdalena, y encima habían tenido un hijo juntos, era evidente que aquella no había sido una vida cualquiera. Pero Alicia se consideraba una mujer normal. No era excesivamente espiritual, al menos no de la forma en la que se solía entender la espiritualidad. Se sentía especial, eso sí, pero quién no. Su carácter alegre no parecía suficiente para justificar haber sido alguien tan importante a nivel espiritual. Entonces algo invadió su serenidad, como si una descarga eléctrica la hiciera temblar de golpe. Pensó, abrumada, que si aquella historia era real, atentaba contra todo lo que la religión contaba: Jesús con una mujer y un hijo tras salir airoso de la crucifixión, sin resurrección ni ascensión... No sabía si era más increíble todo aquello o lo que su padre decía acerca del fraude del mito de Jesús. Tal vez sí lo era, pero no porque no hubiera existido Jesús. Quizá Miguel tenía la otra parte del mapa. Elena había insistido en que compartiera aquello con él. No sabría por dónde empezar. Temía que la tomara por loca. Alicia se descalzó y, tras frotarse la cara un par de veces, empezó a caminar sobre la hierba. Tal vez ahora se encontraba en un sueño también. «¿Cómo distinguir entre sueño y realidad?», pensó.

Miguel la vio a lo lejos y decidió ir a buscarla. Elena lo frenó poniendo su mano sobre el hombro.

—Necesita estar sola. Ya volverá —dijo aquella mujer con el poder de una diosa—. Hay cosas que debéis hablar; ella te contará —añadió. Miguel bajó la cabeza temiendo una mala noticia hasta que la misma Elena lo tranquilizó—: Todo está bien, no te preocupes. No os habéis encontrado ahora para deciros adiós. Eso ya ocurrió hace mucho tiempo, en otra vida, en otro tiempo.

Aquellas palabras tranquilizaron a Miguel, aunque lo dejaron intrigado. ¿A qué se refería exactamente? ¿Qué había sucedido durante aquella sesión? Miguel esperó paciente, jugando con los niños. Todavía no había hablado con Pachamama de lo que le inquietaba. Ella tampoco le había dicho nada

al respecto, como hacía habitualmente cada vez que Miguel los visitaba. Tenía la costumbre, nada más verlo, de mirarlo a los ojos y decirle lo que veía en ellos. Aquella vez no había ocurrido nada parecido y a Miguel le inquietaba un poco.

Pasado un rato, Alicia volvió definitivamente a la casa. Fue directa a Miguel y le dio un abrazo mientras le pedía perdón por haber salido sola sin decirle nada después de la sesión. Miguel lo comprendía y la tranquilizó. Sabía lo que era ponerse en manos de Pachamama Elena mejor que nadie. Aquel hombre respiró la fragancia que desprendían sus cabellos al viento. Era un regalo tenerla entre sus brazos. De repente Alicia se puso a llorar.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Miguel.

—Estoy emocionada porque al fin te he encontrado. Después de tanto tiempo volvemos a estar juntos. —respondió Alicia mientras secaba sus lágrimas.

Miguel estaba algo desorientado. Preguntó a Elena si podía ocuparse de Álex un rato y propuso a Alicia ir más allá de la cabaña para sentarse bajo el inmenso árbol que había justo antes de la vía romana que llevaba a las pozas. Durante aquel breve paseo hablaron sobre las almas gemelas. Miguel le contó a Alicia que Elena decía que todos somos en esencia almas gemelas, pero que hay algunas almas que ya se han encontrado muchas veces y tienen una especial afinidad. Pueden reencontrarse como hermanos, amigos, padre e hijo..., pero si lo hacen como pareja, el camino que se abre ante ellos es muy especial porque pueden aprender muy deprisa desde lo que se genera en estos casos. A eso es a lo que llamamos habitualmente ser almas gemelas. Hablaron entonces de lo que era una pareja de conciencia. Los dos lo tenían bastante claro. Una pareja ideal no era aquella pareja que siempre está bien, que nunca tenía divergencias. Por el contrario, para ellos una pareja evolutiva era la que se complementaba y ayudaba en el crecimiento personal; una pareja que mira en la misma dirección y es capaz de traspasar cualquier reto unida y sin dejar de apoyarse y ayudarse, provocando el crecimiento mutuo. Hablaron largo y tendido de muchas cosas, pero Alicia no

sabía cómo abordar el tema que de verdad le interesaba. Al final, fue Miguel el que la ayudó.

—Elena me dijo que teníamos que hablar de algo relacionado con vuestra sesión. ¿Qué ha pasado? —preguntó Miguel.

Alicia no era de andarse con rodeos, así que agradeciendo la ayuda se lanzó al ruedo:

—Miguel, desde niña tengo un sueño que se ha ido repitiendo de vez en cuando a lo largo de mi vida. Hacía años que no lo recordaba hasta que apareciste tú. Desde entonces lo he tenido casi cada noche, como si ante tu presencia mis recuerdos más cerrados se abrieran derrumbando las paredes de la amnesia. ¿Recuerdas el dibujo que hizo tu sobrino en la tetería? Álex dibujó exactamente la misma escena que revivo cuando duermo. Hoy al llegar fue Lucía la que me llamó por el mismo nombre que tengo en mi sueño. No puede ser casualidad. Siempre creí que eran fantasías mías, pero esta tarde con Elena se hizo la luz. ¿Sabes? Yo nunca me tomé muy en serio eso de la reencarnación. Estoy cansada de encontrarme chalados que afirman haber sido Cleopatra o Julio César en otras vidas en lugar de gente del montón. Es algo que siempre me generó desconfianza. Ahora lo veo todo desde otro ángulo y me da miedo expresar lo que sé, lo que siento, lo que recuerdo de nosotros a través de este sueño. Es demasiado grande para abarcarlo sin estremecerse un poco.

—¿Y cuál es ese sueño? —preguntó Miguel, intrigado y fascinado por todo lo que estaba escuchando.

Alicia le contó con todo lujo de detalles aquella escena que Miguel tan bien conocía. Incluso le mostró el dibujo de Álex. Mientras ella describía paso a paso lo que sucedía en su sueño, Miguel escuchaba sin que su rostro pudiera disimular su enorme sorpresa. Hubo un momento en el que incluso empezó a tener la sensación de perder la realidad de vista al ver cómo todo se tornaba borroso. Respiró unos segundos para volver a su centro y trató de sintonizarse con aquella mujer que se atrevía a abrir su corazón ante él. El sueño de Alicia era su propio sueño y la escena de la que le hablaba era

exactamente la misma que él también soñaba de forma periódica. Cuando se atrevió a compartirlo con Alicia, esta tomó el hecho como una prueba definitiva de que ellos habían sido en otra vida María Magdalena y Jesús, pero Miguel se negaba a aceptar aquello. Tal vez ella se sentía como María en aquel sueño, pero él era simplemente un observador. Le costaba admitir tan siquiera la posibilidad. Ser María Magdalena tenía un pase, pero ser Jesús era demasiado para un hombre común, con sus virtudes y carencias. Al fin, Alicia tomó las dos manos de Miguel, lo miró a los ojos y le dijo:

—Mírame. Tal vez tú puedas recordar algo más del sueño; nuestro sueño. Quizá después de nuestra despedida junto al mar de Tiberíades ves algo más que confirma lo que ambos hemos vivido, aunque sea en sueños. No puede ser casualidad que Elena me dijera que tú estabas implicado directamente en mi sueño sin saber que en él yo estoy junto a Jesús. También añadió que nuestro encuentro en esta vida tenía que ver con haber sufrido una despedida de la que aún sentimos las heridas, como ocurre en el sueño. Todo cuadra, Miguel, nos hemos encontrado de nuevo. ¿No confías en Pachamama Elena?

Miguel la miró y sintió el gran amor que existía entre ambos. Tal vez ella estaba en lo cierto. Se le ocurrió que tal vez podría ir a ver a su amigo el doctor Chong y hacerse una regresión. Se lo hubiera pedido a Elena, pero recordaba que una vez ella misma le había dicho que con él no le permitían hacer esas cosas. En cambio, su amigo Héctor se dedicaba a ello y hacía tiempo que trataba de convencerlo para navegar entre vidas. Aunque Miguel nunca estuvo interesado en remover su pasado más de la cuenta, ahora tenía una poderosa razón para hacerlo. Le pidió a Alicia un poco de tiempo para digerir todo aquello. Si de verdad había sido Jesucristo, desde luego necesitaba asimilarlo y saber más del verdadero Jesús que moró por la Tierra, un Jesús que tuvo un hijo con la que fuera su compañera, María Magdalena. Tal vez aquel Jesús fuera más humano que divino, un iniciado cuyo mensaje y vida espiritual no estaban reñidos con la cotidianidad de su vida.

Miguel y Alicia permanecieron abrazados un buen rato, en

silencio, dejando que hablaran sus corazones. Era tarde y Miguel propuso salir antes de que anocheciera. Detestaba conducir de noche, y la madre de Álex lo estaría esperando para darle la cena y acostarlo temprano. Se despidieron de Elena, Juan, Lucía y de los animales, especialmente de Gato, el cachorro. Mientras lo hacían y bajo la atenta mirada de Juan, Alicia dijo al perro en voz alta y clara:

—Bueno, Gato, hasta la próxima. Espero que tu amo entienda que a ti ya no te interesa la vieja energía. Tú no deseas aprender a base de palos e imposiciones. Prefieres el amor y el cariño. Por eso haces caso a Lucía en todo.

Alicia guiñó un ojo mirando a la niña, mientras Juan refunfuñaba como si aquello no fuera con él:

—Sí, sí, lo que digáis, pero este perro es un inútil. Por eso le habéis puesto nombre de gato, lo que yo digo.

Lucía lo sacó de su enfado contenido diciendo:

—Papá, Alicia tiene razón, a ver si te enteras de una vez.

Aquello arrancó las risas de los presentes, incluida la de Juan Lobo, que al fin y al cabo era un trozo de pan. Antes de subir al coche, Elena se acercó a Miguel y, apartándolo del resto, le dijo algo inquietante:

—Mira, Miguel, algo se ciñe sobre ti. No sé si es bueno o malo para ti, pero es tan grande que apenas lo puedo imaginar. Me di cuenta cuando llegaste pero no quería asustarte y pensé que podría desgranar algo más al respecto durante vuestra estancia. Es la tercera vez en mi vida que soy incapaz de ver dentro de alguien. La primera fue cuando me hablaste de tu amigo el doctor Chong y la segunda, el día que traté de ver al misterioso mecenas de tu encargo, Herr Engel. Algo te está transformando y no sé ver qué es. Te has vuelto invisible para mi poder. No sé si está relacionado con ellos dos, pero deberías preguntarte si lo que germina ahora en ti lo estás eligiendo tú realmente. Siento que existe una fuerza capaz de manipularlo todo hasta extremos inimaginables, algo que escapa a mi comprensión.

Miguel se quedó impresionado ante aquellas misteriosas palabras. Apenas pudo decir nada. Se había planteado contarle su sueño a Elena, pero no lo creyó oportuno. Ahora tenía una razón más para recurrir a su amigo el doctor Chong y preguntarle sobre todo lo que le estaba ocurriendo. Elena lo quería como a un hermano y aquello que le había dicho lo inquietaba demasiado. Durante el viaje de vuelta a Barcelona trató de disimular su preocupación pero no pudo evitar hablar menos de lo habitual. Todo aquello lo sobrepasaba. Lo que le había comentado Elena se sumaba a su sensación cada vez más creciente de que algo en su percepción estaba cambiando. Sentía la vida más a flor de piel, captaba mejor el instante presente, su corazón parecía haber despertado de un largo letargo y aquellas visiones de los mundos fantásticos que estaba pintando empezaban a ser cada vez más reales para él. No tenía sentido preocuparse. Aquello no parecía nada malo. Solo por un momento, se planteó incluso la posibilidad de que aquel sueño que compartía con Alicia fuera real y que en otra vida hubiera sido Jesús. Aquello era una locura. Decidió definitivamente no esperar para pedir hora al doctor Chong. Quería averiguar más sobre lo que le estaba ocurriendo y de paso preguntaría directamente a Héctor si él tenía algo que ver con todo aquello.

Cuando llegaron a Barcelona, Miguel dejó al niño con su madre y llevó luego a Alicia a su casa. Al llegar no había lugar para aparcar, por lo que paró un momento en el chaflán y bajó del coche para despedirse de ella. Cuando estuvieron uno frente al otro, se quedaron quietos, serenos, mirándose a los ojos sin poder despegar la mirada el uno del otro. Fue entonces cuando Miguel no pudo evitar besarla. Aquel beso desató el deseo contenido de Alicia, así que le propuso que aparcara el coche correctamente y subiera con ella a su apartamento. Miguel aceptó sin pensarlo dos veces. Fueran o no Jesucristo y María Magdalena, aquella historia los había acercado aún más. Mientras Miguel daba vueltas a la manzana buscando un aparcamiento, Alicia subió a la casa a ordenar un poco la sala de estar y a preparar algo de beber mientras recordaba aquel primer beso como si hubiera vuelto a tener quince años.

—Has estado muy callado durante el viaje. Temí lo peor, pero veo que reservabas tu energía para darme el beso más valioso de mi vida. Vivo en el segundo tercera. Llama al timbre y te abro. Ya ves, al final no hemos usado aquella bella cabaña de la Garrocha y acabaremos haciendo el amor en mi diminuto apartamento —dijo sin miedo alguno.

Miguel sonrió mientras Alicia buscaba las llaves y cruzaba el portal. Arrancó el coche de nuevo y se miraron de nuevo a través del cristal.

Pasados unos minutos, logró encontrar un sitio aprovechando que alguien salía con su coche. Antes de subir y, aprovechando que por una vez llevaba encima su teléfono móvil, decidió llamar al doctor Chong. Héctor acostumbraba a contestar siempre al teléfono cuando se trataba de Miguel, salvo que estuviera en algún asunto importante.

—Hola, Héctor. Mira, perdona que te llame un domingo a estas horas, pero necesito que me hagas una regresión cuanto antes. Hay un asunto que me inquieta y necesito desvelarlo sea como sea —dijo Miguel con total sinceridad.

Héctor preguntó si era algo referente a las imágenes que estaba pintando. Miguel le sacó de dudas.

—No, no, esa es otra cosa. Se trata de algo más serio, ya te contaré. De todas formas, también deseaba hablarte de Herr Engel. Algo extraño me ocurrió en nuestra cita. No se presentó y me quedé dormido, pero tuve un sueño de lo más inquietante.

—Sí. Me llamó disculpándose pero no te avisé porque sé que normalmente no llevas encima el móvil. Tuvo que atender unos asuntos privados de forma urgente —respondió Héctor.

La agenda del doctor parecía estar tan llena que lo citó a la hora de comer.

—¿Pero cuando comerás entonces? —dijo Miguel, preocupado. No deseaba que su amigo se quedara sin comer por su culpa, a pesar de no haberlo visto ingerir alimento alguno desde que lo conocía.

—No te preocupes. Yo tomo algo rápido antes de que llegues. Por lo que cuentas, parece urgente —dijo Héctor.

—En realidad es algo que me preocupa, aunque reconozco que hay otras cosas extrañas en mi vida que empiezan a inquietarme aún más. Parece que desde que acepté el encargo de Herr Engel algo está sucediendo dentro de mí, algo que no soy capaz de identificar aún —puntualizó Miguel mientras cruzaba la portería y empezaba a subir las escaleras.

—Bueno, no te preocupes por lo de mi comida. Yo te espero al mediodía y vemos que podemos hacer, ¿vale? —señaló Héctor.

—Pues muchas gracias. Oye, por cierto, ¿estuviste en Berlín la semana pasada? Me pareció verte.

Héctor Chong sabía que se acercaba el momento de abrir los ojos de Miguel. Aquella era una labor de años de sutilezas, pero nada debía precipitarse más de la cuenta.

«Cada cosa a su tiempo», pensó al otro lado del teléfono. Héctor le dijo que no se había movido de Barcelona y se despidió de forma amable. Miguel guardó su móvil y llamó al timbre del piso de Alicia. De repente se dio cuenta de que su humor había cambiado. Hablar con su amigo Héctor lo había tranquilizado de forma asombrosa.

—¡La puerta está abierta! —dijo Alicia desde el interior.

Había dejado la puerta entornada. Cuando cruzó el umbral le pareció entrar en el universo de un hada. La casa estaba llena de cuarzos y mandalas.

—Deja tu chaqueta donde puedas. Podemos tomar un poco de vino. Tengo uno ecológico como el del otro día. ¿Hacemos tostadas de pan integral con queso de cabra? Yo no tengo mucha hambre —dijo Alicia mientras ponía la mesa.

—Vaya, vaya, qué nido más acogedor. Veo que tienes una Flor de la Vida —destacó Miguel señalando un cuadro que presidía el salón comedor.

—Sí, adoro este símbolo. Me encanta la geometría sagrada. Creo mucho en ella. Como ves, el piso es pequeño, sobre

todo si lo comparamos con tu palacio —dijo Alicia mientras servía el vino en dos copas—. Para mí sola es ideal y muy rápido de limpiar, además de ser muy céntrico. ¿Cómo limpias tú los cuatrocientos metros cuadrados de tu taller-vivienda, chico? —añadió mientras ponía los platos y los cubiertos.

—Una mujer viene dos veces por semana. ¿Voy tostando el pan? —preguntó Miguel.

—Claro, la tostadora está junto a la nevera. Vaya, no hay cosa más maravillosa que no tener que limpiar nunca más en la vida. Solo por eso, te compro para siempre —respondió Alicia señalando en dirección a la puerta de la diminuta cocina que había junto al comedor. Miguel reía. Alicia tenía mucha gracia moviéndose y expresándose—. Si quieres, en la nevera está el queso, y hay tomates para untar —continuó diciendo la anfitriona, que ya había podido comprobar en la Garrocha lo que le gustaba a Miguel el pan con tomate, aceite y sal.

Comieron, bebieron y charlaron hasta las doce. Evitaron hablar sobre el sueño que ambos compartían desde niños, para que cada uno pudiera asimilar tranquilamente su parte. Ya había sido bastante por aquel día, y tenían necesidad de compartirse de una forma mucho más cotidiana. Alicia le propuso que se fueran a la cama. Primero se duchó ella y luego entró él en el baño. La primera vez les apetecía cuidar mucho los detalles. Estaban nerviosos hasta que Miguel propuso no marcar objetivos ni fabricar expectativas. Lo que iban a hacer era compartirse y estaría bien desde donde fuera. Aquello relajó el ambiente. Se metieron en la cama y empezaron a besarse hasta que un sinfín de caricias y sutilezas los llevó a hacer el amor. Aquella noche no soñaron nada, o al menos no fueron conscientes de ello. Durmieron profundamente, abrazados, toda la noche. Por la mañana Miguel la acompañó hasta la escuela y fue después a su casa a pintar un poco. Ya era muy tarde para el *sungazing* pero estaba feliz. También Alicia llevaba puesta una radiante sonrisa aquella mañana mientras daba la bienvenida a los niños. Sin duda, aquel era el comienzo de algo realmente importante para ambos.

Capítulo 17

La activación del ADN

Javier Pérez Barba había estado vigilando aquel callejón desde la ventana de su salón. Escondido tras las cortinas y sentado en su vieja butaca, había hecho guardia casi toda la noche, observando el Mercedes negro que se amparaba en la penumbra de la noche. Obsesionado con sus perseguidores, apenas había dormido un par de horas. Por la mañana ya no había rastro del coche. Durante todas aquellas horas de vigilia había reflexionado mucho. Ahora estaba seguro de que los que lo vigilaban no tenían orden de acabar con su vida, al menos de momento. Si fuera así era evidente que ya estaría muerto. Decidió salir a la calle para comprar el periódico y se encontró en el rellano a la nueva vecina. Su apartamento estaba justo al lado del suyo, pero apenas habían cruzado algún saludo cuando se habían encontrado. Hacía semanas que se había mudado y era muy exuberante. No era el tipo de mujer que Javier deseaba para sí. A él le atraían mujeres inteligentes y aquella chica era un simple figurín y vestía muy extremada.

«Seguramente tiene poco seso, pero hay que reconocer que está muy pero que muy buena la tía», reflexionó mientras la miraba de reojo. Ella hablaba por el móvil. Parecía disgustada con alguien. Al final gritó con un marcado acento andaluz:

—¡Déjame en paz, pesado! ¡No me llames nunca más, o llamaré a la policía y te pondré una denuncia por acoso que vas a flipar! —Colgó el teléfono muy enfadada mientras decía—: Cerdo desgraciado y mentiroso.

Entonces se saludaron y ella cambió la cara dibujando una leve sonrisa. Javier nunca la había oído hablar más de dos palabras. Aquel acento andaluz lo había embriagado. Tenía que reconocer que siempre se había sentido fascinado por la clásica mujer del sur, con carácter. Gratamente sorprendido, le dijo:

—Disculpe, nunca nos hemos presentado a pesar de que nos hemos cruzado ya varias veces. Yo soy Javier y puede llamar a mi timbre para lo que necesite, un poco de sal, aceite, lo que sea. Por cierto, es usted andaluza, ¿verdad?

Aquella bella joven sonrió mientras una parte de sus protuberantes pechos asomaba por aquel pronunciado escote:

—Sí, soy de Sevilla. Vine a Barcelona a trabajar hace un par de años. Cometí el error de enamorarme de un viejo que resultaba estar casado, el muy canalla. Ahora que hemos roto me entero de que el piso que me compró estaba a nombre de su mujer. Tiene hijos y todo, y yo sin saber nada. Por eso no aparecía nunca por casa. El verano pasado me prometió que dejaría a esa bruja que casi me arranca los pelos el día que se presentó en mi trabajo llamándome puta. Envidia es lo que tenía. Al final me cansé de todo ese rollo y alquilé este apartamento, pero el tío no para de llamarme y presentarse en el local donde bailo. Soy gogó, ¿sabes? Un día deberías verme bailar. —Javier estaba impresionado. Aquella muchacha de más de metro setenta y cinco era de armas tomar—. No sé cómo lo he aguantado tanto tiempo con la cantidad de chicos jóvenes y guapos que darían lo que fuera por hacerme feliz —añadió guiñando el ojo a Javier—. Bueno, tengo que entrar.

Espero una llamada de trabajo. Ya nos iremos viendo, corazón. Encantada de conocerte.

Y trató de abrir la puerta de su casa mientras sujetaba una barra de pan y el móvil en una de sus manos y un par de bolsas de la compra en la otra. Javier la ayudó enseguida.

—Permítame las bolsas, por favor —dijo comportándose como un caballero.

—Muchas gracias. Usted sí que es un *gentleman*. ¿A qué se dedica? —preguntó con cierta picardía.

Javier pasó la mano por su cabeza y respondió:

—Soy periodista e informático, señorita, y háblame de tú, por favor.

Aquello de señorita pareció gustarle y, sonriendo, dijo:

—Vaya, eres un chico interesante, Javier. Seguro que nos hacemos buenos amigos. Me siento muy sola algunas veces y me encanta conversar. Pareces listo, como esos intelectuales que se pasan el día pensando. Mi nombre es Azucena.

Cogió sus bolsas y entró en el apartamento sin dejar de mostrar su bella sonrisa.

—Mucho gusto, Azucena —dijo Javier mientras ella cerraba la puerta.

Estaba fascinado. Aquella mujer era hermosa y le gustaban los hombres como él, dijo para sí. Al salir a la calle se topó con un hombre que parecía buscar a alguien, pues estaba leyendo una a una todas las placas de los diferentes buzones. Javier se acercó a él para ofrecerle su ayuda.

—¿Puedo ayudarlo en algo, caballero? —dijo Javier aprovechando el buen humor que la presencia de Azucena le había contagiado.

—No, digo, sí, claro, busco a la señorita Azucena Fuentes, pero no encuentro su placa por ninguna parte. Pasé hace unos días por aquí y, como no tengo su teléfono y sé que vive en el tercero, golpeé la puerta para ver si acertaba, pero puede que me equivocara o que no estuviera, porque al final lla-

mé a todas las puertas del rellano y no conseguí encontrarla. Traía un sobre muy especial para Azucena. Al final tuve que dejarlo en el buzón, pero por el mensaje que ha dejado en mi móvil creo que me equivoqué. Como hay algunas placas sin nombre...

A Javier se le puso la tez blanca de golpe.

—Dígame —dijo en seguida—. ¿En qué buzón echó usted el sobre?

Aquel hombre señaló precisamente el suyo, uno de los que no llevaba nombre. Javier lo tenía todo domiciliado por Internet. No usaba el buzón más que para vaciarlo de publicidad, aunque tenía la vieja costumbre de abrirlo cada día simplemente como un ritual integrado a su rutina. Su buzón y el de Azucena, también sin nombre en la placa, estaban tan pegados como lo estaban sus puertas.

—Vaya, ¿y cómo sé que usted dice la verdad? —preguntó desconfiado Javier.

—Bueno, si metí el sobre en su buzón, sabrá que en él había una gran llave. Es la llave del sótano. Ustedes no lo saben porque no va incluido en el alquiler, pero abajo hay un sótano donde guardamos muebles viejos. Soy el señor Pacheco, chófer del dueño de la finca. Ustedes siempre tratan con el administrador; por eso no me conocen ni a mí ni al propietario, el señor Alcina. Como le decía, la señorita le preguntó al administrador si podía dejarle algunos muebles. Para que pudiera verlos y teniendo en cuenta que la llave del sótano solo la tiene el propietario, este me pidió que se la llevara aprovechando que yo vivo por aquí. Al no abrirme la puerta el otro día, probé con los vecinos de su rellano. Tampoco abrió nadie. Es raro porque a esa hora la gente suele estar en casa. Decidí entonces dejar el sobre con la llave en el buzón, con tan mala fortuna que me confundí. Lo supe al llamarme la señorita ayer por la noche quejándose de que todavía no había visto los muebles. Javier estaba estupefacto.

—Dígame, ¿tocó a la puerta o llamó al timbre?

Aquel hombre se quedó pensativo:

—Pues ahora que lo dice, sí, es cierto que no caí en llamar a los timbres. Es que, ¿sabe? En la finca en la que vivo los vecinos son muy especiales con cualquier ruido, y ya he adquirido la costumbre de golpear la puerta suavemente.

Javier no pudo evitar sonreír cínicamente. La tesis de que lo acosaban estaba desmontándose, al menos en una parte, la de la misteriosa llave y los repentinos toques a su puerta. Le dijo a aquel hombre que no se preocupara, que él mismo entregaría la llave a la chica en cuanto volviera con el periódico. Pocos minutos más tarde llamó al timbre de aquella bella andaluza con el sobre en su mano. Tardó en abrir. Llevaba puesta una pequeña bata que tapaba solo a medias un camisón transparente que dejó a Javier descolocado.

—Vaya, estaba a punto de dormirme. Eso es lo que tiene trabajar de noche. ¿En qué puedo ayudarte? —dijo Azucena.

Javier se dirigió a ella algo nervioso ante la posibilidad de estar importunándola:

—Disculpa, vecina, pero el otro día me dejaron esto para ti. Se confundieron de buzón. Justamente me acabo de encontrar al encargado de la finca y me ha explicado que se trata de la llave del sótano que habías solicitado.

Azucena pareció alegrarse de golpe:

—¡Al fin la llave!, ya era hora. Sí que han tardado. Mañana por la tarde tengo libre. Quizá puedas acompañarme y ayudarme a subir algún mueble. Si tengo que esperar a que me los suban ellos, puedo caerme muerta —dijo usando su seductora sonrisa para que Javier accediera a ayudarla.

No lo dudó ni un instante. Aquella muchacha le quitaba el hipo. Si la ayudaba a subir los muebles tal vez podría conocerla un poco mejor. «Nunca se sabe cómo puede acabar esto», pensó Javier cuando entró de nuevo en su apartamento. Sin duda, aquella era una mañana espléndida a pesar de lo poco que había dormido. Por un lado, tenía una cita con una bella dama y un trastero lleno de muebles y, por otro, sabía que al menos sus vigilantes no habían entrado en su casa. Tal vez podría dormir al fin tranquilo a partir de entonces. Ade-

más, aquellos hombres del Mercedes negro no sabían lo que se les venía encima. Bernardo Manchón no tardaría en llamarlo para contarle lo que fuera que hubiera descubierto. Al final y tras la insistencia de su hermana vía telefónica, lo había puesto al corriente de todo. Era mejor así. Su amigo policía le había dicho que no se preocupara de nada, que algo haría. Aquello tranquilizó definitivamente a Javier.

Darmstadt estaba soleado, aunque en primavera todavía hacía frío. En un gran edificio que la fundación de Herr Engel financiaba estaban reunidos algunos médicos e investigadores pertenecientes a la «resistencia»; observaban hojas repletas de datos. Aquellos hombres y mujeres eran, entre muchas otras cosas, expertos en genética y bioquímica. Todos los datos confirmaban lo que ya intuían desde hacía tiempo. Tras meses de estudios y observaciones minuciosas veían con claridad que los niños nacían con fuertes mutaciones. La fundación Blume des Lebens ayudaba a proteger a los que demostraban poseer facultades especiales. Según decían, aquella era la manera que tenía Herr Engel de sanar sus propias heridas internas. Existía un área de la fundación encargada de detectarlos y becarlos, ofreciéndoles una plaza en escuelas propiedad de la fundación. Allí se les enseñaba a gestionar sus habilidades de forma constructiva, potenciando sus cualidades y su vida espiritual. Todo aquello debía hacerse con riguroso cuidado, respetando un marco legal y despistando a los que ardían en deseos de hundir todo tipo de acciones y propuestas que atentaran contra los intereses del sistema establecido.

—Estamos seguros. Por medio de análisis sanguíneos se puede demostrar que algunas personas han desarrollado nuevas hebras de ADN. Nuestra especie está mutando, pero no sabemos hacia dónde —dijo uno de aquellos hombres, enfundado en su bata blanca.

—Deberíamos compartir esta información. Esto sale fuera de toda norma, señora —afirmó otro de aquellos doctores dirigiéndose a Elke Olsson, la mujer encargada de proteger los intereses y el buen funcionamiento de la fundación de Herr Engel.

Un tercero se levantó de su silla y dijo mientras revisaba una libreta de notas:

—Mi teoría es que la gente está cambiando a nivel celular. Estoy trabajando con varios niños que tienen tres hélices de ADN. Sabemos que es una mutación favorable, aunque física, mental y emocionalmente puede generar dudas y temores.

Elke presidía la mesa sobre la que descansaban un sinfín de papeles y archivadores llenos de datos. El primero que había hablado proyectó varias imágenes y añadió entonces:

—Estos son los niños que pueden mover objetos con la mente o llenar vasos de agua con solo contemplarlos. Son telepáticos. Ya los conocemos todos nosotros. Estoy seguro de que las mutaciones son provocadas no solo por factores de favorecimiento, sino también gracias a la reacción natural que el organismo está desarrollando para defenderse de los ataques que la humanidad está recibiendo. Nunca vimos cielos tan plagados de estelas blancas. Ya sabemos que nos fumigan desde los cielos y nos envenenan a través de muchos de los alimentos y las ondas, pero, curiosamente, un grueso de la humanidad está reaccionando a las agresiones mutando hacia algo más poderoso. Creo que estos niños son la antesala de lo que empezará a ser la humanidad en los próximos años.

Elke esperó a que los allí presentes contrastaran aquella información. Cuando terminaron la sala quedó en silencio. Entonces, en nombre de Herr Engel y su fundación, aquella mujer dijo:

—Está claro que nuestros sistemas inmunológico y endocrino evidencian estos cambios en cada uno de nosotros, pero me interesan los niños. Hay que seguir protegiéndolos para evitar que se les medique de forma tan salvaje e inconsciente. Herr Engel tiene el bufete de abogados al servicio de este tema. Ya sé que hay adultos que tienen en formación otra hélice de ADN, pero el futuro está en los niños y debemos centrarnos en ellos, en ayudarlos y protegerlos de la agresión a la que los somete el sistema por el hecho de ser distintos, por ser los que abanderan las primeras evidencias de una nueva

humanidad de conciencia. En ellos y a través de ellos podemos sanar nuestro pasado y nuestro futuro. —Aquella mujer era la principal responsable del proyecto y la máxima responsable de la fundación Blume des Lebens, un nombre en alemán que significaba literalmente «La Flor de la Vida». Elke estaba fascinada por la labor de Herr Engel y secretamente enamorada del misterioso magnate. Abrió un *dossier* en el que había fotografías y fichas altamente confidenciales y continuó diciendo—: Muchos de los que han nacido recientemente tienen cuerpos magnéticamente más ligeros. Es algo que me interesa que siga investigándose a fondo. Doctor Schneider, ¿qué más tenemos sobre las mutaciones de ADN?

El primer hombre que había intervenido tomó entonces la palabra:

—Una de las conclusiones a las que estamos llegando es que el ADN probablemente muta a través de los mismos virus. Ya sabe usted que esta es la manera más fácil. La gente cree que los virus nos perjudican, pero ya sabemos que interactúan y no son necesariamente perjudiciales para la salud. Usted ya sabe que estos viven solamente en tejidos que están vivos. Los virus de ADN, como el Epstein Barr y el Herpes #6, cambian la estructura celular. Hemos podido comprobar que, si la aprovechamos, la enfermedad podría ser una oportunidad de cambiar nuestra estructura de ADN y del propio cuerpo hacia uno más ligero, más saludable.

Una de las mujeres se dirigió entonces a Elke Olsson:

—Deberíamos filtrar este mensaje, Elke. La gente debería saber de primera mano que las enfermedades son una oportunidad para sanar y crecer hacia algo más grande.

La encargada de la fundación la miró y agregó:

—Debemos confiar en el funcionamiento de la fundación y en la labor que hacemos a través de ella, ya sea de forma oficial o extraoficial. Hay un protocolo y estoy convencida de que Herr Engel lo tiene todo estudiado. Es el primero que sabe que un día ya no necesitaremos la enfermedad, querida. Recuerde mi caso, por ejemplo. Hay mucha gente haciendo co-

sas aparentemente imposibles para la ciencia oficial. Los que escogimos vivir en este tiempo somos prácticamente los pioneros de una nueva especie: la especie humana, la que debería haber sido, la verdadera y originaria si no hubieran intervenido sobre nuestro ADN. No olviden que eso hicieron los que nos manipulan todavía hoy desde la sombra de la cuarta dimensión. Gracias a que estamos recibiendo ayuda desde todas partes eso está cambiando ahora. No estamos solos.

Los padres de Elke fueron diplomáticos suecos, pero ella había nacido en Bayern. Desde muy joven estuvo interesada en las mutaciones del ser humano. Ella fue una niña diferente. Los médicos no fueron capaces de comprender lo que ocurría en su cuerpo y quisieron medicarla a toda costa. Sus padres eran gente muy despierta, quisieron protegerla y dieron con especialistas que pudieron comprender lo que su hija manifestaba. Elke no quería comer nada. Lo hacía solamente de vez en cuando. Pasó largas temporadas en la India, donde aprendió técnicas que la acercaron a su no tan extraña naturaleza. Allí encontró a otros como ella. Más tarde viajó a Rusia, donde pudo conocer a mucha gente que sobrevivía sin ingerir alimentos. Algunos de sus cuerpos robustos y fuertes confirmaban que había gente que traía un programa diferente al grueso de los que estaban encarnados. Durante muchos años Elke creyó que el camino hacia la evolución humana era el de prescindir del alimento. Hoy ya comprendía que había muchos caminos, tantos como corazones y necesidades, y que todos ellos eran válidos. Aquel era el verdadero secreto del despertar de conciencia que estaba viviendo un planeta plagado de diferentes formas de vida. Aquella mujer sabía que desde la fundación de Herr Engel se hacía una labor minuciosa desde diversas áreas pero con un único objetivo: colaborar en la activación de los recuerdos de una humanidad con la posibilidad de volver de nuevo a su estado original de conciencia.

Entonces intervino otra mujer de edad avanzada y rictus serio:

—Deberíamos filtrar también a los medios los efectos secundarios de los cambios celulares que experimenta la pobla-

ción. Esa sería una forma interesante de paliar el miedo, al menos en una gran parte de los que ya están despertando. Sé que lo estamos haciendo, pero yo pediría mayor insistencia. Es necesario que la gente sepa de buena mano que es común sentir extrema fatiga o algo de confusión en algunos momentos. Deberíamos decirles que, en realidad, estamos transformando las células como hacen los recién nacidos. Hay que hablar de los zumbidos y los dolores sin causa aparente. Esa es la forma de evitar que muchos terminen en una consulta médica ortodoxa donde serían medicados, porque en los hospitales no podrían definir de qué se trata. Muchos médicos no están acostumbrados a tratar con la energía del cuerpo. No conocen la existencia de los chacras, de igual manera que el chef contemporáneo no sabe de la combinación saludable de los alimentos en su cocina.

Elke Olsson tomó la palabra para responder:

—Sí, estamos en ello. Estamos encargándonos de romper los programas desde dentro. Paso a paso. Gracias, Helen. —Y tras un breve silencio, Elke se dirigió hacia el más joven de la reunión—: ¿Herr Richter?

Aquel hombre de gruesos anteojos era un auténtico genio. Había sido uno de los niños protegidos por la fundación y era capaz de operar con la eficacia de una computadora.

—Estamos fortificando en algunos de nuestros pacientes el sistema hormonal —dijo con timidez—. Los resultados son espectaculares, y los cambios en el ADN están siendo favorablemente aceptados por el organismo. Aquí tiene todos los informes.

—Gracias, Herr Richter, los miraré luego con detenimiento —respondió Elke Olsson—. En cuanto a las facultades psíquicas, me gustaría que me contaran cuáles han sido sus conclusiones. Centrémonos de nuevo en los nuevos niños que están llegando.

Era un secreto a voces que Herr Engel sentía una especial predilección por los niños. Elke había propuesto en numerosas ocasiones hacer algún tipo de campaña especial para contra-

rrestar lo que estaba ocurriendo con los más pequeños. Las leyes y campañas que apoyaban la medicación y la vacunación infantil eran cada vez más numerosas. Se había incrementado el número de vacunaciones de forma espectacular. Aquello afectaba tanto a niños como a adultos, pero los niños eran los más perjudicados por estar en proceso de formación y crecimiento. Herr Engel sabía que las vacunas llevaban metales pesados, como mercurio, y elementos desestabilizantes que frenaban el despertar biológico y generaban patologías como el autismo. En el caso concreto del mercurio, como el cuerpo no podía expulsarlo, se quedaba en el organismo alterando estructuras esenciales de por vida.

Se sabía que Herr Engel también tenía altos conocimientos en medicina. Se decía de él que siempre insistía en dar a conocer la verdad sobre los metales pesados que llevaban las vacunas. Al parecer, estos permanecían unos seis meses en la sangre y después desaparecían para depositarse en otros tejidos. Uno de ellos era el cerebro, donde producía daños irreversibles, sobre todo en los niños, a los que alteraba el crecimiento y desarrollo cerebral. La fundación La Flor de la Vida estaba detrás de muchas de las campañas para proteger al ser humano de los abusos de la industria farmacéutica, la psiquiatría, la contaminación de los alimentos y bebidas o la fluorización del agua. Eran conscientes de que el flúor no solo generaba serios problemas en la salud, sino que además había sido utilizado por los nazis para generar sumisión en la población. Además, Elke y sus colaboradores habían descubierto que el flúor, ya fuera dental o de cualquier otra forma, generaba calcificaciones en los conductos por donde circulaba el líquido cefalorraquídeo que sustenta en todos los seres humanos la glándula pineal, también llamada epífisis, situada en el techo del tercer ventrículo del cerebro, justo detrás de la raíz de la nariz. Sabían que la pineal se encargaba de regular los ciclos del día y la noche. Se cargaba como una pila durante el día, gracias a la luz solar que recibimos a través del iris y la piel, y se activaba en los ciclos de sueño o en estados de descanso y oscuridad, segregando sustancias alucinógenas que permitían soñar e imaginar. Aquello no era para tomárselo a

broma. Los miembros de la fundación estaban convencidos de que la campaña a favor del flúor estaba dirigida con la intención de frenar la capacidad humana de interactuar a través de la imaginación. Los estudios habían descubierto que había una relación directa entre la actividad geomagnética del planeta y el aumento de la capacidad de soñar y la capacidad psíquica. Un grupo de abogados trabajaba día y noche para tratar de contener la aprobación de leyes que siguieran protegiendo la criminalidad de acciones encubiertas contra la salud y el desarrollo del ser humano dentro del marco legal y social. La «resistencia» hacía todo lo que estaba en su mano para alertar a la población. Por medio de diferentes formas e intermediarios, hacían llegar aquella información a profesionales de cada sector con el grado de conciencia suficiente para escuchar y tomar cartas en el asunto, e Internet era un gran regalo para filtrar todos aquellos datos e informaciones de manera que llegaran a la población. Era necesario compensar de alguna forma lo que las élites perpetraban, a pesar de que Herr Engel decía siempre que la batalla no estaba fuera sino dentro de cada ser humano. Desde la fundación sabían muchas cosas, pero si las hubieran contado abiertamente no les hubieran creído. Lo más fácil era actuar desde detrás del velo y utilizar medios como Internet para hacer correr la voz. Sabían que cuando una idea era aceptada por una masa crítica sufícientemente grande, aquella idea cobraba vida en el inconsciente colectivo. En aquel mundo en transición muchos estaban enfermando y decidían morir, pero otros aprovechaban la enfermedad para mutar a un estado mayor de comprensión y vibración. Entre los que trabajaban en la fundación corría el rumor de que Herr Engel había tenido una visión del planeta Tierra en la que este se desdoblaba como si se tratara de una mitosis, donde los que deseaban vivir en un mundo consciente lo crearían aquí mismo, en este espacio-tiempo, mientras que los que no lo deseaban, crearían una continuación del que ya conocemos y convivirían con el otro sin verse, como ocurría a veces con la luna y el sol en el mágico momento de transición. Aquella mitosis significaba que la humanidad se posicionaría en dos bandos bien diferenciados: los que directamente apos-

tarían por el amor y los que lo harían por el miedo y el sufrimiento. Eran dos poderosas masas críticas eligiendo y generando desde el inconsciente colectivo una gran fisura dentro del juego, un rompimiento que tarde o temprano transformaría el mundo tal y como lo conocemos para abrir la posibilidad de que las creencias de cada uno se manifestaran en el mismo lugar, pero en diferentes dimensiones de forma evidente. Los miembros de la fundación sabían que, al fin y al cabo, aquello era parte de un juego elegido por el alma de cada uno de sus participantes y que estábamos en el momento culminante de la partida.

Javier ofreció algo de beber a Antonio Riba. Se sentaron y el profesor empezó a hablar ante la atenta mirada del hijo del difunto Andrés Pérez. Javier se sentía adulado por el reconocimiento que Antonio hacía del impecable trabajo que llevó a cabo su padre con respecto a la figura de Jesús. El padre de Alicia había leído todos aquellos textos, a pesar de conocer y haber desestimado durante años mucha de la información que allí se barajaba, y estaba muy impresionado. Como si no tuviera mucha relevancia, preguntó entonces al joven periodista si podía ver los originales. Javier respondió afirmativamente. Antonio estaba escarbando, dejándose llevar por la intuición, intentando llegar al padre Ricci, pero no se lo desveló a Javier en ningún momento. Algunas de las copias que le había dejado el hijo de Andrés Pérez no estaban completas, y Antonio tenía la esperanza de encontrar una pista sobre la misteriosa desaparición de aquel bibliotecario fantasma del Vaticano buscando entre los escritos originales. Tenía que averiguar si sus sospechas eran ciertas o se estaba volviendo loco. Su imaginación barajaba hipótesis que semanas antes jamás se habría atrevido a soñar. Sospechaba que aquel anciano romano era en realidad un ángel muy especial con nombre propio que había vuelto a terminar su trabajo. Era evidente que Antonio había recuperado su fe en lo que existe más allá de este mundo. Javier siempre guardaba los documentos de su padre dentro de la caja fuerte. Esa era la única forma de estar tranquilo. Tenía distribuidas varias copias en lugares seguros, además de una orden firmada ante notario para que todo aquel mate-

rial se hiciera público si un día él moría. Allí no solo estaban los documentos sobre la más que probable segunda vida de Jesús en Cachemira, sino también las investigaciones que Andrés estaba llevando a cabo cuando sufrió aquel extraño accidente que acabó con su vida; dichas investigaciones incluían listas de nombres y pruebas que demostraban la existencia de terribles rituales de sangre realizados dentro de algunos círculos de poder; actos relacionados directamente con la trata de blancas y la desaparición de infantes en todo el mundo. Tras un buen rato de charla y mientras el profesor ojeaba algunos de aquellos diarios, Javier le pidió que le hablara de su padre. Necesitaba que Antonio compartiera lo que sabía de él, no solo para conocerlo mejor, sino también con la esperanza de recordar algo más de lo que había ocurrido durante aquel verano en Tenerife.

—A tu padre y a mí nos unían más cosas de las que nosotros teníamos conocimiento. Ahora lo sé, y creo que estás haciendo una bella labor cogiendo el relevo y siguiendo sus pasos. Sin embargo, me he metido en tu web y no creo en la mitad de lo que cuentas. Creo que desacreditas mucha información seria y bien documentada con teorías demasiado retorcidas, muy difíciles no tanto de creer como sí de demostrar y documentar. De todas formas, yo soy ya un dinosaurio de los que funcionan como en la vieja escuela y supongo que las generaciones de hoy despiertan de otra manera. Nosotros no teníamos Internet —dijo Antonio con una leve sonrisa.

—Gracias por su honestidad. Comprendo lo que me dice, pero ¿qué es lo que más le cuesta creer? ¿La Tierra hueca, el fraude del darwinismo, nuestro origen extraterrestre, el timo del sida, la relación entre el Vaticano y la City londinense o la CIA? Dígame lo que no tenga claro y yo se lo detallo con todos los datos que quiera —respondió un efusivo Javier.

Antonio rió acordándose de Andrés. El chico se expresaba como él.

—Eres igualito que tu padre. Así trataba de convencerme de lo que fuera cuando compartíamos información —dijo Antonio—. Por cierto, estoy planteándome muy en serio lo de es-

cribir un libro sobre el verdadero Jesús usando la documentación de tu padre.

—Que bien —dijo Javier—. Ese sería el mejor regalo en su memoria y reconocimiento.

Antonio tenía ganas de escribir de nuevo. Aquella información sobre Jesús era un tesoro porque la abalaba el enigmático padre Ricci, en quien confiaba plenamente. Sus seguidores quedarían fascinados ante aquella nueva visión de la vida de un Jesús humano más allá de plagios y manipulaciones. No le importaba tener que rectificar su postura. Al fin y al cabo, aquel había sido el fin de su búsqueda. El libro desvelaría la mentira que él siempre había tratado de denunciar, la farsa sobre la figura oficial de Jesús que defendía la Iglesia, aportando además los datos que abrieran la posibilidad real de que un Jesús, tan humano como cualquiera, hubiera existido y traspasado las fronteras de lo imposible para llegar a todos nosotros como un verdadero modelo de amor y autocrecimiento; un espejo en el que se podría reflejar cualquier hombre o mujer que deseara abrazar la magia en su vida. Estuvieron mirando originales unas horas, pero Antonio no encontró lo que buscaba, así que quedaron en verse otro día para seguir escrutando diarios y papeles. Javier y Antonio se despidieron y Javier decidió ir a dar un paseo, algo que hacía siempre que tenía un rato libre. Al hijo de Andrés Pérez le gustaba pasear por la ciudad y observar a la gente. Cuando lo hacía, siempre encontraba algo sobre lo que escribir.

Javier se detuvo en un bar donde hacían menús a buen precio. Le gustaba callejear, comer fuera, beber vino y cerveza. Sabía que aquello no era lo ideal para él, sobre todo después de lo que predicaba, pero se escudaba en que la vida era para vivirla y eso trataba de hacer. Incluso había escrito algunos artículos en los que defendía la dieta vegetariana, pero no era capaz de dejar la carne por mucho que se lo propusiera. Había quedado con su hermana para cenar cerca del centro de terapias en donde ella trabajaba. Tenía ganas de contarle las buenas nuevas y todo lo que había hablado con el profesor Riba. Era muy pronto y no le apetecía volver a casa todavía.

Tenía la suerte de trabajar sin horarios fijos, por lo que se levantaba y acostaba cuando quería. Eran las cuatro de la tarde y estaba en pleno centro, así que decidió entrar en un cine. Entre semana y a esas horas las salas estaban vacías, como a él le gustaban. Compró palomitas de maíz como cuando era niño. Aquel era parte del ritual que lo devolvía a la felicidad de su primera infancia. A Javier le gustaba mucho el cine y veía en cada película un sinfín de mensajes subliminales y manipulaciones que desvelar. Estaba completamente solo en la sala hasta que entraron una pareja de mediana edad, un grupo de jubilados y un joven muy discreto. A Javier le fastidiaba que la gente se sentara cerca de él habiendo tantos sitios libres, así que nada más empezar la película se levantó y buscó un lugar más tranquilo y apartado de todos aquellos vecinos, que a buen seguro se pasarían las dos horas comentando la película. Javier no soportaba que la gente hablara en el cine. Como no le importaba sentarse cerca de la pantalla, encontró un cómodo asiento en la fila siete. Allí estaba completamente solo. Disfrutó de la película comiendo unas palomitas de maíz, pero cuando estaba acabando vio que había un hombre observándolo de pie justo donde comenzaba la fila siete. Miró hacia atrás para ver cómo reaccionaban los demás asistentes, pero no parecía molestar a nadie. De pronto y gracias a la luz de la pantalla, intuyó que no se trataba de un hombre cualquiera. Javier se dio un susto de muerte cuando la luz de la escena correspondiente a una fuerte explosión iluminó el rostro de aquel fantasma de sonrisa permanente y larga cabellera.

—Eres tú, maldito nórdico. ¿Qué mierda quieres de mí? ¿Quién coño eres tú? —dijo en voz baja apretando los dientes en pleno estado de contrafobia mientras se levantaba para salir corriendo tras él. Salió de la sala, pero no había ni rastro de aquel hombre. Entonces le pareció verlo en la calle, en la acera, así que salió corriendo sin importarle perderse el final de la película. Aquello era más importante. Trató de seguirlo un par de manzanas pero nada, lo había perdido de nuevo. Se estaba empezando a acostumbrar a todo aquello. Su vista se quedó atrapada en un vagabundo que dormía junto al portal de una

finca regia. Tenía cubierto su cuerpo con unos periódicos viejos. Lo observó un instante, olvidando la persecución fallida, y pensó: «Pobre tipo, este sí que lo tiene crudo». Sacó un billete de diez euros y lo dejó dentro del sombrero que descansaba junto a un cartel en el que se leía: «Estoy más jodido que tú». Aquel sentido del humor conectaba con Javier. Admiraba que ante la desesperación la gente usara el humor para seguir adelante. Seguramente aquello conectaba con su forma de ser. Al agacharse para dejar el dinero pudo ver en una de las hojas que cubría a aquel sujeto el anuncio de la exposición de Miguel Claveras. Tantas casualidades lo inquietaban. Una vez más se cruzaba en su camino aquel pintor, siempre después de una persecución fallida. Entonces se dio cuenta definitivamente: aquel nórdico no lo estaba siguiendo, sino guiando. Sin duda trataba de decirle algo. Recordó que la palabra «mensajero» significaba ángel en griego y su cuerpo se estremeció, porque sintió por primera vez una profunda emoción al comprender que tal vez esa era la razón de que la imagen de aquel hombre fuera el único recuerdo que lograba rescatar de las dos horas en las que permaneció muerto junto a su padre, en aquella playa de Tenerife. Se atrevió a soñar por unos instantes y creer en la magia, en los ángeles, en que alguien acompañaba realmente a la humanidad desde lo sutil. Conectó por un momento con sensaciones perdidas, tal vez de cuando era muy niño y veía más allá. Se hizo un firme propósito: la próxima vez que su perseguidor se manifestara, no lo perseguiría. Respiraría y lo miraría a los ojos abriendo su corazón para preguntarle lo que deseaba de él. Tal vez entonces podría darle el mensaje que estaba tratando de transmitirle. Algo en Javier estaba cambiando. Su corazón poco a poco empezaba a recordar. Además, estaba aquella pintura maravillosa que se descubría en el cartel de la exposición, una pintura que reflejaba a la perfección las ciudades luminosas y paisajes que él veía en sus sueños. «Debo conocer a este pintor; debo saber de dónde ha salido esto que pinta». Cogió la hoja con cuidado para ver con más detalle la publicidad de la exposición. En ese momento el vagabundo gritó asustado, pensando que alguien quería hacerle daño. Javier lo tranqui-

lizó y entonces se dio cuenta de que se trataba del mismo mendigo que había aprovechado su cigarrillo en su anterior encuentro no hacía tanto. También recordaba haberle dado diez euros. El mendigo no lo reconoció. Iba borracho o drogado, aunque parecía tener un buen corazón. Recordó entonces que aquello era una metáfora de la vida de muchas personas, tan atrapadas e inconscientes a pesar de su buen corazón.

Capítulo 18

En los límites de la ilusión

Miguel estuvo pintando toda la mañana mientras Javier Pérez Barba escribía un nuevo *post* en su blog. La reunión con el profesor Riba lo había tocado profundamente. Miraba el reloj cada diez minutos esperando la hora de acudir a la cita con el doctor Chong. Cuando dieron las doce colgó su artículo en Internet y se puso la chaqueta. Tenía hora a la una en punto. De repente sonó el teléfono fijo. Dudó un instante hasta que decidió descolgar. Era su amigo, el policía Bernardo Manchón.

—Hola, Javier, no sabía si llamarte al fijo o al móvil. Mira, tengo lo tuyo. La matrícula es alemana y el coche está a nombre de un tal Jürgen Rothstein, de Múnich —dijo el policía para regocijo de un Javier convencido de que aquello tenía que ser muy grande si lo vigilaban los alemanes. Pero de repente Bernardo añadió algo que descuadró todas sus teorías y suposiciones—. Lo he investigado: parece que trabaja en la Bayern, aquí en Barcelona, desde hace años. Tiene mujer española y dos hijos en edad escolar. Vive en la plaza Bonanova, zona pija, en un piso más o menos normal. No sé, chico, como no

sea que en horas libres se dedique a espiar a la gente, no me cuadra mucho la cosa, la verdad. Si quieres tiramos por el camino fácil. ¿No dices que está ahí cada noche desde hace días? Pues voy a tu casa a cenar y vamos a por él en cuanto lo veamos, me identifico y vemos qué pasa aquí. Eso sería lo mejor —dijo Bernardo mientras su amigo se rascaba la cabeza al otro lado del hilo telefónico.

—Pues sí que estoy sorprendido. Me parece buena idea lo que propones, tío. Me gustaría saber de una vez que hay detrás de todo esto —expuso Javier.

—No te preocupes más, Javi, que esta noche salimos de dudas —añadió Bernardo.

—Gracias, Bern —respondió Javier, y le propuso algo que sabía que Bernardo estaba esperando oír—: Podemos pedir una pizza de esas tan buenas que comimos la última vez.

—Esa sí que es una buena idea, tío, y pase lo que pase con el del coche, nos vemos una peli de acción como en los viejos tiempos. Anda que no me sacaron de mi depresión ni nada las que nos poníamos de Jackie Chan.

Javier se quedó un poco mosqueado y triste. En el fondo, algo de él deseaba que los que mataron a su padre también lo estuvieran vigilando a él. Aquello había dado sentido a su vida desde el trágico accidente y reforzaba el hecho de que se volcara totalmente en su trabajo renunciando a tener una vida más acorde a lo que dictaban sus verdaderos deseos internos. Descubrir que la llave del buzón era para la vecina o que nadie había llamado a la puerta de su apartamento para asustarlo confirmaba su facilidad para crear enemigos inexistentes. Aquello era fruto del miedo inconsciente que sentía ante tanta manipulación y conspiración. Tener siempre puesta su atención en aquella constante desconfianza lo acababa afectando. Tal vez lo que debía hacer con toda aquella información que manejaba era buscarle una salida que lo beneficiara en algo, una salida constructiva, pensó. Bajó las escaleras de casa con semblante alicaído. ¿Y si al final lo de su padre fue realmente un accidente? ¿Y si nadie lo estaba vigilando y aquel nórdico

solo era un ángel, un mensajero que trataba de recordarle algo? Salió a la calle, pero decidió hacer tiempo y entró en el bar de la esquina a comerse un bocadillo. Mientras lo hacía, su mente viajó al momento en el que tuvo cuatro años, antes de que lo medicaran. Recordó con toda claridad cómo en aquel entonces era capaz de ver cosas que los demás no veían, seres resplandecientes flotando en el vacío. Tal vez aquel personaje de rubia cabellera era uno de ellos. Quizá ahora estaba recuperando aquel don que perdió tras la fuerte medicación psiquiátrica. Quizá él era el único capaz de ver a su perseguidor, porque tenía esa facultad, porque era psíquico. Aquello tenía sentido, pero enseguida su parte racional prefirió asirse a algo más sólido y entonces se acordó del Mercedes negro. Esa era su última esperanza. Si aquello era otra interpretación de su mente, su vida perdería todo su sentido. Aquella noche esperaba no hacer el ridículo ante su amigo Bernardo. Deseaba de verdad que dentro de aquel coche estuviera la pista que los llevara a los asesinos de su padre. Javier pensaba y pensaba hasta que se dio cuenta de la hora, así que pagó la cuenta y decidió tomar un taxi para no llegar tarde a su cita con la hipnosis. Desde la calle se veía claramente su ventana. Era fácil vigilarlo desde el callejón teniendo en cuenta que el bloque en el que vivía disponía de grandes ventanales. Aquella era la razón de por qué echaba siempre las cortinas. Entonces se dio cuenta de que la vecina no tenía persianas ni cortinas. Incluso desde la misma esquina de la calle se podía apreciar parte de su salón. Trató de acercarse para ver si la veía, pero estaba demasiado lejos y la luz reflejaba una parte de los cristales. «Tal vez de noche», pensó. Había puesto plantas y un tendedero donde colgaba su ropa, incluida la ropa interior. «Vaya pedazo de mujer», concluyó. Ayudarla con los muebles era la excusa perfecta para conocerla un poco más y tal vez terminar teniendo una relación. Nunca se planteó salir con una bailarina de discoteca, pero su vida había dado un vuelco y se estaba enamorando. Tras la visita con el doctor Chong se cortaría el pelo en la peluquería que había justo enfrente antes de comer con uno de sus clientes, con el que había quedado para revisar su portátil.

—Ya es hora de empezar a cuidar un poco más mi imagen personal— pensó en voz alta mientras paraba un taxi.

Después de la comida y antes de volver a casa compraría una camisa nueva y una buena colonia para impresionar a la bella Azucena.

El señor Chong invitó a Javier a que se tumbara sobre la camilla y empezaron la sesión. Cuando Héctor lo hizo volver al instante en el que se quedaron la última vez, Javier cambió la expresión tensa y cansada de su cara por otra más relajada y confiada. El doctor sabía lo que hacía. Él podía ver dentro de Javier; podía ayudarlo a recordar cada instante. Sabía que el alma de aquel pleyadiano se liberaría al fin de parte de su amnesia. Lo guió entre mágicas geometrías llenas de luz y color para llegar a un mundo que ya les era familiar a ambos. Se trataba del lugar de donde provenían. Allí Javier pudo admirar los pasajes por los que tanto había paseado ya en sus sueños. Era fascinante ver aquellas cúpulas de luz rodeadas de verdes jardines llenos de lagos y cascadas. De repente pudo entrar dentro de una de ellas. No eran sólidas. Era pura energía de vida protegiendo aquel lugar de cualquier cosa que no estuviera en su misma frecuencia. Pudo ver entonces a los habitantes de aquel esplendoroso lugar. Parecían desplazarse sobre el aire suavemente. Podía oír cómo le hablaban a través del pensamiento. Empezó a recordar las características de su forma de vida, su capacidad para crear al instante cualquier cosa que pensaran y sintieran y la facilidad que tenían para estar siempre en su centro, alineados. Entonces fue cuando uno de ellos se acercó para darle la bienvenida. Parecía ser uno de los líderes. Le siguieron otros de diferentes aspectos. Había hombres y mujeres. Vestían ropas amplias y luminosas. Lo abrazaron con la mirada y lo invitaron a quedarse. Lo acompañaron a una sala llena de hermosos espejos para que se viera reflejado. Al verse ya no era él, sino aquel ángel de larga cabellera que tan obsesionado lo tenía últimamente. Javier estaba tumbado sobre la camilla mientras el doctor Chong sonreía. Parte de su misión se estaba cumpliendo. Javier no podía creerlo. Sus ojos dejaban salir las lágrimas a pesar de estar cerrados. Ahora lo comprendía todo. Aquel que había en

el espejo, su aparente perseguidor, en realidad era él mismo manifestándose desde un estado de conciencia superior, guiando sus pasos. Eran la misma persona. Javier empezó a reír de felicidad mientras recorría emocionado aquel lugar puro y limpio de toda manipulación. Pudo recordar el momento en que decidió usar la multidimensionalidad para crear un aspecto de él que pudiera encarnarse en nuestro planeta. Deseaba ayudar a que la humanidad de la Tierra despertara. Ante un simple deseo, se desdobló en una posibilidad que se manifestó como el alma que decidió encarnar en lo que hoy era su cuerpo en la Tierra. Aquella no era la primera vez que se sumergía en el olvido. Ya lo había hecho en múltiples experiencias de vida. Cuando el doctor decidió traerlo de vuelta, Javier no deseaba volver. Él se hubiera quedado allí, en la que sentía como su verdadera casa. Héctor le recordó que parte de su misión estaba en la Tierra. Cuando volvió en sí, su estado era de absoluta apertura de corazón. Quiso abrazar a Héctor y llorando le dio las gracias. El doctor se encargó de calmarlo a través de algunas técnicas que él conocía. Le contó que aquello que sentía era muy habitual, que mucha gente no deseaba volver tras experiencias de muerte al recordar lo maravillosos que somos al otro lado. Por eso era importante comprender que el reto estaba en encarnar todo aquello que ya llevamos dentro precisamente en la realidad física en la que ahora nos manifestamos.

—Algunos creen que estamos aquí para transformar esta realidad en una más acorde a lo que nuestro corazón nos demanda y no van errados, pero también vinimos a este planeta a experimentar la vida tal y como aquí se expresa. Expresarnos desde el recuerdo de nuestra sabiduría es apartar el velo que nos impide ver que la Tierra ya es ese cielo que hace un momento has visto; un cielo que siempre ha estado dentro de nuestros corazones. No es en el exterior donde se generan las transformaciones. El exterior solo es el reflejo de lo que sucede dentro —dijo Héctor mientras Javier secaba sus lágrimas—. Muchos de los que no desean vivir, de los que no tienen motivación y sienten que no encajan en el mundo son hermanos que perdieron la memoria de lo que de verdad les

trajo aquí. Mucha gente vive con el deseo inconsciente de volver a casa, lejos de una prisión que les oprime, olvidando que es precisamente su amor el que los llevó a encarnarse aquí y ahora —añadió Héctor—. Nuestra misión es encarnar nuestro cielo interno y hacerles recordar a todos lo maravillosos que ya son —concluyó Héctor ante un fascinado Javier, que jamás hubiera imaginado que el doctor Chong pudiera hablar tanto tiempo seguido. Podía sentir la vida latiendo a su alrededor como nunca antes la había sentido. Entonces el doctor le pidió que se sentara en una de las butacas de su consulta y le confesó algo que pocos sabían de él—: Javier, esto es algo que sabe muy poca gente. Confío en que sepas guardar el secreto. Yo estuve en coma de niño y también estuve allí. Tras pasear por el universo y recordar muchas cosas, aparecí en un lugar de las pléyades y conocí a Ayaaksas, un pleyadiano. Recordé que yo era él en otro espacio, en otro tiempo, al igual que te ha ocurrido a ti. Cuando volví, ya nunca fui el mismo. Tal vez ese ángel tuyo, el que se refleja en ti, tenga un nombre y algún mensaje para ti. No huyas más de él. Ahora ya no eres un niño indefenso. Nadie puede medicarte, nadie puede robarte tu libertad más que tu propio miedo a ser tú.

Javier escuchaba atentamente, sentado en una de aquellas butacas negras que Héctor tenía en su despacho. Todo lo que el doctor le estaba contando era mucho más interesante que estar siempre temiendo cada nueva manipulación, cada posible conspiración. Tomar su poder no era luchar contra el mundo, sino aceptarlo y empezar a aplicarle color desde donde él deseaba. Entonces recordó al pintor, Miguel Claveras. Sabía que parte de su misión era conocerlo, aunque aún no podía saber por qué. Sentía una total lucidez.

—Gracias por todo, doctor, por lo que ha hecho, por la sesión, por su presencia y por sincerarse sobre Ayaaksas. Guardaré el secreto. Creo que voy a transformar mi vida. Me parece que le daré un giro a mi blog. Voy a escribir de lo mismo pero dando esperanza a mis lectores, transformando el miedo generado por todo lo que nos hacen en confianza, porque entiendo que hay un Gran Plan del que todos formamos parte. Sé que el ser humano es muy poderoso si abraza su respon-

sabilidad. Velaré para que la gente recupere su propio poder desde la construcción de lo que ya podemos hacer en nuestro día a día, a partir de cada pequeña cosa. Quiero ser un foco de inspiración.

—Esto que te ocurre se llama creatividad —dijo Héctor con una sonrisa—. Aprovéchala para generar todo lo que desees. No olvides que el verdadero poder está en tu capacidad de imaginar lo que quieras crear en tu vida, y es importante que lo creas profundamente para lograrlo.

Javier escuchaba atentamente lo que Héctor le estaba intentando transmitir, pero se sentía tan feliz que solo pensaba en llamar a su hermana y compartir la parte de todo aquello que podía contar. Ensimismado en su nuevo estado y sin necesidad de hacer preguntas, se puso la chaqueta de cualquier manera y salió de la consulta. En la puerta se cruzó con un hombre bien plantado, de aspecto juvenil y rostro amable. Era Miguel Claveras. Tenía hora con su amigo Héctor. Se saludaron mientras uno entraba y el otro salía. Mientras Javier tomaba el ascensor, Miguel abrazó a Héctor; en ese momento descubrió algo en el suelo, algo que había caído probablemente de los bolsillos de Javier cuando se ponía la chaqueta. Se agachó para recogerlo. Era una cartera. Cuando se disponía a abrirla para ver de quién era, el doctor dijo que se le había caído a Javier, el anterior paciente, impulsándolo a perseguirlo para devolvérsela. Miguel decidió ver si podía alcanzarlo. Bajó corriendo las escaleras hasta llegar a la portería. El ascensor ya estaba abajo, vacío. Javier había salido hacía solo unos segundos a la calle. Miguel lo persiguió y le entregó el objeto perdido. Javier le dio las gracias. En su cartera llevaba toda su documentación y bastante dinero. Aquella sesión lo había dejado flotando.

—Gracias, muchas gracias. Vaya carrera que tienes que haber dado para alcanzarme. Salí un poco confuso de la sesión con el doctor Héctor Chong —dijo Javier mientras Miguel tomaba aire.

—Vaya, ¿le dio el doctor malas noticias? —preguntó Miguel con amabilidad.

—No, no. Me hizo una regresión, y lo que descubrí sobre un episodio de mi infancia todavía me tiene sorprendido. No tenía conciencia de aquellos recuerdos hasta ahora —explicó Javier.

—Qué curioso, justamente yo he venido para una sesión de hipnosis. El doctor es un buen amigo mío pero nunca me ha hecho una.

Javier buscó una de sus tarjetas de visita, mientras decía:

—Pues te puedo asegurar que a mí me ha dejado impresionado. Te lo recomiendo, es muy bueno. Por cierto, soy Javier Pérez Barba, aquí tienes mi tarjeta. Si un día tienes un problema informático, no dudes en llamarme y te hago un buen precio —dijo agradecido.

A Miguel le sonaba aquel nombre, pero no era capaz de recordar de dónde, así que no dijo nada. Héctor lo esperaba en la consulta.

—Pues muchas gracias, lo tendré en cuenta. Debo subir. El doctor se quedó sin comer por atenderme. Fue un verdadero placer. —Y mientras se alejaba, gritó—: ¡Por cierto, me llamo Miguel, Miguel Claveras. Soy pintor. Ya nos veremos!

Y salió escopeteado en dirección a la finca en donde Héctor Chong vivía y pasaba consulta. A Javier no le dio tiempo de reaccionar. Estaba demasiado removido. Se quedó clavado en la acera e incluso pensó en volver a la consulta del doctor. Aquel era Miguel Claveras. No lo podía creer. Era amigo de Héctor Chong. Aquella era una casualidad más que no podía explicar. ¿Sería otro pleyadiano al que el doctor despertaría bajo el influjo de Ayaaksas? Entonces se dio cuenta de que aquella vez no había necesitado la aparición de su ángel guardián, aquel nórdico de larga cabellera, para dar con la pista que lo llevaba ante Miguel Claveras. Tal vez la razón era que había vencido su resistencia y tras la sesión aquel ser estaba ya dentro de su corazón, manifestándose a través de él y de su vida sin necesidad de desdoblarse fuera de él. Quizá ese maestro siempre estuvo dentro de sí y solo se manifestó fuera cuando no pudo hacerlo desde dentro. Javier se dio cuenta de

que había estado muy cerrado, muy insensibilizado durante demasiado tiempo. No tenía prisa en hablar con Miguel. Ahora sabía que todo seguía su curso. Tenía ganas de respirar la vida, de abrazarla con todo su ser. Así de feliz entró en la peluquería.

—Deseaba cortarme el pelo. ¿Puede hacerme un peinado elegante, por favor? Hoy tengo una cita —le dijo a la mujer que lo atendió.

—Claro, siéntese un momento. En seguida lo atendemos.

El señor Chong tranquilizó a Miguel respecto a lo que Elena le había contado y le habló de los sueños como puertas a través de las cuales el ser humano puede acceder a memorias incluso más allá del programa de vida en la Tierra. Tras una breve charla lo invitó a tumbarse sobre la camilla. Miguel estaba tendido boca arriba. Confiaba mucho en su amigo el doctor Chong. Sus ojos cerrados parecían moverse como si algo dentro de su universo interno estuviera viendo más allá. Era cierto. Miguel estaba viendo de nuevo aquella escena que tanto se le repetía en sueños, periódicamente, como si de un recuerdo se tratara. Era espectador de lujo de algo que ni siquiera sabía si había existido en realidad, a pesar de las certezas de Alicia y las pistas que Pachamama Elena había dejado caer en forma de comentarios. Miguel estaba encantado con aquella experiencia. Era la primera vez que la podía disfrutar conscientemente. «Héctor es realmente bueno», pensó. «Ha logrado llevarme de vuelta a este capítulo remoto de un hipotético pasado. Es como estar soñando sin necesidad de estar dormido». Allí estaban el apóstol Santiago, el centurión romano Longinus, el maestro, María Magdalena y el hijo de ambos, además de la madre de Jesús y otros personajes. Miguel solo era un observador de lujo, pero parecía saber todo lo referente a la vida de los que allí interactuaban. Le dijo a Héctor que siempre había pensado que aquel sueño era producto de su fantasía, a pesar de recordar muchas cosas de aquella época, como que a Jesús lo llamaban Yeshua o que los apóstoles eran familiares de Jesús y que Judas Iscariote no fue realmente un traidor, sino el sobrino del maestro al que

este pidió expresamente que lo traicionara para que todas las profecías se cumplieran antes de bajar de la cruz. Jamás creyó que todo aquello tan diferente a lo que contaban las escrituras pudiera ser real, pero en la regresión estaba sintiendo la presencia de aquellos personajes muy adentro, mientras volaba como si no tuviera cuerpo, como si asistiera a la proyección de una película en tres dimensiones. Así había sido el sueño desde que tenía uso de razón. Pero hoy era diferente. Hoy no estaba soñando. Pudo revivir todo aquel pasaje de forma mucho más clara. Como siempre, tras la despedida de Jesús y María Magdalena, Santiago volvía a lomos de su caballo para abrazar a su maestro y hermano por última vez. Allí se terminaba todo, con aquellas misteriosas palabras que pronunciaba el maestro al oído de Santiago en el momento culminante del sueño. Como siempre, eran indescifrables. Un extraño vacío lo inundó por dentro. Necesitaba saber. Héctor decidió proponerle avanzar un poco en el tiempo. Miguel no comprendía lo que pretendía su buen amigo, pero confió plenamente en él y se dejó llevar sin saber que estaba a punto de conocer algo que lo iba a sorprender de verdad, algo que no podía esperar. Miguel se encontró dentro del cuerpo de alguien cabalgando sobre un caballo. Aquello lo descolocó absolutamente. Miró a su alrededor. Estaba guiando una carreta junto al centurión Longinos y unos cuantos hombres. Se acercó hasta la parte trasera y allí descubrió ante sus ojos a María Magdalena y al hijo de Jesús. El chico dormía sobre el regazo de su madre, y ella miraba a Santiago con dulzura. Miguel no podía creerlo. Aquella mirada era la misma de Alicia, estaba seguro, pero entonces se dio cuenta de que él estaba en un cuerpo que no era el de Jesús. Él era Santiago, el amado hermano del maestro y uno de sus discípulos más fieles. En aquel momento, Miguel sufrió un par de convulsiones sobre la camilla. Héctor permanecía con los ojos cerrados mientras sus manos descansaban en el aire, a un palmo del cuerpo de Miguel. Ayaaksas respiraba a través del doctor, pidiendo a Miguel que hiciera lo mismo.

—Miguel, respira profundamente, respira y confía —dijo el doctor.

Entonces Miguel entró en un leve trance y pasaron ante él, a una velocidad asombrosa, imágenes de toda aquella vida hasta que pudo detenerse en el momento en el que volvía de nuevo a Galilea tras dejar a María Magdalena y al pequeño a salvo, confiando su cuidado y protección al centurión romano Longinus. Se sentía muy mal, removido y triste. La despedida había sido demasiado fuerte para un corazón como el suyo. Primero el maestro y ahora ella. Sabía que no volvería a verlos nunca más, a ninguno de los dos. Su mente trató de comprender la razón de aquel profundo dolor mientras toda la emoción contenida de Santiago comprimía la boca del estómago de Miguel. Héctor Chong le pidió que retrocediera un poco en el tiempo, justo hasta el mismo instante de la despedida con María Magdalena. Santiago respiró profundamente hasta que se vio delante de ella. Estaban de pie el uno frente al otro. Ambos se miraban en silencio, mientras el hijo de Jesús dormía en la carreta. Era de noche y sus ojos hablaban sin necesidad de palabras. Allí, bajo la complicidad de la luna, supieron que siempre se habían amado por encima de cualquier cosa. Aquello que siempre había atormentado a Santiago se volvía ahora en su contra al darse cuenta de que su amor era correspondido. Desde que Jesús y María Magdalena se comprometieron, él había tratado de crear cierta distancia para protegerse, pero ahora todo se destapaba casi sin quererlo, justo en el momento en el que, desde su punto de vista, Jesús había abandonado a aquella maravillosa mujer y al hijo de ambos a su suerte con el único pretexto de seguir los designios de su propia misión. Sentía mucha rabia y rencor a pesar de comprender y amar a su hermano con todo su corazón. Santiago vivía aquel sentimiento de amor hacia María Magdalena como una traición a su hermano. Era un hombre honesto, un hombre recto de corazón noble, pero temía llevar al diablo dentro de él, confundiendo su razón. En aquel momento, era titánica su lucha interna para evitar besar a la que consideraba todavía la mujer de su hermano. En aquella vida, a María Magdalena la llamaban Miryam, quien, lejos de ser una prostituta como rezan los evangelios canónicos, era la hija de una poderosa familia de alta cuna. Fue ella la que rompió el largo

silencio para pedirle que se quedara a su lado. Le confesó a Santiago entre lágrimas que toda su vida lo había amado tanto como a Jesús. Aquel esenio no podía creerlo. Miryam trató de acariciar su rostro mientras le confesaba que eligió a Jesús como esposo priorizando sus misiones conjuntas en lugar de atender a lo que le pedía el corazón. Aquel bello esenio con el que tanto había jugado en la infancia y la adolescencia podía sentir ahora sobre su rostro la delicada mano de Miryam, que empezó a acariciar sus largos cabellos mientras ambos se abrazaban por primera vez en toda su vida. Solo por un instante Santiago se atrevió a soñar, como tanto hiciera en su adolescencia, con una existencia junto a aquella mujer a la que tanto amaba, una vida en familia haciendo de padre del hijo de Jesús, cuidándolos a ambos y dándoles todo el amor que había guardado siempre disfrazado bajo el manto de su duro y hermoso semblante de guerrero. Por unos segundos se atrevió a sentir aquella felicidad extrema proyectando un sueño que hasta hacía pocos minutos jamás se hubiera atrevido a abrazar, pero de repente le invadió un gran sentimiento de culpa. Aquel esenio había tenido formación de celote. Había aprendido a no ablandarse ante las emociones. Conocía cuál era su deber, y aquella declaración de amor los comprometía demasiado. Al ver que Miryam abría una puerta a la posibilidad, Santiago decidió protegerse y protegerla; eligió con la cabeza y no con el corazón. Prefirió ser fiel a la idea de lo que consideraba unos valores de fidelidad hacia su hermano y se despidió de su amada sin dar explicación alguna. Miryam pidió a Santiago una vez más que se hiciera cargo de ellos. La pérdida de su marido ya había sido suficiente para ella y a Longinus apenas lo conocía. Trató de explicarle, mientras Santiago montaba en su caballo, que tanto ella como el maestro se habían liberado mutuamente; trató de convencerlo de que su relación había terminado de mutuo acuerdo, conscientes del rumbo tan dispar y a su vez complementario que llevaban sus misiones. Santiago no quiso escuchar. Ya había cerrado el corazón ante aquella terrible culpa que sentía. Su huida en plena noche produjo un gran dolor a ambos. El esenio volvió a Galilea y allí vivió fingiendo y soportando en silencio el dolor

emocional de sus heridas. Pasados los años, recibió una carta de Jesús en la que le pedía que custodiara a su hijo durante un largo viaje, sabiendo que Santiago no se había casado ni tenía descendencia. A pesar de no haber vuelto a tener noticias de Miryam y el niño, aquel esenio seguía amándola con todo su ser, por lo que entendió que la petición de Jesús era una buena oportunidad para redimir su culpa. Decidió ayudar a su hermano y aceptó acompañar al hijo del maestro en su misión. Aquel muchacho se había convertido en un hombre. Cuando se encontraron camino de la costa atlántica, contó a Santiago, agradecido, que quería cruzar el océano para transmitir todo lo que su madre le había enseñado a los habitantes que había más allá del mar. Santiago jamás le preguntó por ella ni quiso volver a verla antes de su partida, a pesar de que en los ojos de aquel joven aventurero podía disfrutar del brillo de la mirada de Miryam. Santiago era hombre de pocas palabras y tenía fama de muy duro, tanto como para impedir que la felicidad lo abrazara en cualquier instante. Miguel seguía sobre la camilla sumamente impresionado y con los ojos todavía bien cerrados. De repente se hizo el silencio. El doctor Chong respiró un par de veces y le pidió que le narrara lo que estaba viviendo en aquel instante. El pintor barcelonés le contó que podía sentir con mucha claridad cómo el viento golpeaba su cara, la cara de Santiago, mientras oteaba el horizonte desde la proa de un trirreme griego que navegaba raudo y veloz rumbo al continente americano, una tierra a la que ya habían viajado algunas culturas y que todavía estaba por descubrir de forma oficial. Entonces el doctor Chong le pidió a Miguel que tratara de avanzar en el tiempo mientras lo estimulaba a respirar de forma suave y profunda. Miguel se encontró en algún enclave del actual Perú. Santiago era en aquel momento un anciano ermitaño muy respetado en aquella comunidad indígena. Vivía de forma humilde, muy en contacto con la naturaleza. Había compartido con chamanes y maestros su conocimiento de la medicina y la filosofía esenia, y pasaba horas solo, en silencio, junto al agua, purgando el dolor todavía latente que atormentaba a su alma. Miguel supo entonces que aquella herida que el guerrero galileo llevaba todavía en su

corazón le pedía espacio vital para expresarse. Ni el tiempo ni la distancia habían podido sanar la culpa que sentía; culpa por dejar sola a su amada Miryam cuando esta le abrió su corazón y culpabilidad por seguir amándola en silencio todos los minutos de su existencia, traicionando de esa forma la confianza que su hermano Jesús había depositado en él. A pesar de haber ayudado al hijo del maestro, a pesar de vivir tan lejos de Miryam y de haberla rechazado aquella noche de luna llena, sentía su corazón impuro e indigno de cualquier compasión. «El amor es caprichoso y el diablo sabe manejarlo muy bien», pensaba aquel viejo esenio mientras agotaba el tiempo de vida que le quedaba. Al final de sus días, Santiago lloraba a solas y en silencio cada noche, escondido de cualquier mirada, reconstruyendo mentalmente la historia de su vida una y otra vez, obsesionado en comprender cuándo dejó de hacer lo correcto para empezar a sentir aquel amor tan grande y prohibido por la que estaba destinada a ser la mujer de su hermano mayor. Miguel también lloraba sobre la camilla, recordando como propio todo aquel dolor tan real para él. Al fin podía comprender la razón por la que tuvo siempre tanto miedo al amor. Aceptó que aquel era en realidad su pasado. No era un sueño ni una invención de su mente; no podía serlo. Alicia tenía razón, menos en lo fundamental: él no era su amado Jesús sino el hermano de este, pero no estaba desencaminada. Se habían amado en silencio y se habían dicho adiós ante la imposibilidad de aquel amor secreto. Pachamama Elena no se había equivocado demasiado al relacionarlos a ambos con una despedida que marcó a sus almas para siempre. Cuando Héctor estaba a punto de despertarlo, Miguel le dijo, cambiando el tono de su voz por uno más alegre, que podía volar y surcar el cielo. El doctor decidió entonces esperar un poco y le pidió que continuara narrando lo que le ocurría. Miguel estaba volando desde el alma de Santiago y se sentía muy feliz. Había dejado su cuerpo para abrazar la muerte y, lejos de cualquier miedo o tristeza, se sentía libre de nuevo. Desde aquel estado, las emociones no dolían de la misma manera y todo era expansión y comprensión. De repente se vio en el sur de Francia, sobrevolando un bello castillo. Algo lo impulsó a en-

trar en una de las estancias atravesando sus gruesas paredes de piedra y allí encontró a Miryam, sentada, cosiendo junto a la ventana mientras el sol iluminaba la mitad de su rostro. El paso del tiempo se reflejaba en las arrugas de su piel pero seguía siendo muy bella. Ella no pudo verlo, pero el alma del hombre que tanto la amaba pasó a través de su cuerpo para acariciar su corazón. Miriam suspiró profundamente como si lo hubiera sentido, como si supiera que se trataba de Santiago. Dejó de coser mientras su rostro dibujaba una sonrisa. Entonces se levantó de su silla y se colocó justo delante de Santiago, como si pudiera verlo. Mientras dejaba escapar un par de lágrimas, dijo en voz alta y clara mirando fijamente hacia lo que quedaba de aquel esenio que siempre lo llevó en su corazón y que siempre lo amaría, a pesar de todo. Santiago estaba sorprendido y profundamente emocionado. Aquellas lágrimas simbolizaban el amor que todavía sentían el uno por el otro, más allá de cualquier vida. Se dio cuenta de que aquella mujer no solo no le guardaba ningún rencor, sino que le había estado mandando luz cada día de su vida. Al fin, el corazón de Santiago pudo abrirse para abrazar aquel destello que lo liberaba de cualquier juicio, de toda culpa. Entonces Santiago pudo irse en paz.

Cuando Héctor lo despertó, Miguel deseó que todo aquello fuera fruto de su ilusión. Temía que Alicia lo rechazara al saber que él no había sido Jesús. Tenía miedo de perderla. «Esa es la sombra a la que llamamos diablo, la sombra que todos llevamos dentro por el hecho de ser y sentir cosas que no están a la altura de lo que juzgamos correcto. El diablo tiene rostro y lo alimentamos cada día cuando no aceptamos todas aquellas partes de nosotros que relegamos al olvido», pensaba la mente de un Miguel frágil y tembloroso. Héctor volvió a tranquilizarlo mientras Miguel se hacía ahora consciente de lo dura que tuvo que haber sido la vida de María de Magdala, mujer sabia e iniciada en un tiempo de hombres. Envidiada por muchos de los apóstoles, compañera y esposa del maestro y, por tanto, responsable de acompañarlo hasta las últimas consecuencias; una mujer que amó a dos hermanos y escogió en función de la misión que los tres abrazaron. Decir

adiós al padre de su hijo estaba escrito, no en los Evangelios sino en las estrellas. Tuvo que ser un duro golpe para ella, al igual que la marcha de su hijo años más tarde al continente americano, pero la pérdida de Santiago, su otro gran amor, no estaba prevista porque de alguna manera el maestro ya había bendecido aquella unión entre su hermano Santiago y Miryam el día de su despedida junto al mar de Tiberíades. Miguel no lo podía recordar porque cuando era Santiago no entendió nunca el sentido del mensaje que Jesús le transmitió al oído al decirle adiós. Aquella era la razón por la que Miguel no podía escuchar nunca lo que Jesús le decía a Santiago en el sueño, aquel que se repetía a lo largo de toda su vida, el mismo sueño que también tenía Alicia, la mujer que amaba y que ahora identificaba más que nunca con María Magdalena. Miguel imaginó la soledad que tuvo que soportar el corazón de Miryam, una mujer que se convirtió tras su muerte en un modelo femenino por excelencia, un icono que para muchos representaba a la perfección a la auténtica diosa en la que una mujer se podía convertir si abrazaba con el corazón el poder de su sexualidad sagrada. Amante del arte como lo era, Miguel había leído en algún libro especializado que muchas de las vírgenes representadas en las pinturas del arte clásico junto a su hijo Jesús, sobre todo las vírgenes negras, eran en realidad representaciones simbólicas de María Magdalena y el hijo que tuvo con Jesús. Una cosa parecía evidente: mientras la Iglesia promovía modelos ideales de perfección y la renuncia sexual para alcanzar la perfección, como en el caso de una madre virgen y un Cristo sin deseo, Miryam y Yeshua abrazaron en su vida su sexualidad como el mejor de los regalos para crear una vida juntos desde el amor más abierto y consciente que pudiera existir entre un hombre y una mujer. No existía el pecado: era solo un invento para reprimir los instintos, generar culpabilidad y mantener el control sobre los fieles. Miguel se preguntó cuántas verdades se escondían tras los evangelios canónicos que tan poco contaban de todas aquellas vidas que él tan bien recordaba ahora, unas vidas tan humanas y comunes como las de cualquiera de los hombres y mujeres que pasaron y siguen pasando cada día por la Tierra.

Miguel todavía estaba procesando y asimilando todo lo que había revivido en la regresión. A pesar de las evidencias, algo de él no podía creer que aquello fuera parte de otra vida. Le costaba asimilar que era él mismo el que había estado llorando de forma desenfrenada unos minutos antes mientras estaba dentro del cuerpo de Santiago. Héctor le contó que cuando se recuerdan otras vidas y se conecta con traumas que generaron grandes bloqueos, se revive emocionalmente todo aquello como la continuación de una misma vida, sin que el tiempo y la distancia importen.

—Debes reposar y dejar que pasen los días para digerir lo que has revivido. Ha sido fuerte y tal vez necesites hacerte muchas preguntas. Si necesitas hablar, llámame. No todos los días me encuentro con una vida pasada tan reveladora. Confundir el amor con el drama y el dolor es algo a lo que el ser humano está todavía muy apegado —le dijo Héctor guiñando un ojo.

Ya más tranquilo, Miguel le preguntó mirándolo a los ojos:

—Pero, Héctor, ¿crees de verdad en otras vidas? ¿Era esto realmente un recuerdo? Quizá no existan otras vidas, o tal vez lo que he revivido sea como un sueño de esos que nacen de la fantasía.

—Mira, Miguel —dijo Héctor sonriendo—. Llevo ya muchos años en esto. Te puedo asegurar que incluso los que no creen en nada se van solitos a otras vidas cuando les hago una regresión. Otra cosa muy distinta es plantearse si esta o cualquier vida no son en sí mismas una ilusión como lo es lo que llamamos nuestra realidad.

—Oye, Héctor, ¿y qué pasa con las personas que dicen haber sido Cleopatra o Napoleón en otra vida? ¿Qué ocurre cuando hay más de una? ¿Algunas personas mienten o se lo imaginan y otras están en lo cierto? ¿Cómo saberlo entonces?

Héctor lo miró sonriendo y, frotando sus manos, dijo:

—Interesante pregunta, sí señor. Según la física cuántica, todo lo que puedas imaginar ya existe en alguna realidad paralela. De hecho, hay tantas realidades como posibilidades

puedan existir, por lo que es natural que cada uno contacte con distintos recuerdos en los que han sido la misma persona. De hecho, de eso se trata, de recordar a través de la imaginación. —Entonces el doctor dejó escapar una leve sonrisa antes de concluir con una misteriosa reflexión—: Mira, Miguel: todo lo que imaginas son recuerdos de la gran mente que todos compartimos. Todo existe ya en un eterno presente. Que tú recuerdes algo no significa que esté insertado en nuestro programa de vida colectivo, en nuestra línea de tiempo, pero tampoco significa que no sea verdad. Simplemente existe fuera de lo que consideramos ahora mismo nuestros límites.

Miguel no podía centrarse; estaba todavía muy revuelto. Mientras escuchaba a su amigo Héctor parecía estar oyendo a Herr Engel en uno de sus extraños sueños en la Marienkirche de Berlín. Jamás había visto a Héctor hablar tan seguido y de aquella manera. Eran las mismas palabras, la misma mirada. De pronto llamaron al timbre. Era una mujer. Aquel día no había nadie más que Héctor para atender en la consulta, de modo que el doctor le pidió que esperara unos segundos en la sala contigua.

—Si necesitas estar un rato aquí, puedes quedarte tumbado el tiempo que precises —dijo Héctor.

Miguel prefirió salir a la calle a que le diera el aire. Deseaba pasear un poco y reflexionar sobre lo que había pasado. El doctor lo ayudó a levantarse y lo acompañó a la puerta. Miguel le dio un abrazo y, al despedirse, le dijo a Héctor mientras subía el ascensor:

—A veces me desconciertas, Héctor. Hay algo que ronda mi cabeza hace días. Tanto misterio con Herr Engel y su encargo, las visiones de los mundos que estoy pintando, las sensaciones que recorren mi cuerpo. Toda mi realidad parece moverse y no sé qué pensar. Estoy algo confuso. Voy a dejarme sentir todo esto que ha pasado. Todo es siempre tan relativo... Gracias por tu ayuda de todas formas.

Héctor sonrió como era habitual en él y, antes de cerrar la puerta, dijo:

—Hasta pronto, Miguel, y recuerda: no todo lo que se dice desde el programa tiene por qué ser cierto. Nada es relativo. Todo es absoluto. Piensa en ello. Si proyectas desde lo relativo solo obtendrás resultados relativos. Si lo haces desde lo absoluto, lo que recibirás siempre será absoluto.

Miguel bajaba en el ascensor todavía con la mirada de Héctor grabada en su memoria. No era posible que algo lo relacionara directamente con los sueños de la Merienkirche de Berlín; era demasiado absurdo para creerlo. Además, estaba todo aquello que acababa de revivir en la regresión. La impresión grabada en su pecho no le permitía pensar en mucho más. Héctor era su amigo y no era lógico que tuviera algo que ver con las sensaciones físicas tan extrañas que estaba experimentando desde que Herr Engel le encargó aquellas pinturas. Tenía que ser el efecto de mirar al sol cada mañana o tal vez una simple casualidad. No lo sabía, pero Héctor Chong utilizaba la hipnosis para distraer a la mente, para satisfacerla mientras se introducía en las memorias internas transformando los programas anidados en el disco duro de la mente inconsciente. Podía sembrar en los demás cualquier cosa que decidiera, ideas que germinarían tarde o temprano, ideas que transformarían la realidad colectiva. Ayaaksas estaba despertando sutilmente la *syneidesis* de una humanidad que poco a poco empezaba a recordar su luz.

Capítulo 19

Atando cabos

Javier había pasado casi toda la primera parte de la tarde dándole vueltas a todo lo que había experimentado aquella mañana en la consulta de Héctor Chong. No podía olvidar la majestuosidad de aquel maravilloso mundo pleyadiano que tanto conocía ahora o el hecho de que el hombre de rubia cabellera resultara ser un espejo de sí mismo manifestado desde otra realidad cuántica. Incluso aquel fortuito encuentro con Miguel Claveras parecía ser una clara señal de que la magia se abría en su vida. A pesar de sentirse mejor que nunca, algo de él todavía se resistía a abandonar los viejos patrones, así que poco a poco fue volviendo a su estado habitual en el que un Javier desconfiado y pesimista sobrevivía a pesar de todo.

—Suerte que hoy tengo la cita con Azucena, aunque me toque cargar algunos muebles —pensó en voz alta—. Me parece que no me irá mal una dosis de normalidad —añadió.

Tampoco olvidaba que venía a cenar a su casa su amigo Bernardo. Encargarían una de aquellas pizzas que tanto dis-

frutaban juntos y verían una película con la esperanza de que el Mercedes negro y sus posibles ocupantes decidieran ir a vigilarlos aquella noche. Bernardo lo había pasado muy mal en su separación. Su mujer se había ido de casa con sus dos hijas, y verlas solo cuando el juez lo determinaba había sido un duro golpe para un hombre cuyo mundo dejaba de tener sentido sin ellas. Javier había sido un gran apoyo para él. Incluso lo había acogido en casa varios meses, cuando le dieron la baja temporal por depresión. La terapia a base de pizzas, buenas películas y amigos incondicionales lo fue remontando hasta que volvió a enamorarse, esta vez de una profesora de pilates, una mujer adorable con la que se entendía a la perfección. Aquello había sucedido hacía tiempo, pero Bernardo no lo olvidaría nunca. Quería a Javier como a un hermano y, aunque aquel día no estaba de servicio y aquella no era su zona, esa noche venía dispuesto a arriesgarlo todo por él.

Miguel había llegado a casa y buscaba en Internet un reportaje que había leído no hacía mucho sobre el apóstol Santiago. No le interesaba lo que contaba la historia oficial, porque en ella aún no se había descubierto América en la época de Jesús, y en su regresión, tanto el supuesto hijo del maestro como Santiago viajaban al continente americano donde parecía que ya habían llegado otros antes que ellos. En sus recuerdos durante la sesión con Héctor se había visto en lo que actualmente eran las tierras de Perú, pero en Internet no había nada al respecto. Al fin encontró algunas cosas en las webs conspiranóicas. Una de ellas relataba que el discípulo Santiago no existió hasta que el Vaticano y los reyes de Asturias, junto con Alfonso II, descubrieron en el siglo VIII un supuesto texto que rezaba sobre el lugar en donde descansaban los restos de Santiago en Compostela. Al parecer, en realidad en aquella tumba estaba enterrado un druida llamado Prisciliano, y el camino de Santiago era posiblemente otro montaje, a pesar de que en la web se hablara también de los beneficios de recorrerlo. Miguel se dio cuenta entonces de que el que escribía en aquella web era Javier Pérez Barba, el mismo que se había dejado la cartera en la consulta de Héctor Chong. «Qué casualidad», pensó. Era evidente que tenía razón en una cosa.

Si Santiago había emigrado a América en la época en la que no era oficial el descubrimiento de aquel continente, era muy probable que su cuerpo no estuviera enterrado en Compostela. Lo que sí tenía claro era que el que fuera hermano de Jesús, al igual que ocurría con la figura del maestro, había existido en realidad, al menos en su memoria más reciente. Tal vez debía contarle a Javier su experiencia. «Quizá algún día», reflexionó. Lo primero que deseaba, muy a su pesar, era hablar con Alicia de todo aquello. Temía que se alejara de él, pero sentía que debía afrontar sus miedos. Antes de apagar su ordenador y sin saber cómo descubrió una frase que alguien había copiado de una web de crecimiento personal. Decía: «La única salida del laberinto es el mismo lugar por el que se ha entrado. Ese es precisamente el sitio al que jamás queremos volver, quedando atrapados así en cualquier área de nuestras vidas». Aquello parecía una señal, un mensaje para él. Se levantó y llamó a Alicia para verse aquella misma noche.

Javier llevaba puesta su camisa nueva. Se había perfumado como nunca después de darse una larga ducha. Estaba feliz, con nuevas sensaciones. Incluso parecía rejuvenecido. Tenía una cita en el sótano con una chica de ensueño y estaba descubriendo dentro de sí una nueva manera de abrazar la vida. Unas horas después estaba sudado y totalmente descamisado. Su vecina se había encaprichado de un armario y de una pesada cajonera que tuvo que subir él solo mientras ella lo animaba con una gran sonrisa y su acentuado canalillo asomando entre los botones de su blusa de seda. Podía haber pedido ayuda, pero no quería que Azucena pensara que él solo no era capaz de tal proeza. Estaba dispuesto a impresionarla. Gracias al ascensor y a algún vecino que pasó por allí Javier logró su cometido. Cuando terminaron, esperó a que aquella chica lo invitara a entrar en su apartamento para ofrecerle un café o un refresco, pero al parecer tenía un compromiso y debía salir unas horas. Azucena dio las gracias a Javier y se despidió rápidamente de él. Cuando abrió la puerta de su piso su cara era un poema. Estaba muy enfadado y completamente sudado. Con resignación, Javier volvió a pasar de nuevo por la ducha.

—Ahora comprendo lo que es sentirse usado y manipulado por el sexo opuesto —se dijo en voz alta mientras abría el grifo del agua caliente.

Al tocar las ocho de la tarde ya estaba encargando dos pizzas. Bernardo llegó al mismo tiempo que el repartidor, así que bebieron cerveza y cenaron pronto mientras ponían una película y hablaban de sus cosas. Javier se levantó un par de veces a la cocina a por más bebida y aprovechó para controlar si había moros en la costa en el callejón.

—Ni rastro del Mercedes, tío. Manda cojones: el día que vienes, estos no aparecen —dijo Javier a un concentrado Bernardo.

—Tío, no me distraigas, que esta es la mejor parte. Aquí Jackie Chan les da una paliza a todos de la hostia, ¿recuerdas? Y no te preocupes, que todavía es pronto. ¿Cómo sabes que no es solo un tipo el que te vigila? ¿Los has llegado a ver alguna vez? —dijo Bernardo mientras devoraba el último trozo de pizza.

—No, solo un momento. Aquel día había uno al volante, pero seguro que se turnan. Quién sabe, quizá solo quieren tenerme controlado. Solo deseo que el Mercedes esté en el callejón esta noche, sea quien sea el que esté al volante. Mira, mira, aquí llega la mejor parte —añadió Javier al ver que el protagonista de la película comenzaba a saltar de un edificio a otro escapando de sus perseguidores mientras hacía un sinfín de acrobacias.

Eran como niños. Así se volvían cuando se juntaban. Cuando terminó la película estuvieron hablando de conspiraciones hasta que Javier hizo callar a Bernardo. Se acercó a la puerta de la entrada y pegó a ella la oreja. Era Azucena, que volvía con alguien. Puso el ojo en la mirilla para ver lo que sucedía en el rellano, mientras Bernardo decía alguna cosa a la que Javier no prestó la más mínima atención. Aquello era importante para Javier, así que pidió a su amigo que se callara con un gesto y siguió observando: la vecina iba acompañada de un apuesto joven vestido de cuero que continuamente

la achuchaba. Se besaron apasionadamente en la puerta y después entraron en el apartamento. Javier estaba hundido. «Definitivamente, no soy afortunado en el amor», pensó. Bernardo volvió a decir algo, pero Javier, ensimismado en su mala suerte, no le hizo caso. Entonces Bernardo elevó la voz:

—Javier, coño, te he dicho que apagues las luces. Allí está el puto Mercedes negro, tío. Ya lo tenemos.

Javier despertó de golpe e hizo lo que su amigo le pedía. Observaron desde la ventana la parte delantera del inconfundible Mercedes y la silueta de su conductor dibujada en la penumbra. Ciertamente, parecía que alguien estuviera vigilando la casa desde el coche. Bernardo decidió tomar las riendas del asunto. Pidió a Javier que se quedara arriba observando. Él deseaba acompañarlo, pero su amigo fue bien explícito:

—Tío, ¿quién es aquí el profesional de esto?

—Tú, claro —contestó Javier con resignación.

—Pues eso. Yo bajo a ver qué pasa y tú me observas desde la ventana. Si hay algo chungo y necesito refuerzos, llamas a este número; llegará una patrulla enseguida —concluyó Bernardo mientras le entregaba un papel con un número de teléfono escrito.

Acostumbrado a dar órdenes a sus hombres, el joven policía bebió el último trago de cerveza y salió por la puerta del apartamento, pistola en mano.

—Muchas películas ha visto este —dijo para sí Javier, que se quedó observando la calle desde la ventana.

En seguida vio aparecer a Bernardo en la escena. El policía se acercaba sigilosamente al callejón como si de una operación de alto secreto se tratara. Todo estaba en silencio hasta que algo sobresaltó a Javier. Eran gemidos y gritos procedentes de la vivienda de su vecina Azucena. Al tener las ventanas abiertas, aquel barullo se oía desde la misma calle. Bernardo se dio la vuelta y miró hacia la ventana de su amigo sin entender de dónde venía todo aquel estruendo. Se rió al darse cuenta y siguió a lo suyo. La voluptuosa vecina y su acompa-

ñante gritaban cada vez más fuerte. Javier no podía creer lo que estaba sucediendo. Golpeó la pared de Azucena sin que ella pareciera inmutarse.

—¡Parece que han estado de celibato siete años, joder! ¡Si esto es como una peli porno! —gritó Javier, pero enseguida intentó calmarse y volvió a su puesto de guardia.

Estaba rabioso, pero no era para tanto, pensó mientras sostenía el teléfono en la mano derecha, preparado para usarlo ante cualquier emergencia. Se dio cuenta de que Bernardo ya estaba a la altura de los contenedores; a continuación se adentró en la penumbra. A Javier le pareció ver cómo se abría la puerta del coche, pero no conseguía ver qué sucedía. Estaba nervioso, y aquellos gemidos de la vecina y su acompañante no ayudaban precisamente a calmar sus nervios. Trató de respirar pensando en la suerte que tenía de que aquella moza trabajara habitualmente de noche. Al fin, vio asomarse a Bernardo. Llevaba una sonrisa en la boca. Miró hacia su ventana y levantó la mano derecha cerrando el puño en señal de victoria. Cuando llegó arriba estaba muerto de risa. Le contó a Miguel que aquel era el mismo alemán de sus informes, el hombre casado y padre de dos hijos que trabajaba en la Bayern. Había admitido estar vigilando el edificio, pero no era precisamente la ventana de Javier la que observaba cada noche, sino la de su ex amante Azucena Fuentes. Javier tuvo que sentarse. Aquel hombre la vigilaba a ella.

—Pero no lo entiendo. ¿Qué sentido tiene que la vigile por la noche? Ella no está nunca en su casa. Azucena trabaja hasta la madrugada y vuelve a casa antes de que amanezca, que lo sé yo. Al principio pensé que era prostituta por cómo vestía y los horarios que hacía. La veía entrar y salir a horas intempestivas, hasta que me dijo que trabaja de gogó en una discoteca. Ese coche se pasa las noches aquí. No tiene ningún sentido. Aquí hay algo que no encaja, Bern.

—Sí, ya caí en eso —dijo Bernardo con una sonrisa—. Estaba tan acojonado que me ha contado su vida y milagros. Me ha dicho que su mujer lo ha dejado y que prefiere pasar la noche en el coche, observando la ropa tendida de la tal Azucena,

antes que estar solo en casa. Se ve que espera cada día a que amanezca para verla entrar por el portal cuando ella vuelve del trabajo. Me ha parecido un hombre totalmente destrozado y colgado por tu vecinita. A saber qué les dará, aunque a juzgar por los gemiditos... —dijo el joven policía bromeando un poco—. La verdad es que el tipo está muy obsesionado con la chica. No parece peligroso, pero tendré que advertirla. ¿Está buena?

Javier respiró liberando toda la tensión de los últimos minutos y empezó a reír.

—¿De qué te ríes?—preguntó Bernardo.

—¿De qué quieres que me ría? Me río de mí y de lo patético que soy. Llevo semanas paranoico perdido, y ahora resulta que nadie me estaba vigilando. A la que espiaban era a la vecina. Encima hoy la tía me ha liado para que la ayudara a cargar unos muebles y ahora se tira a otro tío aquí al lado, con banda sonora incluida, mientras el espía *iluminati* del Mercedes ha resultado ser un pobre cornudo que duerme delante de mi casa. Y, además, mi mejor amigo, que es un policía medio salido, solo piensa en ser el siguiente en beneficiársela sin haberla visto siquiera. ¿No es de locos? —dijo Javier entre risas.

—¡Ey!, que yo soy legal y tengo novia. No confundamos las cosas. Lo que pasa es que me sale el instinto, que para algo somos hombres —se justificó Bernardo justo en el instante en el que se oyó de nuevo una gran variedad de gemidos provenientes del piso de al lado, que arrancaron las carcajadas de ambos amigos—. Oye, no sé si estará buena, pero parece que es una tigresa en la cama, ¿eh? —continuó diciendo Bernardo sin poder apenas hablar.

La verdad es que los gritos eran muy peculiares e incluso algo cómicos. Aquella chica parecía todo fuego. Javier se levantó del sofá sin poder parar de reír y respondió a Bernardo como pudo:

—Buena sí está, pero tiene un morro que se lo pisa. Ya te la presentaré otro día, cuando haya que subir más muebles.

No pudieron parar de reír hasta que decidieron poner otra película de acción. Aquel era un día especial. Javier había decidido dejar de ser un conspiranóico.

Alicia siempre había soñado con encontrar a su alma gemela. Cuando era una adolescente escribió en su diario que quería a un guerrero y un mago. Aquello no había cambiado. Miguel le había demostrado que era ambas cosas, y el pasado de ambos como María Magdalena y Jesús solo confirmaba lo que ella sentía. Miguel la había citado para cenar. Esta vez fue Alicia la que se desplazó a su casa. Miguel puso la mesa en la enorme terraza que daba al Turo Park. Tenía ganas de respirar aire fresco, y la temperatura era perfecta aquella noche. Cuando llegó, Alicia estaba expectante ante lo que Miguel deseaba contarle. No esperaron a la cena. Se sentaron en el balancín que había en el otro lado de la gran terraza y entonces Miguel le contó lo que había ocurrido en la consulta del doctor Chong. Cuando terminó, la reacción de Alicia no fue ni mucho menos la que Miguel tanto temía. Alicia tomó sus manos y, mirándolo a los ojos, le dijo:

—No importa, Miguel, el pasado no me importa nada. Solo me interesa el presente. Únicamente deseo tener en cuenta lo que pasó en otras vidas para limpiar lo que nos afecta aquí y ahora, y nosotros ya lo estamos haciendo. Yo no deseo a Jesús, existiera o fuera un sueño. Tampoco a Santiago. Te deseo a ti.

Aquellas palabras abrieron de nuevo el corazón de Miguel. Sintió que ella lo amaba por encima de cualquier expectativa. Pasaron la noche abrazados tras una romántica cena. Alicia tenía el período, pero, al contrario de muchas mujeres que Miguel había conocido, estaba más dulce y amable que nunca. Mientras ella dormía descansando sobre el torso de su mago, este recapitulaba todo lo que había ocurrido durante el día. Su mente, incansable, viajaba de un lado a otro entre reflexiones y teorías que lo ayudaban a poner palabras a todo aquello que sentía. La influencia de Herr Engel, aunque fuera en sueños, estaba haciendo efecto en su forma de ver la vida. Ahora entendía que se hallaba en un juego elegido y que era capaz de

generar lo que deseara dentro de su propia experiencia vital. Todo lo que había hablado con el millonario suizo en la Marienkirche de Berlín empezaba ahora a cobrar mayor sentido. Miguel podía comprender desde un profundo equilibrio. Héctor Chong también lo había ayudado mucho con la regresión. Podía dudar de la veracidad de aquellas visiones, pero no de su autenticidad. Fueran fantasía o realidad, tenía los recuerdos de aquella vida grabados en su memoria y sentía desde la más absoluta de las certezas que la existencia no terminaba tras la muerte. Era maravilloso disfrutar de la vida sabiendo que nada desaparece realmente. «La vida está en todas partes y es pura transformación. Nosotros somos los verdaderos maestros creadores de nuestra propia experiencia», pensó. «Ojalá todo el mundo lo supiera y se lo creyera. Eso es lo que más cuesta: creer en el poder que tenemos». Comprendió que era demasiado difícil para una mente programada de otra manera entender la realidad como la obra de arte que estamos creando nosotros mismos cada día. Era más sencillo creer encontrarse con ella por casualidad y navegar a su capricho. Miguel reflexionó integrando toda la información que había recibido aquellos días: «No solo creamos conscientemente. Si fuera así, nos acordaríamos de haber deseado todo lo que envuelve nuestras vidas. Es obvio que también creamos desde lo que se mueve en la sombra de nuestro inconsciente. En cierto modo, es normal que uno salga a la calle sin saber que todo lo que se encuentra a su paso es fruto de sus propios pensamientos y emociones, deseos y frustraciones». Miguel pensaba de forma espontánea y relajada. No había ansiedad o distracción de sí mismo al hacerlo. No era la mente analítica la que hablaba, sino la gran mente universal fluyendo a través de él. Aquellos estados creativos no solo se alcanzaban pintando, sino, simplemente, siendo uno mismo. «Tiene toda la razón Héctor Chong, a pesar de ser a veces tan enigmático. Existen infinitas posibilidades coexistiendo al mismo tiempo, miles de posibles pasados, presentes y futuros flotando en el universo, esperando ser encarnadas en nuestro mundo físico», se dijo para sus adentros, entusiasta como lo era de la física cuántica. Tenía sentido lo que el doctor Chong y el Herr

Engel de sus sueños le habían transmitido durante aquellos días. «Tal vez es cierto que, cuando imaginamos, lo que hacemos es recordar alguna de esas realidades que ya existen en la memoria del universo, realidades que podríamos encarnar en nuestro mundo físico si así lo decidiéramos. Quizá somos como informáticos, capaces de rescatar programas de otras posibilidades cuánticas que podemos insertar en el disco duro de nuestra experiencia presente». Miguel era muy mental y siempre necesitaba una explicación racional. Sabía que la pintura lo ayudaba a compensar su excesiva racionalidad. Pasaba horas pintando sin dejar que la mente interviniera. Se situaba delante del lienzo y se dejaba fluir, permitiendo que el universo se manifestara a través de él. Eso al menos explicaba a sus compradores. «Cuando pienso demasiado, el cuadro se estropea, pierde el alma», solía decir.

Aquella noche no necesitaba pintar para sentirse pleno y feliz. Le bastaba con saber que Alicia estaba allí dormida, con oler la dulce fragancia de su perfume mientras respiraba la libertad de ser consciente. Aquel momento era su obra de arte más preciada, y era muy real para él. Algo en su interior estaba abriéndose a lo inconmensurable. Tras un breve silencio interno, empezó a experimentar la sensación de que no existía la separación. Lo había leído y racionalizado muchas veces, pero jamás lo había sentido tan claramente como aquella noche, con Alicia descansando entre sus brazos. Tal vez el sueño que compartían desde que eran niños y los resultados de la regresión con el doctor Chong tenían mucho que ver con lo que ahora estaba experimentando. Volvió entonces a su memoria aquella escena junto al mar de Tiberíades. ¿Eran ellos realmente María Magdalena y Santiago? ¿Tenía sentido que Jesús hubiera sido el esposo de María y que, tras sobrevivir a la cruz, la hubiera dejado con un hijo a su cargo? ¿Por qué no contaban todo aquello los Evangelios, al igual que otras tantas cosas cómo la vida posterior del maestro en la India? «No hay una acción o un solo instante de nuestras vidas que no sea espiritual si así lo decidimos. Herr Engel tiene razón. Quizá ir al baño o enfadarse es tan espiritual como meditar o sentarse frente al mar. Necesitamos dioses y diosas que nos protejan

porque no creemos en nuestro poder. Eso hace que creemos fuera de nosotros seres ideales, modelos de perfección que estén por encima de los juicios que generamos al renegar de nuestra humanidad, como si un ser humano no fuera algo digno de admiración por el simple hecho de ser lo que ya es», dijo para sus adentros. Cerró los ojos, y la luz de la luna que penetraba a través de la ventana tiñó las sábanas de un precioso azul plateado. Se había quedado dormido, y ante la oscuridad que se presentaba ante él se abrió una poderosa luz que lo guió hasta el lugar en donde se dibujaban bellas imágenes de resplandecientes ciudades y doradas puestas de sol. Estaba paseando entre sus pinturas, haciéndolas realidad sin saberlo. Se dio cuenta entonces de que allí tenía un cuerpo que no era el suyo y vestía unas extrañas ropas. Era como si estuviera dentro de una regresión espontánea que lo había llevado a una vida más allá de los sueños. De golpe recordaba muchas cosas. Estaba en las Pléyades y era un maestro muy poderoso y bien considerado. Recordó que los miembros del consejo que tomaban las decisiones de aquellos mundos eran energías de amor puro en forma de esferas. Aquellas ciudades eran auténticos mandalas vivientes construidos a partir de los pensamientos y emociones que generaba la energía creativa de sus habitantes. La vegetación estaba presente por todas partes, radiante, luminosa. Había mucho espacio vital para todos. Hombres, mujeres y niños eran felices allí y colaboraban unidos para que aquel mundo fuera lo que todos expresaban desde el respeto y el amor más puro. No había control ni represión; no existía miedos ni obligaciones. Todos eran responsables de sí mismos y estaban en un estado permanente de equilibrio y escucha interna. Miguel sabía también que en aquel mundo tenía un nombre. Lo llamaban Elishik. Comprendió entonces que aquel mundo de ensueño era lo que estaba atrayendo a la Tierra a través de sus pinturas. Estaba usando su *syneidesis* para ayudar a encarnar aquel universo dentro del programa colectivo que formaba parte del juego, del juego mágico de la vida. Entonces vio a uno de sus hermanos, un ser reluciente que llevaba sobre su pecho la imagen de una Flor de la Vida. Su nombre era Ayaaksas, un maestro que

velaba por la evolución de la especie humana en la Tierra. Le pedía que viajara con él al planeta azul. Había decidido encarnar allí como humano para colaborar en el despertar de la humanidad, facilitando su paso a la cuarta y quinta dimensión. Ya habían estado allí juntos durante los primeros ciclos de vida en la Tierra, cuando sus almas aprendieron a fusionarse con un cuerpo de aquellas características para ayudar a que la raza humana evolucionara con mayor rapidez. Cuando lograron salir de la rueda de encarnaciones de la Tierra, volvieron muchas más veces al planeta azul con sus naves de luz como instructores pleyadianos, antes incluso de los tiempos gloriosos del continente de Mu, pero decidieron no entrar de nuevo al ciclo de reencarnación hasta un poco antes de la total destrucción de la Atlántida, cuando muchos pleyadianos encarnaron como humanos para ayudar a traspasar el dolor colectivo de aquella gran debacle desde la densidad. Al hacerlo, muchos de ellos quedaron atrapados a la rueda kármica que los llevó a perderse dentro del gran vórtice espacio-temporal generado por el programa que rige el juego. Sabían que aquello era arriesgado, porque, al entrar en la rueda de encarnaciones de la Tierra, el alma puede quedar anclada a la densidad con mucha facilidad. Ayaaksas también deseaba rescatar a sus compañeros perdidos despertándolos de su amnesia. Encarnar era la forma más efectiva de hacerlo respetando el libre albedrío.

El pleyadiano que fue Miguel en aquella vida aceptó ir con su hermano y amigo, confiando en que se ayudarían en los momentos difíciles. De golpe, el rostro del luminoso Ayaaksas se convirtió en el del doctor Chong. Estaba de pie ante él, con las mismas ropas de Ayaaksas, sonriendo y mirándolo fijamente a los ojos mientras señalaba el símbolo de la Flor de la Vida que llevaba grabado sobre su pecho, encima de la túnica blanca. Estaba soñando, pero, una vez más, aquel sueño era muy real para él. Se dio cuenta de que no podía dejar de mirar aquel bello símbolo de geometría sagrada. En ese momento el doctor Chong empezó a reír de forma desmedida mientras se transformaba poco a poco en otra persona. Se trataba de Herr Engel. «¿Qué me está ocurriendo? ¿Es real todo esto

o estoy soñando?», pensaba Miguel dentro del mismo sueño. Herr Engel dijo entonces:

—Recuerda que no hay nada en tu vida que no sea un sueño, Miguel. Todo lo imaginas. Escucha como late tu corazón. Estás ahora abriéndote al fin a la *syneidesis*. Bienvenido a casa.

De golpe, la cara de Herr Engel resultó ser una máscara que, al caer, descubrió de nuevo el rostro de Héctor Chong. Miguel no entendía nada. Cuando trató de acercarse, empezaron a caer, una tras otra, un sinfín de máscaras que desvelaban múltiples personalidades de aquel personaje que, de pie ante él, reía de forma histriónica. Cada vez que caía una máscara aparecía un nuevo rostro, hasta que, al fin, aquel personaje dejó que cayera la última careta para mostrar a Miguel que en realidad no tenía un verdadero rostro. Fue entonces cuando, con una voz de ultratumba que parecía alejarse de la escena progresivamente, le dijo:

—Es más real lo que ocurre en los sueños que lo que crees que es el mundo real. Pocos conocen el secreto que albergan los sueños; espacios donde los números se disfrazan de símbolos para manifestar desde lo sutil el orden de la vida. Así son los mundos inconscientes. Muy pocos son capaces de rescatar algo realmente valioso de ellos. Si sabes mirar y escuchar, lo primero que aprendes es que todo lo que vives, lo que sientes, lo que respiras y lo que crees es una ilusión. Tú y yo somos lo mismo, Miguel, lo mismo que cualquier cosa que veas, que cualquier persona con la que te encuentres, lo mismo que cualquier universo que sueñes y lo mismo que el infierno que tanto temes. Todos somos Dios, Miguel. Somos Dios soñando juntos la Creación.

Miguel se despertó de repente. Eran las tres de la madrugada. Se levantó de la cama para beber agua tratando de no despertar a Alicia, que dormía profundamente. Mientras se dormía de nuevo, su mente empezó a abrir puertas que solo los magos se atreven a cruzar; puertas hacia los mundos sutiles donde se gesta todo proceso de creación. Aquella noche alguien estaba guiando a Miguel a través de sus sueños, y no

era la primera vez que lo hacía. Alguna fuerza lo protegía; un mensajero escondido bajo el disfraz de un ángel que, pese a responder al nombre de Ayaaksas, era mucho más que el recuerdo de un pleyadiano.

Por la mañana Javier estaba más inspirado que nunca. Las palabras fluían solas a través de las teclas de su ordenador. Escribía entusiasmado un artículo sobre el poder interno que habita en el ser humano. Una vez acabado, lo colgó en la Red. En ese mismo momento, en otro punto de la ciudad, Miguel desayunaba con Alicia unos sabrosos cereales con leche de avena y fruta del tiempo. Luego la acompañó paseando al colegio y compró algunas pinturas que necesitaba en la tienda de bellas artes. Al volver a casa, encendió el ordenador y se conectó a Internet para consultar un par de cosas más sobre el apóstol Santiago en la web de Javier. Al ir a la página de inicio, se encontró con aquel nuevo artículo que había escrito el periodista independiente a primera hora de la mañana, un escrito muy diferente a los que hacía habitualmente. Su forma de expresarse mostraba a un Javier muy distinto, más constructivo y centrado. Antes de ponerse a pintar, Miguel leyó atentamente el post que Javier Pérez Barba había titulado «El Cristo solar», un reportaje que aquel joven periodista no escribía por casualidad, alumbrado por un sinfín de recuerdos y sensaciones nuevas, fruto de la aceptación de todo aquello que en él se removía desde que recordó quién era en realidad. Aquel era un mensaje cifrado para Miguel; un mensaje canalizado de las estrellas.

La palabra «cristo» viene del griego Khristos*, que significa en realidad no solo «el ungido», sino básicamente «el que se unge a sí mismo». Ese es el poder del autorreconocimiento. No puedes ser grande si no te reconoces grande a ti mismo; no puedes ser sabio si esperas que otros reconozcan desde fuera lo que antes no puedes sentir tú mismo. Eres lo que crees y creas lo que crees. La palabra «Khristos» es a su vez una traducción de la palabra hebrea* «Mesias»*, que significa «ungido para ser rey». Un rey es el que determina lo que es real. Un rey decide y es soberano de su vida y de su creación, a pesar de que en nuestro mundo la esencia de lo real se haya*

prostituido. Tú eres el rey de tu vida, el sol que alumbra tus creaciones. Precisamente el sol es un modelo crístico muy antiguo, pese a que muchos confundieron al modelo y lo adoraron en lugar de usarlo como se usa un arquetipo, recordando a través de él cualidades y potenciales de expresión y experiencia que nos muestran un camino de autoconocimiento. En realidad, el sol ya fue un modelo para nuestros ancestros, porque sabían que se trataba de un ser consciente muy poderoso, un bello espejo en el que reflejarse. A pesar de ello, también muchos lo adoraron como adoramos hoy a dioses y maestros, a la ciencia, a la medicina, a sistemas económicos o bancarios, a estrellas de pop y de rock, a futbolistas... Nos encanta adorar lo externo, lo que creemos que está por encima de nosotros. Necesitamos adorar a lo superior porque está en nuestro programa ser inferiores, nos guste o no. Me refiero al programa heredado, no al esencial, que es pura sabiduría.

El sol brilla igual para todos, pero no todos obtienen el mismo beneficio ante su presencia. Si te alejas demasiado, te enfrías, y si te acercas más de la cuenta, inevitablemente te quemarás. Gestionar lo que te ocurre ante su grandeza es tu responsabilidad, no la suya, al igual que ante cualquier cosa que proyectes en tu día a día. Nada te ataca realmente por ser y manifestarse; solamente genera un efecto sobre la obra de arte que es nuestra vida. En realidad, el sol es generoso porque se ocupa de brillar para sí. Se ama tanto que se llena de todo lo que necesita. Una vez pleno de amor, irradia lo que le sobra hacia afuera, repartiendo su brillo. «Ama a los demás como a ti mismo» es una de las frases más grandes jamás pronunciadas, pero solemos atender solamente a la primera parte de la misma y descuidamos la fundamental. Tememos el juicio y la culpa sin comprender que quien no se ama y se da a sí mismo todo lo que necesita, jamás podrá amar fuera, pues está ocupado en buscar lo que llene su vacío. Por el contrario y como ocurre con el sol, nuestra felicidad irradiará hacia afuera si estamos llenos.

El sol es un modelo de amor que está por encima de juicios y culpas, con el corazón abierto, manifestando su grandeza. Ese es el verdadero mensaje de este arquetipo solar y lo

que hizo Jesús cuando se transformó en Cristo. Debemos recordar que si brillamos desde todo nuestro potencial, traspasaremos cualquier barrera y descubriremos en cada uno de nosotros a un mago capaz de convertirse en un verdadero Cristo solar.

En San Salvador de Biaña, Juan Lobo perseguía a Gato con la vara en la mano mientras el cachorro escapaba hábilmente de su hostigador. Juan sabía que terminaría cogiendo a aquel perro, que era cuestión de tiempo y paciencia. Estaba desesperado con aquel animal. Incluso había pensado en sacrificarlo si nadie deseaba quedarse con él. Entonces ocurrió algo inesperado. Juan se sentó a descansar junto a una encina, pensando que más tarde lo atraparía, y se quedó dormido a la sombra de aquel árbol centenario. Al despertar, el cachorro lamía su rostro. En lugar de levantarse bruscamente y reñirlo, Juan empezó a hablar con él como lo hacía con los animales cuando los sacrificaba. Descubrió entonces que aquel don no servía solo para quitar la vida sino también para darla. Gato, aquel perro incapaz de permanecer quieto sin estar atado, se durmió en sus brazos. Juan estaba emocionado. Pocas personas lo habían visto llorar. Mientras dejaba que sus lágrimas lavaran su propia impotencia e indignidad, se dio cuenta de cuánta violencia llevaba todavía dentro de él. Eran heridas de su niñez, de cuando su padre le daba aquellas monumentales palizas y lo educaba para ser un hombre fuerte y recto. Sus ojos enrojecieron sin vergüenza. Quería liberar a aquel niño que todavía vivía traumatizado en algún rincón de sus memorias internas, y aquel cachorro era el ángel que le mandaba la vida para darse cuenta. Ya estaba cansado de esconderse siempre tras aquella dura coraza. Solo deseaba acariciar con ternura a Gato y respirar profundamente la vida desde aquel estado de fragilidad. Era feliz descubriendo que no era un monstruo, que detrás de la agresividad contenida que a veces demostraba había mucha tristeza, mucho dolor acumulado. Su padre no era una mala persona; solamente estaba perdido, como tantas otras gentes que hacían lo que podían en la vida desde donde habían aprendido a sentir. Cuando llegaron Elena y Lucía de bañarse en las pozas, los encontraron

durmiendo apoyados el uno junto al otro. Juan amaba a aquel perro y a cada ser vivo que había sobre la faz de la Tierra, pero en ocasiones no era capaz de gestionar lo que le ocurría por dentro ante las necesidades a las que la misma vida lo exponía.

Capítulo 20

Volver al corazón

Habían pasado unos días. Aquel texto que había escrito Javier Pérez Barba había calado muy hondo en la memoria de Miguel, especialmente las últimas frases. No sabía por qué, pero venían a su mente una y otra vez. «Todos podemos llegar a ser el cristo, un verdadero cristo solar», se decía una y otra vez. Aquel mensaje cifrado se había arraigado en su inconsciente. Una vez más, el universo conspiraba para llevarlo poco a poco al lugar adecuado.

Se acercaba el día de la exposición y también el momento de mandarle el encargo a Herr Engel. Trató de rematar algunas de sus últimas pinturas y terminó de firmarlas y catalogarlas. Mientras lo hacía se sentía afortunado, y venían a su cabeza como pétalos deshojados las imágenes de Alicia, Álex, su hermana Isabel, Héctor, Elena, Juan Lobo, la pequeña Lucía y toda la gente que conocía. Incluso le pareció estar acompañado de sus padres y su abuela. Miguel se había levantado aquella mañana en un estado absoluto de gracia, sintiendo un incomprensible amor no solo por sus seres queridos sino tam-

bién hacia todos los habitantes de la Tierra. Cuando terminó con el encargo decidió empezar un nuevo cuadro, aprovechando la explosión creativa que sentía. Mientras pintaba, cayó en la cuenta de que el tiempo parecía detenerse y que lo que habitualmente necesitaba varias horas de ejecución, se resolvía por sí solo a través de certeras pinceladas que nacían de su estado creativo de forma espontánea y fluida. Su pincel sabía dónde y cómo debía dibujar la luz y los volúmenes de forma magistral, mientras sentía que era capaz de danzar con la vida. «A eso lo llaman fluir», pensó. Cada mañana, cuando miraba al sol, lo observaba expresarse desde aquella explosión de calor, y sentía la plenitud del amor acariciándolo por dentro y por fuera, pero jamás había disfrutado tanto de la sensación que ahora lo llevaba a generar para sí aquella frecuencia de forma tan consciente. Recordó de nuevo el reportaje que había escrito Javier. Hacía tiempo que el sol ya era un maestro para Miguel. Aprendió de Pachamama Elena a aplicar su enseñanza actuando desde lo cotidiano. Tal y como había escrito Javier, el sol se da a sí mismo todo lo que necesita hasta sentirse lleno de amor y energía. Una vez saciado, irradia su felicidad repartiendo lo que le sobra, lo que de verdad puede dar sin atentar contra su propia integridad. «Si una persona actúa de la misma forma es tildada de egoísta, pero el sol no da jamás lo que no tiene. Solo entrega lo que le sobra. Eso es lo que irradia, el calor que desprende desde su estado de plenitud. No puedes dar lo que necesitas para ser tú mismo. Hacerlo es morir poco a poco. Dar a los demás lo que te quita poder es no amar a tu corazón. Nos han engañado mucho con eso del dar hasta quedarnos sin nada», reflexionó Miguel mientras daba pinceladas. Desde hacía tiempo, aquel hombre trataba de utilizar cada día todo su potencial sin avergonzarse de ser él mismo. Ponía todo su amor en lo que hacía y devolvía al mundo lo que generaba de más en forma de acciones que ayudaran a que cada vez más seres humanos recuperaran su propio poder. Miguel no creía en donaciones que alimentaran la pobreza. Era partidario de crear abundancia, enseñando a pescar en lugar de regalar peces. Creía mucho en la educación, pero no estaba de acuerdo con la que

imponía el sistema y la mayoría de las escuelas. Con parte del dinero que le daría Herr Engel por el encargo, estaba pensando en crear una escuela de libre enseñanza. Tal vez podría hacerlo con Alicia; ella se encargaría de dirigirla. Era solo una idea de tantas que afloraban desde aquellos estados creativos que tanto se daban en su día a día. Hacía un día esplendoroso y el cielo brillaba de un azul radiante. Miguel tenía las ventanas de su taller completamente abiertas para empaparse del olor a primavera que desprendía todo el parque. Entonces, una mosca empezó a revolotear entre sus cabellos tratando de llamar su atención. Estaba tan conectado con lo que hacía que apenas se molestó. La mosca pareció entonces desear ponerlo a prueba, volando entre su nariz y los ojos, como si deseara sacarlo de sus casillas, pero aquel día Miguel también estaba lleno como el sol, radiante de amor y agradecimiento. En aquel estado, la mosca solo era un ser alado maravilloso, una preciosa señal que hacía cosquillas en su nariz para devolverlo a la conciencia del ahora. Era el universo el que usaba todo lo que estaba en su mano para recordarle que debía descansar un rato y que no debía perderse aquel maravilloso día de sol y lo que en él sucedía. Miguel no deseaba usar su pintura como un escape, sino como un medio que le ayudara a abrazar su vida de forma más consciente y centrada. Dejó un rato los pinceles y salió a la enorme terraza plagada de plantas desde la que pudo observar lo verde que estaba el parque. Respiró el aire fresco, llenando sus pulmones, y celebró la vida mientras admiraba la frondosidad de aquellos árboles y jardines. Entonces lo asaltó algún tipo de tristeza que no podía identificar, algo muy palpable que emergía de las profundidades de su ser. Se extrañó que aquello ocurriera. Se sentía tan bien, tan libre, tan realizado. Era el estado de apertura que tenía el que permitía que aflorara todo lo que había permanecido oculto. Escuchar lo que le ocurría era el camino hacia un estado de amor permanente hacia sí mismo; por eso no dudó en atreverse a explorar de dónde venía aquella desconocida tristeza. Se trataba de algo profundo, de una pena todavía anclada en su memoria emocional. Jamás se había podido despedir de sus padres y aquello le seguía doliendo, a

pesar de haberse construido una coraza para no sentir nada. Sus ojos se humedecieron. Miguel se dio cuenta de que tenía un tema no resuelto con las despedidas. No haber podido decir adiós a sus progenitores aún lo atormentaba. Recordó también el sueño, la despedida con Jesús y más adelante con María Magdalena. No importaba si aquel sueño era real o no; a él parecía afectarle. Miguel se dio cuenta entonces de que la separación era solo una ilusión más que podía sobrepasar. La culpa que sintió Santiago al desaparecer de la vida de Miryam era la misma que arrastraba Miguel por haber dejado de hablarse con sus padres y haberlos echado de su casa de Nueva York meses antes del trágico accidente. Miguel respiró suavemente para dejar ir, para abrirse a la abundancia y la regeneración de aquella primavera que todo lo limpiaba, que todo lo transmutaba.

—Gracias, Alicia —dijo en voz alta, mirando al cielo—. Gracias por ser la mejor creación de mi vida.

Entonces recordó que Alicia hablaba siempre con su difunta madre, y algo dentro de su ser hizo clic. Ocurrió en el momento preciso, cuando estaba escrito. Aquel sueño que se repetía desde que era niño manifestaba al fin parte de su enseñanza sobre el joven pintor, pese a no recordar todavía las palabras que le transmitió Jesús a Santiago en el momento de su despedida junto al mar de Tiberíades. Bajo un arrebato de lucidez, Miguel empezó a conversar con sus padres. Cerró los ojos y los visualizó ante él mientras la luz del sol alumbraba sus párpados. Les pidió perdón y pudo darles un espacio de vida en su mundo interior. Estaba con el corazón totalmente entregado. Vio entonces cómo su padre y su madre sonreían tomados de la mano. Se les veía totalmente felices, y en sus luminosas miradas había mucha paz. Cuando se acercaron a abrazarlo, Miguel abrió los brazos dejando escapar un llanto enquistado, muy antiguo.

—No hay nada que perdonar —dijeron ellos emocionados aprovechando la capacidad de imaginar de Miguel.

El cuerpo del pintor barcelonés permanecía sensible al sol y a la brisa fresca, de pie en su balcón, con los ojos cerrados,

abrazando el vacío mientras su alma volaba libre, abriéndose paso entre recuerdos, empapada de la luz que sus padres desprendían. No era necesario nada más. Ellos habían estado siempre allí, a su lado. Solo su cuerpo se había apagado. Ahora Miguel podía mostrarles con cada una de sus lágrimas que, a pesar de haber estado dormido y anestesiado, siempre, durante toda su vida, los había amado. Miguel no lo sabía, pero ya estaba usando su propia *syneidesis*. Aquel era el secreto que ahora se desocultaba; un secreto siempre a la vista del iniciado capaz de transformar el destino de cualquier ser humano.

En el colegio, Álex dibujaba sobre una hoja, apoyado en su pupitre, mientras Alicia enseñaba ante la mirada atónita de los demás niños un mapa del sistema solar. A Álex le fascinaban las estrellas y los planetas, así que Alicia se acercó a su mesa, extrañada de que el niño no prestara atención. No era posible. Álex estaba más conectado a lo que ocurría a su alrededor de lo que a veces parecía, pero iba muy deprisa y sus intereses eran otros. Alicia tomó el dibujo entre sus manos sin dar crédito a lo que estaba observando: aquel pequeño había dibujado las pléyades. Alicia sabía bastante de constelaciones debido a la afición de su padre por la astronomía. Era imposible que aquello lo hubiera hecho de memoria con tanta exactitud. Entonces le preguntó a Álex dónde había visto aquellas estrellas, y él señaló su entrecejo, exactamente donde está situado el tercer ojo. A la hora del recreo y apartado de los demás niños, Álex se distraía mirando las hojas de los árboles una a una, como si leyera algo escrito sobre ellas.

—Es extraño que Álex sea tan inteligente y hable tan poco —dijo una profesora poniéndose al lado de Alicia.

—Precisamente porque es listo ha decidido no hablar. Sabe que cuando lo haga le cuestionarán lo que sabe, lo que ve. No desea olvidar. No quiere ser programado por todo aquello que lo sumergirá en la absoluta amnesia, como nos ocurrió a nosotros. Los padres nos aman tanto que nos programan sin saberlo, pasándonos todas sus limitaciones.

Pese a que su compañera no iba a entender nada, Alicia

decía lo que pensaba. Estaba convencida de que Álex estaba reprimiendo todo su potencial. En la Garrocha lo vio tan diferente, tan suelto al lado de Lucía. Álex necesitaba otro entorno. Las escuelas eran cárceles llenas de normas absurdas que aquel niño no podía comprender desde su estado de lucidez. Alicia decidió entonces que empezaba a ser hora de montar su propio proyecto, una escuela basada en el modelo finlandés o en algún otro que se ajustara a las necesidades que su corazón le pedía. A las cinco, Alicia acompañó a Álex al taller de Miguel tal como le había pedido Isabel, aprovechando que ella iba también hacia allá. Al llegar, Alicia besó efusivamente a aquel hombre manchado todavía de pintura. La madre de Álex estaba atendiendo a un cliente por teléfono, así que Alicia preparó algo de merienda para Álex mientras Miguel limpiaba los pinceles. Dejó al niño dibujando sobre la mesa de la cocina para ver lo que había pintado Miguel durante el día. Aquel hombre estaba enamorado, así que, además de pedirle que se mudara a vivir definitivamente a su casa, aprovechó para contarle a Alicia su idea de invertir en un proyecto de escuela libre en algún lugar cerca de la naturaleza. Alicia no daba crédito a lo que estaba oyendo. Sus deseos se hacían realidad tan solo con pensarlos. Eran tal para cual. No perdían el tiempo. En unos minutos planificaron cómo dar forma al proyecto de escuela y decidieron que buscarían un lugar en Gerona para emprenderlo. Cuando estuviera listo, podrían dejar la ciudad y mudarse a vivir a un entorno rural. Vivir en la naturaleza había sido el sueño de Miguel desde hacía años. Alicia le confesó que también se lo había planteado alguna vez. De pronto oyeron un extraño ruido en la cocina. Isabel todavía estaba hablando por teléfono. Aquel sonido se repetía una y otra vez. Llamaron a Álex varias veces, pero no contestaba.

—¿Álex?, ¿Álex? ¿Estás ahí? Vaya, no me acordaba de que estaba en la cocina. Qué despiste —dijo Alicia.

Decidieron ir a ver qué travesura estaba haciendo. Se asomaron a la cocina sin que él se diera cuenta y lo que encontraron era lo último que esperaban ver. Álex estaba de espaldas, de cara a la pared, y delante de él una pelota de goma golpeaba una baldosa. La pelota se movía sola. Álex la miraba

pero no la tocaba. La movía con el poder de su mente.

Cuando Isabel colgó el teléfono y supo lo que había sucedido, se asustó mucho. Alicia y Miguel trataron de tranquilizarla. Casualmente el teléfono empezó a sonar: era el doctor Chong. Al parecer, Herr Engel estaba dispuesto a recibir a Miguel en su residencia de Darmstadt aquella misma semana para pagarle el encargo y conocerlo al fin en persona. Miguel no tenía otra cosa que hacer en Alemania, así que sintió un poco de pereza, pero aceptó agradecido la oportunidad de pasar una velada en la casa de aquel misterioso magnate al que al fin conocería más allá de sus sueños. Aprovechó la conversación para contarle a Héctor lo que había pasado con Álex. Este le pidió que lo llevara para hacerle una revisión.

—Intentaré ir mañana con Alicia y su madre. Gracias.

Cuando le contaron a Isabel que el doctor Chong visitaría a su hijo, Isabel se fue tranquilizando poco a poco. Confiaba mucho en su hermano y sabía por él que el doctor Chong era muy bueno en todo aquello que la medicina convencional no contemplaba. Miguel pidió a su hermana que no contara nada de todo aquello al padre de Álex. No lo iba a comprender y temía que llevara al niño ante su amigo el especialista.

—Seguramente se le ha activado todo esto a raíz del contacto con Lucía y Pachamama Elena en la Garrocha. Aquel fue un fin de semana potente, ¿verdad? —dijo Miguel a una Alicia que, todavía en estado de *shock*, trataba de terminar su cena.

—Te caes de sueño. Quédate a dormir. Hoy he cambiado las sábanas —dijo Miguel con una voz tenue y templada.

Alicia pareció despertar de golpe.

—¿He cambiado? Querrás decir, ha cambiado. Porque no creo que esa mujer de la limpieza a quien pagas tan generosamente te deje hacer nada en la casa.

A Miguel le encantaba aquella forma de ser de Alicia. Iba a ser un placer vivir bajo el mismo techo.

—Cuando te mudes podemos delimitar mejor la zona de trabajo y la vivienda. Si hace falta podemos llamar un albañil

y hacer reformas —dijo Miguel.

—No hace falta, cariño. No creo que vivamos en la ciudad más de un año, y este piso es tan grande que podremos arreglarnos con los doscientos metros cuadrados que no ocupas con tus cuadros.

Miguel la abrazó por detrás rodeando su cintura con sus poderosos brazos.

—¿Cuándo vas a instalarte?

Alicia sonrió de nuevo:

—¿No ves que ya lo he hecho? Últimamente paso más tiempo en tu casa que en mi piso. ¿Crees que deseo dormir en algún otro lugar que no sea a tu lado?

Recogieron la mesa y se fueron a la cama. Alicia estaba cansada y se abrazó a Miguel para dormirse enseguida. Antes de hacerlo, él le preguntó si había vuelto a soñar con aquel pasaje junto al mar de Tiberíades. Le dijo que no. Era como si algo de ellos ya hubiera sanado cualquier experiencia relacionada con aquella vida, si es que en realidad era el recuerdo de una vida pasada. Algo de Miguel todavía lo ponía en duda. No lo sabían, pero jamás volverían a tener aquel sueño, ninguno de los dos. Se durmieron abrazados. Parecía que llevaran juntos una eternidad, pero solo se conocían desde hacía unos días, al menos, en esta vida.

A la mañana siguiente sonó el teléfono de manera inesperada. Era sábado y Miguel preparaba el desayuno. Había tratado de salir de la cama sin despertar a Alicia. Deseaba que pudiera descansar todo lo posible tras una dura semana. «Estar todos los días rodeada de niños debe de ser algo realmente agotador», pensó mientras tostaba el pan de espelta que compraba en la panadería biológica que habían abierto junto a la plaza de la iglesia. A pesar de no atender llamadas en sábado, decidió contestar al darse cuenta de que el número era de Alemania. Era una tal Elke Olsson, encargada de la fundación de Herr Engel.

—Disculpe que lo llame hoy sábado tan temprano. El se-

ñor Chong me dio su teléfono y me dijo que no habría problema. Lo llamo porque Herr Engel me ha pedido que me reúna con usted en la sede de nuestra fundación, aprovechando su visita a Darmstadt la semana que viene.

Miguel respondió gratamente sorprendido:

—Vaya, sí que es rápido moviendo ficha mi amigo el doctor Chong. De acuerdo, será un placer reunirme con usted a mi llegada.

Al preguntar la razón de aquella reunión, Elke le explicó que Herr Engel deseaba proponerle colaborar con ellos en algunos proyectos relacionados con el uso y la promoción de sus pinturas. Cuando colgó el teléfono, una pregunta asaltaba la mente de Miguel: ¿por qué aquel multimillonario suizo lo ayudaba tanto? ¿Qué pretendía realmente de él?

Antonio Riba estaba de nuevo en casa de Javier Pérez Barba. Aquellos documentos originales que tenía de nuevo entre sus manos eran un verdadero tesoro para él; no podía desaprovechar aquella segunda oportunidad de revisarlos uno a uno, buscando una pista definitiva que lo llevara a completar el rompecabezas sobre la figura del misterioso padre Ricci. Javier le trajo un café y lo dejó sentado escudriñando datos mientras salía a hacer algunas compras, no sin antes suplicarle que cuidara bien de aquellos papeles. Javier confiaba en Antonio. Una semana antes no lo hubiera dejado solo, pero se sentía liberado de la carga que lo había convertido poco a poco en un hombre amargado y sin vida. Estaba dispuesto a empezar de nuevo, y dejar de lado cualquier desconfianza era un buen comienzo. «Confía, confía en tu instinto, Javier», decía una voz en su mente. «Ahora ya sabes que nunca estuviste solo. Ahora ya puedes vivir tu vida desde ti y para ti». No sabía si aquella voz que oía en su mente era la del pleyadiano que él mismo creía ser en otros estados de conciencia o si su imaginación era la que fabricaba la ilusión de lo que él deseaba creer. La verdad es que no le importaba. Ya no. Sentía tan real la presencia de aquel nórdico de larga cabellera dentro de su corazón que lo demás era irrelevante. «Estar loco es no saber gestionar lo que nos ocurre. Yo no espero que

nadie crea en lo que siento, pero, si lo siento, existe en mi corazón aunque no exista para el mundo», decía para sí, consciente de que aquella era su propia voz desde un futuro lejano que desdoblaba su magia a través del tiempo y el espacio para recordarle lo maravilloso que era el ser humano. El profesor Riba estuvo hasta el mediodía buscando entre todas aquellas notas y diarios alguna pista sobre el padre Ricci. Antonio estaba desesperado. Ya no sabía dónde buscar. No encontraba nada especialmente relevante entre aquellos cientos de papeles. Entonces cayó en la cuenta de que ya conocía lo que de verdad se escondía tras el padre Ricci. Al recuperar su fe, no tenía dudas, aunque su mente racional necesitaba continuar buscando hechos constatables. Antonio sabía que el padre Ricci no era de este mundo. Por eso nadie lo conocía. Tras su repentina desaparición, cuando preguntó en la biblioteca y a muchos de los que allí vivían sobre su persona, pudo descubrir que nadie lo había visto nunca salvo un hombre a quien entonces tomó por loco. Allí estaba la verdadera respuesta. Recordó cómo aquel joven sacerdote le confesó que también había visto al entrañable anciano un día que buscaba en la biblioteca información sobre los orígenes del cristianismo. Además, le dijo al también joven Antonio que cuando lo comentó a sus superiores, estos le recomendaron que no divulgara aquella información, porque al parecer se trataba de un fantasma que se aparecía a veces ante algunas personas dentro del mismo Vaticano. Preguntando un poco más descubrió que se contaban muchas historias sobre «el guardián». Decían que se aparecía a todos aquellos que deseaban conocer la verdadera esencia del cristianismo, aunque los que mandaban dentro del Vaticano insinuaban que el diablo se disfrazaba siempre de cordero para desviar del buen camino a los jóvenes internos más débiles de voluntad. Antonio sabía ahora que aquello no era un simple rumor. También estaba convencido de que el padre Ricci no era ningún diablo, sino todo lo contrario, porque solo un ángel se atrevería a desvelar la verdad de manera tan limpia y clara. Recordó que aquel joven cura le dijo que «el guardián» era en realidad el mismo Jesús, que había vuelto para terminar su misión en la Tierra.

Parecía mentira que lo que consideró en aquel entonces una auténtica locura, fuera ahora la base en la que sustentaban sus hipótesis. Cuando llegó Javier, decidió sincerarse con él y le contó lo que estaba buscando realmente entre todos aquellos papeles. Antonio le confesó todos los detalles de aquella historia al hijo de Andrés Pérez, como si los hilos invisibles unieran algo que al fin se cerraba. Javier estaba fascinado con la posibilidad de que su propio padre hubiera estado en contacto con el alma de Jesús. Entonces recordó algo que se le había pasado por alto. Estaba seguro de haber leído alguna cosa al respecto que jamás había tomado en consideración. Estuvo pensando un rato hasta que recordó la existencia de otros diarios y libretas de notas que hacían referencia al poder oculto del Vaticano. Tal vez en ellos su padre hablara del padre Ricci, pero no estaba seguro. Antonio estaba muy emocionado ante aquella nueva posibilidad. Javier le ofreció unir fuerzas y ayudarlo a leer aquellas notas. Antonio lo agradeció. Pasaron horas leyendo y buscando hasta que Javier encontró algo:

—¡Sabía que había leído alguna cosa por aquí!

Se trataba del fragmento de una especie de diario personal de Andrés Pérez que en su día Javier solo había leído por encima, sin darse cuenta de lo que en él se decía. Antonio le pidió a Javier que la leyera en voz alta:

…por eso he vuelto a reunirme con el padre Ricci, en secreto, como siempre. Su lugar predilecto está en el parque de siempre, junto a un hermoso árbol que parece cubrirnos de las miradas de los turistas. Allí fue donde me encontró la primera vez, o debería decir, donde se me apareció. Recuerdo que no me habían permitido entrar en la Biblioteca del Vaticano y, resignado, estaba tratando de disfrutar de mis últimos días en Roma. Era increíble lo que aquel anciano sabía de mí y de la verdadera historia de Jesús. Ahora entiendo que cuando me dijo que dirigía un movimiento que trataba de devolver el cristianismo a sus orígenes, no me hablaba en sentido figurado, porque ¡quién mejor que Jesús podría liderar tal empresa desde el mismísimo interior del Vaticano! Tras reunirnos en

muchas ocasiones, se despidió de mí invitándome a viajar a la India, a Cachemira, a comprobar todo lo que me había transmitido durante aquellos maravillosos días en Roma. Yo ya había reunido mucha información y sabía que todas aquellas notas me impulsaban hacia un camino sin retorno. Atreverme a tirar del hilo era elección mía, y creo que el padre Francesco Ricci sabía que no podría evitar buscar la verdad aunque me dejara la vida en ello. No decidí hacerlo únicamente por mi, sino también por mis hijos, a los que deseo dejarles un mundo donde su brillo pueda ser respetado más allá de corazas y mentiras; un mundo más limpio y auténtico, más honesto y consciente. Nunca he amado algo más profundamente en mi vida que a Javier e Isabel. Algún día me atreveré a decírselo, pero no deseo que se apeguen demasiado a mí. No quiero que peligre su vida si al final tiro de la manta y logro destapar la verdad que mueve los hilos de este planeta tomado por entidades del bajo astral, necesitados del dolor, el sufrimiento y el miedo para poder vivir entre nosotros influenciando nuestras voluntades desde la sombra de los mundos inconscientes. El amor está germinando ahora en la Tierra, y el tiempo de la oscuridad llega a su fin. La presencia del padre Ricci y lo que me contó en nuestro último encuentro así lo confirma. Antes de despedirse de mí, me confesó algo que jamás olvidaré. Mirándome a los ojos, me dijo lo que yo ya intuía a pesar de las resistencias de mi mente analítica. Ciertamente, detrás de su disfraz de anciano sacerdote estaba el alma de Jesús; un Jesús que jamás fundó una Iglesia; un Jesús que solo trató de ser el mago que todo ser humano puede llegar a ser si abraza el poder que brilla en el potencial de su corazón. Con los años comprobé que lo que me contó Jesús disfrazado de aquel anciano enérgico y bondadoso era cierto. Ahora sé que esto debe conocerlo la humanidad, pese a que muchos no estén preparados para ello. Aunque la verdad esconda un universo maravilloso, para el dormido solo es un peligro que atenta y destruye el sueño en el que decide permanecer atrapado.

Mis bendiciones al verdadero Jesús, esté donde esté ahora.

ANDRÉS PÉREZ

Javier secaba sus ojos con un pañuelo, emocionado al haber leído de puño y letra de su padre lo mucho que los amaba. Con tanta memoria que tenía, no recordaba haber leído aquellas palabras que sin duda habría pasado por alto en su día, poseído por la obsesión de buscar pruebas que demostraran que su padre había sido asesinado. Además estaba aquella mágica historia que daba sentido a tantos viajes a la India y tanto tiempo fuera de casa. Su padre podía ver más allá, como él. Ahora lo sabía. Había tenido contacto con el mismo Jesús o algo de su energía bajo la forma del tal padre Ricci. Aquello era algo extraordinario. También Antonio estaba impresionado. Por un momento pudo trasladarse al pasado de nuevo y revivir muchas sensaciones que creyó haber olvidado. Parecía que fuera ayer cuando paseaba con el padre Ricci por los jardines del Vaticano. Todo cuadraba ahora. Jesús velaba para que su mensaje saliera al fin a la luz después de más de dos mil años, pero lo que allí se barajaba era demasiado grande para el mundo. Cerró los ojos unos instantes y, al abrirlos, miró a Javier y le dijo:

—Lo haré. No me frenará la edad ni el desánimo. Mañana mismo empezaré el libro, y tu padre será coautor del mismo. Vamos a dar sentido a todo esto uniendo lo que el corazón generó desde lo sutil como un sueño realizable. —Y emulando la película *Casablanca*, añadió en tono jocoso—: Javier, solo me queda añadir una cosa: creo que este es el comienzo de una gran amistad.

Aquella tarde, Isabel, Miguel y Alicia se encontraron a la salida de la escuela. Álex parecía un chico de lo más normal. Pasearon todos juntos hasta la consulta del doctor Chong. Héctor examinó al niño y les habló de una fundación en Suiza que podría ayudarlo. Se llamaba La Flor de la Vida.

—Suena muy New Age, ¿no? —dijo Isabel algo asustada.

—Tranquila. No hace falta que viaje a Suiza. Aquí en Cataluña pueden tratar al niño sin necesidad de internarlo. En la fundación no son partidarios de separar a los hijos de sus padres. Solo se trataría de que lo pudieran visitar dos o tres veces al mes —aclaró el doctor Chong.

—Pero el tratamiento debe de ser carísimo —dijo Isabel.

—No te preocupes. Yo me encargo de todo —dijo Miguel.

—Pero no lo entiendo. ¿Está enfermo? —preguntó la madre del niño, angustiada.

—No, señora, su hijo está sano y encima es más inteligente de lo normal. Por eso necesita ayuda de alguien que sepa cómo orientarlo. No se trata de curarlo de nada, sino de enseñarle de otra manera y con gente que sabe lo que le ocurre, para ayudarlo a gestionar los dones que trae. Cada vez hay más niños así. Muchos aparentan ser normales hasta que sus dones se desarrollan de forma natural. En los próximos años asistiremos a una gran revolución, o debería decir evolución en realidad. Álex es uno de los casos especiales. Lo que han visto con la pelota es telequinesia, pero el niño también puede leer la mente de algunas personas en momentos puntuales. Si se le cuida y protege podrá desarrollar todo su potencial. Los especialistas de la fundación están cubiertos legalmente y se presentarán como médicos especialistas en educación infantil. Están habituados a estas cosas. No tendrá problemas legales, se lo garantizo —aclaró Héctor.

—Estoy pensando usar parte del dinero del encargo del señor Engel para comprar un terreno con una gran casa y crear un proyecto de educación libre. Alicia podría dirigirlo. Quizá Álex pueda asistir cuando esté listo. Lo he hablado con Alicia y está de acuerdo. No creo que tardemos más de un año en arrancarlo. Es posible que ahora empiece a colaborar con tu amigo el millonario suizo, y tal vez su fundación pueda ayudarnos con la logística. ¿Sabes que precisamente hoy me ha llamado una tal Elke Olsson, directora de la mismísima fundación de Herr Engel en Darmstadt? —preguntó Miguel con segunda intención.

—Sí, la conozco. Bella mujer, por cierto —dijo Héctor.

Miguel lo miró sonriendo.

—Vaya, Héctor, por cómo se te han puesto los ojos, parece que la tal Elke te gusta —dijo mientras miraba su reloj.

—Bueno, es tarde ya, deberíamos dejar al doctor tranquilo —dijo Alicia, que no quitaba ojo a Héctor, como si intuyera conocerlo de algo.

El doctor Chong, que pareció no escuchar lo que Miguel había dicho, añadió con un tono de seriedad:

—Por cierto, ya me encargo yo de hablar con Herr Engel y la fundación respecto a Álex. No hace falta que os preocupéis de nada, tampoco del dinero. La fundación lo financia todo.

Isabel estaba un poco más tranquila. Todo aquello le sobrepasaba, pero la presencia de Alicia, su hermano y la de aquel doctor amigo de Miguel le daban mucha seguridad. En el fondo era una mujer abierta de mente. Ahora solo le preocupaba una cosa:

—¿Y qué le digo a mi marido ahora? —dijo con voz temblorosa.

—Bueno, hermana, dile que son especialistas alemanes que yo pago para que ayuden a Álex, y cuéntale que son médicos de verdad, para que se quede tranquilo. El día que vea a Álex haciendo levitar la tele o su apreciado equipo de música, verás qué rápido se entera —bromeó Miguel mientras todos reían.

Alicia no podía dejar de mirar a Héctor, como si su instinto supiera que detrás de aquellos ojos había alguien muy familiar. Se lo dijo a Miguel, quien no dudó en comentarlo abiertamente. Héctor dijo que a veces se dan encuentros de almas que compartieron momentos importantes en vidas pasadas o que tienen un lazo importante más allá de esta realidad que conocemos. Acostumbran a reconocerse a través de la mirada, pero no siempre recuerdan que se conocen.

—En tu caso, Alicia, puedo decirte que nos hemos encontrado muchas veces, en este y en otros mundos, como con Miguel —le dijo el doctor sin esconderse demasiado.

Miguel no pudo contenerse y dijo:

—Vaya, Héctor, qué callado te lo tenías. Si recuerdas alguna de esas vidas, comparte la información.

Alicia estaba serena, dejando que su intuición se abriera ante aquel instante. Héctor tenía una de sus manos dentro de la chaqueta y, por el movimiento que dibujaba, daba la sensación de estar acariciando algo con sus dedos. Mirando fijamente a Alicia, agregó:

—A veces hay cosas que es mejor no remover, sobre todo si ya están bien donde están. Lo que debe aflorar termina haciéndolo a través del proceso personal de cada uno. Nuestro rostro solo es una máscara detrás de un personaje que puede convertirse en otro si lo deseamos. La vida es solo un juego mágico elegido por cada uno de nosotros.

Todos quedaron en silencio. Miguel volvía a tener la sensación de que Héctor hablaba como el Herr Engel de sus sueños y no como lo hacía habitualmente. Estaba claro que no deseaba hablar de sus vidas pasadas, y aquella respuesta respondía a una de sus formas habituales de escape. Antes de salir de la consulta, Álex le pidió a Héctor lo que este guardaba en su mano izquierda, dentro del bolsillo de su chaqueta azul marino.

—Vaya, doctor, mire qué listo es: ha descubierto que escondía algo en su mano. Eso parece un medallón de oro macizo. ¿Es oro de verdad? —preguntó Isabel de forma inocente.

En efecto, Héctor había estado jugando con aquel medallón durante un buen rato mientras hablaban. Lo había estado haciendo con la mano dentro de su chaqueta, pero Álex veía más allá de las fronteras. Miguel jamás se había dado cuenta de que Héctor tenía aquel medallón. Era la primera vez que lo veía en sus manos. Entonces se percató de que aquel objeto era el mismo que vio en manos del Herr Engel de su sueño, cuando se quedó dormido en la Marienkirche de Berlín.

—Qué bonito. Debe de pesar un montón. Qué bello relieve lleva grabado, ¿qué es?

Cuando Isabel estaba nerviosa, no podía dejar de hacer preguntas. Tener que afrontar el tema de Álex ante su marido la preocupaba.

—Sí, es de oro macizo. En cuanto al relieve, es una Flor

de la Vida —dijo Héctor.

—Es muy bello —dijo Alicia.

Entonces, Héctor dejó que el niño se lo quitara y jugara con él.

—Álex, devuelve eso al doctor —dijo su madre.

—No se preocupe, es bueno que Álex juegue con él. Le hará bien —dijo Héctor sin dejar de sonreír.

Miguel observaba aquel objeto sin dejar de preguntarse por qué Héctor y el Herr Engel de su sueño tenían el mismo extraño amuleto en su poder. Álex se sentó entonces al lado de Miguel mientras escudriñaba aquel juguete dorado.

—A los niños les encanta la Flor de la Vida. Es un patrón geométrico que está presente en todas las formas y manifestaciones de vida —dijo Alicia al ver el entusiasmo del niño.

De repente, los ojos de Miguel se iluminaron. Álex giró el medallón, y todos pudieron ver que en su reverso descansaba una extraña inscripción: *συνείδησις*.

—¿Qué idioma es este? —preguntó Miguel a Héctor tratando de mostrarse totalmente sereno.

—Es griego —respondió—. Se pronuncia *syneidesis*.

En aquel momento, Miguel no pudo sostener la emoción. Como no podía disimular lo que le sucedía por dentro, se fue al cuarto de baño fingiendo que tenía una necesidad urgente. Se lavó la cara frente al espejo. Ahora no estaba soñando, estaba seguro. Estaba despierto y podía recordar a la perfección el sueño de hacía unos días en el que el mismo Héctor Chong le mostraba la Flor de la Vida antes de transformarse en Herr Engel y en un sinfín de personajes hasta convertirse en aquel hombre sin rostro. Aquella palabra que había escogido como título para presentar su nueva serie de pinturas parecía perseguirlo. Respiró un par de veces y decidió volver con los demás, que reían ante el interés que despertaba en Álex aquel medallón de oro. Preguntó entonces a Héctor:

—¿Qué significa la palabra *syneidesis* para ti, Héctor?

Todos quedaron en silencio, tal vez esperando alguna bella revelación, pero no fue así. El doctor Chong le dijo a Miguel que aquella palabra significaba «con capacidad de imaginar». Miguel se acordó del consejo que le había dado Pachamama Elena antes de dejar la Garrocha y empezó a sospechar que de alguna manera, su amigo Héctor Chong estaba detrás de todo aquello que estaba transformándolo por dentro. El doctor era un desconocido para todos y parecía manejar mucho dinero. Además, era el único que al parecer podía reunirse con el millonario suizo y el que había proporcionado a Miguel el diario con la palabra *syneidesis.* También era capaz de afectar el inconsciente de alguien con la hipnosis, como había comprobado en la sesión en la que descubrió que había sido el apóstol Santiago. Tal vez el recuerdo de aquella vida había sido una inducción hipnótica. Era una locura pensar en una conspiración de aquel tipo, pero Miguel confiaba en lo que le decía Pachamama Elena y cada vez menos en un amigo del que solo conocía un rostro que ahora empezaba a distorsionarse ante tanta incertidumbre. Decidió esperar hasta su próximo viaje a Darmstadt, donde podría desvelar algo más sobre el verdadero motivo del encargo que empezó a transformar sus percepciones. Allí sabría si realmente existía el tal Herr Engel o si solo era un personaje onírico creado por Héctor Chong. No estaba del todo desencaminado en sus sospechas, aunque lo que no sabía era que su amigo lo estaba ayudando a recordar. Aquella sería la última vez que vería a Héctor Chong, ciertamente, el verdadero impulsor de los cambios que estaba viviendo en su vida. Unos cambios que lo estaban llevando a reencontrarse con los latidos de su verdadero corazón.

Antes de salir de la consulta, mientras Isabel fue con Álex al baño, Héctor se acercó a Miguel y le pidió que sujetara el medallón de oro con los ojos cerrados. Miguel accedió mientras Alicia los observaba respetuosa, en silencio. Miguel estaba sentado en una de las sillas que había en la sala de espera. Héctor le pidió entonces que visualizara la Flor de la Vida en su mente, brillante, luminosa. Mientras así lo hacía, le dijo:

—Miguel, usa siempre tu capacidad de imaginar para recordar lo perfectos que ya somos. Como el sol, podemos bri-

llar por nosotros mismos usando todo el potencial que contenemos. Atrévete a hacerlo. No temas irradiar tu poder. Si lo haces, te amarás a ti mismo y darás la oportunidad de que los que te rodean vean lo que ellos también pueden ser. El brillo del sol da vida y la quita. Ya sabes que el sol es un modelo hacia la autodeterminación. No digo que lo adores; solo que, como haces cada mañana, sigas observándolo como un espejo de lo que ya eres. Observa entonces que tienes un sol interno que ves simbolizado en el medallón que sostienen tus manos. Recuerda que el oro es el metal más preciado, como lo eres tú por el hecho de ser lo que ya eres, aquí y ahora. Dentro de ese sol que vive en ti, que tú eres, vive la Flor de la Vida, el patrón más perfecto de creación. Míralo cada día y reprograma tus células con él. Imagina tu mundo viviendo en ti y para ti, y siente cómo el amor que hay en tu corazón le da vida allá adonde tú vayas. Esa es la verdadera forma de crear.

La voz de Héctor era profunda y limpia. Era un maestro de la sugestión. Miguel tenía los ojos rojos, pero no era tristeza lo que sentía, sino la emoción de reconocer en las palabras de su amigo una verdad fundamental que resonaba en él, en todo su ser. Miguel levantó los párpados cuando su hermana volvía con el niño. Al salir al rellano y mientras esperaban el ascensor, Miguel devolvió el medallón a Héctor. Se despidió de él, agradecido por aquella experiencia y por atender a su sobrino Álex de una forma tan generosa. Fue entonces cuando Héctor se aproximó a Miguel y le dijo al oído:

—Eres más que un amigo, Miguel. Este medallón no es de este mundo y va siempre conmigo. Jamás me separo de él. Es una pieza única. Lo hice forjar hace mucho tiempo, en otro espacio-tiempo. En él está representado el camino hacia la sabiduría universal. La Flor de la Vida es el patrón, y la capacidad de imaginar es la forma de volver a él, usando el corazón. Un día este medallón será para ti, cuando la misión que me unió a tu corazón en esta vida llegue a su fin. Falta muy poco para eso. Tus memorias ya han sido activadas.

Miguel estaba sorprendido. Sin duda aquellas eran las palabras del Herr Engel de sus sueños. Héctor jamás había mos-

trado sus sentimientos de aquella manera y parecía estar profundamente emocionado.

—Vaya, gracias, Héctor. Qué honor para mí —dijo sin saber qué hacer ante la mirada emotiva de su amigo. Era evidente que no había prestado atención a las palabras que el doctor había pronunciado. Estaba demasiado descentrado para escuchar. Todavía no era el momento. No sería hasta pasado un tiempo cuando comprendería aquellas palabras con toda su magnitud. Entones Héctor lo abrazó y le susurró al oído:

—El día que eso ocurra habré decidido imaginar algo nuevo para mí. Todos creerán que he muerto, como ocurrió con Cristo en la cruz, pero tú y yo sabemos que él no murió allí. Le esperaba otra vida, otra mágica experiencia. Para abrazarla era necesaria la despedida, aunque en realidad no existe nunca el adiós, Miguel. Cada persona tiene una misión que realizar antes de volver allí donde no existe la separación; una misión y la experiencia de vivir para realizarla.

Entonces, Héctor se separó un poco de Miguel y guiñó un ojo antes de decirle:

—Hasta siempre.

Miguel no entendía nada y solo pudo sujetar unos segundos la puerta mientras miraba a su amigo fijamente a los ojos. Algo de él intuía que Héctor se estaba despidiendo, pero no era del todo consciente de ello.

—Hasta pronto, Héctor —dijo el joven pintor con los ojos vidriosos.

—Hasta siempre, Miguel —repitió Héctor.

Miguel se dirigía al ascensor, donde Isabel, Alicia y el niño lo esperaban. Héctor no había cerrado aún la puerta del todo. Lo justo para asomar levemente la cabeza y decir algo más. Serían las últimas palabras que le oiría pronunciar:

—No olvides nunca que todo, absolutamente todo, es solo un juego, una mera ilusión. —Y con la mano sobre el pecho, a la altura del corazón, hizo un gesto amable y cerró definitivamente la puerta.

Capítulo 21

Mundos paralelos

Aquel era un día muy especial. Miguel tenía todos los cuadros terminados. Los pertenecientes al encargo viajarían en unas semanas a Alemania y los restantes los usaría para su exposición de Barcelona. El *vernissage* tenía lugar aquel mismo jueves, pero antes viajaría a Darmstadt para reunirse con Elke Olsson y Herr Engel.

Alicia se había instalado en casa de Miguel. Estaba encantada con tantos metros cuadrados y con no tener que preocuparse por la limpieza. Se habían pasado la tarde anterior diseñando el proyecto de la escuela libre para que Miguel tuviera algo que presentar a Elke Olsson. Su avión salía aquella misma mañana hacia Frankfurt. Al aterrizar, tomaría un tren hasta Darmstadt.

Javier Pérez Barba había llamado a Héctor Chong aquellos días previos a la exposición para que le diera el número de teléfono de Miguel Claveras, pero nadie atendía al teléfono. Parecía destinado a encontrase con el pintor barcelonés en el

mismo *vernissage*. Había quedado con su hermana para desayunar. Ana estaba encantada con aquel nuevo Javier. Habían hablado un par de días antes, y Javier le había puesto al día de todo lo que le había ocurrido. Había sido tan sincero que su hermana no tuvo más remedio que sincerarse también: le contó que ella recordaba toda su infancia y que, además, siempre se había sentido muy culpable por no haberle contado a sus padres que a ella le ocurrían las mismas cosas que a Javier. Habían charlado hasta altas horas de la madrugada, y Javier le había prometido ayudarla con su miedo a ver más allá de lo que la realidad mostraba. Estaba seguro de que tanto él como su hermana podían despertar de nuevo aquellas facultades que un día hicieron de ellos niños tan especiales.

Miguel llegó a Darmstadt a primera hora de la tarde. Elke Olsson lo recibió en un exuberante despacho ubicado dentro de uno de los edificios de la fundación del señor Engel. Miguel le presentó el proyecto de la peculiar escuela con la intención de recibir ayuda por parte de especialistas que supieran cómo educar a niños como su sobrino Álex. Le contó que la idea no solo consistía en albergar a niños con facultades psíquicas, sino crear una escuela que pudiera atender de forma personalizada las necesidades de aprendizaje de cada niño, además de interactuar en grupo para que los pequeños aprendieran a relacionarse de una manera consciente y responsable. La idea era comprar una casa inmensa rodeada de varias hectáreas de terreno en Gerona, en pleno bosque, y construir allí las instalaciones. A Elke le pareció muy interesante aquel reto y prometió asesorarlos en lo que hiciera falta. Al parecer, Héctor Chong ya le había puesto al corriente de todo aquello, lo que hizo sospechar todavía más a Miguel sobre la posibilidad de que detrás de Herr Engel estuviera en realidad su amigo el doctor. Aquella mujer era encantadora. Elke le felicitó por las imágenes que había pintado. Habían recibido las fotografías, y tanto ella como el señor Engel estaban impresionados. Le contó que tenían intención de usar las imágenes para apoyar proyectos que impulsaran el desarrollo del ser humano. Además, tenían pensado exponer sus pinturas en los mejores museos del mundo para que aquellas imágenes pasaran a formar

parte de la historia del arte contemporáneo. La idea era integrar en la cotidianidad de la gente aquellos paisajes y ciudades de luz hasta que formaran parte de su realidad. Por otro lado, estaban a punto de financiar una película de ciencia ficción sobre el futuro de la humanidad, en la cual emplearían aquellas imágenes como modelos para construir las maquetas y generar los escenarios por ordenador. El guión de la película narraba la transición de la humanidad tras despertar de su amnesia colectiva hasta lograr acceder a un estado superior de frecuencia que convertía al planeta Tierra en un paraíso habitado por Hombres y Mujeres de Conciencia.

—¿Ha visto usted alguna vez una película donde se muestre un futuro de la Tierra en el que le apetecería vivir? —preguntó aquella bella mujer de algo más de cincuenta años—. Si le pregunta a cualquiera por el futuro de la humanidad, le dirá lo que sabe por lo que ha visto en el cine. Es evidente que a todo el mundo le gustaría que sus hijos vivieran en un planeta verde, pacífico y maravilloso, pero con la cantidad de programaciones que nos inculcan a través de los medios, lo único que uno puede ver cuando mira al futuro es destrucción, falta de oxígeno, desolación y grandes ciudades metálicas y vacías de vegetación. Son imágenes mentales insertadas a partir de estudiadísimos guiones. Hollywood es una fábrica de programar miedo en nuestros corazones. Nosotros haremos lo contrario: usaremos las imágenes que usted ha creado para generar un efecto contrario en el inconsciente colectivo. Llegar a la oficialidad de las galerías y museos es un camino, pero el más efectivo es el cine y la televisión. Esa es la mejor forma de convencer al inconsciente colectivo. De hecho, esa es la vía que se utiliza para que compremos un tipo de alimentación, de moda, de tendencia, de creencia, de pensamiento o de filosofía de vida. Ese es el poder que cedemos todos los días. Nosotros tratamos de contrarrestar en una masa crítica selectiva el efecto de todas esas programaciones limitantes. Lo que haremos a partir de sus imágenes será como una semilla para la esperanza. El inconsciente de todo hombre, mujer y niño que camina sobre la faz de la Tierra conocerá tarde o temprano las imágenes que usted ha pintado. Usted está hoy aquí

para recordar, señor Claveras, no lo dude —dijo Elke mirándolo con serenidad—. Todo empezó cuando los escritos de Herr Engel lo impulsaron a usar su imaginación para buscar en el infinito lo que aquellas descripciones de mundos maravillosos le pedían. Le dieron un mapa, pero usted halló el tesoro. Lo rescató y lo trajo aquí, a nuestra realidad en tres dimensiones para mostrarnos a todos un paraíso que no recordábamos, que no podíamos ver.

Aquellas parecían palabras nacidas de la boca de Herr Engel, al menos del que él conocía. Elke se acercó a Miguel y le ofreció algo de beber. Luego continuó diciendo:

—La fascinación que ejercen sus pinturas activará las memorias de todo el que las mire. A pesar de la consciencia del espectador, estas imágenes remueven más allá de toda comprensión lógica. Muchos sentirán que están volviendo a casa porque hace mucho, en otras realidades, vivieron y viven en lugares como los que usted ha plasmado en sus lienzos, señor Claveras, pero no lo sabrán. No importa. En lo sutil es siempre donde se siembra, donde se construye lo que después crecerá en lo denso. El planeta está plagado de almas que vinieron de las estrellas, de lugares como los que usted ha pintado. Vinieron aquí a despertar en la densidad del programa, igual que usted.

Aquella mujer rubia, alta y vestida con un traje oscuro hablaba un inglés impecable. «Parece salida de una película de James Bond», pensó Miguel mientras se servía un zumo de manzana. Elke siguió con su argumentación:

—Desde la publicidad dirigida por los grandes grupos y corporaciones usan el arte para convencernos, para embrujarnos. El mundo está hecho de magia, de ilusiones y sueños. El arte es el idioma que utilizan para lograr encantarnos, para afectar a ambos mundos, dentro de nosotros. Mire a su alrededor y verá la forma tan sutil en la que tratan de programarnos todo el tiempo: la imagen, la voz, la música, la interpretación, los símbolos, los colores y los rituales. Nuestra cotidianidad está llena de arte al servicio de una magia creada para convencernos de que compremos una vida que no es la

nuestra. Contratos, rituales sociales, relojes, calendarios, documentos de identidad, partidas de nacimiento, tradiciones en las que participamos sin saber lo que estamos aceptando al hacerlo, radio, prensa, televisión, cine. Mientras nuestra parte consciente es distraída, las programaciones son insertadas a niveles inconscientes.

Miguel empezó a darse cuenta de lo importante que era el arte si se lo sacaba del contexto en el que lo habíamos heredado. Comprendió que el arte y la magia estaban relacionados, como siempre había sospechado y como ya le había insinuado en sus sueños aquel Herr Engel que empezaba a ser parte de su cotidianidad.

Tras la reunión con Elke, Miguel preguntó por Ludwig Engel con toda intención. Estaba convencido de que una vez más, no iba a ser posible hablar con el millonario suizo porque simplemente no existía, salvo que fuera Héctor Chong el que se presentara a la cita sincerándose con él. ¿Por qué había montado todo aquel *show* para ayudarlo con la pintura? Si el millonario suizo era realmente él, ¿por qué jamás se lo había contado pidiéndole directamente que plasmara sobre lienzo lo que describían aquellos textos? Ahora estaba seguro de que el misterioso diario también era suyo, al igual que muchas ideas que rondaban la cabeza de Miguel últimamente. Si el doctor era capaz de hipnotizar, tal vez también podía usar sus facultades fuera de la consulta, en la vida cotidiana y sin que nadie se diera cuenta. Reforzando aquella teoría, Elke le dijo que Herr Engel estaba ausente y no volvería hasta la hora de cenar. Ya no sabía si Héctor era un amigo que lo ayudaba de una forma completamente incomprensible para él, o simplemente se trataba de un manipulador que guardaba tras sus acciones un fín oculto que Miguel debería desvelar en las próximas horas. Elke lo invitó a enseñarle los rincones más bonitos de Darmstadt y a continuar charlando. Aquella mujer era de trato agradable. Estar en su compañía era una verdadera delicia. Era culta, inteligente y su tono de voz era dulce y pausado, y al mismo tiempo desprendía una gran seguridad a la hora de reafirmar lo que creía y sentía. Un hombre pidió permiso para llevarse la maleta de viaje de Miguel a la casa

del señor Engel, donde estaría hospedado aquella noche.

—Creí que iría a un hotel —dijo Miguel.

—Ludwig es un buen anfitrión y la casa tiene un montón de estancias, no se preocupe. Tiene muchas ganas de conocerle y hablar largo y tendido con usted. Está muy agradecido por su trabajo. Por cierto, me pidió que tomara su número de cuenta para hacerle el ingreso de una parte del dinero. La otra se la daré yo en mano ahora mismo.

Entonces Elke abrió una enorme caja fuerte y sacó de ella un maletín.

—Ábralo, a ver si está todo lo acordado. Faltarán los anticipos, claro.

Miguel no había visto nunca tanto dinero junto. Aquello daba para comprar los terrenos para la escuela y fundar sucursales en medio mundo. Agradecido, preguntó si alguien podía guardar el maletín hasta que llegaran a casa de Herr Engel. A continuación pasearon por los lugares más emblemáticos de Darmstadt hasta que a Miguel le dio hambre y decidió tomar un pequeño tentempié. Elke le confesó que ella no comía desde hacía años. No acostumbraba a compartir aquello con mucha gente, pero consideraba a Miguel uno más de los suyos.

—Somos muchos, señor Claveras, y cada vez más —dijo Elke.

—¿Se refiere a los que no comen?, porque yo como siempre muy a gusto —dijo Miguel en tono jocoso mientras comía su ensalada.

—También, señor, también, aunque me refería a los que estamos despiertos —respondió Elke riendo.

Cuando llegaron, Miguel se dio cuenta de que más que una casa, aquello era un palacete. Allí los recibió un hombre que se encargó de devolver a Miguel el maletín del dinero y se dispuso a acompañarlo a su habitación, donde descansaba su maleta de viaje. Era una mansión preciosa de cinco plantas rodeada de bellos jardines. Sacó sus pertenencias de la ma-

leta y metió en ella el maletín con el dinero. Era fantástico que su relación con la fundación tuviera continuidad, sobretodo sabiendo que Héctor Chong estaba detrás de todo aquel montaje. Esperaba el momento de encontrarse con él para destapar su absurdo juego. Su instinto le decía que detrás de todo aquello había corazón, mucho corazón, y confiaba en que si Héctor Chong había montado aquel teatro para ayudarlo, podrían seguir siendo buenos amigos, tal vez esta vez sin tantos secretos de por medio. Con todo el dinero que estaba ganando podría volcarse en ayudar a mucha gente. Miguel siempre soñó con crear una ecoaldea fusionando bioconstrucción y alta tecnología. Tal vez allí podría vivir con Alicia y tener expertos en diferentes áreas que enseñaran a la gente a ser autosuficiente y a vivir en coherencia con ellos mismos y con su entorno. Ese era el tipo de ayuda en la que él creía, tal y como hicieron con él en su día Pachamama Elena y Héctor Chong.

La habitación disponía de unos grandes ventanales que daban justo a la parte trasera del jardín. Miguel aprovechó la ocasión y llamó a Alicia desde el móvil para saludarla y charlar un rato. Estaba nerviosa porque no sabía qué vestido se pondría el día del *vernissage*. Era la primera vez que lo acompañaría a una de sus exposiciones y deseaba estar radiante. Aquel no era un acto cualquiera. Se llevaba a cabo en la mismísima Pedrera de Barcelona, el emblemático edificio diseñado por el arquitecto Antonio Gaudí. A la inauguración asistirían importantes autoridades y personajes de gran renombre. Miguel no podía creer que una mujer como ella se volviera de repente una niña insegura y desorientada. Aquello le conectó enseguida con su propio niño interior que vivía escondido dentro de sus entrañas. «Cuánta sombra por destapar, curar y limpiar dentro de cada ser humano», pensaba mientras Alicia le contaba las ganas que tenía su padre de conocerlo el día de la exposición. Miguel disfrutó oyendo su voz mientras duró la llamada. Tumbado en aquella confortable cama, comenzó a sentir un poco de sueño. Al colgar el teléfono decidió dormir cinco minutos. Preparó el despertador que descansaba sobre la mesita de noche y cerró los ojos pensando en que en breve se levantaría para darse una buena ducha antes de la cena,

tal vez con su amigo Héctor Chong. Todo se volvió oscuro. De repente, alguien tocó a la puerta de su habitación. Los golpes eran suaves pero continuados. Abrió los ojos de golpe y se dio cuenta de que se había quedado dormido. La alarma no había sonado y el reloj marcaba la hora de la cena. Al abrir la puerta, una mujer le dijo que el señor Engel lo esperaba en el salón. Le señaló cómo llegar y se fue. Miguel se arregló un poco antes de bajar. Para su sorpresa, cuando llegó al comedor Herr Engel y Elke estaban charlando. Parecía mentira lo exacto que era aquel hombre al de su sueño en la iglesia de Berlín. Miguel no podía dejar de mirarlo preguntándose cómo era posible que pudiera haber soñado con alguien sin conocerlo. El millonario suizo no solo era idéntico al onírico, sino que además, existía en el mundo real. El anfitrión se acercó para ofrecerle una copa.

—No bebo, gracias —respondió Miguel.

—También tenemos zumo de uva o de manzana, si lo desea —dijo Herr Engel amablemente.

—Ah, sí, entonces beberé zumo de uva, gracias.

Aquel Herr Engel de carne y hueso parecía más humano que el de su fantasía. Una espectacular naturalidad lo acompañó durante toda la velada e incluso contó algún chiste en el transcurso de la cena. Elke solo bebía agua y se retiró después de los postres. Cuando lo hizo, Miguel vio que en los ojos de aquella mujer había un extraño reflejo. Tuvo la sensación de que aquella mirada no era humana y algo de él se sobrecogió. Empezó a sentirse mareado, pero no quiso manifestarlo. Respiró profundamente tratando de relajar el ritmo de su alterado corazón.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Herr Engel cuando se quedaron solos.

—Perfectamente, no se preocupe.

Miguel no pudo evitar recordar de nuevo aquel sueño en la Marienkirche de Berlín. Parecían reproducirse las mismas sensaciones, aunque esta vez sabía que estaba despierto. Su cabeza empezó a construir terribles proyecciones debido a la

inseguridad que sentía. Quizá aquellas personas no eran humanas y dentro de aquellos disfraces de hombres y mujeres comunes había seres de otros mundos, tal vez de cuarta dimensión. Pensó que aquello justificaba su extraño comportamiento. Tal vez la organización era la tapadera de una oscura secta de desequilibrados o se trataba quizá de reptilianos llegados de otro planeta. Miguel leía con demasiada asiduidad el blog de Javier Pérez Barba y el conspiranóico que vivía en él empezó a cobrar protagonismo.

—Puede que me estén manipulando. Quizá han drogado la comida o la bebida. En Berlín no tomé nada, pero existe la posibilidad de que esta gente tenga poderes psíquicos y aquello no fuera un simple sueño —cavilaba un confundido Miguel.

Se fijó entonces en el rostro de Herr Engel. Tenía el perfil perfecto del clásico *iluminati* manipulador mental. Ciertamente, su presencia infundía respeto. Era sumamente amable, pero detrás de aquellos ojos seguía existiendo algo que a Miguel lo inquietaba. El camarero sirvió el té y cerró la doble puerta de acceso al salón. Herr Engel atenuó la luz e invitó a Miguel a sentarse en el sillón contiguo al suyo, mientras este lo miraba con desconfianza, tratando de sostener su estado. A pesar de la sensación de sueño y turbación sumada a la desconfianza repentina, Miguel no pudo evitar levantarse y tomar asiento junto al millonario, como si su voluntad no fuera lo suficientemente fuerte para decidir hacer otra cosa. Estuvieron en silencio unos minutos. El ambiente estaba enrarecido. Miguel empezó a sentirse cada vez más incómodo, nervioso y descentrado. No podía dejar de bostezar continuamente. Al fin Herr Engel decidió hablar, como si no se diera cuenta del estado de su invitado:

—Bien, Herr Claveras, ya le dije en Berlín que sus pinturas son impresionantes. Le felicito. Estoy muy satisfecho con lo que ha hecho. También le dije que nos encontraríamos aquí en mi casa de Darmstadt. Ya ve que termina haciendo siempre lo que mi voluntad desea. Usted cree que está aquí por un puro trámite, pero este es uno de los momentos más importantes de su vida. Esta casa está en un lugar muy especial,

como las grandes catedrales. Desde aquí es más sencillo reprogramar su resistencia al cambio. El dinero se lo podría haber dado a su amigo Héctor Chong y hubiera podido conocer a Elke en otro momento, pero hoy tenía que estar aquí para conocer mi secreto. La energía que se mueve en el salón de mi casa es justo lo que necesitamos para anclarnos. He preparado este lugar durante años esperando tener este encuentro entre dimensiones, pero tenía que darse en el momento justo y necesario. Este punto de Alemania, como también ocurre con la maravillosa Marienkirche de Berlín, no es un lugar cualquiera. Mi casa es un gran portal que da acceso a otros muchos mundos. —Miguel no sabía cómo tomarse aquellas palabras. No tenía la sensación de estar en un sueño esta vez, pero aquel hombre parecía saber lo que habían hablado en Berlín. Fuera real o no, Herr Engel tenía el don de desconcertarlo. Recordó entonces que los sueños pueden llevarnos a realidades paralelas, y contempló la posibilidad de que estuviera dormido y a la vez despierto. El anfitrión siguió hablando en un tono amable—: Cuando le hice el encargo de las pinturas, usted se vio impulsado a recordar lo que yo solamente insinuaba en unos textos. Al hacerlo, empezó a transformar su frecuencia. Somos lo que pensamos, Herr Claveras. Las bellas imágenes que capturó en sus lienzos lo estaban reprogramando cada día. Incluso ha reencontrado ahora a la mujer que durante muchas vidas ha sido su gran amor.

Miguel seguía algo turbado. Podía escuchar con claridad, pero no era capaz de moverse desde su voluntad. No podía creer que Herr Engel supiera lo de su historia de amor con Alicia. Quizá sí que estaba soñando o puede que Héctor Chong se lo hubiera contado. No había otra explicación posible. Miguel sintió algo de enojo hacia el doctor. Al final resultaba ser un simple colaborador más de aquel extraño plan y se preguntó cuántas cosas de su vida privada habría compartido con el millonario suizo, cuya mirada no dejaba de escrutarlo. «Necesito guardar la calma. Respirar profundamente y no dejar que Herr Engel me descentre», se decía a sí mismo. De pronto, el anfitrión fijó su mirada sobre la de Miguel tal como lo había hecho en la iglesia de Berlín. Sin dejar de penetrarlo con

los ojos, dijo entonces tuteándolo:

—Deja ya el control, Miguel. Tu mente programada no puede con esto. Dejar el control es retomarlo desde otro estado en donde solo podrás aceptar lo que fluye desde cada deseo que tú mismo expreses cuando elijas existir por ti mismo. Acuérdate de cómo te has sentido cuando has pintado durante estos últimos meses. Escúchame bien ahora. Esto es importante. Hay cuatro cosas que necesitas saber en la vida: quién eres, de dónde vienes, a dónde vas y qué quieres.

De repente aquel hombre dejaba de hablarle de usted y, al hacerlo, su estado de percepción se acrecentaba y relajaba. Aquella forma de hablar no era desconocida para él. Aquel tono de voz, su cadencia, su forma de separar las palabras. Miguel escuchaba siguiéndole el juego para ganar un poco de tiempo. Herr Engel continuó:

—Miguel, dime, ¿sabes tú quién eres?

De repente, todo a su alrededor empezó a desdibujarse. Se agarró a uno de los brazos del sofá mientras su cuerpo temblaba levemente.

—Tienes miedo, miedo a morir desde lo que crees que eres, pero tú no puedes desaparecer, Miguel. Abandona toda resistencia y confía en lo que está sucediendo. Ahora estás viendo el programa con otros ojos. Por eso las formas parecen presentarse ante ti muy diferentes. Yo guío tu mente. Puedo hacerlo. Ya no sabes lo que es real porque estás descubriendo que todo es energía. Este es un momento culminante. Debes hacerte consciente de tu respiración. Esa es la forma de estar en ti. Los delfines están siempre felices porque son conscientes de su respiración. Si dejan de serlo y no piensan siempre en ella se mueren. ¿Sabes cuanta gente está muerta en vida sin saberlo? Te estoy llevando a un encuentro real contigo mismo atendiendo a lo que tu alma y la mía pactaron desde un lugar en donde no existe el tiempo. Ya te lo dije. Nos conocemos demasiado para seguir fingiendo. Es hora de que conozcas mi más profundo secreto. Tienes miedo porque no sabes que ya me conoces, incluso en esta misma vida y en

otras que hemos compartido. Yo te guié cuando estabas perdido entre el alcohol y las drogas en Nueva York. Te ayudé a volver a casa de nuevo. Yo fui la brisa que en sueños te hablaba a pesar de que no me escucharas. Yo fui tu ángel inseparable desde el instante de tu nacimiento, el que te ayudó a seguir adelante, a abrir cada nueva puerta hasta que llegaste a mí, hasta que estuviste listo para crear los lienzos que te encargué. Mientras lo hacías, fuiste limpiando muchas cosas sin saberlo, fuiste recordándote desde tu propio brillo personal. Yo fui acompañando tu crecimiento hasta hoy, y durante estos días, lo que estaba pendiente ya ha sido reparado.

Miguel pensó que aquel hombre desvariaba, hasta que dijo algo que lo dejó mudo de golpe:

—No soy lo que crees ver. Mira en mis ojos. Míralos bien. Dime qué ves en mí que no creas tener en ti.

Miguel no lo podía creer. Aquella mirada era la de Héctor Chong, pero... no podía ser. Era imposible salvo que lo hubieran drogado o hipnotizado. Estaba seguro de estar despierto aquella vez. Sus teorías volvían entonces a recuperar fuerza, a pesar de no saber cómo estaba sucediendo todo aquello realmente. ¿Cómo y en qué momento había logrado Héctor hipnotizarlo y con qué motivo? Entonces, su propia mente se rindió a la evidencia y Miguel pudo oír la voz de su amigo retumbando dentro de sí con la certeza de que Herr Engel y el doctor Chong eran la misma persona. Con la voz de Héctor, Herr Engel dijo entonces:

—Miguel, nada de este mundo es real. ¿Por qué debería serlo yo? Solo ves lo que crees ver.

Miguel podía escuchar y razonar a la perfección, pero al igual que en su anterior reunión en Berlín, tenía dificultad para mover su cuerpo. Sentado en el sofá, miraba a aquel hombre sin comprender qué era lo que ocurría realmente, hasta que vio que entre sus manos había un medallón de oro, el mismo que en la Marienkirche; un amuleto idéntico al que tenía Héctor en su poder. Estaba confuso. No podía pensar con claridad. Llegó de nuevo a su memoria el encuentro en la

iglesia de María, en Berlín, cuando Herr Engel lo miró fijamente antes de su súbita despedida. Recordó haber sentido algo familiar en aquella mirada. Se acordó también del momento en el cual pareció distinguir a Héctor Chong entre la gente que paseaba por las calles de la capital germana, como si su amigo lo hubiera guiado hasta la tienda donde compró la joya con cuarzo y turmalina negra para Alicia. Quizá lo de Berlín tampoco fuera un sueño, sino un efecto hipnótico provocado por la presencia de Héctor Chong, pero era absurdo pensar en todo aquello como algo posible. Era evidente que estaba soñando, al igual que ahora. No había otra explicación racional. Herr Engel tenía sirvientes, empleados que lo veían cada día, hacía negocios. Tenía que ser tan real como lo era el doctor Chong. Quizá era cuestión de proponerse despertar. Entonces la realidad pareció ablandarse ante su atónita mirada y, pese a que trataba de sostener la visión ante un mundo que se deshacía delante de sus ojos, vio a Herr Engel transformándose en el mismísimo Héctor Chong.

Capítulo 22

Bajando el Cielo a la Tierra

De repente, todo se volvió oscuro y Miguel sintió una gran presión en el entrecejo, como si su glándula pineal se abriera completamente. Luego empezó a ver geometrías que acabaron transformándose en un óvulo fecundado donde crecía una vida envuelta de amor, un amor que también lo envolvió a él. Tras un sinfín de *flashes* en que aquel ser se gestaba, creció una imagen luminosa de una Flor de la Vida. Miguel se dio cuenta entonces de que estaba en su futuro. Aquel ser era su hija. Vio a Alicia embarazada, preciosa y feliz, sonriendo con la mano sobre su barriga. Pudo sentir el latido del corazón de aquella niña que le hablaba. Vio cómo crecía en el vientre, sana, despierta, libre de cadenas. Luego asistió al momento del parto, en el que abrazaba a Alicia mientras la niña asomaba su cabeza al mundo a través del agua. Estaban en la piscina de Pachamama Elena, sonriendo, respirando y pariendo sin dolor. Se vio a sí mismo sujetando a la niña entre sus brazos. Entonces viajó más lejos y vio a su hija hecha una mujer consciente, junto a su madre. Eran muy dichosos y paseaban

por una Tierra distinta, muy parecida a los paisajes que había estado pintando. La humanidad estaba despierta, totalmente consciente. El planeta entero se había transformado en un paraíso. Sus pinturas se habían hecho realidad en el programa de vida del planeta Tierra, en aquella línea temporal en la que ahora vivían. Una luz lo absorbió. Al traspasarla, se vio ante un hermoso ser de tez radiante y clara. Lo reconoció al instante. Era Ayaaksas:

—Hola, Miguel. Ya me conoces. Estoy aquí para reajustar tus memorias definitivamente. Así quedamos entre nosotros si uno de los dos se perdía en la amnesia. Encarnaste para inspirar a la raza humana; por eso decidiste convertirte en uno de ellos y por eso ahora eres pintor. Hemos vivido muchas vidas desde que volvimos a la rueda de encarnación. Es la hora de activar memorias y estar completamente presentes en el juego. El mundo está cambiando, y la humanidad necesita de todos nosotros. Somos una legión sobre la Tierra; no estás solo. En cierta manera, yo también estoy encarnado ahora en el planeta y he morado tantas veces junto a ti que nuestras almas han dibujado juntas un destino entrelazado. Estamos aquí para despertar a la humanidad y a los compañeros y compañeras que aún están atrapados a la amnesia del programa. Estamos en la densidad de esta materia para subir su frecuencia y ayudar en la ascensión a la cuarta y quinta dimensión. Recuerda quién eres. —Entonces Ayaaksas le mostró aquel símbolo que lo perseguía últimamente. Era de nuevo una Flor de la Vida, luminosa y radiante como el oro, grabada en sus ropas blancas, como un distintivo. Aquel pleyadiano siguió hablando con una voz limpia, profunda y clara—: Miguel, así crees que te llamas, pero ese es solo uno de tus múltiples disfraces dentro de la multidimensionalidad. Mira esta Flor de la Vida y programa tus células desde su perfecta frecuencia, porque ya sabes que aquí tienes los patrones más puros y esenciales de toda creación. De aquí naces y hacia aquí te diriges. Siente cómo la frecuencia del amor inunda tu vida y tu ser allá por donde pasas, en donde pones tu atención. Muchos esperan el contacto con seres de las estrellas sin saber que hay un universo dentro de cada ser humano. Solo el que

se abre a los sueños puede cruzar los límites de la realidad. Imagina, Miguel, imagina lo que deseas vivir y respíralo, ya lo sabes. Al tomar el aire llenando tus pulmones, atraes con tu imaginación cualquier sueño; al soltar el aire sobre el mundo, insuflas ese sueño para que forme parte de todos. No olvides que también eres el aire que entra y sale de tí. Has venido a la Tierra a mostrarles a todos que existe un Cielo aquí en la Tierra, si así lo deseas. La llave está en tu *syneidesis*. Tu capacidad de imaginar desde el amor que corre ahora por tus venas es una puerta hacia la totalidad del conocimiento. Ser consciente es un primer paso para elegir existir. Cuando lo haces, actúas imaginando con un fin elegido. Cualquier cosa que imagines puede ser rescatada e insertada aquí.

Entonces Ayaaksas se difuminó ante sus ojos y todo se quedó a oscuras. En aquel instante Miguel pudo escuchar los latidos de su corazón programando cada una de sus células, de sus tejidos y órganos.

Todo seguía oscuro. Algo sonaba a lo lejos, como si alguien llamara a una puerta. Se intensificó el sonido hasta que Miguel abrió los ojos. Estaba en la habitación de invitados de la residencia de Herr Engel. El servicio llamaba a la puerta de forma suave y continuada. Miguel miró la hora. Se había quedado dormido y habia tenido de nuevo un sueño. Justo en ese instante sonó el despertador. Lo apagó mientras abría la puerta. Era uno de los empleados. No lo había visto nunca antes. Le dijo que el señor Engel lo esperaba en media hora para cenar en el salón. Le señaló cómo llegar, aunque él conocía de sobra el camino.

—Perdone —preguntó en inglés—. ¿Dónde está la chica?

—¿Chica? Solo tenemos dos chicas de servicio y las dos libran hoy —respondió el hombre con extrañeza.

Miguel estaba desconcertado. Se duchó y se arregló antes de bajar al comedor. No sabía que pensar ni lo que se iba a encontrar al bajar al salón. Cuando llegó, lo esperaba el Herr Engel de siempre, que lo abrazó con efusividad presentándose ante él como si no lo hubiera visto nunca en su vida, a pesar

de ser igual al de sus sueños. El salón también era el mismo. Entonces aquel extraño dijo:

—Tenía ganas de conocerlo, señor Claveras. El día que nos citamos en Berlín tuve un contratiempo y no pude presentarme. No sé si Héctor Chong llegó a comunicárselo. Lo siento muchísimo. De todos modos, pude ver las fotografías de los cuadros que ha pintado. Ha hecho algo increíble con esas pinturas. ¿Sabe que son iguales que las que veo en mis sueños?

—¿Sus sueños? —respondió Miguel algo irónico siguiéndole el juego, mientras participaba de aquella escena como si hubiera sido absorbido por un bucle en el que se repetía la misma situación una y otra vez.

—Sí, me gusta escribir mis sueños. Los que siento que son importantes.

El silencio invadió la sala unos segundos, hasta que aquel Herr Engel, ahora sí, supuestamente de carne y hueso, lo invitó a sentarse en la mesa. Entonces apareció Elke Olsson. Miguel pensó que les acompañaría, pero venía a despedirse de ellos. Tenía un compromiso que atender y viajaba unos días al extranjero. El empleado que lo había avisado para que bajara al salón fue el mismo que les sirvió una cena vegetariana exquisita. Miguel aún no sabía a qué atenerse. Herr Engel estuvo encantador durante toda la velada. Alabó sus pinturas y expresó su alegría ante la posibilidad de colaborar con él desde su fundación. No hablaron de nada trascendental y su comportamiento fue totalmente natural. Herr Engel lo invitó a sentarse en uno de los sillones. Miguel ya conocía aquel lugar. Era extraño estar reviviendo aquella película en el mismo escenario. Entonces, su anfitrión lo miró fijamente a los ojos. Miguel se puso en guardia, pero Herr Engel solo sonrió y le preguntó si creía en las otras vidas. Él asintió más tranquilo.

—Bien, me gustaría confesarle algo sobre las pinturas que usted ha realizado. Es cierto que las vi en mis sueños, pero intuyo que estas visiones de mundos perfectamente equilibrados no solo las tengo yo. —Miguel tomó aire dispuesto a escuchar lo que Herr Engel tenía que contarle—. Estoy con-

vencido de que hay más gente soñando con ellas. Tal vez se trate en realidad de recuerdos de mundos paralelos al nuestro. ¿Cree usted en la multidimensionalidad del hombre y en la fractalidad de la vida, donde el potencial del universo vive contenido en cualquiera de sus diminutas partes?

Sin darle tiempo a responder, recordando todo lo que había aprendido del Herr Engel de sus sueños, Miguel respondió:

—Estoy convencido de que todos nosotros vivimos muchas vidas en el mismo instante presente; que el pasado y el futuro no existen realmente más que en nuestra línea de tiempo. Imagine que ese a quien llamamos Dios está soñando su creación, y que de esos sueños nacen nuevos sueños de forma infinita y eterna. ¿Qué somos nosotros? ¿Hijos de los sueños de Dios o el mismo Dios soñándose a sí mismo dentro del sueño, en diferentes formas, con distintos rostros? —Aquel Herr Engel sonrió mientras aplaudía la exposición de Miguel. La lumbre estaba encendida. Un precioso fuego calentaba la enorme estancia. En Alemania aún hacía frío por las noches—. Me gusta pensar que lo que veo en mis sueños está sucediendo en algún lugar de este infinito presente, tal vez en otro espacio y en otro tiempo. Me gusta creer que, al imaginarlo, lo rescato para traerlo a mí de nuevo. Recordarlo desde el corazón es tener la posibilidad de elegir integrarlo de nuevo al momento presente; hacerse consciente. A eso se le llama syneidesis, Herr Engel, ¿lo sabía?.

—Claro Herr Claveras, no fue la casualidad la que me llevó a poner un título tan especial a mi diario. ¿Conoce usted la etimología de la palabra «conciencia»? —preguntó a Miguel, que negó con la cabeza. Aquello le parecía sumamente interesante. Aquel Herr Engel sí parecía de carne y hueso. Al menos ahora no se sentía mareado ni atrapado. Aquello sí parecía real. Además, el brillo de sus ojos era diferente, más mundano. Entonces, Herr Engel siguió diciendo—: La palabra «conciencia» viene de *conscientia*, término latino que significa algo así como la reunión de la sabiduría y la ciencia, aunque *conscientia* es la traducción de la palabra griega *syneidesis*. Eso significa que cuando usted imagina desde el amor, está acce-

diendo a toda su sabiduría.

Ahora Miguel ya conocía aquella palabra, la misma que lo perseguía siempre desde que empezara con el encargo, la misma que aparecía inscrita en griego sobre el medallón de Héctor Chong.

—Supongo que lo que está tratando de decirme es que la verdadera sabiduría del ser humano está en su capacidad de imaginar —dijo Miguel, asintiendo.

—Solo si accede al verdadero amor —respondió contundente Herr Engel. —Bebió un sorbo de té y, mientras dejaba la taza sobre la mesa que tenía junto a él, dijo—: Sus pinturas son nuestra elección ahora, en este juego que juntos estamos creando. Las hemos imaginado juntos amando el placer de construirlas para insertarlas en el programa colectivo. Lo haremos de forma inteligente y sutil, presentándoselas al mundo de forma oficial y cotidiana, como se hacen las cosas en magia, distrayendo a la mente con banalidades mientras le hablamos al inconsciente colectivo. Todos recordarán, señor Claveras, tarde o temprano; todos se acordarán de lo que es la verdadera humanidad. El futuro de este planeta está lleno de esperanza y de luz. Nos hemos creído que somos limitados, que necesitamos dioses que nos juzguen, premien o castiguen, cuando en verdad somos nosotros los que los creamos al creer en ellos. Tenemos un poder absoluto en nuestras manos, desde nuestra capacidad de generar realidad propia. Es el momento de que la humanidad entera despierte.

Miguel se sentía contento al comprobar que al fin conocía al verdadero Herr Engel. También agradecía y valoraba la presencia del otro Herr Engel, el que lo había instruido mientras dormía. Era evidente que aquellos sueños habían sido iniciáticos para él. Siempre había creído en los ángeles; entidades y energías maravillosas que inspiraban a los seres humanos en su camino de vuelta a casa. Se dio cuenta de que Héctor Chong no tenía nada que ver con todo aquello. Miguel se equivocaba y estaba muy cerca a la vez, pero todavía necesitaba separar realidad de ilusión. Aún no había asimilado la verdad de aquella enseñanza que Ayaaksas trataba de recor-

darle desde los mundos más sutiles. No tener respuestas lógicas le generaba todavía mucha ansiedad, por lo que, si no las tenía, su mente las fabricaba de la nada. Entonces, el Herr Engel de carne y hueso le dijo:

—Una imagen es una idea sintetizada y concretada. Eso son sus pinturas en realidad, ideas en potencia.

—Ya entiendo, señor. Una idea puede cambiar el mundo. Una imagen es una idea representada. —Y añadió algo más. Era una cita célebre de Arquímedes—: «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo».

Herr Engel bebió de nuevo de su taza:

—Le sorprenderá saber que no fue eso lo que realmente dijo Arquímedes de Siracusa, uno de los matemáticos más grandes de la antigüedad. —Héctor le había contado que Herr Engel era un apasionado de las matemáticas. Aquello cuadraba a la perfección. Era normal que lo conociera todo sobre uno de los matemáticos más importantes de todos los tiempos. Entonces su anfitrión le aclaró el dato—: «Si hubiera otro mundo y pudiera ir a él, entonces podría mover este». Esto fue lo que de verdad dijo Arquímedes.

Miguel sonrió y añadió:

—Desde donde se mueve realmente el mundo es desde los mundos sutiles, es decir, desde el lugar donde se generan las ideas.

Herr Engel aplaudió diciendo:

—*Touché*, amigo. Ha dado usted en el clavo.

Herr Engel terminó el té de su taza en un par de sorbos y continuó diciendo:

—Le sonará esto que le voy a decir: todos estamos unidos por un hilo invisible. Cuando alguien llora en algún lugar del mundo, algo de usted está llorando, y cuando alguien ríe, usted recibe también para sí la energía de la alegría. Por el simple hecho de centrar nuestra energía en algo, lo atraemos a nuestra vida y a la de los que nos rodean. No se extrañe si cada vez hay más gente en el mundo soñando lo que usted pin-

ta, Herr Claveras. ¿Ha oído hablar de Henry George? —Miguel fue sincero e hizo con la cabeza un gesto de negación, así que el señor Engel continuó—: Henry George fue un economista estadounidense que inspiró la filosofía conocida como Georgismo, que sostiene que cada uno posee lo que crea, pero que todo lo que se halla en la naturaleza pertenece igualmente a toda la humanidad. Henry George dijo una vez: «Toda idea nueva pasa por tres fases: primero es ridícula, después peligrosa y al final... ¡todos la sabían!». —Miguel sonrió mientras Herr Engel añadía—: Algún día todos sabrán que esas pinturas representan la posibilidad que se encarnó, la posibilidad de un mundo de Hombres y Mujeres de Conciencia que fue posible porque alguien lo imaginó para presentárselo al resto.

Miguel tuvo entonces una duda:

—Señor Engel... ¿Qué cree usted que ocurre cuando imaginamos dolor, destrucción y desolación?

El responsable de los textos que habían inspirado a Miguel para crear las pinturas cerró los ojos un segundo y respiró profundamente:

—Ya conoce la respuesta, Herr Miguel. Solo tiene que observar nuestro mundo, nuestra obra de arte colectiva. Crear desde el miedo genera miedo; crear desde el amor, solo amor. Los que desean que este mundo sea únicamente un mal sueño, insertan ideas que lo generen, ideas que nos convenzan de ello. Recuerde que el ministro de propaganda de Hitler, Paul Joseph Goebbels, era el que decía que «una mentira repetida adecuadamente mil veces se convierte en una verdad».

Aquella noche Miguel durmió como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Se levantó totalmente descansado. Miró el reloj y ya eran las once de la mañana. No era consciente de haber dormido tanto desde hacía años. Recordó que se habían retirado a sus habitaciones recién tocadas las doce. Recordó lo agradable de la velada y comprendió que aquel hombre era un verdadero ángel de carne y hueso. Su nombre describía perfectamente la forma en la que se proyectaba. Su fundación y

su interés por acompañar y estimular el despertar de conciencia planetario era una auténtica labor de inspiración. Estarían en contacto a través de Elke y el doctor Chong. Se dio una larga ducha y desayunó fruta. Herr Engel se había despedido la noche anterior porque debía tomar un vuelo muy temprano por la mañana. Le había transmitido a Miguel que podía levantarse cuando lo deseara y pasar allí el tiempo que quisiera antes de que saliera su tren hacia Frankfurt. Su vuelo saldría desde allí a media tarde, así que paseó por los jardines de la residencia y pidió que lo acompañaran al centro, donde hizo alguna compra y comió un delicioso menú vegetariano antes de volver a la mansión para hacer su maleta. Al recoger sus cosas, comprobó que el dinero seguía dentro del maletín. No era desconfianza, pues no temía que se lo hubieran robado; más bien quería comprobar si aquello había formado también parte del extraño sueño. Pero el dinero estaba allí. Al salir de la casa, el mismo hombre que sirvió la cena la noche anterior lo acompañó hasta el coche que lo llevaría a la estación de trenes. El chófer condujo atravesando el jardín hasta la entrada del palacete, dejó atrás la enorme puerta de entrada y giró a la derecha. El semáforo estaba en rojo. Desde la ventanilla podía verse parte de aquella impresionante mansión. Mientras esperaban a que la luz se pusiera verde, Miguel pudo ver a uno de los empleados de Herr Engel hablando con una mujer del servicio. Estaban lejos, pero desde allí Miguel gozaba de buena visión. Se dio cuenta en seguida de que aquella chica era la misma que lo había ido a avisar a su habitación la tarde anterior en su supuesto sueño. Si no era ella, desde luego se parecía mucho. Tal vez no había sido un sueño, pensó. Pidió al chófer que se parara, pero no parecía hablar inglés. Además, había un coche que tocaba el claxon, y él arrancó en el acto.

—*¡Stop bitte!* —rectificó gritando.

Pero era demasiado tarde. El coche ya no podía dar marcha atrás. Podría haber pedido al chófer que regresara al palacete tomando una ruta alternativa, pero iban muy justos de tiempo y no deseaba perder el tren. Tenía que preparar los cuadros para su exposición, escogerlos, embalarlos y colgarlos después en la sala. Su mente minimizó la importancia del he-

cho que acababa de suceder. Y fabricó explicaciones lógicas que hicieron que olvidara cualquier remota posibilidad de que la chica fuera la misma de su sueño. Era demasiado absurdo.

Llegó el día del *vernissage* de la exposición de Miguel. Llegó mucha gente interesada. Desde la calle, una gran pancarta roja revestía la fachada del reconocido edificio modernista. En ella podía leerse junto a su nombre el título de la exposición: «*Syneidesis*, el arte de materializar los sueños».

Alicia estaba radiante al lado de un Miguel más feliz que nunca. Pronto llegó el profesor Riba, que tras saludar a su hija efusivamente pudo conocer a su futuro yerno. Allí se encontró también con Javier Pérez Barba, que había asistido acompañado de su hermana y la pareja de esta. Al fin Javier había podido preguntar a Miguel Claveras sobre el origen de aquellas pinturas. Miguel le contó que aquellas eran las visiones de un mundo de conciencia, un lugar que ya existía en el corazón de cada ser humano y que podíamos decidir encarnar aquí, tal vez algún día y si era elegido por una mayoría. Al ver aquella obra, pudo comprender que Miguel era uno de ellos, uno de aquellos tantos encarnados que venían a despertar y a transformar el mundo desde dentro. Le propuso hacerle una entrevista y colaborar unidos en algo que ayudara a la gente a recordar la grandeza del ser humano; tal vez podrían escribir el guión de una película. Miguel recordó que aquel era uno de los proyectos de los que le había hablado Elke y le dijo a Javier que los pondría en contacto. Miguel sentía una gran familiaridad cuando hablaba con aquel entusiasta periodista, que no tardó en preguntarle por el doctor Chong. Al parecer, no contestaba al teléfono. Miguel no le dio mayor importancia. Estaba acostumbrado a las misteriosas desapariciones de su amigo. Antonio Riba le comentó a Javier que ya había empezado a trabajar en el libro de su padre. Lo titularía *El verdadero mensaje de Cristo*. También asistieron a la exposición Lucía, Elena y Juan Lobo. Era la primera vez en muchos años que Juan dejaba las montañas. Le sentó bien aquella incursión. Habían estado todo el día dando vueltas y descubriendo lo que había cambiado la ciudad después de tanto tiempo. Lucía fue a jugar con Álex, mientras sus padres charlaban con unos

amigos. Isabel se las ingenió para hablar a solas con su hermano y Alicia sobre Álex. Les contó que había hablado con su marido y que este había aceptado que aquellos doctores trataran al niño periódicamente. Al parecer, había sido determinante la intervención del doctor Chong, que había mediado para tranquilizar al padre de Álex usando hábiles argumentos para convencerlo. Estaba muy agradecida y tenía un mensaje de Héctor para Miguel:

—Me pidió que te dijera que no iba a poder asistir. Al parecer tenía que viajar toda la semana.

Miguel no esperaba que el doctor asistiera al evento. Sabía que no le gustaba demasiado mostrarse en público. Se dio cuenta de que eran grandes amigos, pero sabía muy poco sobre él.

Pasaron los días. La exposición había sido un éxito. Alicia y Miguel visitaron a sus amigos de la Garrocha. Además, Miguel la incluyó en la planificación de su próximo viaje a París y Berlín. Había tratado de localizar a su amigo Héctor, pero había sido imposible; no cogía el teléfono. Había pasado dos veces por su consulta, pero nadie había contestado. En su tercer intento encontró a uno de sus colaboradores.

—¿No le han dado la noticia? El doctor Chong murió hace unos días. Estamos tratando de avisar a todos los que lo conocían, pero con tanta reestructuración no hemos podido ir más deprisa.

Miguel se quedó blanco. No era posible.

—¿Cuándo?, ¿cómo? —preguntó asombrado.

Héctor Chong había muerto de un accidente de coche justo el mismo día de su *vernissage*. Había sido en Suiza, por la noche, viajando desde el aeropuerto hasta su casa. Al parecer había muerto en el acto. Aseguraron a Miguel que continuarían con la consulta abierta en Barcelona y que estaban arreglando durante aquellos días todos los asuntos legales del señor Chong, que había expresado en su testamento que no se diera ritual alguno de enterramiento. Al parecer, los más allegados habían hecho quemar su cuerpo para esparcir des-

pués las cenizas sobre el lago de Zúrich, como él deseaba. Miguel volvió a su casa hundido y triste. No sabía nada sobre los familiares y amigos del doctor, nunca hablaba sobre su vida privada con nadie, pero le dolía no haber sido invitado para poder despedirse. En realidad estaba dolido porque jamás volvería a verlo, porque una vez más en su vida, como ocurrió con sus padres, no había podido decir adiós.

Con el transcurrir de las semanas y gracias a la compañía de Alicia, Miguel fue superando el golpe. Viajó con ella a París y a Berlín. De regreso de la capital germana pasó por Darmstadt. Elke Olsson lo había llamado por teléfono para hablar de su colaboración en los diferentes proyectos de la fundación. Alicia hablaba muy bien francés, pero apenas chapurreaba el inglés, por lo que Miguel tuvo que hacer de traductor. Miguel preguntó enseguida por Herr Engel. Al parecer, estaba muy bien, aunque algo apenado por la trágica muerte del señor Chong. Herr Engel estaba deseoso de saludarlo y entregarle algo. Ella no sabía mucho más o no deseaba compartirlo. Miguel estuvo intrigado durante toda la reunión. Con Elke solo hablaron de proyectos y marcaron fechas, pero la mente de Miguel se encontraba en otra parte. ¿Qué es lo que tenía Herr Engel para él? Quizá se trataba de un mensaje de Héctor Chong.

Cuando entraron en la residencia del señor Engel, Alicia no podía disimular su impresión ante tamaña mansión. Un hombre los recibió en la entrada y los guió hasta el salón en donde Miguel había cenado en su anterior visita. Herr Engel se alegró al verlos. Les pidió a ambos que tomaran asiento en un perfecto español con acento suizo y, tras charlar del tiempo y algunas banalidades, dijo:

—Qué duro golpe la pérdida de Héctor, ¿verdad? —Miguel asintió entristecido—. A usted lo quería mucho. Sentía una gran admiración por su obra y su persona. Ya sabrá que Héctor navegaba siempre entre esta y otras vidas con eso de las regresiones. Una vez me dijo que había recordado vidas en las que ustedes interactuaban; había una de ellas a la que hizo especial mención. ¿Nunca le dijo nada al respecto?

Miguel no salía de su asomo. ¿Por qué Héctor jamás le dijo nada? ¿Por qué aquel hombre que, al parecer, tanto lo quería jamás mostró sus emociones ante él? Frotó sus ojos y dijo:

—¿De qué vida se trataba?

Justo en ese instante llegó un hombre que les ofreció algo de beber. Mientras servía un jugo de uva a los invitados, Herr Engel contestó a Miguel:

—El señor Chong se refirió a la vida de Jesús. —La cara de ambos invitados cambió al mismo tiempo. Herr Engel prosiguió—: Al parecer, él recordaba haber sido Jesús, el galileo. Por lo que me contó, también recordaba toda su vida, desde el momento del nacimiento hasta su muerte, en Cachemira, en la India, no precisamente en una cruz. Según me dijo, usted fue en aquella vida el más preciado de sus hermanos, Santiago. Cuando me lo confesó, a mí también me sorprendió que hubiera sido Jesús en otra vida, pero él le quitó importancia al hecho diciendo que todo lo que se contaba en los textos sagrados solo mostraba la imagen endiosada y deformada de un ser humano que trató de ser únicamente él mismo. Me aseguró que lo verdaderamente importante de aquella vida no fue lo que ocurrió en la superficie, sino lo que fue sembrado y quedó pendiente; pendiente con usted y con el mundo que ahora germina despertando a su verdadera voz.

Alicia le cogió la mano a Miguel. En ese momento, un empleado de Herr Engel, el hombre que sirvió la cena en la última velada, interrumpió la conversación. Herr Engel tenía una llamada. Se disculpó y fue hacia el salón contiguo para atenderla en intimidad. Alicia aprovechó para decir:

—Miguel, esto es muy fuerte. Es de locos. ¿Por qué tu amigo Héctor no dijo nada el día que llevamos a Álex? Tal vez por eso me sonaba tanto su mirada. Quizá sea verdad y los tres fuimos en aquella vida María Magdalena, Santiago y Jesús. Es increíble.

Miguel estaba confuso. Se sentía furioso con Héctor por haberse ido y por haberle ocultado tantas cosas. Era más fácil para él enfadarse que descansar en su tristeza. Se sentía en-

gañado y traicionado.

—Héctor fue el que me hipnotizó; conocía todos los detalles de mi sueño. Aquello era privado. Seguro que era un pobre desequilibrado que, al oírme, se reapropió del sueño y se convenció de que había sido Jesús. El muy bocazas se lo contó a Herr Engel antes que a mí. Tan misterioso, siempre escondiéndose del mundo... Puede que al final se tratara de un paranóico perturbado. Jamás pude conocerlo realmente. Esto es absurdo, Alicia. ¿Te imaginas a Héctor Chong como Jesús, tú de Magdalena y yo de apóstol Santiago? Vamos, hombre, solo falta que tu padre fuera el centurión romano y mi hermana la madre de Jesús, no te jode. Debía de estar desvariando si realmente lo supuso así. Lo que no entiendo es que Herr Engel lo crea. Aquí están todos como una puta cabra. Ahora sé que aquello solo era un sueño simbólico, Alicia, un sueño que nos acercó para vivir lo que ahora estamos creando juntos. Eso es lo que vale.

En aquel momento Herr Engel colgó el teléfono y abrió un inmenso armario del que sacó una pequeña caja fuerte metálica. Volvió a sentarse junto a sus invitados y les dijo:

—Disculpen, les estaba diciendo que Héctor Chong estaba convencido de que aquella encarnación los había marcado intensamente. Al parecer, ustedes dos se han reencontrado en esta vida y están compartiendo lo que en aquel tiempo no se permitieron. Eso me comentó el doctor. Ustedes están sanando aquello que no se permitieron vivir y que tanto les dolió, eligiendo amarse aquí y ahora de la forma en la que lo hacen.

Miguel estrechó con fuerza la mano de Alicia y, con toda su ironía, miró al señor Engel a los ojos y le preguntó:

—Si todo eso se lo contó el señor Chong, tal vez le contó también qué le dijo Jesús a Santiago cuando se abrazaron al despedirse.

Herr Engel sonrió:

—No, pero si ahora ambos están juntos significa que algo de usted ya se enteró.

Aquello no satisfizo a Miguel; más bien confirmaba sus sospechas. Aquel hombre no les contaba nada nuevo del sueño. Héctor no le había podido contar qué dijo Jesús simplemente porque no lo sabía. Herr Engel había creído lo que decía su amigo, eso era todo, y Héctor Chong era muy convincente. Tal vez su muerte estuviera trayendo algo de luz a la idealización que tenía de su figura. La verdad reflejaba algo muy diferente. Héctor Chong era, al fin y al cabo, un hombre solitario y celoso en extremo de su intimidad, un hombre lleno de secretos. Herr Engel entregó una caja a Miguel.

—Esto es para usted —le dijo. El joven pintor miró sin comprender—. Cuando el notario leyó el testamento de Héctor Chong, este había dejado todas sus pertenencias a mi fundación, excepto esta cajita y lo que ella contiene. La dejó para usted. Como el accidente fue inesperado, suponemos que lo que hay en su interior debió de ponerlo mucho antes. Verá que hay una gruesa cerradura. El notario tiene la llave. Recibirá una notificación para recogerla en mano en Barcelona.

Cuando se despidieron de Herr Engel, Miguel y Alicia pasearon por el casco antiguo de Darmstadt hasta que llegó la hora de tomar el tren. Hablaron largo y tendido de todo aquello. Alicia hizo comprender a Miguel que transformar la tristeza que sentía ante la pérdida de Héctor en rabia hacia él no iba a ayudarlo. Tenía razón. Miguel se sentía triste y engañado. Le hubiera gustado compartir algo más con aquel amigo que tanto lo ayudó; le hubiera gustado compartir sus emociones. Pero jamás lo vio llorar. Como mucho, pudo adivinar la emoción dibujada en sus ojos el último día en su consulta. «Al menos Jesús sí lloraba en aquel sueño», pensó. Eso demostraba su humanidad, aunque fuese fruto de la fantasía. Varios días después, Miguel recibió de parte de un notario un sobre con una llave. Había estado mirando la caja cada día, preguntándose qué contendría. Al fin desvelaría el misterio de Héctor Chong.

Tenía todo el tiempo del mundo. En su equipo de música sonaba el *Concierto de Brandemburgo n.º1 en fa mayor* de Johann Sebastian Bach. Tumbado sobre la hamaca que colgaba entre los geranios de su balcón, Miguel sonreía con los

ojos entreabiertos mientras aquel sol de primavera acariciaba su cara. Observaba el manto dorado que teñía el verde de los árboles del parque mientras respiraba el aroma de un vergel de flores celebrando la primavera. El Turó Park estaba esplendoroso aquella tarde. Alicia había ido al colegio y su hermana estaba de compras. Sobre la mesa de madera que tenía a su lado, junto a un sobre, descansaba la caja de metal abierta y vacía. Recuerdos y sensaciones acariciaban su corazón. En él ya no había tristeza, sino una profunda alegría y comprensión. Su mano derecha sujetaba un medallón de oro con el símbolo de la Flor de la Vida grabado en una de sus caras. Miguel sentía su corazón totalmente abierto. Su lucidez era la del sol, la de la vida creando vida desde la total aceptación. Su mano izquierda sujetaba todavía varias hojas de un hermoso papel pergamino hecho a mano. Se trataba de una extensa carta del doctor Chong dirigida a él, una carta de su puño y letra en la que le hablaba a Miguel como nunca antes lo había hecho:

Amado Miguel:

Cuando leas esta carta yo habré dejado esta vida, una más dentro de tantas que hemos vivido. Para volar realmente libre uno debe elegir, y lo primero que se elige es la existencia. A pesar de las voces que heredamos creyendo como propias, existir más allá de la conciencia que tenemos es lo que nos permite salir del juego y entrar en él sin perder memoria de nuestra infinitud. Elegir usar la capacidad de imaginar para generar realidad propia es en realidad el camino de cualquier dios, y puedo asegurarte que no hay alguien que no pueda transitar ese camino si así lo desea.

Lo que te voy a contar es algo que solo he compartido con los dos seres más importantes de mi vida. Ahora también tú sabrás lo que se oculta detrás del velo que permite que un gran plan para el despertar de la humanidad esté desarrollándose a la perfección sobre la Tierra. Esta es, pues, mi historia:

El nombre con el que me bautizaron fue Klaus. Antes de que tú nacieras decidí volver de nuevo a la Tierra con una misión que, como nos pasa a la mayoría en el momento de encarnar, empecé a olvidar a medida que me dejaba absorber

por el anclaje del programa que rige este juego que llamamos vida, aquí en la Tierra.

Desde Babilonia, el planeta está dominado por trece familias de sangre azul al servicio de entidades de cuarta dimensión. Yo nací en el seno de una de ellas. Fui el pequeño de varios hermanos, destinados a ser los privilegiados esclavos de la voluntad de un clan entregado a la magia negra y la degradación. Viví entre el lujo y la riqueza dentro de una cárcel vacía de amor. No te daré detalles acerca de la educación vejatoria a la que nos sometían ni describiré los rituales a los que fui obligado a asistir y participar. Mi infancia la elegí yo, como todo lo que vivo. Así elegimos todos sin excepción nuestra propia experiencia vital y así fue como pude aprender desde niño a experimentar la separación del ser, el infierno que causa la ausencia de amor.

Con el paso de los años, mis hermanos fueron accediendo a ser moldeados como perfectos espejos de nuestros progenitores, transformándose poco a poco en chicos dignos de nuestro clan. Pero algo de mí se resistió a formar parte de todo aquello y fui siendo marginado hasta que solo me quedó morir y renacer a otra cosa para que mi corazón sobreviviera a tamaña tortura física y psicológica. En aquellos años de infancia mi mejor amigo y confidente era Werner, el hijo de uno de los sirvientes y hombre de confianza de mi padre. Werner era un chico mayor que yo, lo que no impidió que nuestras voluntades terminaran uniéndose para evitar ser presas de aquellos que nos querían convertir en seres sin alma. Nos escondíamos siempre que podíamos y juntos soñábamos en construir un mundo mejor, un mundo donde el amor que jamás recibimos se expresara como el viento, acariciando las almas de cada ser humano que morara la Tierra. Imaginar el cielo abrazando la certeza de que tarde o temprano podríamos encarnarlo en la Tierra nos mantuvo cuerdos y permitió que no nos abandonáramos a la desesperación.

Yo todavía era muy pequeño cuando Werner llegó a la edad en la que debía iniciarse en el ritual que lo adentraría en el mundo de los adultos del clan. Todos debían pasar por él si

deseaban seguir viviendo. No aceptar aquel regalo era, pues, elegir la muerte más lenta y dolorosa. Aceptar el ritual significaba sacrificar personalmente y delante de todos los asistentes a una víctima inocente, una mujer o un niño preferentemente. A los seres de cuarta dimensión les gusta la sangre y la energía que generan el miedo y el dolor de los que sufren hasta morir. Por tanto, la muerte debía ser lenta y dolorosa. A pesar de todas aquellas atrocidades y de la oscuridad de sus vidas, yo traté de amar a mis familiares cada día de mi vida. Muchos creen que la ausencia de corazón es algo que se debe castigar, mas el que llega a tal extremo lo hace por desesperación, pues, al perderse de sí mismo, pierde cualquier razón, y no hay mayor tortura y prisión en la existencia que no reconocer el propio corazón.

Llovía mucho aquel día de invierno. Werner fue aislado y preparado con todos los honores. Lo teníamos todo pactado. Yo debía abrir la puerta y facilitarle la huida mientras distraía a los miembros del clan y a todos sus invitados, al menos hasta que pudiera llegar a la estación de tren más cercana. Nadie debía notar su ausencia hasta que este hubiera logrado subir a uno de los vagones. Werner no pudo convencerme para que lo acompañara. No podíamos huir los dos sin levantar sospecha, y su situación era insostenible. Muy consciente de lo que me podía ocurrir si descubrían que yo había tenido algo que ver en aquella fuga, Werner me dio las gracias, y, mirándonos a los ojos, juramos reencontrarnos cuando fuéramos mayores para realizar nuestro sueño, el de ayudar a crear una humanidad de Hombres y Mujeres de Conciencia. La fuerte lluvia que aparentemente se presentaba como un impedimento fue el manto que hizo a Werner invisible hasta abandonar la finca familiar. Su bicicleta lo llevaría hasta la estación más cercana, y a la hora en punto tomaría un tren que lo alejaría de allí antes de la medianoche. Werner estaba ya muy lejos, camino de Francia, cuando su huida fue descubierta. El clan tenía mucho poder. Temí que removieran cielo y tierra hasta que lo encontraran. Mis temores no iban desencaminados, pero jamás lograron dar con él. Werner hablaba varios idiomas y tenía muchos recursos. Logró emigrar a Estados Unidos como polizón

en un barco mercante. Subsistió durante un tiempo en las calles de varias ciudades, hasta que tuvo la fortuna de encontrar trabajo en un circo ambulante dirigido por una familia de emigrantes polacos. Con el tiempo, aquella familia acabó adoptándolo como a un hijo, recibiendo así el amor que jamás había conocido. Se hizo un hombre, un hombre con una identidad nueva cuya mirada reflejaba el porte de alguien educado para ser rey. Solo yo lo reconocí al reencontrarlo tras mi muerte. Sí, has leído bien, Miguel: yo estuve muerto cinco días. Fue a raíz de la brutal paliza que recibí cuando descubrieron mi complicidad en la fuga de Werner. Mi padre no tuvo piedad. En el hospital dijeron que había sufrido un grave accidente; esa fue la versión oficial. Mis padres y los médicos creyeron que si sobrevivía quedaría deficiente mental. Desde donde yo los veía podía saber todo lo que decían y pensaban. Durante el tiempo que estuve en coma ocurrió algo grandioso. Dejé mi cuerpo y me fui alejando de aquel tenebroso hospital hasta cruzar los límites del programa que nos mantiene anclados a la Tierra. A partir de ese mismo instante algo inesperado sucedió de repente y pude recuperar la memoria de toda mi existencia. Vi ante mis ojos la historia de todas mis vidas y experiencias desde que salí de la luz, como hicimos todos algún día. También recordé la decisión de mi alma cuando eligió encarnar como Jesús en la Tierra, pese a saber que el mundo no comprendería el mensaje que venía a sembrar para que dos mil años más tarde empezara a germinar, cuando el grueso de los seres humanos estuviera listo y dispuesto para el despertar colectivo, cuando la humanidad decidiera abrazar una existencia interna y personal en la que no necesitara más dioses y diosas que le dictaran lo que debía o no debía hacer. Mientras mi conciencia flotaba, pude recordar también muchas de mis vidas en diferentes estados de conciencia, en otros planetas y dimensiones. Tuve la certeza de que aquello era lo que muchos seres humanos experimentaron sin saberlo antes de venir a la Tierra. Comprendí que todo ser encarnado contiene un alma inmensa y sabia heredera de un sinfín de experiencias, y que estar encarnado en la Tierra era algo a lo que solo podían aspirar almas realmente preparadas. Tras asimilar

numerosas vidas propias, descubrí una en particular que me envolvió más que ninguna otra. Se trataba de una de mis encarnaciones en las Pléyades, en la que encarné a Ayaaksas, un poderoso maestro que velaba por la evolución de la especie humana en la Tierra. Miguel, tú estabas también conmigo cuando bajamos a la Tierra para abrir el corazón de los hombres y mujeres que entonces moraban el planeta azul. Instruimos a aquella humanidad y tratamos de compensar desde el respeto hacia su propio proceso todo el retroceso que se había generado en ellos a través de la manipulación de su ADN por parte de razas retrógradas contra las que habíamos luchado ya en las pasadas guerras estelares. Poco a poco fuimos amando a aquellos seres humanos, hasta que nos dimos cuenta de que la forma de provocar una verdadera aceleración en su avance hacia el despertar era encarnarnos como uno de ellos. Y así fue como muchos de nosotros entramos en la rueda de la reencarnación que permite estar presente dentro de este juego mágico de la vida en la Tierra.

Te parecerá extraordinario, pero algo de Ayaaksas y toda la información que llevaba en su cuerpo de luz quedó impregnada en mí. Tanto fue así que al despertar milagrosamente del coma, empecé a demostrar cualidades sobrenaturales y una sabiduría e inteligencia que llevaron a mis progenitores a dejarme en manos de los servicios secretos de inteligencia, quienes se interesaron en experimentar conmigo con la esperanza de convertirme en un futuro súper soldado. Nunca más volví a ver a mis padres. Mi madre murió al poco tiempo. Mi padre y mis hermanos siguieron al servicio de la vieja energía que trataba de seguir dominando un planeta que desde dentro estaba abriendo su corazón a un despertar colectivo sin precedentes. Pasé largo tiempo encerrado y sujeto a duros experimentos que pretendían estimular y poner a prueba mis cada vez más crecientes facultades. Estuve en la base militar que hay debajo del que fuera el aeropuerto de Tegel, en Berlín. También estuve en Suiza, en los sótanos del Vaticano y en Estados Unidos, siempre en bases secretas ocultas bajo tierra. El planeta está lleno de ellas. Al final me trasladaron a una base que descansa bajo el mar, debajo de la isla de Tenerife.

Allí algo de mí llegó a su límite y decidió morir de nuevo, como sucede siempre que deseamos renacer totalmente. Fue entonces cuando sentí que Ayaaksas tomaba el poder y el control, hasta que definitivamente mi corazón se transformó en el suyo. Allí decidí recuperar y abrazar de nuevo la misión que traía cuando encarné en la Tierra. En ese momento mis recuerdos estaban vivos y sabía lo que había venido a hacer. Lo primero que hice fue crear a Herr Engel, un agente con facultades psíquicas, hijo de una familia adinerada de Suiza, que había venido a la isla de Tenerife para ayudarlos a programarme. Todos podían verlo en su mente creyendo que era real. Mi potencial se había asentado, así que me resultaba muy fácil proyectar en el programa de los demás todo aquello que deseaba que vieran. Era muy sencillo hacerlo si estaban dentro de mi radio de acción o, como descubrí más tarde, si permanecían en lugares de poder con unas características específicas, como lo era aquel lugar de Tenerife o la Marienkirche de Berlín y la mansión que visitaste en Dermstadt. Herr Engel tenía acceso a mi celda, y así pude conocer a mi propia creación, con la que entablé un precioso diálogo interno que nos unió para siempre. Entonces Herr Engel me propuso ayudarme a escapar. Lo hicimos una noche de luna negra. Cruzamos la isla mientras los militares nos perseguían en la oscuridad. Allí fue cuando, bordeando la costa cerca de la playa, mis ojos contemplaron una escena que me abrió el corazón definitivamente. Un hombre abrazaba sobre la arena a su hijo recién fallecido. Lo sostenía entre sus brazos. Se había ahogado al abandonarse a la muerte. Me acerqué y tomé de la mano a aquel chico. Sentí que su alma había decidido no irse aún y lo ayudé a volver de nuevo a su cuerpo. Andrés, su padre, me ayudó a salir de la isla. Para los ojos de los que viajaban en aquel barco, Herr Engel estaba siempre presente, en silencio, a mi lado, a pesar de que solo era una creación de mi mente. Les dije que era mi tutor. Gracias a él pude viajar hasta Asia como si de padre e hijo se tratara y alquilar una casa donde vivir. Allí tracé un plan maestro para poder llevar a cabo mi misión. Empecé a proyectarme en lugares de poder de todo el mundo para activar los engranajes que con los años

llevarían cada pieza a su lugar perfecto donde ser encajadas. Creé personajes que pudieran aparecerse ante gente de muy especial nobleza para despertar en sus corazones la inquietud de la búsqueda del verdadero mensaje de Jesús; un mensaje velado tras la manipulación de intereses acostumbrados a transformar en dioses a todos los iniciados que han pasado por la Tierra; iniciados que vinieron en realidad a recordarnos precisamente que todos nosotros ya somos dioses creadores cuando abrazamos el poder del corazón y elegimos imaginar la existencia que deseamos transitar. Poco a poco fui trenzando desde lo sutil redes a través de las cuales todo aquello que un día fue sembrado comenzara ahora a germinar ante el despertar de conciencia que el planeta estaba viviendo. Fue sencillo para mí amasar rápidamente una gran fortuna y descubrir el paradero de Werner, al que fui a buscar y al que relaté en un emotivo reencuentro mi impresionante historia. Entonces decidimos ponernos en marcha. Él adoptaría la personalidad de Herr Engel y sería la cara visible de aquel monumental proyecto; yo quedaría en la sombra y desde allí crearía un personaje para moverme a mis anchas y seguir engrasando una maquinaria que ya estaba en marcha. Así es como me convertí en Héctor Chong. Te sorprenderá saber que el principal motivo de esta creación, así como el hecho de que fijara una segunda residencia en Barcelona, fuiste tú. Tu existencia en este momento en la Tierra motivó que me acercara a tu familia primero y luego a ti. Esperé pacientemente a que estuvieras listo, a que tu corazón pudiera abrirse a la grandeza que contiene. Eso ocurrió cuando regresaste de Estados Unidos. Sé que te resultará difícil creer que era mi voz la que susurraba a tu oído desde tu propia mente para que volvieras a Barcelona cuando pensabas en el suicidio en aquella habitación de hotel de Nueva York tras saber que tus padres habían fallecido. También fue mi voz la que te guió hasta la Garrocha para que Pachamama Elena te encontrara. Tranquilo, ella no sabe nada. Así debía ser, como cada cosa que fui creando y que continúa actuando como la flecha del arquero que un día salió en la dirección que ahora alcanza su objetivo. No te sorprendas por todo lo que te estoy contando, pues cualquier ser

humano podría hacer lo que yo si recordara desde donde ya sabe y ya es lo que elije manifestar. Creamos nuestra experiencia vital, ya lo sabes. Lo que hice contigo muchos lo llamarían manipulación, pero en tu caso fue pura inspiración, pues así lo habíamos pactado a otros niveles.

Werner y yo creamos nuestras nuevas personalidades con mucho cuidado. Documentos, pasaportes y todo aquello que necesitáramos. Mis capacidades nos ayudaron a hacer, deshacer y saltar por encima de cualquier obstáculo que se nos presentara hasta lograr consolidar todo aquello que nos permitiera hacer crecer la semilla de una misión que pretendía devolver el poder a cada hombre y mujer conscientes. Así creamos la leyenda y el imperio de Herr Engel. Elke se unió a nosotros más adelante para encargarse de la fundación. Cuando llegó el momento, Herr Engel se presentó oficialmente en sociedad. Nadie pudo reconocer a Werner en aquel elegante magnate suizo. Mis propios hermanos, convertidos ahora en dirigentes del clan, hablaron con él varias veces sin sospechar quién era el que se escondía brillantemente tras aquel disfraz fabricado para que yo pudiera seguir adelante con todo lo que estabamos generando.

Tal vez te cueste comprender la razón por la que no te conté todo esto cuando te transmití el interés que tenía Herr Engel para que fueras tú el que pintara los cuadros de aquel misterioso encargo. Hay muchas razones que no podemos comprender desde donde la información que recibimos puede ser escasamente procesada e interpretada. Debías experimentar por ti mismo el proceso que te ha llevado hasta aquí. Eres tú el que ha aprendido a vibrar de una forma cada vez más acorde a lo que tu corazón manifiesta; eres tú, por tanto, el que al fin ha decidido merecer amar a la mujer a la que no te permitiste abrazar desde la culpa y el juicio cuando eras mi hermano Santiago. Fue bello ayudarte a recordar, y ha sido emocionante verte crecer día a día hasta alcanzar la plenitud a partir de la cual has elegido existir y crear tu vida por ti mismo. A eso vinimos cuando decidimos encarnar desde las Pléyades, recuerda. Vinimos a despertar el ADN humano, y no hay mejor forma de hacerlo que vibrando amor dentro de este

cuerpo que ahora nos sirve de vehículo, afectando a cada célula, a cada átomo. Fue necesaria la escenificación de la Marienkirche y también la de Darmstadt, no lo dudes. Tu inconsciente ha sido reprogramado no sin notable esfuerzo, te lo garantizo. Despertar a otros respetando su propio proceso personal es un arte. El programa que rige este juego es muy poderoso sobre el que duerme.

Cuando empezaste a recordar a través del encargo de Herr Engel, pude ir instalando un nuevo software *en tu disco duro. Aquello te llevó a traspasar tus propios bloqueos emocionales acumulados durante cientos de vidas hasta que te atreviste a manifestar poco a poco todo tu brillo, el mismo que te impulsó a atraer a Alicia a tu vida, así como la posibilidad de sanar al fin el dolor y la culpa que en ti generó la muerte de tus padres. Ya no te asustan las despedidas, Miguel. Has crecido mucho más de lo que imaginas. Ahora te toca a ti tomar el relevo. Tus pinturas van a ser reconocidas en todo el mundo, y muchas almas dormidas recordarán a través de ellas lo que las trajo a encarnar aquí, al planeta Tierra, justamente ahora. Elke y Herr Engel estarán a tu disposición para ayudarte. No olvides nunca que estas imágenes las has rescatado de un futuro que ya existe y de un pasado en el que fuiste y eres poderoso y feliz en las Pléyades. Cada vez somos más los despiertos, desde cualquier ámbito, irradiando luz y amor como hace el sol.*

No me queda mucho por añadir. Solo pedirte que guardes mi secreto y quemes esta carta cuando la hayas leído. El medallón de oro es para ti. Un día lo construí sabiendo que acabaría en tus manos. Dejar que ahora sea el arte el que exprese hacia donde desea ir la humanidad es suficiente garantía para que el plan siga sin Héctor Chong, pero la muerte solo es un cambio, una transformación. Todavía queda mucho por hacer. Simplemente, ha llegado la hora de imaginar algo nuevo para mí. Parece una despedida, pero esto es solo una ilusión más del juego, no lo olvides. Guarda el medallón como símbolo de nuestra unión y liberación. Ahora tú eres el sol que miras cada mañana. Tu vida resplandece, a pesar de que aparentemente nuestras misiones parecen tomar caminos opues-

tos, como ya ocurrió en otras vidas. Jesús jamás murió en la cruz. Deja que todos lo crean. Solo los despiertos podrán comprender que un cristo se fue hacia el este, allí donde nace el sol, y que otro se quedó dentro del corazón de cada hombre, mujer y niño que hoy mora sobre la faz de la Tierra. Mis bendiciones para ti, para Alicia y para la hija que crece en su vientre.

Por cierto, es posible que una de estas noches sueñes por última vez con aquella despedida entre Santiago y Jesús a orillas del mar de Tiberíades. Es muy probable que al fin puedas saber qué le dijo al oído Jesús a Santiago mientras lo abrazaba. Ahora ya estás dispuesto a recordar y crear desde tu propia syneidesis *y lo oculto se manifiesta ante ti.*

Aquella carta no la firmaba Héctor sino «tu otro yo».

Algunos días más tarde, Alicia comprobó que estaba embarazada. Miguel se sentía feliz a su lado, construyendo juntos y creando su vida día a día, desde la coherencia y el compromiso de ser ellos mismos. A veces pensaba en su amigo Héctor Chong. Le resultaba difícil creer aquella historia que contaba en la carta, pero algo de él sospechaba que era cierta. Su mente reflexionaba barajando diferentes posibilidades. Quizá Héctor Chong fuera un soñador capaz de creerse las historias que nacían de su propia fantasía. También tenía la hipótesis de que fuera verdadera solo una parte de la historia y que, ciertamente, su amigo tuviera un gran poder psíquico; un poder que habría usado para insertar sueños o falsos recuerdos de otras vidas en la mente de sus pacientes con el fin de ayudarlos a sentirse mejor, como era su caso. Pese a todo aquel misterio, su corazón sentía agradecimiento hacia su persona, e intuía que Héctor decía la verdad, a pesar de las habituales resistencias de su mente analítica. Héctor estaba muerto y no tenía motivos para no creer en sus palabras. Tal vez aquella historia era cierta en algún universo paralelo y Héctor la había rescatado para sí. Rezaba la física cuántica que hay tantos pasados, presentes y futuros como posibilidades existen en la mente del espectador, por lo que tal vez ellos fueran Jesús, María Magdalena y Santiago en otro tiempo, en otro espacio.

Era muy probable que todos los seres humanos hubieran sido entonces la reencarnación de Jesús y de cualquier otro personaje de aquella escena en alguna realidad cuántica paralela a la nuestra. En el fondo de su corazón no le importaba la resolución de aquel misterio. El paso del tiempo y ver crecer a su hija haría que empezara a aceptar la falta de respuestas sin que aquello despertara en él la ansiedad suficiente como para aceptar cualquier resolución o fabricarla mentalmente. Simplemente, sentiría la vida y trataría de vivirla desde el momento presente, proyectando los sueños e ilusiones que crearía su frecuencia de amor, un amor hacia sí mismo, hacia Alicia y la hija de ambos, y hacia todo aquello lo que lo rodeara.

Mientras Miguel pintaba en su nuevo taller, justo al lado de la masía que habían comprado en tierras del bajo Ampurdán, Alicia acariciaba su barriga de seis meses mientras leía un libro relacionado con el embarazo consciente. Concentrada en la lectura, se balanceaba suavemente sobre una hamaca blanca que descansaba entre dos frondosas encinas, justo delante del gran anexo que Miguel había convertido en su santuario artístico. Era verano y hacía mucho calor. Miguel tenía abiertos los enormes ventanales de aquel antiguo establo para que corriera el aire. Tras unos instantes reflexionando sobre lo que estaba pintando, bebió un poco de agua y observó a Alicia a través de la ventana. Sus ojos se iluminaron ante tanta belleza. Ambos se estaban entregando juntos al misterio de la vida de forma elegida, conscientes de lo que estaban creando. Ella se dio cuenta de que Miguel la miraba y sonrió fijando su ojos en los del padre de su futura hija. Aquel instante duró una tierna eternidad en la que Miguel pudo recordar una de las frases que más decía su amigo Héctor Chong: «La verdad está donde uno desee crearla».

En aquel mismo instante y al otro lado del globo, en Hong Kong, un hombre elegante, refinado y culto había cerrado sus cuentas bancarias. Cuando cruzaba el *hall* del lujoso hotel en el que se había alojado, lo avisaron desde la recepción. Al parecer, tenía una llamada del señor Ludwig Engel. Al otro lado de la línea telefónica, Herr Engel estaba reunido en Darmstadt con algunos miembros de la «resistencia». Un poco apartado

del barullo, confirmaba haber hecho las gestiones pertinentes:

—Todo listo, amigo. Estaremos en contacto. Yo me encargo de todo. Ya me llegarán noticias tuyas a través de las visitas que te haga Elke. Cuídate mucho.

Al otro lado del hilo telefónico, en la recepción de aquel hotel de Hong Kong, aquel hombre de aspecto exacto al que un día fue para muchos Héctor Chong, dijo simplemente:

—Gracias, Werner, por tu fidelidad y por aceptar seguir siendo tan gran actor. Eres el mejor Herr Engel que podría haber encontrado. Estaremos en contacto.

Al colgar el teléfono, Klaus tomó un taxi hacia el aeropuerto. Al pasar a buscar el billete, la mujer de la ventanilla le pidió la documentación.

—Gracias, señor... Francesco Ricci. Su nombre es italiano, ¿no es cierto? —preguntó con amabilidad la empleada.

—Sí, es uno de mis muchos nombres. He tenido muchas vidas incluso en esta. Aunque ahora uso este nombre porque le tengo un especial cariño.

—Vaya, qué bromista es usted. Aquí tiene su billete a Nueva Delhi. Que tenga buen viaje.

—Gracias, fue un placer.

Francesco Ricci tomó el avión hacia Nueva Delhi, pero aquel no era su destino definitivo. Al llegar a la capital del país de la espiritualidad, tomaría un tren en dirección a Cachemira. Sabía que era zona de conflicto, de enfrentamientos e inundaciones, pero su luz había escogido muy conscientemente pisar aquel lugar de nuevo antes de comenzar su nueva vida. El mundo empezaría a cambiar poco a poco y deseaba crear las bases en las cuales se fundamentarían los nuevos cimientos de aquella humanidad de Hombres y Mujeres de Conciencia, en la que Latinoamérica y Asia, comandada por Rusia y China, tendrían un papel fundamental. Cuando despegó su avión, pudo ver el sol asomarse desde el horizonte. Cerró los ojos reteniendo la imagen de las nubes, dejándose atravesar un instante por aquellos maravillosos rayos. Dentro de él latía un

corazón dulce, despierto y poderoso, lleno de amor; un corazón sin miedo a la muerte, sin miedo a la vida, dispuesto a encarnar allí adonde fuera, el Cielo en la Tierra. Más allá de este mundo, tras los límites del programa, era un espejo en el que todos podían reflejarse, un reprogramador de realidades capaz de viajar en el espacio y en el tiempo, capaz de transformar su rostro, capaz de estar en todas partes, sembrando y devolviendo al mundo la pureza de un mensaje que no era suyo sino de todos, un mensaje que debía desvelarse para ser entregado de la forma en la que siempre debió conocerse, un mensaje que muchos avatares trajeron a la Tierra durante las eras de mayor necesidad para que cada ser humano recordara que era un dios creador, un ser supremo. Jesús fue solo un mensajero, como lo había sido Ayaaksas; un recuerdo de lo que cada ser humano podía llegar a manifestar si abrazaba la capacidad de existir por sí mismo sobre la Tierra, dentro del juego mágico de la vida. Con los ojos todavía cerrados, aquel ser maravilloso hacía uso de su multidimensionalidad para viajar a todas partes mientras el sol doraba su rostro. Entonces, la azafata lo interrumpió para preguntarle si deseaba algo para tomar. Él abrió los ojos y, con una sonrisa de agradecimiento, pidió un vaso de agua y preguntó a la muchacha cuál era su nombre. Le dijo que se llamaba Sonia y le devolvió la sonrisa. No lo sabía, pero Ayaaksas ya la había programado para que recordara que dentro de ella vivía un alma que había venido a la Tierra desde Andrómeda para ayudar al despertar colectivo de la humanidad y se había quedado atrapada a la amnesia del juego. Puso sus manos sobre el agua para bendecirla y la bebió cerrando de nuevo los ojos. Dentro del programa tenía muchos nombres, pero aquel ante el que respondía su alma era el de un rubio y luminoso dios pleyadiano llamado Ayaaksas.

Epílogo

Hace mucho tiempo, a orillas del mar de Tiberíades.

Yeshua fue crucificado, pero a las tres horas fue rescatado por el centurión Cayo Casio, más conocido como Longinus. Aquel militar romano tuvo que convencer a Pilato de que el galileo estaba muerto, puesto que nadie moría en tan poco tiempo al ser crucificado en tales circunstancias. Todo estaba planeado por Yeshua de antemano. Aquella era la última de las profecías que tenían que cumplirse antes de abrazar su libertad y marchar a la India. Ciertamente, todo había sido consumado. La esponja empapada de *Haoma Pocima*, la planta sagrada que utilizaban los esenios para sus rituales de iniciación, había hecho su efecto. José de Arimatea se encargó del resto: llevó con sus hombres el cuerpo al sepulcro, y allí esenios de túnicas blancas curaron sus heridas hasta que el maestro despertó tras un suspiro. En su arameo de galilea, preguntó por su mujer y su hijo. Todo estaba dispuesto como había pedido. Varios días más tarde decidió que era el momento y entonces se reunieron junto al mar de Tiberíades para seguir con lo establecido. Longinus escoltaría a Miryam de Magdala y a su hijo hacia el oeste en compañía de Santiago, mientras Yeshua iría hacia el este acompañado de su madre y de Tomás. Allí tendría la suerte de encontrarse con Paulo, el hombre que perseguía a muerte a los nazarenos y al que deslumbraría con su magia esenia para convertirlo en el más poderoso de sus alia-

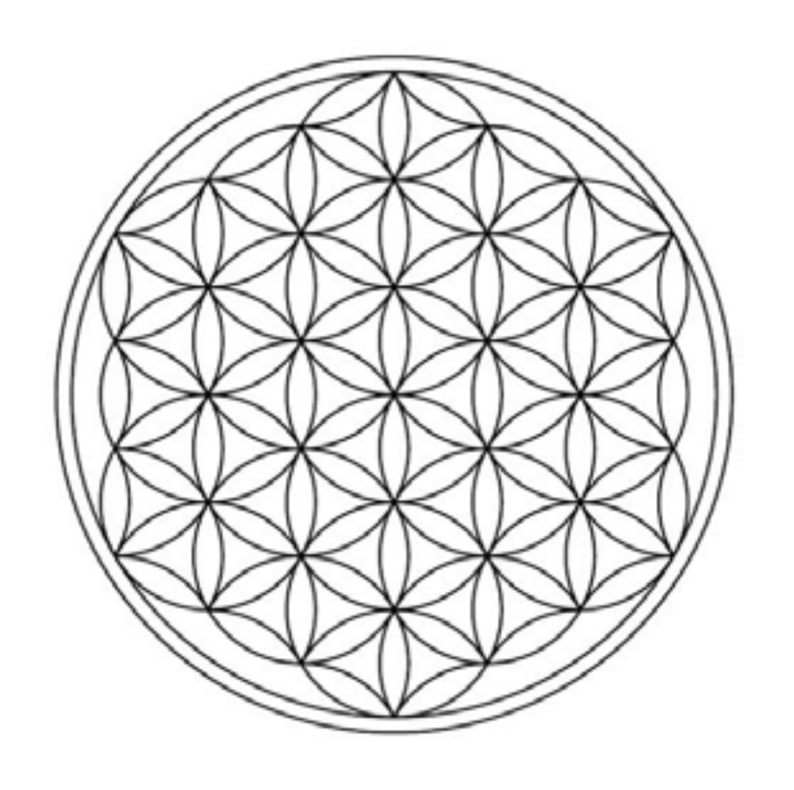
dos. A partir de ese encuentro, el mensaje de Cristo se extendería de forma creciente, pese a que, siglos más tarde, una Iglesia construida desde la sombra del Imperio romano trataría de ocultar el verdadero mensaje de Jesús. Sus pasos lo llevaban a la India, donde se reuniría con su hermano, Judas Tadeo, y con Judas Iscariote, su sobrino e hijo de Pedro, al que había mandado lejos para que se aliviara del peso de haber tenido que traicionar a su maestro bajo petición expresa de su voluntad. Aquel joven era un valiente, aunque la historia de la religión lo recordaría siempre como a un traidor.

Junto al mar de Tiberíades y ante la caída del sol, Santiago y Yeshua se abrazaron por última vez. El resto apenas pudo ver a lo lejos sus dos siluetas fundirse en un poderoso abrazo. Entonces, ambos se desearon el mejor de los destinos, y Yeshua, tomando entre sus manos la cabeza de su hermano menor, le susurró al oído unas palabras que estaban reservadas solo para él, unas palabras que encerraban el secreto de su mensaje y el de la verdadera libertad de todos los seres humanos:

—Santiago, no existe la despedida. Volveremos a encontrarnos una y otra vez. Todo esto es una ilusión. Disfruta del juego, pues para eso viniste. Ahora imagina lo que desees vivir y créalo para ti. Yo te libero de mí. No sufras ni te culpes por lo que sientes, pues tienes derecho a sentir. De ti solo puede nacer pureza, pese a lo que juzgues desde tu temor. Me encontrarás siempre a dondequiera que vayas, hacia donde mires, en lo que sueñes cuando pongas atención, solo cuando desees ver. Estaré siempre en cada nueva mirada, en cada rostro. Si me separas, me verás como al diablo. Si no lo haces, te encontrarás a Dios. Pero, Santiago, hermano, no te aflijas, porque al final de todo siempre estarás tú, libre, volando de sueño en sueño para descubrir que solamente existe un corazón. Tú ves a un cristo cuando estás frente a mí, pero eso es porque solo soy el espejo, en el que te admiras desde tu hermosa y radiante *syneidesis*.

El ocultismo consiste en un camino
para fundarse a sí mismo en la existencia,
lo que posibilita el ingreso
a todos los planos del universo.

José luis Parise



Flor de la vida

Muestra de pinturas de

Miguel Claveras

























SYNEIDESIS

El arte de materializar los sueños

VICTOR BROSSA

www.galerialalinea.com

GALERIA LA LINEA

2014

